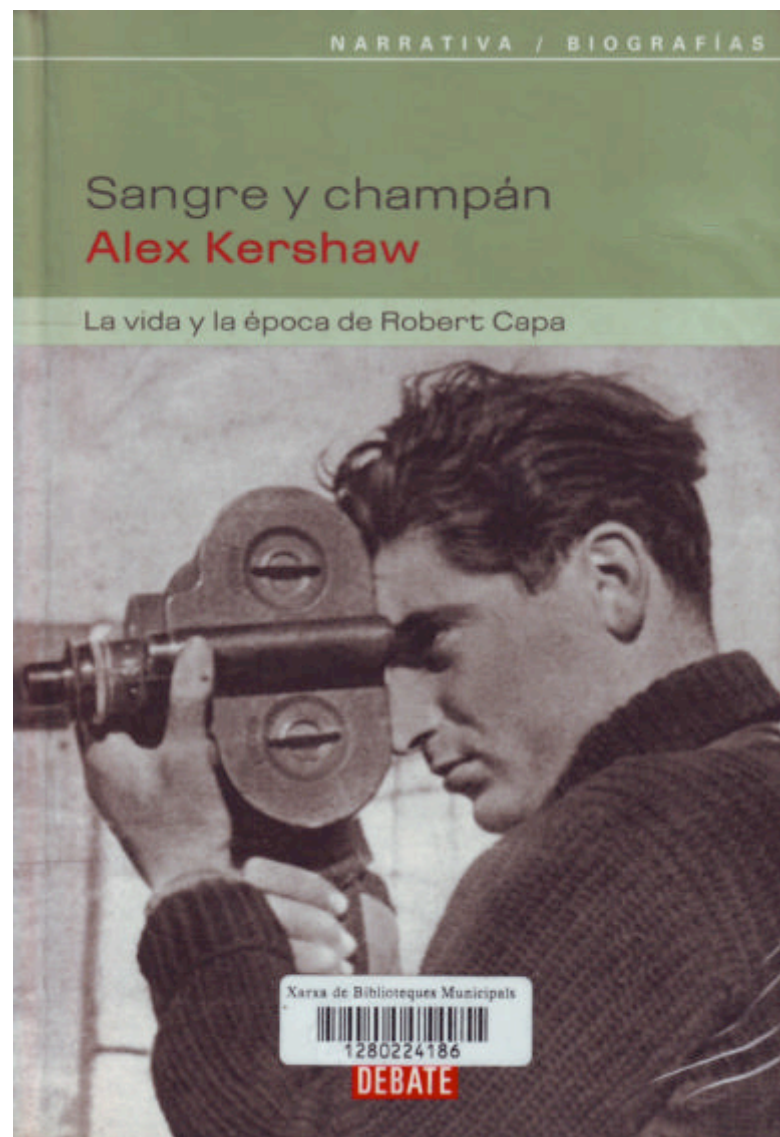


Sangre y champán.

La vida y época de Robert Capa

[92(Cap) Ker]

Alex Kershaw



Sangre y champán

Sangre y champán

La vida y la muerte de Robert Capa

1938

1938

1938

1938

1938

BIOGRAFÍAS

Alex Kershaw

Sangre y champán

La vida y la época de Robert Capa

Traducción de
Aurora Echevarría

92
(Cap)
Ker



Biblioteques de Barcelona

B. Vapor Vell
C. Joan Güell, 14-22
08028 Barcelona - Tel. 93 409 72 31

DEBATE

Primera edición: abril 2003

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Blood and Champagne*

© Alex Kershaw, 2002

© Aurora Echevarría, por la traducción 2003

© De la presente edición, Random House Mondadori, S. A., 2003

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 84-8306-532-0

Depósito legal: B. 11.627 - 2003

Compuesto en Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en A & M Gràfic, S. L., Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España (*Printed in Spain*)

C 845320

A Warren Trabant

Sumario

LISTA DE ILUSTRACIONES	13
AGRADECIMIENTOS	17
A CINCO MIL KILÓMETROS DE OMAHA	25
1. Conversación en Budapest	31
2. Bárbaros en las puertas	43
3. El hombre que se inventó a sí mismo	51
4. La guerra apasionada	64
5. «Muerte de un miliciano»	69
6. «La Paquena Rubena»	80
7. <i>Los cuatrocientos millones</i>	101
8. La derrota final	110
9. Aislamiento total	121
10. Salirse del paso	130
11. El desierto	139
12. Es una guerra dura	150
13. El día más largo	161
14. El <i>bocage</i>	179
15. Victoria	192
16. «¡Te está mirando, chico!»	208
17. Fin del idilio	218
18. De nuevo en la Unión Soviética	229
19. El new look	246
20. Un camino de muerte	255
21. El reino de los sentidos	270

22. ¿Cómo es posible que sea viejo?	282
23. Más adelante está el Delta	300
Epílogo: La leyenda	313
NOTAS	319
BIBLIOGRAFÍA	339
ÍNDICE ONOMÁSTICO	353

Para mí, Capa llevaba el deslumbrante traje del matador pero nunca entró a matar; gran jugador, luchó por sí mismo y por otros en una vorágine. El destino quiso que la muerte se lo llevara en la cúspide de su gloria.

HENRI CARTIER-BRESSON

Lista de ilustraciones

Primer pliego

1. «Tenía el sentido de prioridades del jugador.» Capa con muchas papeletas de apuestas, Longchamps, París, 1952. (Copyright © Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos.)
2. «La pequeña zorra roja», Gerda Taro. (Fotografía de Fred Stein.)
3. «Fue el gran amor de su vida.» Cortejo fúnebre de Gerda Taro en París, 1937. (*Ce Soir*, 2 de agosto de 1937. Collection Bibliothèque Historique de la ville de Paris.)
4. «Había ido en busca de la muerte.» Fernhout, Ivens y Capa, el segundo por la izquierda, con tres oficiales chinos en China, 1938. (Copyright © European Foundation Joris Ivens.)
5. «Entre los cuatrocientos millones.» Ivens y un hombre no identificado encima de un tanque, Capa, Fernhout y un chino delante, China, 1938. (Copyright © European Foundation Joris Ivens.)
6. Capa y «Papá» Hemingway, Sun Valley, Idaho, noviembre de 1940. (Copyright © Lloyd Arnold/John F. Kennedy Library.)
7. «[Capa] hablaba siete idiomas, pero ninguno bien.» Ernest Hemingway escucha «capanés», Sun Valley, Idaho, noviembre de 1940. (Copyright © Lloyd Arnold/John F. Kennedy Library.)
8. Capa baila toda la noche en Sun Valley, noviembre de 1940. Su «alma gemela», Martha Gellhorn, es la segunda por la izquierda. (Copyright © Lloyd Arnold/John F. Kennedy Library.)

9. «Conducía peor que nadie en el mundo.» Capa a finales de 1944. (Hutton-Getty.)
10. «Escucha, vieja cabra, lo que cuenta es el final de la partida y cuántas fichas te quedan en el bolsillo... si aún no te has retirado.» Capa y la «vieja cabra», George Rodger, Nápoles, 1943. (Copyright © Magnum Photos.)
11. «Estuve con él en la línea de fuego.» El amigo de Capa y director de *Life*, John Morris, Londres, 1944. (John G. Morris Collection/Biblioteca de la Universidad de Chicago.)
12. El puerto después del bombardeo, Anzio, 1943. (Hulton-Deutsch/Corbis.)
13. Ernie Pyle, el gran corresponsal de guerra norteamericano, enciende un cigarrillo tras un ataque directo contra el hotel de los corresponsales del paseo marítimo, Anzio, 1944. (Cortesía de The Lilly Library, Universidad de Indiana, Bloomington, Indiana.)
14. «Era increíblemente valiente.» Capa, el segundo por la izquierda, listo para saltar con la 17.^a División Aerotransportada sobre Wesel en la frontera holandesa, marzo de 1945. (Hulton-Getty.)

Segundo pliego

1. Capa con su amigo íntimo y cofundador de la agencia Magnum, David Seymour, Chim, París, principios de los años cincuenta. (Copyright © Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos.)
2. Los fundadores de Magnum brindando por la liberación de París en una fiesta en la casa del director de *Vogue*, Michel de Brunhoff. Capa en segundo plano a la izquierda, Chim Seymour en el centro sin corbata, Cartier-Bresson en segundo plano a la derecha. (John G. Morris Collection/Biblioteca de la Universidad de Chicago.)
3. «Eres la criatura que me va.» Capa con la escritora Gael Elton Mayo. (Copyright © The Estate of Gael Elton Mayo.)
4. Ingrid Bergman con su padre, un fotógrafo bohemio. (Swedish Film Institute Stills Archive.)
5. «Era como un gran cuadro.» Ingrid Bergman en *Notorious*

- (*Encadenados*), 1946. (RKO Radio Pictures/Ronald Grant Archive.)
6. Capa jugando al póquer con John Huston (en segundo plano a la derecha) mientras Burl Ives toca la guitarra, Londres, 1953. (Copyright © Ernst Haas/Getty Images.)
 7. Capa con John Steinbeck y su mujer Gwyn en un hotel de París en 1947, unos días antes de cruzar el telón de acero. (Center for Steinbeck Studies, Universidad Estatal de San José.)
 8. De nuevo en acción. Un cámara de documentales de actualidad capta a Capa fotografiando a los heridos de Dien Bien Phu, Indochina, mayo de 1954. (Collection Patrick Jeudy.)
 9. «Me pidió que cogiera su cámara.» Última fotografía de Capa con vida, tomada por su amigo y colega Michel Descamps. (Fotografía de Michel Descamps/SCOOP/*Paris Match*.)
 10. «No sabía hablar de otra cosa.» «Julita» Friedmann en la tumba de su hijo predilecto al norte de Nueva York. (Copyright © Liesl Steiner.)
 11. «El hombre que se inventó a sí mismo.» André Friedmann, alias Robert Capa, 1954. (Hulton-Getty.)

Agradecimientos

Durante los más de cuatro años que he tardado en reunir los datos necesarios para escribir este libro, han sido muchas las personas que me han ayudado y alentado enormemente. Aun antes de que el libro hubiera sido autorizado, casi todos los contemporáneos de Capa ya habían consentido en ser entrevistados. Incluso los que se encontraban demasiado enfermos o creían no tener nada nuevo que aportar ayudaron generosamente. Estoy particularmente agradecido a Henri Cartier-Bresson por haberme autorizado a citar sus reflexiones sobre Capa.

Muchas personas de distintos países me han ofrecido su hospitalidad. En París, Suzy Marquis y su marido Jean-Gabriel se mostraron particularmente generosos con su tiempo. Bettina Graziani, Warren Trabant y Pierre Gassmann me acogieron también en sus casas. El fotógrafo británico residente en París y veterano de la agencia Magnum, Jimmy Fox, me brindó una ayuda inestimable, además de pistas sutiles y muchos teléfonos de contacto de personas retiradas hacia tiempo de la vida pública. John Morris, colega y amigo de Capa que todavía vive, se mostró igualmente solícito y no escatimó esfuerzos a la hora de proporcionarme un retrato ecuánime de la vida de Capa. El distinguido cineasta Patrick Jeudy tuvo la gentileza de mostrarme películas y documentales de actualidad maravillosos de Capa en acción.

Lara Holman, de la Hulton-Getty Picture Collection de Londres, buscó y encontró fotografías cruciales, y Josie Meijer, de Macmillan, dedicó tiempo y esfuerzo a obtener las que aparecen en este libro. No

fue tarea fácil en estos tiempos en que se obtienen excesivas ganancias de las imágenes históricas, y le estoy muy agradecido. El personal de la Colindale Newspaper Library de Londres, en especial Jackie Pitcher y Michael Nash, puso a mi disposición los números de todos los reportajes que hizo Capa para *Illustrated* y el *Picture Post*, los cuales mostraban mejor su obra que ninguna otra publicación. A pesar del acceso restringido a los archivos de *Time-Life*, logré obtener información clave gracias a varios miembros del personal, en concreto Bill Hooper, quien localizó una entrevista de radio concedida por Capa que arrojó bastante luz sobre muchas cuestiones controvertidas.

La escritora Jozefa Stuart, que conoció personalmente a Capa y a principios de los sesenta preparó una biografía de él que permanece inédita, habló conmigo largamente, e incluso se valió de su influencia para conseguirme acceso a información crucial que ella había reunido y que ahora pertenece al Centro Internacional de Fotografía de Nueva York. Asimismo, ningún libro sobre Capa puede dejar de reconocerse en deuda con el albacea de Robert Capa, Richard Whelan, y su innovadora biografía de 1985; basada en parte en el trabajo pionero de Stuart, es un relato impresionantemente detallado de la vida de Capa.

Otras personas me han ayudado a explicar sucesos y cuestiones clave de la vida de Capa. En Lynchburg, Virginia, mientras escuchaba a Glenn Miller, el profesor Bill McIntosh de la National D-Day Foundation me ofreció una visión global militar del día más importante de la carrera de Capa, y me ayudó a comprender algunas de las complejidades estratégicas de la batalla de Normandía y la operación Overlord.

Mi padre se recorrió a pie playas bajo la lluvia y pasó varios días en Normandía y París, siguiendo los pasos de Capa. Mi madre me enseñó el sur de España. Jay Deutsch, de la Leica Gallery de Nueva York, me facilitó contactos y una comprensión técnica de la Leica. El profesor Wolodymyr Stojko del *Ukrainian Journal* se puso en contacto con fuentes de Kiev y me proporcionó una sagaz visión de la visita de Capa a la Unión Soviética. El marchante de arte y fotogra-

fía Howard Greenberg me habló con franqueza del valor comercial de la obra de Capa. Susan Shillinglaw, directora del Steinbeck Center, me señaló varias fuentes importantes. Patty Cottingham, directora ejecutiva de la Scripps Howard Foundation, me facilitó teléfonos de contacto de periodistas y fotógrafos. Rick Bray del Ernie Pyle Historical Site desenterró mucha información sobre las hazañas de Capa con Ernie Pyle. El legendario George Silk me ayudó a comprender el punto de vista de otro fotógrafo al cubrir la Segunda Guerra Mundial. Bernard Crystal de la Universidad de Columbia me señaló la correspondencia relacionada con los tratos comerciales de Capa con John Steinbeck. Michael Edwards del Eisenhower Center localizó varias transcripciones importantes de veteranos del día D. Steven Plotkin de la Biblioteca JFK de Boston me ayudó a localizar fotografías maravillosas de Capa con Hemingway y Martha Gellhorn.

En Budapest, Éva Keleti y Katya Steiner se desvivieron por hacer mi estancia lo más agradable e iluminadora posible. Sin ellas nunca me habría hecho una idea del pasado húngaro de Capa. En España, María Paz pasó varios meses siguiendo pistas ambiguas, estudiando con minuciosidad documentos y concertando entrevistas. Chris Littleford tradujo artículos periodísticos clave y persiguió a fuentes poco inclinadas a colaborar. Estoy asimismo en deuda con su mujer Amor por su hospitalidad. Miguel Ángel Jaramillo Guerreira, director del Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca, soportó un aluvión de preguntas. Manuel Melgar de los Archivos Militares de Madrid también fue de gran ayuda.

En Alemania el profesor Hans Puttnies me ayudó a situar en su contexto mi investigación sobre la Alemania de Weimar. El biógrafo Irme Schaber me ayudó a localizar a varios contemporáneos de Capa, entre ellos Ruth Cerf Berg e Irene Spiegel. Irme Schaber también me habló de su obra pionera sobre Gerda Taro. Le agradezco profundamente el tiempo que me dedicó y la ayuda que me brindó; ojalá todos los biógrafos fuéramos tan positivos y libres de prejuicios. En Suiza, la hija de Ruth Cerf Berg, Kathrin Berg Müller, fue particularmente de ayuda al obtener respuestas a muchas preguntas que formulé a su madre, una mujer realmente extraordinaria. En Amster-

dam, Eva Besnyö me proporcionó una nueva percepción de la infancia de Capa. En Washington, Ben Bradlee me describió de manera concisa y expresiva su estancia en París y en Klosters. John Fox, de la unidad de información del FBI, me explicó varios detalles del expediente del FBI de Capa. John Kelso, jefe de sección de la Freedom of Information Privacy Acts Section Office of Public and Congressional Affairs, me facilitó todos los documentos que tenía autorización para dar a conocer. David Wallis, de Nueva York, me facilitó muchos artículos importantes de varias bases de datos.

Leslie Calmes, del Center for Creative Photography de Tucson, localizó un tesoro escondido de material asombroso, en especial muchos fragmentos de memorias y varias cartas escritas por Hansel Mieth que he citado extensamente. Estoy sumamente agradecido a Georgia Brown, amiga de Mieth, por haberme autorizado a hacerlo. El doctor Norman Allan de Toronto también puso generosamente a mi disposición el manuscrito de una biografía inédita de su padre, autorizándome para citarla. Estoy igualmente en deuda con Jinx Rodger de Gran Bretaña por haberme permitido citar los diarios líricos de su difunto marido. Georgia de Chamberet de Londres me envió la penetrante biografía de su madre y fotografías de Gael Elton Mayo con Capa. En Vermont, Patti Stratton, Lucy Steele y Amanda Hoag trabajaron sin descanso para transcribir más de cien horas de entrevistas. Estoy especialmente agradecido a Amanda por las numerosas horas que pasó confrontando viejos ejemplares de *Life* y el *Picture Post*.

Jonathan Drubner, Tom Garagis, Paul y Amanda Armstrong, David Boyle, Tessa Souter, David McBeth, Serge Glansberg, Paul Spike, George Waud, Michael Watts, Michael y Cynthia Perry, Kevin y Maria Smith y la inigualable Bettina Viviano me han brindado asimismo su apoyo y su amistad a lo largo de los pasados cinco años. En especial Dave Bernath y su familia de Venecia, California, toleraron varias veces mi presencia en su sofá. Por lo que se refiere a Dave, disfruté las innumerables horas que pasé discutiendo con él, y en un determinado momento hasta me proporcionó una traducción al alemán.

Mi gratitud, como siempre, a Lindsay Stirling por su ayuda y asesoramiento sumamente profesionales con el manuscrito. Quisiera expresar asimismo mi agradecimiento a Pierce Brosnan, Beau Saint Clair y Angelique Higgins de Irish Dreamtime, y a Robert Bookman y John Levin de CAA, así como a Nigel Sinclair de Intermedia, por su vivo interés en este proyecto.

El personal y los directores del *Guardian*, el *Observer* y la *Sunday Times Magazine* llevan tiempo financiando mis viajes y me han proporcionado ingresos cuando más los necesitaba.

Tanto dentro como fuera de Estados Unidos he recibido asimismo ayuda del personal de muchas instituciones y bibliotecas, desde la Lanesboro Public Library de Minnesota hasta la Biblioteca Pública de Nueva York. El personal de la Sawyer Library del Williams College me soportó hasta altas horas de la madrugada de un invierno especialmente largo. También he hecho uso del material de la Park-McCulloch Free Library de Bennington, el Bennington College, la British Library, el Museo Imperial de la Guerra de Londres, los archivos de la oficina de Nueva York de la agencia Magnum, los Archivos de la Guerra Civil Española de Salamanca, los National Archives de Washington, D.C., el Instituto de Historia Militar, el Eisenhower Center de Nueva Orleans, la National D-Day Foundation de Virginia, la Biblioteca del Instituto Cinematográfico Británico, la Asociación de Prensa Extranjera de Washington, la Universidad de Columbia, los archivos del *New York Times*, la Academy of Motion Pictures Arts and Sciences, el Getty Museum de Los Ángeles, la Eastman Kodak House de Nueva York, las embajadas rusa y húngara en Washington, la Colindale Newspaper Library, la Westminster Public Library, la Biblioteca del Congreso y los Archivos Paris-Match de París.

Las personas que cito a continuación consintieron amablemente en responder a mis preguntas y en facilitarme información, muchas de ellas concediendo entrevistas de varias horas: el doctor Alexander Matthews, Alfred Gellhorn, John Hammond hijo, Hart Preston, Jim Nachtwey, Ray Nance, Betty Hooper, Earl Wilson, Elizabeth Teas, Lucille Hoback Boggess, Roy y Helen Stevens, Eva Besnyö, Karo-

ly Kincses, Nina Beskow, Robert Brau, Alan Goodrich, Jim Lager, Steven Burstin, Andrew Mauldin, John Morris, Inge Morath, Dirck Halstead, Elliot Er Witt, Jean-Gabriel y Suzy Marquis, Flury Clavatscher, Ruth Guler, el difunto Larry Adler, Ruth Hartmann, Larry Collins, Bettina Graziani, John Loengard, Peter Viertel, Russel Miller, Donald Spoto, Harry Benson, Anjelica Huston, Eve Arnold, Myron Davis, Jimmy Fox, Thomas Gunther, Marc Riboud, Pierre Gassmann, Ruth Cerf Berg, Russell Burrows, Anthony Sava, Irme Schaber, Hans Puttnies, Patrick Jeudy, Michel Descamps, Marie-Claude Cogny, David Douglas Duncan, Judy Freiburg, Yvonne Halsmann, Patricia Wheatlye, Ben Bradlee, Jean-Jacques Naudet, Georgia Brown, Marie-Monique Robin, Jinx Rodger, Rosemarie Scherman, Frank Zachary, Slim Aarons, el doctor Norman Allan, George Silk, Inge Bondi, Liesl Steiner, Irene Spiegel, Carl y Shelley Mydans, Milton Wolff, Audrey Jarreau, Henri Cartier-Bresson, Burt Glinn, Lois Mercier y María Borrell García.

La idea de este libro surgió en el transcurso de varias conversaciones con mi mujer y varios periodistas gráficos excepcionales con quienes he trabajado estrechamente en la última década. Simon Norfolk, Charles Ommanney, John Snowdon y Greg Williams han compartido todas mis revelaciones y hecho más de lo que en justicia les correspondía para llevar a cabo numerosos encargos difíciles. A través de ellos he conocido de primera mano la enorme voluntad que se necesita hoy en día para ser periodista gráfico y seguir pagando el alquiler.

El resultado más positivo de este libro ha sido una nueva amistad con otro periodista de toda la vida. Siempre estaré en deuda con el ex director de *Heute*, Warren Trabant, hombre de gran sentido del humor, perspicacia y distinción, que bebió y cenó con Capa, y pasó muchas veladas maravillosas haciendo lo mismo conmigo.

Asimismo he sido afortunado de tener una editora tan incisiva como alentadora en Macmillan, Georgina Morley, que ha estado a mi lado a las duras y a las maduras, y ha esperado más allá de toda expectativa razonable a que terminara el libro. Nicholas Blake ha hecho una labor magnífica al editarlo. Mi agente, Derek Johns, siempre ha

sido un modelo de diplomacia y paciencia, y otros muchos miembros de AP Watt, en especial Linda Shaughnessy, me han brindado una ayuda inestimable.

Por último, este libro nunca habría visto la luz de no ser por la infinita paciencia y tolerancia de mi esposa Robin. Ella y mi hijo Felix me han concedido el tiempo y el espacio para dedicarme a lo que se había convertido en una obsesión de hacía cinco años. También quisiera dar las gracias a su familia y sobre todo a la mía, por su apoyo que viene de muchos años.

A cinco mil kilómetros de Omaha

Creo que Capa ha demostrado más allá de toda duda que la cámara no tiene por qué ser un frío artefacto mecánico. Al igual que la pluma, es tan hábil como la persona que la utiliza. Puede ser la prolongación de su mente y de su corazón.

JOHN STEINBECK, *Popular Photography*¹

Una tarde de finales de otoño me dirigí en coche al norte a través de Virginia y contemplé cómo las Montañas Azules se volvían cada vez más imponentes según me acercaba a Bedford, donde se encuentra el primer monumento conmemorativo que se levantó en Estados Unidos del día D, como se conoce la fecha del desembarco de los aliados en Normandía. Mientras se ponía el sol, recorrí el recinto con el sargento Roy Stevens, un veterano de ochenta y cinco años de la Compañía A del 116.º Regimiento de Infantería de la 29.ª División. Varios hombres entrados en años se acercaron y compartieron con el sargento Stevens sus recuerdos, a veces con lágrimas en los ojos; eran veteranos del «Bulge», la playa de Anzio y la batalla de Normandía.

Más tarde Stevens me explicó con detenimiento su versión de los hechos. En la madrugada del 6 de junio de 1944 se preparó para subir a bordo de una lancha de desembarco con destino a la playa de Omaha. En el preciso momento en que se disponía a embarcar vio a su hermano gemelo, Ray.

—Me tendió la mano —dijo Roy—. Pero yo, en lugar de estre-

chársela, le dije: «Mira, te la estrecharé en Vierville-sur-Mer, arriba en el cruce, antes del mediodía».

Ray bajó la cabeza y murmuró que no iba a conseguirlo. No iba a salir de ésa con vida. Estaba convencido de ello. Roy Stevens tampoco logró llegar esa mañana a Vierville-sur-Mer. Su lancha de desembarco se hundió a unos cientos de metros de la orilla, minutos antes de que llegara la primera oleada de tropas norteamericanas. Stevens no se ahogó gracias a un compañero de la Compañía A que lo rescató, y cuatro días después llegó por fin a la playa de Omaha, donde encontró una tumba improvisada para su hermano y varios amigos.

Su hermano y otros dieciocho jóvenes de Bedford habían perdido la vida a los pocos minutos de llegar a la «Sangrienta Omaha», escenario de la mayor carnicería del día D. De los treinta y cinco soldados de Bedford que pertenecían a la Compañía A, al anochecer habían muerto veintiuno. Los historiadores de la guerra creen que Bedford sufrió más pérdidas per cápita que ninguna ciudad o pueblo de Estados Unidos.

En el modesto rancho del señor Stevens hablamos hasta entrada la noche de su hermano, de Bedford y de la guerra. Al final le enseñé un gastado libro que había encontrado en una tienda de libros raros de Nueva York: *Images of War*.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Stevens al llegar al capítulo de la página ciento cinco, titulado «La invasión».

—Robert Capa —respondí—. Fue el único fotógrafo que desembarcó en Omaha con la primera oleada, con el ciento dieciséis en Easy Red.

—¿Easy Red? —preguntó Stevens—. ¿La primera oleada? ¿Era soldado o guardacostas?

—Ninguna de las dos cosas. Era periodista. Un judío húngaro que se alistó voluntario.

—Algunos de los mejores hombres... eran voluntarios. Pero no duraron mucho.

Stevens leyó una cita de Capa:

Diría que los corresponsales de guerra consiguen más copas, más chicas, mejor sueldo y mayor libertad para escoger su destino, y el

hecho de que se les permita ser cobardes sin ejecutarlos por ello es su peor tortura. El corresponsal de guerra tiene en las manos su apuesta —su vida— y puede ponerla en ese o aquel caballo, o volver a guardársela en el bolsillo en el último minuto. Yo soy jugador. Decidí ir con [...] la primera oleada².

Stevens se detuvo en una foto que mostraba a varios soldados luchando por llegar a la orilla bajo un fuego intenso.

—¿Cómo dices que se llama?

—Robert Capa.

—Debía de querer muchísimo estas fotografías.

Stevens permaneció sentado en silencio y pasó otras ochenta páginas, llegando por fin a una de las últimas fotografías de Capa, tomada sólo unos días antes de morir a los cuarenta años en Indochina en 1954. Cerró el libro y se recostó en su sillón abatible. De pronto parecía cansado.

—¿Ha vuelto a ir a Omaha? —pregunté.

—Sí —respondió orgulloso—. Ya lo creo.

Señaló una pared cubierta de fotografías enmarcadas. Entre ellas había dos condecoraciones Corazón Púrpura engastadas, la suya y la de su hermano. También había una pequeña fotografía en la que se le veía paseando por la playa de Omaha en 1994, con la cara contraída de la emoción.

—¿Ha estado usted? —me preguntó.

—Sí, esta primavera.

—¿Visitó el cementerio?

Hice un gesto de asentimiento. El domingo de Pascua aparqué junto a las hileras de autocares turísticos que se habían vaciado de norteamericanos octogenarios y sus familias en las puertas del cementerio, donde miles de sus coetáneos están enterrados bajo lápidas de mármol en lo alto de un acantilado que domina la playa de seis kilómetros de longitud.

Al principio me maravillé de la sencilla dignidad de los monumentos conmemorativos y del hecho de que todas las tumbas estuvieran orientadas al oeste, hacia su país. Pero luego reparé en una mu-

jer de mediana edad que sollozaba sola ante una tumba. El padre al que nunca había conocido había muerto a doscientos metros, junto con otros varios cientos de norteamericanos que desembarcaron en la playa ese aciago día de junio.

En la playa propiamente dicha, una sección de doscientos metros había permanecido prácticamente intacta durante casi sesenta años. Habían retirado de ella las minas y las granadas sin explotar, así como todas las demás defensas letales, pero no los fantasmas. Llovía torrencialmente mientras yo recorría Easy Green y a continuación el kilómetro de Easy Red donde Robert Capa había fotografiado posiblemente los momentos más importantes del siglo xx, sin duda la noticia más importante de su corta pero incesantemente agitada carrera.

En Easy Red reinaba un silencio inquietante y evocador aun en medio del rugiente viento y el estrépito del oleaje. Para muchos de los que habían desembarcado aquel día y siguen regresando, el silencio era ensordecedor. Sólo en el interior de un coche que corre a toda velocidad hacia Bayeux o en un autocar turístico que regresa a París, la cacofonía de los moribundos se convierte en un susurro persistente.

En el transcurso de varios meses entrevisté a Stevens y a otros veteranos de la Segunda Guerra Mundial, tanto fotógrafos como soldados. Cada vez que me reunía con uno de ellos, le enseñaba *Images of War*. Muchos no habían visto nunca las fotografías de Capa de la playa de Omaha, por no hablar de sus reportajes de otros días memorables en cinco guerras diferentes. Un anciano de ochenta años se mordió el labio y cerró el libro; nada evoca recuerdos tan vívidos como una fotografía. Un oficial, uno de los quinientos mil norteamericanos que en 1945 habían sufrido fatiga de combate (crisis nerviosa y mental), se quedó mirando unos minutos las imágenes del día D sacudiendo la cabeza. Otro veterano se rió de una foto de un francés pasando una garrafa de vino a un soldado norteamericano abatido, y recordó un momento parecido en su largo viaje desde la playa de Omaha a Berlín.

El teniente de navío Ray Nance, comandante de Roy Stevens, luchó por contener sus emociones al ver las fotos de Capa de la playa de Omaha. Había perdido a todos y cada uno de sus hombres en

su lancha de desembarco durante la primera oleada; chicos a los que conocía desde que tenía memoria, abatidos antes de poner un pie en la arena. Nance habló despacio al principio, como si no quisiera recordar, pero al cabo de unas horas me dijo que Omaha había sido su redención: tenía que haber un Dios, ¿por qué había sobrevivido él sino? Sólo Dios podía haberle salvado la vida de la ametralladora alemana que había jugado al «gato y al ratón» con él mientras se arrasaba solo y malherido a lo largo de doscientos metros de arena sembrados de minas³.

Otros comentaron que entre la obra de Capa no veían una sola imagen de violencia, sólo fotografías de belleza y tristeza. Todos querían saber más de ese hombre que había captado en blanco y negro los momentos más inolvidables de sus vidas. ¿Quién era ese jugador que había dejado un legado visual que mostraba la pureza del espíritu humano?

Conversación en Budapest

No basta con tener talento. También tienes que ser húngaro.

ROBERT CAPA, citado en *Life*, 19 de abril de 1997

Otoño de 1948: habían pintado una estrella roja sobre los viejos colores húngaros de la cola del Dakota estadounidense obtenido según la ley de Préstamos y Arriendos. Robert Capa bajó la mirada hacia el mosaico de granjas que tan poco habían cambiado desde la época feudal. Luego vio fugazmente el río de su juventud, el Danubio. Unos minutos después su avión pegaba botes en una pista de aterrizaje hacia un edificio lleno de agujeros de balas donde esperaban ceñudos unos oficiales comunistas.

Capa volvía a su tierra natal tras una ausencia de diecisiete años. Experimentaba sentimientos contradictorios: nostalgia y una profunda curiosidad, así como inquietud por lo que iba a encontrar en ese nuevo estado comunista. Por todas partes habría algo que le recordaría lo que había sido: un chico judío que se había abierto camino hasta la fama con chanchullos, peleas y camelos.

Durante muchos años el pasado de Capa había sido en buena medida un misterio aun para quienes creían conocerlo bien. Sin embargo en 1947 un viejo amigo, John Hersey, el genial autor de Hiroshima (1946), le había arrancado su máscara de hombre jovial y desenvuelto, dejando ver el atormentado rostro de un refugiado del horror y el dolor. «Capa, el fotógrafo a quien colegas y rivales atri-

buyen las mejores fotografías de la Segunda Guerra Mundial, no existe —había escrito Hersey en una oscura revista literaria en 1947—. Capa es una invención. Existe una criatura con forma de hombre, baja y cuadrada, que se comporta como si se preparara para resistir algo, con ojos de spaniel, un labio superior cuidadosamente cínico y la buena suerte escrita en la cara; y esa criatura se pasea por ahí diciendo que se llama Capa y es famoso. Pero no es real. Es una invención, todo el tiempo y en todos los sentidos¹.»

«El hombre que se inventó a sí mismo», como había llamado Hersey a Capa, en esos momentos cruzaba la sala de espera del aeropuerto. Los oficiales del Partido Comunista que lo esperaban sabían que había ido a Hungría como reportero de la revista Holiday, la elegante biblia norteamericana impresa en papel satinado de la nueva jet set. No tardó en encontrarse en las afueras de Buda, la aristocrática ciudad al otro lado del Danubio desde la emprendedora Pest. En otro tiempo suntuosa, la ciudad se hallaba en esos días en ruinas a causa del implacable sitio de dos meses de los rusos en el invierno de 1944-1945. «Si bajabas la vista hacia la hilera de hoteles incendiados y los puentes derruidos —escribiría más tarde Capa—, Budapest parecía una mujer hermosa a la que hubieran arrancado los dientes.»

Rival en otro tiempo de París en arquitectura y refinamiento, Budapest había quedado marcada por el nazismo y a continuación despojada por el estalinismo de sus poderes de seducción de antaño. La estaban reconstruyendo, pero a un ritmo agonizantemente lento y en su mayor parte con sus propios brazos; sobre el viejo hotel Ritz, unas diminutas figuras con picos arremetían contra las paredes. Capa se dirigió al Danubio, donde de nuevo echó de menos algo de la conocida vista panorámica. De pronto cayó en la cuenta de que el puente Elizabeth, en su juventud el puente colgante más largo de Europa, había desaparecido junto con otros tres. Los habían volado los nazis en 1945 al batirse en retirada. También habían desaparecido muchos de los cafés de antaño a orillas del río. El café Moderne, donde su padre había jugado al pinacle hasta altas horas, era uno de los pocos que habían burlado los bombardeos alemanes y soviéticos.

El taxista que llevaba a Capa empezó a sortear las estrechas calles de Pest, dejando atrás los lujosos edificios de antes de la guerra de una burguesía judía en otro tiempo llena de vida. Cúpulas, agujas y torreonos se empujaban entre sí para llamar la atención. En los balcones se veían figuras mitológicas extrañas. Algunos edificios todavía inspiraban una jovial confianza, con su mármol de imitación, bronce falso, vidrieras art déco y desconchadas paredes de estuco de todos los tonos pastel imaginables.

A ambos lados de las calles se amontonaban los escombros. Manzanas enteras habían desaparecido del todo. En el barrio judío donde Capa había crecido reinaba un silencio inquietante, ya que muchos de sus antiguos habitantes habían muerto en las cámaras de gas de Auschwitz. De las farolas de hierro forjado colgaban aquí y allá pancartas defendiendo el nuevo régimen comunista húngaro.

Empezaron a perseguir a Capa extraños recuerdos que salían como fantasmas de los conocidos callejones. La cría de elefante que hacía trucos en la pista de baile del club nocturno Arizona. Y esa noche inolvidable que había sangrado por los suelos de piedra del cuartel general de la policía del dictador Horthy. Capa había vuelto a Budapest, escribió, «para escuchar una música nueva»². Pero de pronto había acudido a su memoria una vieja y aterradora melodía: el jefe de policía de Horthy, Peter Heim, había silbado la Quinta Sinfonía de Beethoven mientras golpeaba a revolucionarios melencólicos como Capa.

Capa se alojó en el hotel Bristol, el único superviviente de una famosa hilera de elegantes hoteles de antes de la guerra. El recepcionista jefe examinó su pasaporte y le preguntó si había estado en Hollywood. ¿Tenía buenos contactos allí? Las preguntas del hombre le recordaron a sí mismo cuando llegó por primera vez a Estados Unidos y se registró en el Ellis Island, y un recepcionista igual de fisgona le había preguntado si había estado en Moscú.

Le hicieron un descuento por su habitación y le dieron la dirección de un bar donde encontraría los últimos vestigios de la decadencia burguesa de Budapest. Se pasó por él más tarde esa noche y charló con la dueña, Anna, una bonita chica de veinticinco años que se

quejaba de que los comunistas eran unos pelmazos insufribles y pésimos para el negocio. Capa le sacó una foto fumando un cigarrillo, con bisutería y un provocativo corpiño negro. Tenía los labios gruesos y el pelo negro brillante, pero una mirada atormentada. Provenía de una familia aristocrática y había sido una jinete diestra hasta que los nazis le habían requisado los caballos. Luego los comunistas le habían quitado sus tierras. Ella había tratado de escapar de Hungría, según explicó a Capa, pero la había detenido la policía y en esos días esperaba un pasaporte.

Hacia las dos de la madrugada Capa se puso sentimental y decidió preguntar a Anna si le apetecía pasear con él por la orilla del Danubio. Allí, a la temblorosa luz de las farolas, había hecho sus primeras conquistas y no tardó en hacer lo mismo con Anna. Meses después se jactaría delante de sus amigos de París de haberse llevado a la cama a una húngara de sangre azul. Antes de la guerra, los de su clase se habrían descubierto la cabeza y dirigido a Anna como la condesa Fehervary.

A la mañana siguiente, Capa salió del hotel Bristol con las Leicas colgadas del cuello. Los hoteles vecinos en ruinas estaban siendo derribados por expertos en demolición y después de cada explosión caía sobre las cabezas una lluvia de polvo de ladrillo. Se encaminó a la calle Vaczi, una de las zonas de tiendas más elegantes de Budapest, si no de Europa. En su juventud había conocido a un chico judío, Sandor, que trabajaba allí en una peletería. Como sólo uno de cada veinte judíos húngaros había sobrevivido al Holocausto, le sorprendió encontrarlo vivo, y le desconcertó lo mayor que parecía; había perdido todo el pelo y el horror le había surcado la cara de profundas arrugas. Había estado preso en los campos de exterminio y a continuación caído prisionero de los rusos. En la actualidad arreglaba los abrigos de piel estropeados de las señoras ricas.

Al cabo de varios días en Budapest, Capa se encontró con otro viejo amigo, un escritor llamado György Markos. Capa adoptó su habitual papel de anecdotista gracioso, el lacónico encantador que cuenta un cuento chino detrás de otro. Le explicó a Markos la vez que había quedado colgado de un árbol porque el paracaídas se le

había enganchado en las ramas. Sin saber si estaba detrás de las líneas enemigas o no, se había quedado allí colgado, bebiendo tranquilamente sorbos de whisky hasta que lo bajaron. En otra ocasión nada menos que el presidente Roosevelt le había preguntado si podía ayudarle de alguna manera. «Sí, consígame un pasaporte», había respondido él.

La noche tocaba a su fin cuando Capa confesó a Markos que llevaba viviendo desplazado desde 1931. Seguía viajando con pasaporte de refugiado. De hecho, llevaba desde los diecisiete años yendo de un hotel a otro, de un país en guerra a otro.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Markos.

—¿Qué puede hacer un reportero de guerra sin empleo? —Capa se encogió de hombros—. Viajaré a donde pueda.

—Entonces ¿sigues buscando aventura? ¿Reconoces en el fondo que eres un aventurero y necesitas la emoción de la guerra?

—¡Estás loco! —replicó Capa—. Odio la violencia y no hay nada que odie más que la guerra⁴.

André Friedmann nació el 22 de octubre de 1913, con una buena mata de pelo negro y un meñique de más en una mano. La deformidad confirmó a su madre su convicción de que era un niño especial, uno de los elegidos de Jehová⁵. El mundo en guerra y las continuas peleas entre sus padres fueron las primeras experiencias de André. Tenía menos de un año cuando Hungría entró en la Gran Guerra de 1914-1918 en el bando de los alemanes. Hasta que se marchó de Hungría como refugiado político en 1931, apenas pasó una semana sin que sus padres discutieran con resentimiento, por lo general a causa de la afición al juego del padre y las mentiras que seguían⁶.

Los padres de André tenían poco en común aparte de ser judíos no practicantes y provenir de familias terriblemente pobres. Nacido en junio de 1880, su padre Dezső Friedmann había crecido en un apartado pueblo de Transilvania, una región interior de antiguas supersticiones, cultura medieval y sensibilidad romántica. En su juventud Dezső había escapado de esa región apartada y vagado varios

meses por Europa, abriéndose camino de Budapest a Londres y más tarde a París. El resto de su vida idealizó ese período juvenil de ansia de conocer mundo; el joven André escuchaba durante horas a su padre contar historias sobre cómo había vivido de su ingenio y encanto mientras iba sin rumbo de una ciudad hostil a otra en busca de dinero y emociones.

Dezső se casó en 1910 con Julianna Henrietta Berkovits, la madre de André, y juntos abrieron un pequeño salón de costura en el barrio Belvaros de Pest, hasta el día de hoy el corazón del barrio comercial de la ciudad. Se instalaron en un piso nuevo en forma de «U» de Városház Utca, a pocos metros del Pilvax Café donde se habían reunido los líderes de la revolución de 1848.

Dezső se consideraba a sí mismo maestro sastre, pero enseguida demostró ser un *bon viveur* en ciernes, mucho más interesado en llevar trajes elegantes que en confeccionarlos. La suerte explicaba el éxito o el fracaso, y las reglas de la vida eran tan sencillas como las del pinacle, su juego de cartas favorito. Los mejores jugadores se comportaban como ganadores y representar bien el papel era lo que te permitía jugar la partida adecuada en la mesa indicada. Ésa era la parte difícil. Luego la suerte descubría su juego. Era una filosofía que su joven hijo nunca olvidaría.

La madre de André creía lo contrario. Hija de un campesino agobiado de preocupaciones, había crecido en un rincón feudal del Imperio austrohúngaro en el seno de una familia de diez hijos, y había luchado toda su vida. Colocada de aprendiz de modista a los doce años, Julia estaba decidida a evitar a sus hijos el mismo destino y a menudo cosía desde la mañana hasta altas horas de la madrugada, soñando con que su hijo especial acabaría haciendo algo más que vender de puerta en puerta uniformes de la esperanza a la burguesía judía.

Cuando no trabajaba, Julia a menudo mimaba a André y lo vestía con bonitos trajes de marinero y conjuntos de encaje. Una imagen de 1917 muestra a un André pensativo, vestido con uno de los elaborados trajes de su madre, sentado con su sonriente familia. Los Friedmann nunca volvieron a parecer tan felices. En octubre de 1918, se-

manas antes de que terminara la guerra, la revolución sacudió Budapest y la familia observó cómo la gente se apiñaba en las calles agitando crisantemos, el símbolo del levantamiento comunista del leninista Béla Kun. Sin embargo, el experimento de Hungría de establecer una dictadura soviética terminó el 1 de agosto de 1919, al cabo de ciento treinta y tres días exactos, con un golpe de Estado apoyado por el ejército rumano.

A finales de otoño el almirante Horthy, el prototipo del fascista, tenía Hungría firmemente bajo su control. Al cabo de un par de meses Horthy ordenó la ejecución de cinco mil izquierdistas. Más de setenta mil fueron encarcelados o llevados a campos de internamiento. Durante lo que no tardó en conocerse como el «Terror Blanco», se extendieron por toda Hungría las persecuciones antisemitas organizadas, instigadas en parte por la descripción de traidores judíos que había hecho Horthy de Béla Kun y compañía. Los Friedmann mantenían a sus hijos a salvo en casa mientras en un callejón cercano unos derechistas golpeaban a varios estudiantes judíos, envalentonados por las leyes antisemitas que fijaban cupos de acceso para los judíos a las universidades y facultades de derecho*.

Pero el golpe psicológico más fuerte atestado a la tierra natal de André no fue la derrota de la Primera Guerra Mundial ni la dictadura de Horthy, sino una hoja de papel: el tratado de paz de Trianón, que formaba parte de los acuerdos de paz más amplios de Versalles. El 4 de junio de 1920 Hungría se vio obligada a ceder el 70 por ciento de su territorio y el 60 por ciento de su población total. Las nuevas fronteras redujeron Hungría en dos tercios. De todas las potencias derrotadas, Hungría fue la que más perdió. La amarga protesta de los húngaros patrióticos, «*Nem, nem, soha!*» [¡No, no, nunca!], resonó durante toda la juventud de André⁷. En 1923 André se matriculó en el instituto Imre Madách Gymnasium de Barcsay Utca. Alumno inferior a la media y con escasa capacidad de concentración, a menudo no terminaba los deberes, y sus compañeros de clase lo veían

* La proporción de estudiantes judíos en Hungría cayó del 34 por ciento en 1917-1918 a un mero 8 por ciento en 1935-1936.

como un soñador bastante desaharrado. Según su madre «Julita», «siempre llevaba los pantalones con desgarrones». Y «siempre chocaba con las farolas porque hablaba con demasiada pasión. Era un niño bueno, no había rudeza en él. Siempre sonreía. A veces era un poco torpe, y esa torpeza lo hacía tímido. Y ya le gustaban las niñas... desde que era un bebé»⁸.

Cuando André alcanzó la adolescencia, Julia estaba demasiado ocupada tratando de mantener a flote el negocio familiar para hacer mucho caso al hijo al que antes había consentido. Después del colegio, él vagaba por el barrio judío de Pest con otros chicos que vivían de su ingenio*. «André parecía hacer lo que le venía en gana», recuerda su amiga de la infancia Eva Besnyő, entonces una niña morena de aire melancólico y ojos tan oscuros que una vez un hombre en el tranvía le dijo que fuera a casa a lavárselos.

Cuando no deambulaba por las calles de los barrios bajos de Pest, André jugaba con Eva y sus dos hermanas adolescentes, Panna y Magda. «André luego me confesó, sentimental como era, que estaba enamorado de mis hermanas y de mí. No fue capaz de decidir cuál le gustaba más —dice Eva, cuya madre de clase media alta desaprobaba con vehemencia al inculto André—. Él esperaba que algún día alguien nos secuestrara, para poder ser el héroe que nos rescatara. Entonces mis padres por fin lo aprobarían. Era muy soñador en el fondo.»

Eva, hoy en día una anciana de noventa y un años superviviente judía de un siglo de horrores, vive sola en Amsterdam, su hogar desde que huyó de Hitler en 1933. Aunque físicamente débil, sigue teniendo una mente perspicaz y sus recuerdos son nítidos, nostálgicos y vívidos. Fotógrafa célebre en Holanda, ha pensado en imágenes toda

* Al reunir datos sobre la niñez de Capa para una biografía que nunca ha llegado a publicarse, la escritora Jozefa Stuart se formó una imagen del joven André Friedmann como un «pilluelo con mucho encanto, que siempre corría. Nunca dejó de correr, en toda su vida. Nunca tuvo un verdadero hogar, un lugar donde siempre se comiera a la misma hora y donde toda la familia se sentara a la mesa, [...] tuvo una niñez caótica».

su vida. «Entonces yo llamaba a Capa “Bandi” —explica (Bandi es el diminutivo de André)—. Era su apodo. También lo llamábamos “Capa”, que significaba tiburón. El apodo de su [hermano] Cornell era cocodrilo*.»

Besnyő recuerda que Bandi a menudo se quejaba de que se aburría, y buscaba líos y peligro. Con ella descubrió su pasión por el esquí, a pesar de las enfadadas protestas de Julia**. A los quince años André pidió prestados unos esquís y fue con Besnyő a la colina Svabhegy que dominaba Budapest. Ninguno de los dos se había probado siquiera los esquís, pero eso no fue obstáculo para que subieran en el telesilla hasta la cima.

—Voy a hacerlo —dijo André con determinación mientras Budapest desaparecía a lo lejos y el Danubio helado describía una gigantesca curva a sus pies.

—Pero si no sabes qué hay que hacer —replicó Besnyő.

André se encogió de hombros.

—Voy a hacerlo de todos modos.

«Nunca le asustaba probar cosas nuevas, sobre todo cualquier aventura que entrañara un poco de peligro —explica ahora Besnyő—. Yo confié en que no se rompiera una pierna, y no lo hizo. Bajó y volvió a subir. Siempre quería descubrirlo todo por sí mismo.»

* El día anterior a nuestra entrevista se había resbalado y hecho un corte en la cabeza, que se había envuelto con un pañuelo de seda de flores. Sirvió té verde con manos temblorosas, rechazando obstinada mi ayuda. Fuera, los canales de Amsterdam estaban silenciosos y tan quietos como estanques espejeantes. Dentro, ella estaba sentada rodeada de fotografías, libros y muebles Bauhaus, reliquias de sus embriagadores últimos días en la Alemania de Weimar. Recordaba vívidamente a todos los chicos Friedmann. El mayor, Lázló, nacido en 1911, se puso a trabajar en el negocio familiar a los quince años, pero murió joven de fiebre reumática en 1936. El menor era Cornell, nacido en 1918, el año en que Hungría se sumergió en el caos que siguió a la derrota de la Primera Guerra Mundial.

** El pasatiempo favorito de Besnyő era la fotografía. Orgullosa propietaria de una cámara Kodak Brownie, pasaba gran parte de su tiempo libre haciendo fotos por Budapest. Algunas veces André la acompañaba, pero ella insiste: «No le interesaba la fotografía cuando estuvimos juntos en Budapest. Nunca hablábamos de fotografía».

Joven moreno de cejas pobladas, labios gruesos y manos delicadas, André cada vez tenía más éxito entre sus compañeras de clase y las chicas del barrio. A menudo se le veía besándolas debajo del puente Elizabeth, un rincón muy frecuentado por los jóvenes enamorados de Pest. Pero al parecer no perdió la virginidad con ninguna joven eslava con ojos de cervatillo de Pest. Él declaró más tarde que sus primeras relaciones sexuales las había tenido con una adinerada clienta de mediana edad de su madre que lo había seducido cuando fue a entregarle un vestido nuevo⁹.

Poco después se mezcló con revolucionarios de izquierdas. El ambiente pedía alguna acción osada: a finales de los años veinte estallaron en Hungría sangrientos disturbios sociales entre la izquierda y la derecha. Por las calles de la capital, las batallas campales entre facciones rivales se convirtieron en un encuentro semanal y, antes de cumplir los dieciséis años, André se había vuelto un veterano combatiente callejero, juntándose a menudo con otros miles de jóvenes radicales que recorrían los barrios obreros de Pest. «André empezó a militar políticamente por varios motivos —explica Besnyő—. Se sentía discriminado por ser judío. Pero también le atraía el peligro.»

Durante la caza de brujas de McCarthy de los años cincuenta, André temió que su pasado lo perjudicara y negó repetidas veces haberse afiliado al Partido Comunista de Hungría o de cualquier otro país.

Explicó su postura política de ese periodo en una declaración jurada en 1953:

Durante mis dos últimos años en el instituto me interesé por la literatura y la política, y decidí hacer carrera como periodista. En aquella época criticaba duramente la dictadura antisemita del almirante Horthy. Estudié el socialismo, pero enseguida me descubrí en desacuerdo con los objetivos y métodos del Partido Comunista¹⁰.

En esa declaración jurada André no mencionó al FBI que una noche a una hora avanzada se había reunido con un reclutador del Partido

Comunista en Budapest. Según su hermano Cornell, el reclutador dijo a André que «al partido no le interesaban los jóvenes intelectuales burgueses*. En respuesta, [André] decidió que no le interesaba el partido»¹¹. Ese flirteo con el comunismo a altas horas de la madrugada costó caro a André, según su hermano. «El daño ya había sido hecho», escribiría más tarde. «Un policía secreto había sido testigo del encuentro¹².» Cuando André llegó a casa lo detuvieron dos agentes. Julia les suplicó que no se llevaran a su hijo; eran tantos los subversivos que no habían vuelto nunca de las celdas de Horthy... Pero desoyeron sus súplicas, y subieron a André a la parte trasera de una furgoneta de la policía y se lo llevaron para interrogarlo. En una pequeña celda, donde otros prisioneros políticos habían garabateado sus nombres en las paredes, unos matones contratados por Peter Heim le pegaron y golpearon.

«Era corriente que los jóvenes activistas recibieran una paliza como medida disuasiva —dice Besnyő—. Pero no lograron asustar a André. Se rió en su cara mientras lo golpeaban, porque sólo podían insinuar que era de izquierdas. No tenían modo de demostrar que era comunista.» Al parecer André se rió de sus interrogadores hasta que éstos lo dejaron inconsciente.

Cómo y en qué estado lo soltaron más tarde sigue siendo un enigma. La mujer de Imre Hetényi, jefe de la policía estatal, era, según Cornell, «una buena clienta» del salón de costura de sus padres. «A través de ese contacto nuestro padre logró que soltaran a mi hermano con la condición de que se marchara de inmediato de Hungría¹³.»

¿Un insignificante sastre judío podía realmente haber persuadido al hombre fuerte de un estado policial? ¿O tal vez Hiem había perdido al pináculo y debía dinero a Dezső? Eva Besnyő señala que hubo una razón mucho menos dramática para que André se marchara finalmente de Hungría: se limitó a seguir el ejemplo de

* Es muy poco probable que el Partido Comunista rechazara a André cuando necesitaba a todos los militantes jóvenes y avispados que pudiera encontrar. Además, él no era un intelectual burgués.

ella*. Como joven judía, ella ansiaba escapar del creciente antisemitismo de Hungría. En 1930 su padre había consentido en enviarla a estudiar fotografía a Berlín, el epicentro de la experimentación en este arte. Cuando Besnyő anunció a André que se iba a Berlín, él respondió con indiferencia: «Puede que yo también vaya».

«¿Cómo vas a arreglártelas para llegar allí?», preguntó ella. Sabía que los Friedmann apenas tenían dinero para matricularlo en la Universidad de Budapest, y menos aún para pagar los gastos del viaje a Berlín. «No te preocupes por eso. Llegaré», replicó André.

* Su padre se había ocupado de enviarla a una escuela cara de Bellas Artes de Budapest cuando acabó el colegio. A su debido tiempo ella cobró conciencia de las distintas tendencias documentales que existían en la fotografía húngara, así como de las ideas del escritor y artista de izquierdas Lajos Kassák, quien veía la fotografía como una forma de arte con una utilidad social inexplorada. Las fotos podían ser la manera que tenía el artista con conciencia social de mostrar al mundo la verdad, contribuyendo así a cambiarlo. Mientras André arrojaba piedras a fascistas, Besnyő utilizaba una cámara Rolleiflex para fotografiar a los estibadores y las campesinas de los pueblos.

Bárbaros en las puertas

Soy una cámara.

CHRISTOPHER ISHERWOOD, *Adiós a Berlín*

En julio de 1931 André se marchó de Budapest en tren. Tras una ruta indirecta llegó a Berlín a principios de septiembre. Sintiendo solo y de pronto vulnerable, sin haber cumplido aún los dieciocho años, buscó a Eva Besnyő, a quien finalmente encontró viviendo en un pequeño estudio*.

—¿Cómo te las has ingeniado para llegar hasta aquí —le preguntó ella.

André no había hecho autoestop ni se había abierto camino hasta allí de alguna otra manera romántica. En lugar de ello había explotado con astucia su identidad judía para cumplir su promesa de seguirla hasta Berlín. «André siempre fue muy espabilado —recuerda Besnyő—. Se había enterado de que la comunidad judía de Budapest enviaba a alumnos de talento a estudiar al extranjero. De modo que

* Desde que se había marchado de Hungría, ella tenía la sensación de haber vuelto a la vida: «En Berlín se abrían las puertas y la luz entraba a raudales. Luz en la oscuridad. Me convertí en otra persona». Ya había hecho fotos increíblemente detalladas de la arquitectura y las anchas calles de la ciudad. A través de su objetivo, Berlín era una metrópoli futurista de «impactantes diagonales, vistas de pájaro y de gusano, imágenes ladeadas e intensos primeros planos». (Eva Besnyő, *Eva Besnyő*, Focus Publishing, Amsterdam, 2000.)

había solicitado una beca y se la habían concedido.» Pero la beca no le había permitido viajar directamente de Budapest a Berlín; había tenido que ir de una familia judía a otra, pasando por Praga, Viena y Dresden, hasta llegar por fin.

Cuando Besnyő le preguntó qué pensaba hacer en Berlín, él respondió que iba a estudiar ciencias políticas en la famosa Deutsche Hochschule Für Politik, y el 27 de octubre se matriculó para el trimestre de invierno. Pero se sentía demasiado inquieto e intrigado acerca de Berlín, estaba demasiado ansioso de experiencias para soportar las interminables explicaciones teóricas, y muy pronto empezó a saltarse clases.

Esos primeros meses en Berlín no fueron difíciles para André. Sus parientes le enviaban pequeñas sumas de dinero y sus padres le pasaban una mensualidad. Pero cuando la economía mundial se hundió en la depresión que siguió al crac de Wall Street de 1929, el salón de costura de los Friedmann perdió clientes y Julia dejó de enviarle los pocos marcos que él necesitaba cada mes. Cuando el otoño dio paso al crudo invierno, Capa empezó a conocer lo que era la desesperación. Según su prima Suzy Marquis, pronto pasó tanta hambre que robaba costillas de ternera del plato del perro de su casera, frau Bohem¹. Tras varios meses sin pagar el alquiler, André se marchó precipitadamente en cuanto frau Bohem empezó a sospechar dónde había ido a parar la cena de su querido dachshund.

A principios de 1932 André necesitaba ganar dinero si quería continuar sus estudios sin morir de hambre. Tras haber considerado brevemente el periodismo como carrera en Budapest, empezó entonces a plantearse en serio la fotografía. «Mientras estudiaba —declaró en 1953—, el dinero que me enviaban mis padres se acabó, y decidí hacerme fotógrafo, que es lo más parecido al periodismo para alguien que no domina el idioma².» (Su alemán seguía siendo limitado en aquella época.)

Preguntó a Eva Besnyő si podía ayudarle a encontrar trabajo en una agencia o estudio.

—Este asunto de la fotografía, ¿es una buena forma de ganarse la vida? —se preguntó.

—¡No hables así! —replicó Besnyő—. No es una profesión. Es una vocación.

—Eso no importa. ¿Es divertido?

—Sí, lo pasas muy bien.

Eva Besnyő conocía a varias personas que podían ayudar a André a encontrar empleo. Tal vez lo mejor era que se pusiera en contacto con un fotógrafo llamado Otto Umbehers, un ex minero que había estudiado diseño en la escuela de arte y diseño Bauhaus y en esos días era director de publicidad y retratos de una prestigiosa agencia llamada Dephot*. Besnyő telefoneó a Umbo (como lo llamaba la mayoría de la gente) y le preguntó si podía servirle un «chico muy listo». Umbo respondió que se lo enviara. La siguiente vez que Besnyő tuvo noticias de André, éste trabajaba de ayudante en el cuarto oscuro de Dephot, rellenando las botellas de fijador y revelador y colgando las copias para que se secaran al tiempo que aprendía los rudimentos de la exposición y el positivado.

André se quedó extasiado con el ritmo acelerado y la excitación que se respiraba en la agencia. Las fechas de entrega se les echaban encima, se caldeaban los ánimos, y la persecución de fotografías y noticias nunca cesaba. Aunque lo habían contratado por una miseria para trabajar en el cuarto oscuro, André no tardó en ayudar también a organizar los encargos y a hacer trabajos administrativos en la oficina principal de la agencia. Los días eran largos y frenéticos, ya que Dephot proveía a muchos de los dos mil quinientos periódicos y publicaciones de Alemania, y por lo menos a una docena de periódicos de Berlín que cada semana sacaban un suplemento ilustrado.

* Entusiasta intensamente bohemio del movimiento dadá, Umbo sirvió de puente entre el mundo de los fotógrafos experimentales de Besnyő, influido por las ideas de Moholy-Nagy y György Kepes, y la primera edad de oro del periodismo gráfico. Magnífico «flash-bulber», como llamaba André a los expertos en fotografía de flash, Umbo no tenía rival a la hora de captar la expresión sobresaltada de los decadentes fracasados de Berlín: garbosas mujeres cogidas desprevenidas al encenderse las luces en un club nocturno de un sótano, lesbianas riendo bobamente en un sofocante cabaret y libertinas envueltas en pieles, ebrias de la *Süssen Liebe* —dulce vida— de Berlín.

La última palabra en la agencia la tenía Simon Guttmann, un hombrecillo con gafas de energía inagotable y talento para crear noticias. En 1928 había montado la agencia Dephot para sacar provecho del rápido crecimiento de las revistas ilustradas en Alemania. Cuando André entró en la agencia, entre los fotógrafos había varios periodistas gráficos bien considerados como Felix Man, que llevaba trabajando desde 1929 para la *Müncher Illustrierte Presse* por unos mil marcos garantizados al mes. Es posible que André trabajara para Dephot cuando Man hizo su serie de fotografías más famosa, «Un día en la vida de Mussolini». Hoy en día se considera un clásico de la primera fase del reportaje, una noticia gráfica que captó con brillantez y sutileza la vanidad y absurdidad de Il Duce³.

Hacia el verano de 1932 André había dejado la universidad (su pretexto para ir a Berlín) y ayudaba a Man y a otros en sus encargos de captar la vida cotidiana de la ciudad. A menudo le pasaban una pequeña cámara para que cambiara el carrete: uno de los primeros modelos de la ahora famosa Leica*. La Leica hacía posible lo imposible, con sus lentes de alta velocidad y obturadores de plano focal que reducían a una milésima de segundo el tiempo de exposición. Permitía a los periodistas gráficos de Dephot hacer fotografías de acción y trabajar con poca luz sin depender de un complicado y caro equipo de iluminación⁴.

André tomó prestada una Leica de la oficina de Dephot y enseguida aprendió a potenciar al máximo sus ventajas técnicas. No había mejor lugar o época para adquirir práctica en la técnica del reportaje que Berlín y su fascinante combinación de extremos políticos y culturales. La fotógrafa Gisèle Freund estudiaba por aquella época en Berlín y trabaría amistad con André tras huir de Alemania y sacar clandestinamente del país las conmovedoras fotografías que había hecho de las víctimas políticas de Hitler. «La capital de la joven República —recordaba— [era] el centro de los movimientos intelectuales y artísticos alemanes. Su teatro se hizo famoso por las piezas

* Modelos posteriores han colgado del cuello de casi todo periodista gráfico respetado hasta el día de hoy.

de Bertolt Brecht, Ernst Toller y Karl Zuckmayer, y por la obra de los directores Max Reinhardt y Edwin Piscator. Las películas de cine mudo de UFA, dirigidas por Fritz Lang, Ernst Lubitsch y otros, eran conocidas internacionalmente*.»

En 1932 Berlín era también un campo de batalla donde la izquierda y la derecha se enfrentaban en las calles de la futura Alemania. El 4 de junio de 1932 se disolvió el Reichstag y se fijaron las elecciones nacionales para el 31 de julio. El 15 de junio se levantó la prohibición de la SA (*Sturmabteilung*, División de Asalto), una organización paramilitar nazi, y Alemania se encontró de repente inmersa en la violencia política. En los barrios obreros de Berlín murieron cientos de personas en luchas callejeras. Hacia mediados de julio la guerra civil amenazaba con engullir el país. Todos los partidos políticos, excepto el nazi y el comunista que estaban en lucha abierta entre sí, pedían el restablecimiento del orden y la ley. En Berlín se declaró la ley marcial.

El 31 de julio el Partido Nacionalsocialista ganó más escaños que ningún otro partido, obteniendo 13.745.000 votos. Las clases media y alta de Alemania habían recurrido en masa a Hitler, en parte por el miedo general a un levantamiento comunista. Aunque parecía que los comunistas se estaban ganando rápidamente el apoyo de la clase obrera —obtuvieron doce escaños, lo que los convirtió en el tercer partido del Reichstag, con ochenta y nueve afiliados—, no pudieron formar oposición frente a los trescientos veinte escaños de los nazis.

En otoño, con Alemania sumida en el caos político, André tuvo su primera gran oportunidad en la agencia Dephot. Un día, a la luz roja del cuarto oscuro, vio cómo tomaban forma unas imágenes increíblemente exóticas. Mostraban una India fascinante, tal como la había visto Harald Lechenperg, uno de los reporteros más intrépidos de Dephot. Cautivado, André entró precipitadamente en la oficina de

* Pero los nazis ya habían dejado claras sus intenciones culturales. En un estreno de 1931 de la pacifista *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque, organizaron disturbios para protestar contra la película, llegando incluso a entrar en un cine de Berlín, donde arrojaron bombas fétidas y soltaron ratones hasta que por fin lograron que se prohibiera la película.

Guttman para comentar lo excepcionales que eran las fotografías. Al ver su pasión, Guttman decidió entrenarlo y varios meses después le encomendó su primer trabajo importante⁵.

El 27 de noviembre André se coló en el estadio de Copenhague, el Sportpalast, y esperó a que el protagonista de su primer reportaje apareciera ante una gran multitud. Guttman le había encargado que fotografiara a León Trotski dando una conferencia sobre «el significado de la Revolución rusa». Mientras Trotski hablaba, André hizo fotos sin parar, captando imágenes granuladas del enemigo acérrimo de Stalin en sus últimos momentos ante una gran multitud. Cuando Trotski guardó silencio, el Sportpalast estalló en aplausos. André observó a Trotski de pie solo, repentinamente exhausto. Las entusiastas ovaciones no se debían a su discurso. Los estudiantes rendían homenaje a un hombre al que ya andaban buscando los asesinos de Stalin y que se había visto rechazado por un país tras otro en su desesperada búsqueda de refugio. Cuando abandonó el escenario pareció como si la muerte se cerniera sobre él.

André no fue el único fotógrafo que acudió al Sportpalast ese domingo con una Leica, pero sus fotografías fueron con diferencia las más conmovedoras. De crucial importancia fue que se hubiera situado a pocos pasos del sujeto. Aunque técnicamente distaban de ser perfectas, sus imágenes poseían la intimidad e intensidad que iban a convertirse en su sello característico. Al regresar a Berlín, se enteró de que la revista *Der Welt Spiegel* había dedicado una página entera a sus fotografías. En letra pequeña, a pie de página, se leían las embriagadoras palabras: «Aufnahmen: Friedmann-Dephot»⁶.

Sin embargo, su primera foto firmada no contribuyó a mejorar su precaria situación económica. A menudo sin blanca, empezó a frecuentar el café Romanisches, lugar de reunión de la comunidad emigrante, donde solía gorronear un café o algo de comer a sus compatriotas húngaros. Pero éstos cada vez eran más escasos en Berlín. Su amiga Besnyő ya se había marchado ese verano. «Los Camisas Marrones [las SA] habían tomado las calles —explicó ella—. En todas partes veías a nazis con una porra colgada del cinturón. Empecé a sentirme terriblemente insegura⁷.»

André se quedó más tiempo, reacio a volver a Hungría donde el régimen fascista del almirante Horthy había intensificado la persecución de judíos y demócratas. Así, mientras los intelectuales y artistas huían de Berlín, un André sin hogar deambulaba por la ciudad, durmiendo a menudo en los parques y portales, siendo testigo del ascenso de Hitler de la nada al poder.

El 30 de enero de 1933 el presidente Hindenburg se dejó persuadir por sus asesores para nombrar canciller a Hitler. Mientras el sol se ponía sobre un caótico Berlín, cada vez se oía más fuerte el ruido de las botas altas. André observó a las tropas de asalto nazis marchar por las calles en perfecta formación, sosteniendo en alto antorchas encendidas para celebrar el ascenso del cabo austriaco al poder. Los miembros de la nueva élite de Alemania salieron del bosque de Tiergarten a millares, cruzaron con paso firme la puerta de Brandenburgo y bajaron por Wilhelmstrasse. La letra de su canción de marcha favorita, *Horst Wessel!*, resonó por toda Alemania. En la Cancillería, Hitler disfrutaba de su momento de asombrosa gloria.

La revolución nazi hipnotizó al pueblo alemán. Hitler prometió un renacimiento nacional, empleos, la restauración del orgullo alemán y la destrucción de las fuerzas decadentes que habían dado origen a las abominaciones de la República de Weimar: homosexuales, comunistas y judíos. Después de la noche de triunfo de Hitler, André comprendió que sus días en Berlín estaban contados. Tarde o temprano lo detendrían y lo enviarían tal vez a un campo de internamiento. Si dormía en el portal que no debía, o se topaba con un grupo de miembros de las Juventudes Hitlerianas borrachos, podían darle un navajazo o hasta matarlo a golpes.

El 27 de febrero el Reichstag desapareció en furiosas llamas y, con él, toda esperanza de un futuro democrático en Alemania. Al día siguiente Hitler prohibió el Partido Comunista, al que hacía responsable del incendio, y declaró el estado de emergencia. Había empezado el Tercer Reich. El Reichstag seguía ardiendo lentamente mientras detenían a más de cuatro mil oficiales comunistas y a un elevado número de dirigentes liberales y socialdemócratas. Los matones de las SA de Ernst Röhm irrumpieron en sus casas y dispararon allí mis-

mo a los subversivos sospechosos. Los afortunados fueron torturados y golpeados. A otros los enviaron a los primeros campos de concentración.

André decidió por fin marcharse de Berlín y se puso en contacto con la organización judía que lo había ayudado a llegar a la ciudad⁸. Tan pronto como recibió el dinero para comprarse un billete, cogió un tren a Viena. Entre las diez mil personas que también huían de la Alemania nazi se hallaban muchas de las lumbreras científicas y artísticas del siglo: Albert Einstein, Thomas Mann, Bertolt Brecht y Wassily Kandinsky.

En Viena, André se quedó varias semanas en casa del fotógrafo de Dephot Harald Lechenperg. Pero la historia seguía pisándole los talones. Una semana después del incendio del Reichstag, el canciller austriaco Engelbert Dollfuss estableció un régimen totalitario. En junio de 1933 André había vuelto a Budapest, donde encontró a Julia, a Dezső y a su hermano mayor, Lázló, confeccionando aún vestidos, pero llegando a duras penas a fin de mes.

Durante varias semanas André trabajó para la agencia de viajes Veres, haciendo fotos de los monumentos históricos. Pero a finales de verano volvía a estar desesperado por marcharse de Hungría. En su ausencia la izquierda húngara había sido cruelmente aplastada y él no parecía tener muchas posibilidades de convertirse en un fotógrafo profesional en su tierra natal. El lugar más evidente al que dirigirse a continuación era París, donde ya se habían refugiado del fascismo otros miles de húngaros judíos⁹.

El hombre que se inventó a sí mismo

Hay personas que han nacido para ser parisenses y Capa era una de ellas. Mundano, bien parecido, flemático y medio dandi cuando le convenía... [Capa] podría haber nacido cerca de la Bastilla o en una de las grandes casas del *arrondissement* dieciséis.

IRWIN SHAW, *Vogue*, abril de 1982

París resultó ser tan cruel como Berlín. Al principio André pasó apuros hasta para comer y durante varios meses fue sin rumbo de un destartalado hotel a otro, marchándose antes de que los gerentes le obligaran a pagar la cuenta. Como sólo hacía trabajos esporádicos y bebía más de la cuenta en cuanto conseguía reunir unos pocos francos, a lo largo del invierno de 1934 visitó con frecuencia una casa de empeños del barrio latino. Sólo para sobrevivir dejaba en depósito su más preciada posesión, una Leica. «Más que nada, [André] llevaba y traía de la casa de empeños ese aparato: una Leica que constaba de objetivo y disparador —según John Hersey—. La cámara pasaba tres semanas en el establecimiento por cada semana que estaba en manos de Friedmann!.»

Cuando a André no le quedaba nada que empeñar y no podía permitirse comprar comida, trataba de pescar en el Sena algo para cenar, pero sin mucha suerte. De vez en cuando iba a ver a la prima de su madre, Szeren Fischer, que vivía en un piso modesto cerca de Madeleine con su marido Béla y su hija de seis años Suzy. Siempre

le caía un plato de sopa y hasta le dejaban utilizar una vieja ampliadora que el padre de Suzy, fotógrafo aficionado, guardaba en un lavabo sin ventana². Suzy todavía recuerda las visitas de André, porque siempre le traía un pequeño regalo y jugaba con ella. Con el tiempo se convertiría en una de las pocas confidentes de André. «Bandi siempre tuvo un aura... carisma —dice—. Desde el primer recuerdo que guardo de él, cuando yo tenía tres años y fuimos de visita a Budapest, Bandi era la clase de persona a la que era imposible pasar por alto. Podías odiarlo o amarlo, hasta adorarlo, pero no te era indiferente.»

Al vivir en habitaciones no mucho más grandes que una cama, era en los cafés de la orilla izquierda donde André y sus amigos refugiados se sentían realmente en casa. Uno de los favoritos de André era el Café du Dôme de Montparnasse, donde Anaïs Nin había declarado en susurros su amor a Henry Miller. Fue en el Dôme donde a principios de 1934 André trabó amistad con un judío polaco, David Seymour, apodado Chim. Callado, con gafas de cristales gruesos y cara de sabihondo, Chim era un intelectual ocurrente que trabajaba para el semanario comunista *Regards*, y se convertiría tal vez en el mejor amigo de André. Nacido el 20 de noviembre de 1911 en Warsaw, hijo de un respetado editor judío, Chim había soñado con ser pianista concertista antes de descubrir las artes gráficas en la Universidad de Leipzig y probar a continuación la fotografía mientras estudiaba física en la Sorbona.

Un día en el Dôme, Chim presentó a André a otro fotógrafo profesional, Henri Cartier-Bresson, un normando *haut-bourgeois* cuya familia era dueña de uno de los negocios textiles más prósperos de Francia*. Cartier-Bresson había crecido en Chanteloup, cerca de París, hijo de un hombre de negocios con dotes artísticas y una madre que era descendiente de Charlotte Corday, quien había sido ejecutada por asesinar al famoso revolucionario Jean-Paul Marat. Tras

* «El pequeño refugiado polaco —ha escrito el fotógrafo francés Jean Lacouture— fraguó de golpe una alianza entre los dos perseguidores de imágenes más antitéticos —movimiento y estructura, naturaleza y cultura—, una asociación tan improbable como la del torrente y la roca.» (Jean Lacouture, *Introduction to Robert Capa*, Pantheon Photo Library, París, 1988.)

ir a un selecto colegio privado y estudiar un año en Cambridge, había viajado por toda Europa, México y África, y ya había expuesto su obra en España y México.

A los ojos de Cartier-Bresson, André siempre sería un anarquista que trataba igual a todo el mundo y un «jugador» increíblemente romántico³, pero no un fotógrafo de una capacidad intelectual excepcional. «Antes de conocer [a André] y a Chim —recordaba Cartier-Bresson—, yo me relacionaba con escritores y pintores antes que con fotógrafos. [...] [André] no era un hombre de visión, era un aventurero con una enorme capacidad para disfrutar de la vida. Pero lo fundamental en él no era la fotografía, sino lo que tenía que decir, su personalidad entera. Chim era un filósofo, un jugador de ajedrez, un hombre que pese a no ser nada religioso, llevaba dentro de él la carga de ser judío como una especie de tristeza⁴.»

De los tres, André y Chim eran los verdaderos *copains*, los amigos íntimos, unidos por su sensibilidad de europeos del Este y por sus experiencias del antisemitismo. El destino de los judíos europeos ya cubría las paredes de París, como había ocurrido en Berlín y en Budapest: los carteles electorales antisemitas pegados por fascistas desfiguraban las estaciones de metro y otros lugares públicos. Como fotógrafos, los tres enseguida se pusieron a documentar con brillantez los conflictos sociales e industriales en Francia mientras el país pasaba de una crisis política a otra a mediados de los años treinta. En el magistral libro de Eugen Weber de 1994, *The Hollow Years: France in the 1930s*, las fotografías de los tres se combinan para ofrecer un deslumbrante retrato de la sentenciada Tercera República.

Otro refugiado que no tardaría en unirse a este grupo de fotógrafos ambiciosos y politizados era Pierre Gassmann, fotógrafo y revelador de fotos alemán*. «Desde el momento en que lo conocí [a

* A pesar de que ha trabajado con muchos de los grandes fotógrafos del siglo, en el salón de Gassmann sólo hay una fotografía enmarcada. Muestra a André sonriendo encantador en 1952 a los treinta y ocho años, dos años antes de morir. Hoy en día Gassmann es propietario de Picto, el famoso laboratorio de revelado de fotos parisino.

André] hasta que murió, siempre me pareció una persona de lo más divertida, alguien que siempre vivía el presente, un gran apasionado de la vida, sobre todo de la comida, el vino y las mujeres. Era un fotógrafo muy dotado, muy instintivo. Quería mostrar a la gente cosas que nunca habían visto. Quería escandalizar y sorprender⁵.» Gassmann enseguida empezó a revelar fotos para Chim, André y Cartier-Bresson en el bidet de su apartamento.

Poco después de que André hiciera estas nuevas amistades, Simon Guttman fue a París, lo localizó a través de sus contactos en la comunidad húngara y le ofreció un empleo: hacer fotos publicitarias para el folleto de una compañía suiza de seguros de vida⁶. Para una de las fotos iba a tener que buscar a una rubia joven y guapa, y hacerle posar en un parque cercano.

André sabía dónde encontrar a candidatas prometedoras: en los cafés de la orilla izquierda donde había pasado los últimos meses gorroneando dinero para pagarse un vaso de vino y tramando sobre cómo conseguir suficiente dinero para sacar su Leica de la casa de empeños. Una tarde conoció a Ruth Cerf, una refugiada suiza despampanante. Ella recuerda que empezaron a hablar y André le pidió que posara para él en un parque de Montparnasse. «Parecía un vagabundo. Me dijo que estaba buscando a una modelo. Accedí a posar, pero me preocupaba estar a solas con él, de modo que decidí llevarme a una amiga.»

Llegó al parque con su compañera de piso, Gerda Pohorylles, una animosa pelirroja de metro y medio de estatura, corte de pelo poco femenino y ojos verdes chispeantes que no tardaría en cambiar el curso entero de la vida de André⁷. Al igual que a Cerf, André le pareció un tanto ordinario, pero también muy guapo y carismático. Nacida en Stuttgart el 1 de agosto de 1911 en el seno de una familia de ínfulas intelectuales, Gerda también era una refugiada del fascismo. Durante los últimos años de la República de Weimar había ido a una escuela de secretariado, donde aprendió lo necesario para ser secretaria; fue a clase con tacones y encolerizó a su tía rica comprometiéndose con un elegante comerciante de algodón de treinta y cinco años, Hans Bote. El compromiso duró unas semanas hasta que Ger-

da se enamoró de un estudiante de medicina ruso, Georg Kavitkes, que la inició en el bolchevismo.

Antes de que Hitler subiera al poder en 1933, Gerda ya colaboraba activamente en organizaciones comunistas y había repartido folletos antinazis y pegado manifiestos izquierdistas en las paredes por las noches. En una carta a una amiga hasta había considerado la posibilidad de que los nazis la mataran de una paliza. El 19 de marzo de 1933 los nazis la detuvieron por su supuesta participación en una conspiración bolchevique contra Hitler. Al registrar su cuarto encontraron una carta que había escrito a su novio Georg, en la que mencionaba el comunismo. Logró convencer a sus interrogadores de que sólo era una joven boba sin convicciones políticas, y en agosto cruzó a Francia con pasaporte polaco y se abrió camino hasta París, donde recibió ayuda de varias organizaciones comunistas que daban albergue y comida a los refugiados políticos. Ruth Cerf trabajaba para una de esas organizaciones y las dos compartían un piso tan mal calentado que pasaban las tardes de invierno acurrucadas para darse mutuamente calor⁸.

Poco después de conocer a Gerda, André cogió papel y sobre de cartas del café Dôme y escribió una breve misiva a su madre. En ella explicaba que Simon Guttman había vuelto a acudir en su auxilio y le había conseguido sus primeros encargos en el extranjero; se marchaba a España⁹. Emocionado, no tenía ni idea de que Guttman había quedado en vender los reportajes a *Berliner Illustrierte Zeitung*, una revista que tenía la desagradable costumbre de sacar en portada fotos de nazis¹⁰.

España fascinó a André desde el momento en que llegó a San Sebastián, al otro lado de la frontera francesa. El país tenía mucho en común con Hungría, desde la influencia del islam hasta la comida, el grado de difusión del folclore gitano y la cultura popular. En realidad España fue como un segundo hogar, un país cuya alma André comprendió en el acto y cuya vitalidad lo cautivó profundamente.

Su primer encargo fue un reportaje sobre el boxeador Paolino Uzcudun, que tenía previsto luchar contra el campeón peso pesado alemán Max Schmeling en Berlín el 7 de julio de 1935; sus fotogra-

fias mostraban un deporte mucho más dignificado, aunque más duro, que el corrupto pugilismo que vemos hoy día por televisión¹¹. Su siguiente parada fue Madrid, donde fotografió al atrevido teniente coronel Emilio Herrera junto a un globo de aire caliente diseñado expresamente para él. Según la revista *Vu*, Herrera se había propuesto establecer el récord mundial en aerostación¹². El 14 de abril André vio un desfile que señalaba el cuarto aniversario de la República española, un frágil experimento de democracia. A continuación se dirigió a Sevilla para pasar la Semana Santa, la festividad más exótica y bulliciosa del calendario religioso español.

El gitano que había en André quedó fascinado con las imágenes que no tardaron en desfilar a través de su objetivo. Sesenta y cuatro enormes estatuas de bronce eran llevadas a hombros en una procesión de varios kilómetros de longitud a través de la ciudad¹³. Entre los jaraneros había señoritas de ojos azul celeste, bailaoras vestidos de seda, toreros con el pelo engominado y otra gente con trajes que recordaban la Inquisición y el Ku Klux Klan. Se oyeron los petardos hasta el amanecer mientras las espectaculares procesiones religiosas zigzagueaban por las estrechas calles de la antigua ciudad. En una carta a Gerda, que estaba en París, André describía con vívidos detalles esas escenas y cómo se había pasado toda la noche bebiendo con los lugareños. Terminaba diciendo en un alemán incorrecto que pensaba a menudo en ella¹⁴.

Con los ingresos de los dos reportajes, André se pudo permitir tomarse unas merecidas vacaciones. Ese verano se reunió con Gerda, Willi Chardack, estudiante de medicina, y otro amigo, Raymond Gorin, en la isla de Santa Margarita, junto a la costa Azul. André y Gerda enseguida se volvieron inseparables. «Se enamoraron en el sur de Francia», recuerda Ruth Cerf.

Gerda empezó a soñar. André estaba dotado de un enorme potencial, pero era demasiado indisciplinado, demasiado bohemio, a menudo arrogante e irresponsable. También se dio cuenta, según Ruth Cerf, de que tenía algo de «granuja y mujeriego». Pero su encanto y osadía, si se unían a una actitud profesional hacia su trabajo, tal vez los salvara a los dos de la miseria. Descubrió encantada que André no

protestaba cuando lo reprendía por beber demasiado y le pedía que se arreglara un poco. He ahí una mujer que no lo sofocaba con su cariño y que se mostraba tan desinhibida con el sexo como cohibida por su condición de intrusa en París como judía alemana*. Él empezó a llamarla «la jefa»¹⁵, le enseñó en pocos días a utilizar una Leica y hasta reveló algunas de sus primeras fotografías. No tardaron en mudarse juntos a un estudio cerca de la torre Eiffel.

«Sin Gerda, André tal vez no lo habría logrado —dice Eva Besnyö—. Ella lo recogió, le dio un norte... Él nunca había querido llevar una vida convencional, de modo que cuando no le iban bien las cosas, se dedicaba a beber y a jugar. Iba por el mal camino cuando se conocieron, y tal vez sin ella habría sido su fin.»

En una carta que escribió ese otoño a su madre¹⁶, André decía que había encontrado trabajo a Gerda vendiendo fotografías para una nueva agencia llamada Alliance, llevada por una mujer guapa e increíblemente eficiente que se llamaba Maria Eisner. Él también trabajaba a tiempo parcial como editor de fotografía para una publicación mensual japonesa que pertenecía al grupo Mainichi Press**.

Por esos días Julia comunicó a André su intención de ir a ver a sus hermanas que se habían establecido en Nueva York. Es posible que no le dijera que su matrimonio con su padre había terminado.

* En una ocasión se lavó desnuda delante de los amigos de André y, según Ruth Cerf, en toda su corta vida nunca logró ser monógama. «Para Gerda los hombres eran algo así como desechables —dice Cerf—. No era feminista. Siempre prefirió a los hombres ricos.»

** En otras cartas que escribió a su madre por aquella época, decía que la cinematografía le interesaba más que la fotografía. Otros muchos fotógrafos de su círculo, entre ellos Cartier-Bresson, trabajaban de vez en cuando en el cine, y, desde que se había ido de Budapest, Capa se había vuelto un apasionado admirador del cine francés. No era el único. Francia estaba igual de fascinada con el nuevo medio. De los ingresos de espectáculos en París, el porcentaje correspondiente al cine se elevó del 40 por ciento en 1929 a un asombroso 72 por ciento en 1939. En mayo de 1940, mientras divisiones panzers alemanas recorrían los campos de trigo del norte de Francia, los cines de París vendían más de tres millones de entradas. (Eugen Weber, *The Hollow Years, France in the 1930s*, Norton, Nueva York, 1994.)

Según uno de los parientes de André que sigue vivo, la afición al juego de Dezsö había acabado hundiendo el negocio familiar y, con él, el matrimonio Friedmann. En menos de un año, según ese pariente y Ruth Cerf, Dezsö apostaría su última mano y, en palabras de Cerf, «se quitaría la vida».

Antes del supuesto suicidio de Dezsö, su hijo menor, Cornell, se reunió con André en París con la intención de hacerse médico. Cuando no estudiaba francés, se dedicaba a revelar las fotos de André, y no tardó en hacer lo mismo para Chim y Cartier-Bresson. Al final convirtió en un cuarto oscuro el lavabo del otro lado del pasillo de su habitación de hotel. «Estaba en la rue Vavin, en un pequeño hotel que daba al café Dôme. Tenía una habitación en el piso de arriba y si asomaba la cabeza por la ventana del tejado, veía el Dôme, donde se reunían a tomar café todos los fotógrafos, artistas, extranjeros, filósofos y parisienses¹⁷.»

En abril de 1936, de nuevo en papel y sobre de cartas del café Dôme, André contó a su madre que su transformación de holgazán a burgués respetable había tomado un nuevo y sorprendente giro. Gracias a Gerda, había vuelto a nacer. Pero no se trataba de una conversión religiosa o un redescubrimiento del judaísmo; nada más lejos que eso. Había adoptado un nuevo nombre acorde con su nueva imagen¹⁸.

En 1947 John Hersey explicó cómo André Friedmann había «renacido» como Robert Capa¹⁹. «André y Gerda habían decidido fundar una sociedad de tres personas. Gerda, que trabajaba para una agencia de fotos, haría de secretaria y representante comercial; André sería el empleado del cuarto oscuro; y los dos habían sido contratados por un fotógrafo norteamericano rico, famoso y con talento (e imaginario) llamado Robert Capa, que estaba supuestamente de visita en Francia*.»

* Por aquella época Gerda también se reinventó a sí misma cambiando su apellido del impronunciable Pohorylles al más conciso Taro. Inspirado en el nombre de un famoso artista japonés de París llamado Taro Okamoto, «Taro» era corto y tenía gancho, como Capa.

Robert Capa explicó en 1947 en una entrevista de radio su cambio de nombre: «Mi verdadero nombre no se parecía mucho a Bob Capa. No era demasiado bueno. Yo era tan tonto como ahora, pero más joven, y no lograba que me hicieran encargos. Necesitaba desesperadamente un nuevo nombre».

—Bueno, ¿y cómo se llamaba? —preguntó el entrevistador.

—Oh, me da mucha vergüenza decirlo. Empezaba por André y era Friedmann, y los dos se juntaron y me desembarazaron de él.

—Ya veo.

—De modo que traté de discurrir uno nuevo... Robert sonaría muy estadounidense y así era como alguien tenía que sonar. Y Capa sonaba estadounidense y era fácil de pronunciar. De modo que Bob Capa me pareció un buen nombre. Entonces me inventé que Bob Capa era un fotógrafo norteamericano famoso que había venido a Europa y no quería hacer perder el tiempo a los editores franceses porque no pagaban lo suficiente... De modo que me mudé con mi pequeña Leica, saqué unas cuantas fotos y escribí en ellas el nuevo nombre, lo que hizo que se vendieran por el doble del precio²⁰.

Algunos han lanzado la hipótesis de que se puso el nombre de Capa por Frank Capra, que entonces ya tenía fama como director de películas como *Platinum Blonde* (*La jaula de oro*, 1931) y *American Madness* (1932). Pero ¿qué hay del nombre de pila Robert? La veterana periodista gráfica húngara Éva Keleti, que en 1976 organizó la primera exposición de fotos de Capa en su tierra natal, cree tener tal vez la respuesta. En uno de sus restaurantes preferidos de Budapest, garabatea en un cuaderno: «André... Bandi... Bob». «De niño en Budapest lo llamaban Bandi —dice—. De Bandi a Bob no hay mucho trecho, y de ahí a Robert.»

Según Hersey, a principios del verano de 1936 había completado su nuevo disfraz. Asesorado por Gerda, había cambiado de peinado (corto por detrás y por los lados) y hasta había empezado a llevar un elegante abrigo y un sombrero. Sin embargo, e irónicamente, no era ese atuendo burgués, sino los monos y los pichis de *les ouvriers* (trabajadores manuales), lo que de pronto había causado furor entre los

radicales ese verano. El domingo 3 de mayo de 1936 subió al poder una coalición de partidos de izquierda llamada Frente Popular*.

A través de un refugiado húngaro, André Kertész, Capa se enteró de una oportunidad para colaborar con la revista *Vu*, una influyente publicación que apoyaba al Frente Popular. *Vu* no pagaba bien, pero necesitaba desesperadamente colaboradores**. Impresionado por las fotografías de Trotski de André, el director Lucien Vogel le encargó que cubriera los acontecimientos políticos de París. Muchas de las fotos que hizo André estaban mal compuestas y desenfocadas, pero captaron el clima de una emocionante época²¹.

En un esfuerzo por pacificar a los obreros, el primer ministro Léon Blum anunció un «nuevo trato»: aumento salarial del 12 por ciento, semana laboral de cuarenta y ocho horas, dos semanas de vacaciones pagadas al año y convenios colectivos. La clase obrera de Francia estaba rebosante de alegría. Las mujeres bailaron unas con otras en las fábricas, las banderas rojas ondearon sobre los ministerios de París, las fuerzas internacionales del fascismo parecían haber encontrado por fin la horma de su zapato: un frente unido de progresistas que sin duda detendrían en seco a Hitler y a Mussolini.

Capa fotografió el Frente Popular con un talento que iba en aumento. Como lo expresó Hersey con ingenio, las huelgas y los disturbios civiles asociados con el nuevo partido en alza «brindaron al norteamericano inexistente y a su empleado del cuarto oscuro [Gerda] oportunidades para hacer fotos asombrosas»²². Durante varias semanas, según afirmó también Hersey, «Capa estuvo en boga», André y Gerda empezaron a ganarse bien la vida. Parecía el arreglo perfecto, porque «Capa amaba a Gerda, Gerda amaba a André, An-

* Si bien esta victoria dejó encantado a Capa, no pacificó a los inquietos obreros de Francia; en junio de 1936, con un gobierno antifascista en el poder, hubo 12.142 huelgas, en las que participaron casi dos millones de personas.

** *Vu* era una de las revistas más influyentes de su época. El número de abril de 1932, *El enigma alemán*, había publicado nada menos que cuatrocientas treinta y ocho fotografías en más de ciento veinticinco páginas, muchas de las cuales eran cortesía de la agencia Dephot de Guttman.

dré amaba a Capa y Capa amaba a Capa²³». Cuando André no lograba sacar una fotografía que otros traían de la última manifestación o huelga, Gerda lo encubría. «Ese cabrón ha vuelto a largarse a la costa Azul —decía—, con una actriz.» «Friedmann hacía las fotos —explicó Hersey—. Gerda las vendía y el mérito se lo llevaba el tal Capa que no existía. Como se suponía que Capa era muy rico, Gerda se negaba a vender sus fotos a ningún periódico francés por menos de ciento cincuenta francos cada una, tres veces la tarifa vigente.»

A finales de junio de 1936 Capa cubrió una reunión de la Sociedad de Naciones en Ginebra, donde el ex emperador abisinio, Haile Selassie, pronunció un apasionado discurso contra Mussolini. Mientras Selassie hablaba, varios corresponsales italianos leales a Mussolini lo interrumpieron a viva voz, y estallaron refriegas entre los periodistas de izquierdas, entre ellos uno español, y los escritores fascistas de Il Duce. Cuando la policía suiza se llevó a los italianos y echó al español a la calle, André esperaba fuera y fotografió a varios policías silenciando los gritos de protesta del español²⁴.

Según John Hersey, cuando las fotografías de André, con la firma de «Robert Capa», aterrizaron en el escritorio de Lucien Vogel, éste llamó al agente del famoso fotógrafo norteamericano. Atendió la llamada Gerda. «El señor Capa dice que la fotografía de Ginebra le costará trescientos francos», dijo a Vogel. «Todo este asunto de Robert Capa es muy interesante —dijo Vogel—, pero diga, por favor, al ridículo Friedmann que va por ahí haciendo fotos con una mugrienta cazadora de cuero que le espero en mi oficina mañana a las nueve²⁵.» Al parecer había visto a Capa fuera de la reunión de Ginebra.

Thomas Gunther, la principal autoridad de la agencia Alliance, dice que también pillaron a André con las manos en la masa en otra ocasión. Gerda había dicho a Maria Eisner que había encontrado unas fotos excepcionales de un tal Capa, un fotógrafo magnífico pero muy caro. Dio la casualidad de que André estaba en la agencia cuando Eisner examinó la obra de ese caro fotógrafo norteamericano. Según Gunther, Eisner «tenía tanto ojo para las fotos» que reconoció al instante que eran de André Friedmann. Le pidió que acudiera inmediatamente a su oficina y, ante una avergonzada Gerda, señaló que las

fotos eran de él. Aun así, Eisner quedó lo suficientemente impresionada con la obra, fuera quien fuese quien la firmara, como para contratarlo en su agencia por mil cien francos al mes a cambio de tres reportajes a la semana; ganaría menos que Gerda, pero por fin podría permitirse comer con regularidad²⁶.

A principios de julio de 1936 Eisner envió a Capa a Verdún para fotografiar el vigésimo aniversario de una de las batallas más cruentas de la Primera Guerra Mundial. El paisaje de los alrededores evocaba inquietantemente una guerra que había matado a un millón cuatrocientos mil franceses y mutilado a un millón cien mil más, los llamados *mutilés*. Aún veinte años después, vastas zonas seguían siendo tierra de nadie cubierta de árboles carbonizados y cráteres llenos de agua estancada.

Las fotos de Capa muestran el cementerio militar de Verdún iluminado por cientos de reflectores y a los veteranos solemnemente colocados en fila detrás de las lápidas de sus camaradas muertos. Como es el caso de muchos veteranos franceses, éstos seguían opinando que sus oficiales habían sido unos «idiotas» y la guerra de desgaste, un disparatado ejercicio para explotar despiadadamente Francia. Las columnas de supervivientes se negaron a marchar al paso como una forma de expresar su indignación ante lo que había sufrido su generación. Muchos eran en esos días pacifistas apasionados.

Sin embargo, cada vez parecía más probable la guerra. El 3 de octubre de 1935 Mussolini había escupido a la cara a la Sociedad de Naciones, fundada tras la Primera Guerra Mundial para mantener la paz, al invadir Abisinia. En marzo de 1936 las tropas alemanas habían marchado tranquilamente sobre Renania, desafiando el tratado de paz de Versalles y haciendo estremecer a toda Francia.

Capa regresó de Verdún para cubrir las festividades del 14 de julio del día de la Bastilla en París. Una semana después abrió uno de los periódicos para los que colaboraba y leyó una noticia sobre un levantamiento contra un gobierno de Frente Popular en el extranjero. Un hombrecillo grueso llamado Generalísimo Franco, que pronto contaría con el apoyo de Hitler y Mussolini, había llegado a Cádiz el 19 de julio a la cabeza de los legionarios extranjeros españoles

conocidos como «moros». Él y sus compañeros insurgentes marroquíes tenían previsto derrocar la democracia en España. «La energía que emplearemos —había advertido Franco al gobierno electo de España— será proporcional a la resistencia que vosotros pongáis. Os recomendamos encarecidamente que evitéis un inútil derramamiento de sangre.»

La guerra apasionada

La guerra civil española fue la época más feliz de nuestras vidas. Éramos realmente felices entonces porque cuando moría gente parecía que su muerte estaba justificada y era importante. Porque morían por algo en lo que creían y que iba a hacerse realidad¹.

ERNEST HEMINGWAY, 1940

La guerra civil española fue la primera oportunidad que tuvo Capa de luchar contra el totalitarismo en las trincheras con un arma potente: la Leica. En palabras de la periodista Martha Gellhorn, «España era el lugar donde todos los hombres libres podían luchar contra Hitler, los nazis y las ideas depravadas que también practicaban los imitadores de Hitler. [Capa] no contaba con luchar porque nunca había tenido un fusil en las manos; contaba con hacer fotos que obligaran a todo el mundo a ver contra qué había que luchar»².

En cuanto Capa y Gerda oyeron hablar del alzamiento de Franco, decidieron ir juntos a España. El reportaje que había hecho Capa sobre el Frente Popular le había dado a conocer entre las publicaciones que simpatizaban con el bando republicano, como *Ce Soir*, *Vu* y *Regards*. Le pareció que no debería ser difícil conseguir un encargo en España y se puso rápidamente en contacto con sus directores.

Lucien Vogel, de *Vu*, accedió a enviar a Capa y a Gerda a España. Alquilaría un pequeño avión para llevarlos a Barcelona y los acompañaría personalmente; tenía intención de publicar el reportaje en un

número especial sobre la guerra civil. Sin hacer caso de las protestas de su madre, a principios de agosto Capa, junto con Gerda, Vogel y varios periodistas más, fue a España en avión. No fue un comienzo muy propicio. Mientras cruzaban los Pirineos el avión perdió de pronto altitud e hizo un aterrizaje forzoso en un campo de las afueras de Barcelona³. Milagrosamente, no hubo víctimas; Capa y Gerda salieron del avión siniestrado muy afectados, pero ilesos. Al mismo tiempo, a casi cien kilómetros al sur, aterrizaba en el puerto de Cádiz el primer envío de aviones y soldados nazis en suelo español.

Capa y Gerda llegaron a las afueras de Barcelona el 5 de agosto a una hora avanzada. El accidente enseguida quedó olvidado en medio del ambiente enloquecido de la capital de Cataluña, entonces inmersa en una revolución anarquista. En una calle encontraron a varias parejas anarquistas con mono azul disfrutando del sol de la tarde, eufóricos por la noticia de la repentina cesión de los suntuosos edificios e instituciones de Barcelona a las masas. La mayoría de los propietarios de fábricas de la ciudad habían huido o compartido el destino de los miles de religiosas, monjes y sacerdotes que los republicanos mataron en los primeros meses de la guerra.

En 1959 el escritor alemán Gustav Regler recordaba vívidamente esos emocionantes primeros días del levantamiento anarquista contra Franco:

Había en la gente un espíritu de embriaguez, un contagioso anhelo de sacrificio, una ardiente fe en la libertad... A juzgar por su aspecto, podría haber sido la Revolución francesa lo que había hecho salir a los milicianos a las calles, y muchos de los actos de violencia de los primeros días de la guerra, sin duda, se habían debido a una imitación inconsciente de los *sans-culottes*⁴.

Es posible que el primer contacto que hizo Capa en la ciudad fuera Jaume Miravittles, el secretario general de veintiocho años del partido de izquierdas Esquerra. Miravittles recordaba haber ayudado a Capa y Gerda a conseguir permisos para fotografiar Barcelona, así como pases de prensa franceses oficiales. También recordaba clara-

mente a un Capa ebrio de la causa anarquista. Su contestatario y decadente rechazo a toda tradición, regla, ley y código moral burgués marcó para siempre al joven fotógrafo*.

Capa y Gerda recorrieron a continuación los bancos y grandes hoteles que habían sido tomados por un desconcertante grupo de activistas anti-Franco. El sindicato anarquista CNT FAI había levantado un desorganizado campamento en la larga calle Layetana que pronto pasaría a llamarse Vía Durruti. El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) de tendencia trotskista tenía su base en el hotel Falcon, cerca de la plaza Cataluña. En una plaza Capa y Gerda se cruzaron con una unidad de mujeres. Gerda vio modelos a imitar; Capa vio su primera noticia vendible. Presentía, acertadamente, que las revistas francesas y británicas se lanzarían sobre las fotos de esas mujeres soldado de cara de marfil, pelo rizado y largo y elegantes pantalones nuevos. Fotografiaron a una miliciana particularmente guapa sentada en la terraza de un café, absorta en una revista de mujeres con un arma entre las rodillas.

En la estación central de trenes de Barcelona, Capa y Gerda vieron a miles de soldados partir jubilosos a luchar contra los insurgentes en el frente aragonés. Ninguna de las fotografías que hicieron mostraba las habituales despedidas dolorosas de amantes que se separan, sino más bien el infinito optimismo de la clase obrera barcelonesa al ir a aniquilar a los infames moros de Franco. En el lateral de un vagón alguien había escrito con pintura blanca: JURAD SOBRE ESTAS LETRAS HERMANOS ANTES MORIR QUE CONSENTIR TIRANO**. La mayoría de los jóvenes que se asomaban por las ventanas y agitaban los puños entusiasmados no volverían a ver Barcelona.

* Capa era sólo uno de tantos jóvenes idealistas, como George Orwell y André Malraux, para quienes la guerra civil española sería la experiencia más conmovedora de sus vidas. Para miles de otros hombres y mujeres de todo el mundo que se alistaron voluntarios para luchar contra Franco, la guerra también representaba el frente de una batalla ideológica contra el totalitarismo. Si permitían que Franco derrotara la democracia en España, parecía haber pocas esperanzas de detener el fascismo en otras partes.

** En castellano en el original. (*N. de la T.*)

A finales de agosto, Capa y Gerda recorrieron en coche doscientos cuarenta kilómetros hasta las primeras líneas de los frentes más cercanos alrededor de Huesca. Pero en ellos no había acción e, impacientes por captar imágenes de una primera victoria republicana, siguieron bajando hacia el sur hasta que se enteraron de que cientos de comunistas alemanes luchaban con las milicias del POUM a pocos kilómetros de distancia. En Leciñena, al nordeste de Zaragoza, Capa y Gerda se unieron por poco tiempo a la misma unidad con la que George Orwell pasaría el invierno antes de que lo hirieran y se marchara de España en 1937, desilusionado y lleno de amargura⁵.

Volvieron a llevarse una desilusión: los soldados de la abigarrada unidad, la mayoría con gorras diferentes y armas anticuadas, se limitaban a tumbarse a la bartola. Poco después se enteraron de que el gobierno republicano de Madrid había ordenado el primer ataque importante contra el ejército de Franco en Córdoba*. Partieron a principios de septiembre, resueltos esta vez a fotografiar la contienda propiamente dicha y, con suerte, una primera derrota del fascismo.

Por el camino se detuvieron en Toledo. Durante varias semanas los republicanos habían sitiado el famoso Alcázar situado en el centro de la ciudad. El insurgente coronel Moscardo y varios cientos de sus seguidores habían logrado resistir reiterados ataques. Cuando Capa y Gerda llegaron, se enteraron de que los republicanos planeaban abrir con dinamita una brecha en la fortaleza, pero tardarían otros quince días por lo menos en colocar suficientes explosivos bajo los muros, de modo que la pareja siguió bajando hacia Córdoba. En los alrededores de un pequeño pueblo llamado Cerro Muriano, los dos fotógrafos encontraron por fin la acción que buscaban⁶.

La mañana del 5 de septiembre los fascistas habían bombardeado Cerro Muriano. Esa tarde Capa y Gerda sacaron varias fotos de los aldeanos huyendo aterrorizados del pueblo. Por las radios se oía al general insurgente Queipo de Llano jurar que sus hombres no tarda-

* Los seguidores de Franco libraban en esos días una guerra de terror fratricida. Casi cada vez que una ciudad caía en poder de los insurgentes había a continuación miles de ejecuciones públicas.

rían en llegar, y que cuando lo hicieran violarían a las «rojas» del pueblo⁷. Ese día también se encontraba allí el escritor alemán Franz Borkenau, que más tarde evocó en su libro de 1937 *The Spanish Cockpit (El reñidero español)* que cuando llegó, «el pueblo entero había huido; hombres, mujeres y niños; a pie, sobre burros, en coche y en camiones». Borkenau se quedó horrorizado al ver que muchos miembros de la milicia anarquista, la CNT, también huían «como cobardes». «Los fusiles no sirven contra las bombas y el fuego de artillería», gritaban algunos.

Cuando Borkenau entró en el Cerro Muriano propiamente dicho, encontró todas las casas desiertas, las puertas cerradas, las reses abandonadas vagando por las calles. En las primeras líneas del frente vio que habían muerto «tres o cuatro» hombres. Más adelante esa tarde vio desertar a muchos más, con la excepción de un «pequeño grupo de milicianos de Alcoy, un viejo centro revolucionario de la provincia de Alicante, [...] que resistió el bombardeo [...] con el más orgulloso coraje e indiferencia. [...] Sin embargo, la disciplina faltaba a unos niveles casi increíbles»⁸.

Se cree que esa tarde Capa se unió a la milicia de Alcoy en una trinchera del frente e hizo milagrosamente la fotografía más famosa de toda la guerra civil española: «Muerte de un miliciano». Mostraba a un miliciano de Alcoy un segundo después de que lo hiriera de muerte un tiro.

«Muerte de un miliciano»

No hace falta recurrir a trucos para hacer fotos en España. No tienes que hacer posar a nadie ante la cámara. Las fotos están allí, esperando que las hagas. La verdad es la mejor fotografía, la mejor propaganda.

ROBERT CAPA, entrevista con
New York World-Telegram, 2 de septiembre de 1937

«Muerte de un miliciano» es la fotografía más controvertida de la historia del periodismo gráfico. Poner en duda su autenticidad es granjearse la imperecedera cólera de Cornell Capa, quien a sus ochenta y tres años sigue controlando el legado de su hermano y durante muchos años se ha dedicado a defender con vehemencia su leyenda. Richard Whelan, el biógrafo a quien Cornell encargó la biografía de su hermano, ha descrito «Muerte de un miliciano» como «quizá la mejor fotografía de guerra realizada jamás»¹. Esperanza Aguirre Gil de Biedma, ministra de Educación y Cultura en España a mediados de los noventa, la definió como un «icono universal [...] de una potencia visual equiparable a la del *Guernica* de Picasso»².

Sin embargo, la fotografía más famosa podría no ser más que la de un hombre abatido*. El eminente realizador de documentales fran-

* «Muerte de un miliciano» llegó a atormentar a Capa del mismo modo que atormentaría a Eddie Adams su famosa fotografía de 1968 de un hombre que está siendo ejecutado en Vietnam.

cés Patrick Jeudy cree que ése podría ser el caso. En su oficina de París me enseñó una secuencia filmada de Capa desconocida, así como otra secuencia filmada durante la guerra civil española de un hombre que tropieza y cae al bajar corriendo una ladera. Si se congela la imagen, un solo fotograma se parece a la famosa foto de Capa. Jeudy arguye que, a partir únicamente de la fotografía de Capa, no hay modo de saber si el hombre resbaló sin querer, murió de un tiro o se le pidió que fingiera morir.

Jeudy no es sino uno de numerosos cineastas, historiadores y fotógrafos, todos ellos ardientes admiradores de la obra de Capa, que tienen dudas acerca de la foto. Según el fotógrafo y ex archivero de la agencia Magnum Jimmy Fox, esas dudas no deberían distraer a la gente de la obra global de Capa, quien sigue siendo sin lugar a dudas el testimonio fotográfico más evocador de los años más turbulentos del siglo xx. Pero él mismo ha cuestionado lo que llama aspectos extraños de la única explicación que se ofreció en su momento de cómo sacó Capa la foto.

Recuerdo haber tocado con Cornell el tema de la historia del miliciano herido de muerte durante la guerra civil española, ya que Cornell me había pedido hacía varios años que fuera a España a ver a la familia recién descubierta [del hombre supuestamente retratado en la foto de Capa]. Me chocó [que] Capa volviera [a Nueva York] en barco seis meses después de que *Life* publicara la foto y en una entrevista que concedió a un periodista explicara que había pasado varios días con ese hombre, incluso que estaba a su lado en el momento que lo alcanzó la bala, y que se quedó junto a su cuerpo sin vida hasta que se hizo de noche y se retiró del fuego enemigo³.

El periodista en cuestión trabajaba para el *New York World-Telegram* y entrevistó a Capa el 1 de septiembre en Nueva York. Capa le explicó cómo había llegado a sacar esa foto sensacional. El periódico informaba:

[Capa y el hombre fotografiado, el miliciano] estaban inmovilizados en el frente de Córdoba, Capa con su valiosa cámara y el miliciano

con su fusil. El miliciano estaba impaciente por volver a las líneas republicanas. De vez en cuando se encaramaba para mirar por encima de los sacos de arena. Y cada vez se tiraba al suelo en cuanto oía el traqueteo de advertencia de la ametralladora. Al final el miliciano murmuró algo sobre que iba a correr un gran riesgo y salió de la trinchera seguido de Capa. Se oyó la ametralladora y Capa apretó mecánicamente el disparador y cayó de espaldas junto al cuerpo de su compañero. Horas después, cuando se hizo de noche y cesó el fuego, el fotógrafo cruzó a rastras el terreno desigual hasta ponerse a salvo. Más tarde se enteró de que había sacado una de las mejores fotos de la guerra española⁴.

Es bien sabido que, a lo largo de toda su carrera, Capa nunca puso en sus pies de foto información clave como nombres. Aun así, a Fox le sigue intrigando cómo es posible que Capa hubiera pasado varios días con ese miliciano y su unidad, y sin embargo no supiera cómo se llamaba. ¿Por qué no averiguó la identidad del hombre cuando lo mataron? ¿No habría podido identificarlo algún miembro de su unidad*?

En 1982 una de las amigas de Capa, Hansel Mieth, escribió acerca de «Muerte de un miliciano». Contaba en una carta que a finales de los cuarenta, al regresar a su apartamento de Nueva York de hacer un reportaje, se encontró a su marido Otto y a Capa discutiendo acaloradamente sobre la foto.

—Otto estaba enfadado, y Bob parecía abatido y al mismo tiempo a la defensiva. Otto hablaba en tono áspero y crítico, y Bob se mordía la lengua como una marioneta golpeada. Yo llegaba muy cansa-

* Capa no fue el único fotógrafo que captó al parecer el instante de la muerte en la guerra civil española. El periódico de izquierdas *Daily Herald* de Londres publicó el 15 de octubre de 1936 la instantánea de unos hombres ahogándose en el mar, y en *The Illustrated London News* apareció una fotografía de siete hombres cruzando a todo correr un claro, con el pie: «Dos hombres derribados en un ataque rebelde, uno de ellos cayendo literalmente» (citado por Caroline Brothers, *War and Photography, A Cultural History*, Routledge, Londres, 1997). Pero la fotografía de Capa era extraordinaria por su proximidad a la víctima, a veinte metros escasos, así como por su intenso simbolismo.

da y no me apunté a la pelea. Pero me pareció que Otto se mostraba innecesariamente aleccionador.

Cuando Capa se marchó, dejó a Otto echando humo en silencio.

—¿De qué estabas acusando a Bob? —preguntó Hansel—. ¿Crees que ha falsificado la foto?

—Dios lo quiera.

—¿Y de qué iba toda la discusión?

—No quiero hablar de ello. Sólo espero que lo que me veo obligado a pensar no sea cierto.

Otto Mieth había discutido acaloradamente con Capa sobre las circunstancias en que se había tomado la fotografía.

—Le conocí [al miliciano abatido] cuando aún vivía —dijo Capa—. Estaban haciendo el tonto. Todos hacíamos el tonto. Estábamos de buen humor. Había cesado el fuego. Bajaron corriendo la ladera y yo también me eché a correr.

—¿Pediste a los hombres que escenificaran un ataque? —preguntó Otto.

—Dios mío, no. Todos estábamos contentos, tal vez un poco locos.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Otto.

—Pues que de pronto todo era real. Yo no oí los disparos... al principio no.

—¿Dónde estabas tú?

—Un poco más adelante, a un lado⁵.

Según este relato, Capa se sentía culpable porque había pedido a los hombres que bajaran corriendo una ladera desprotegida y su petición había costado la vida a un hombre. Según el profesor Hans Puttnies, biógrafo de Gisèle Freund, Capa había contado a Freund una historia parecida, reconociendo que él había «matado» al hombre de la foto.

Como queda demostrado en los testimonios citados, ninguno de ellos facilitado por el propio Capa, la versión de los sucesos cambiaba considerablemente cuando él la contaba. Sin embargo, existe otra explicación que él mismo dio en una entrevista de radio de 1947 para promocionar su libro de memorias, *Slightly Out of Focus*.

A las ocho y media del 20 de octubre Capa explicó a los neoyorquinos que escuchaban la WNBC de Nueva York lo ocurrido ese aciago día de 1936. Sacó el tema de «Muerte de un miliciano» de motu proprio, recalcando que «la fotografía premiada nace en la imaginación de los editores y del público que la ven».

En una ocasión había hecho una foto «que fue mucho más valorada que las demás». Cuando la hizo «desde luego no sabía» que era especial. «Fue en España —explicó—. Era muy al principio de mi carrera de fotógrafo y muy al principio de la guerra civil española. Y la guerra tenía un lado romántico, si se puede decir algo así...»

Capa dijo a los radioyentes que había hecho la fotografía en Andalucía mientras acompañaba a un grupo de reclutas republicanos novatos. «No eran soldados —añadió— y morían a cada momento con grandes gestos, convencidos de que era por la libertad y por una buena causa. Estaban entusiasmados.»

Capa explicó que había estado en una trinchera rodeado de veinte hombres armados con viejos fusiles, lo que contradecía totalmente su declaración para el *New York World-Telegram*. En la ladera de enfrente, añadió, había una ametralladora insurgente. Los hombres dispararon hacia la ametralladora durante cinco minutos, luego se levantaron y dijeron: «¡Vamos!»*, y, saliendo de la trinchera, avanzaron hacia la ametralladora. «Y la ametralladora, como cabía esperar, abrió fuego, ¡dim dom! —continuó Capa—. De modo que los que quedaban con vida regresaron y volvieron a disparar al tuntún hacia la ametralladora [que] fue, sin duda, lo bastante hábil para no devolver los tiros. Y al cabo de cinco minutos volvieron a decir: “¡Vamos!”, y los acribillaron de nuevo. Se repitió la misma escena tres o cuatro veces, y la cuarta vez me puse la cámara sobre la cabeza sin mirar siquiera y cuando se acercaban a la trinchera hice una foto.»

Capa explicó que el carrete de ese día no lo reveló él. Lo envió a París con otros muchos carretes y se quedó en España otros tres meses. Cuando volvió a Francia se enteró de que «era un fotógrafo

* En castellano en el original. (N. de la T.)

muy famoso porque esa cámara que había sostenido sobre la cabeza había captado a un hombre en el momento en que le disparaban».

«Muerte de un miliciano» se publicó por primera vez en la revista *Vu* el 23 de septiembre de 1936, y volvió a aparecer en *Paris-Soir* y *Regards* al año siguiente. Según el profesor Puttnies, los patrocinadores suizos de la revista *Vu* despidieron a Lucien Vogel después de la aparición de la fotografía de Capa. «La publicación del número especial [de Vogel] sobre la guerra civil española en otoño de 1936 —ha confirmado Gisèle Freund— apoyando al bando republicano, indignó profundamente a los patrocinadores de *Vu*, y Vogel se vio obligado a renunciar a su puesto⁶.»

La fotografía apareció en la página 19 de la revista *Life* el 12 de julio de 1937 con el pie: «Un miliciano español en el preciso instante en que es derribado por una bala que le atraviesa la cabeza». Como en Europa, causó sensación. Varios lectores escribieron cartas al editor quejándose indignados ante tan gráfica descripción de la violencia. En los hogares de la clase media norteamericana nunca se había visto una imagen semejante.

La autenticidad de «Muerte de un miliciano» se cuestionó por primera vez públicamente en 1974 en *The First Casualty* de Phillip Knightley⁷. Éste había entrevistado a O. D. Gallagher, corresponsal del *Daily Express* durante la guerra civil, quien afirmó que «Muerte de un miliciano» pertenecía a una secuencia de fotos de un combate escenificado en un período de calma durante la contienda. Según él, Capa y los demás fotógrafos se quejaron al oficial republicano de que no había nada que fotografiar. El oficial dijo que reuniría a varios soldados y éstos escenificarían unas maniobras. Cuando más tarde se publicó la foto, Gallagher comentó lo auténtica que parecía al estar ligeramente borrosa. Dijo a Knightley que Capa «se había reído con ganas y había dicho: “Si quieres sacar buenas fotos de acción, procura que no estén bien enfocadas. Si te tiembla un poco la mano la foto será buena”». Este testimonio, sin embargo, se vio en parte cuestionado cuando, en una entrevista concedida al historiador Jorge Lewinski en 1978, Gallagher dijo que Capa había sacado la fotografía en la España controlada por los insurgentes. No hay pruebas de

que Capa visitara la España nacional. De hecho, tal visita habría sido muy improbable, dado el ardiente apoyo de Capa a la causa republicana.

Otra fuente importante del libro de Knightley era Ted Allan, un canadiense de diecinueve años veterano de la guerra civil que se enamoró de Gerda y se hizo muy amigo de Capa a finales de los treinta. Escribió a Knightley diciéndole que en una ocasión había hablado de la fotografía con David Seymour, Chim, quien también cubría la guerra civil, al igual que Cartier-Bresson. «Chim me dijo que Capa no había hecho esa fotografía. Lo que no recuerdo ahora es si me dijo que la había sacado él, Chim, o lo había hecho Gerda. No consigo recordarlo ahora⁸.» La biografía de Gerda Taro, Irme Schaber, dice que optó por no hablar extensamente de «Muerte de un miliciano» en su libro porque no lo consideraba crucial para comprender a su protagonista. Cree que es muy poco probable que Gerda hubiera sacado la fotografía, pero es posible. El historiador Carlos Serrano, que ha examinado las fotografías de Capa y Gerda de ese período, ha escrito que a menudo es imposible saber quién sacó qué foto. Hasta 1937 casi todas las fotografías de Gerda estaban sin firmar o con la firma de Capa.

Examinando los negativos de Capa podría saberse si la foto fue realmente chiripa o formaba parte de una secuencia escenificada de varios hombres, o uno solo, que fingían ser derribados de un tiro. Al parecer muchos de los negativos de la secuencia no existen, como tampoco hay un negativo o copia original de la verdadera fotografía.

Si la fotografía fue un montaje de Capa, probablemente habría sacado varias fotos de milicianos abatidos, fingiendo ser alcanzados por las balas, y probablemente habría utilizado un trípode para evitar el efecto borroso. Irónicamente, puede decirse que en la misma revista *Vu* se han encontrado pruebas en esta dirección. Bajo un titular de doble página, «La guerra civil española», *Vu* publicó la famosa fotografía encima de una segunda fotografía de otro miliciano en el instante de su muerte. Las dos fotos tenían el subtítulo «Cómo fueron derribados». Los pies de las fotos se refieren claramente a dos hombres distintos: «Las piernas rígidas, el pecho al aire y un fusil en

la mano, bajan corriendo la ladera cubierta de rastrojo... De pronto su huida se ve interrumpida, se oye el silbido de una bala... una bala fratricida... y la sangre de ambos es absorbida por la tierra que los vio nacer»⁹.

El soldado de la primera y más famosa imagen lleva camisa blanca y pantalones oscuros. El segundo viste un mono oscuro. El hombre de la primera lleva zapatos oscuros. El segundo, alpargatas blancas. El primero tiene tres cartucheras en la bandolera de cuero. El segundo, dos cartucheras en el cinturón. El gesto de la caída es totalmente distinto en cada fotografía. Está claro que es muy improbable que las dos fotos fueran del mismo hombre. Y sin embargo, ¿podría haber sacado Capa primero una foto de un hombre muriendo, una chiripa como él mismo dijo, y después una segunda foto fortuita de un hombre derribado por una bala en la misma ladera? ¿O estamos viendo el mismo momento escenificado por dos actores distintos?

Para todo el que tenga dudas, hay una defensora aún más ardiente de «Muerte de un miliciano». A la amiga de Capa y Gerda que aún vive, Ruth Cerf, nunca se la ha citado hablando de la fotografía, y sin embargo conocía en esa época a los dos fotógrafos más íntimamente que nadie con vida hoy. Ahora insiste en que la fotografía «es auténtica»: «Vi las [fotografías] que la siguieron, cuando el soldado yace muerto en el suelo». Pero no ha dado detalles sobre cómo llegó a ver las fotos ni qué ha sido de ellas.

Después de las revelaciones de Knightley, el veterano de la guerra civil española Georges Soria insistió con vehemencia en la autenticidad de la foto. «La honradez profesional de Capa era tal que me resisto a creer por un instante que fuera capaz de hacer un montaje tan mediocre como despreciable»¹⁰. Escribió que en agosto de 1936 había ido con Capa al norte de Madrid, a la Sierra de Guadarrama. Después del contraataque republicano, Soria recordaba que Capa no se tiraba al suelo para ponerse a cubierto cuando se oían disparos, sino que se quedaba de pie «haciendo fotos como si no pasara nada» mientras otros hombres morían acribillados¹¹.

Soria no vio a Capa sacar la foto de «Muerte de un miliciano» y admitió que él se tiraba al suelo con «el primer traqueteo de la ame-

tralladora del enemigo». Aun así, sostuvo que la fotografía se había sacado en agosto en una cadena montañosa situada a un día en coche de Madrid. Sin embargo, en 1936 Cerro Muriano quedaba por lo menos a tres días en coche de Madrid y, en cualquier caso, la fotografía se sacó en septiembre y no en agosto.

En estos últimos años otros defensores se han mostrado aún más categóricos acerca de la autenticidad de la fotografía. Las afirmaciones más recientes se han basado en los hallazgos de un desconocido historiador aficionado, Mario Brotons, también veterano de la guerra¹². Éste afirmó que el hombre de la fotografía de Capa era Federico Borrell, quien murió a los veinticuatro años el 5 de septiembre de 1936, el mismo día que se supone que se tomó la foto. Borrell trabajaba en una fábrica de tejidos de Alcoy, pueblo natal también de Brotons. Cuando reunía datos para escribir un libro sobre la guerra civil española a principios de los noventa, Brotons hurgó al parecer en los archivos militares de Madrid y Salamanca. Según declaró más tarde, en ambos archivos encontró con gran asombro pruebas de que sólo había muerto un hombre el 5 de septiembre en el frente de Cerro Muriano: Federico Borrell. Cuando en 1996 enseñó la fotografía de Capa a los parientes con vida de Borrell, éstos al parecer reconocieron a Federico en el acto.

Federico tenía un hermano menor llamado Evaristo que también luchó cerca del Cerro Muriano. En 1996 la periodista inglesa Rita Grosvenor entrevistó a la viuda de Evaristo, María, para el *Observer*. «Evaristo nos dijo que habían matado a Federico. No había visto lo que había ocurrido porque él estaba en otra parte. Pero sus amigos le habían dicho que habían visto a Federico levantar los brazos y desplomarse tras recibir un tiro en la cabeza. Murió en el acto, le dijeron»¹³.

La fotografía de Capa es una de las más famosas de la historia española. ¿Por qué ninguno de los parientes de Borrell lo había reconocido en los sesenta años anteriores cuando había aparecido publicada innumerables veces en revistas y periódicos y salido por la televisión? Por desgracia, María murió unas semanas antes de la entrevista programada con el autor de este libro. Mario Brotons murió en 1997.

En el libro de Brotons no hay notas de las fuentes. ¿Qué documentos había encontrado para apoyar su afirmación de que sólo había muerto un soldado ese día, declaración que contradice la versión del testigo ocular Franz Borkenau, así como cada una de las explicaciones de Capa? Escribió que había encontrado sus pruebas en los archivos de la guerra civil española de Salamanca y los archivos militares de Ávila. Sin embargo, tras una exhaustiva búsqueda en dichos archivos, no se ha encontrado nada que apoye la tesis de Brotons. El director de los archivos de Salamanca, Miguel Ángel Jaramillo, afirma que en sus archivos no aparece el nombre de Federico Borrell, y Manuel Melgar, conservador de los archivos de Ávila, asegura que tampoco hay alusión alguna a Federico Borrell en sus archivos.

Miguel Ángel Jaramillo lleva diez años trabajando en los archivos de Salamanca y nunca ha tenido trato con Brotons:

Según nuestros registros, el señor Brotons nunca estuvo aquí. En nuestros archivos hay muchos documentos en los que aparecen listas de muertos y desaparecidos. Es una información crucial para la gente que solicita pensiones. [...] Y puedo asegurarle que no hemos encontrado nada con el nombre de Borrell en las listas de hombres desaparecidos o fallecidos en la guerra... Si Brotons encontró alguna prueba aquí, ¿por qué no la reprodujo en su libro? Para hacer una declaración tan importante un historiador profesional se habría asegurado cuidadosamente de facilitar la referencia exacta y mostrarla. Es extraño que él no lo hiciera.

Aun cuando aceptáramos que el hombre de la foto es realmente Federico, ¿podemos afirmar que murió en el momento en que se sacó la foto? Podría haber muerto horas después. ¿Y qué hay del segundo hombre de la doble página de la revista *Vu*? ¿Por qué no se le ha identificado? ¿Por qué Capa nunca lo mencionó? Aún más crucial, ¿por qué nunca se encontró el cadáver de Federico?

La académica británica Caroline Brothers ha revisado recientemente la controversia en torno a «Muerte de un miliciano» de modo exhaustivo y ha llegado a la siguiente conclusión: «La fama de esta fotografía es indicio de una imaginación colectiva que quería y toda-

vía quiere creer ciertas cosas sobre la naturaleza de la muerte en la guerra. Lo que defendía esta imagen era que morir combatiendo era un acto heroico así como trágico, y que el individuo contaba y su muerte importaba»¹⁴.

No es de extrañar que uno se pregunte si hay algo de verdad en «Muerte de un miliciano» más allá de la representación de una muerte simbólica. Al fin y al cabo, Capa no era un reportero imparcial. Pasó por alto las atrocidades cometidas por los republicanos y no tardaría en documentar la escenificación de un ataque, así como en hacer de defensor ideológico de la causa comunista en España.

Auténtica o no, «Muerte de un miliciano» es en última instancia un testimonio de la parcialidad e idealismo de Capa. Ambas cualidades iban a ser puestas severamente a prueba en las demás batallas de la «guerra apasionada». De hecho, Capa pronto experimentaría la demencia insensibilizadora y la muerte de las ilusiones a las que se enfrentan inevitablemente todos los testigos que se acercan lo suficiente al «romanticismo» de la guerra.

Lo que nunca se ha puesto en duda es que la aparición de «Muerte de un miliciano» señaló un momento sin retorno. La fotografía aseguró que André Friedmann pasara a la historia como Robert Capa, el fotógrafo norteamericano tan osado, tan decidido a acercarse todo lo posible a lo más crudo de la guerra que incluso logró fotografiar el instante preciso en que moría un hombre.

«La Paquena Rubena»

Cuando piensas en todas las personas magníficas que los dos hemos conocido que han muerto [...] tienes la absurda sensación de que de algún modo no es justo seguir vivo.

GERDA TARO, 9 de julio de 1937¹

18 de septiembre de 1936 al amanecer: Capa y Gerda esperaban en medio de un grupo de fotógrafos y periodistas reunido delante del Alcázar de Toledo. A las 6.31 exactamente una explosión masiva abrió una brecha en la fortaleza e hizo estremecer a la ciudad sin lograr evacuar a los insurgentes cercados. El fotógrafo alemán Hans Namuth se encontraba al lado de Capa y Gerda cuando las tropas republicanas atacaron acto seguido el Alcázar para ser rápidamente rechazados. «[Vemos] cómo suben la colina empinada —recordaba Namuth—. [Vemos] cómo mueren algunos alcanzados por las balas, y cómo traen a los heridos y los dejan a nuestro lado, tan cerca que la sangre nos gotea sobre los zapatos y [miramos] a los ojos en blanco de los muertos, nuestros oídos casi sordos por el ruido de las granadas y las explosiones de dinamita².»

Capa y Gerda se marcharon de Toledo trastornados y desalentados por la carnicería. El 30 de septiembre se levantó el sitio de dos meses cuando Franco derrotó a los republicanos de forma aplastante y tomó la ciudad. La caída de Toledo tuvo un enorme valor propagandístico para los insurgentes y abrió el acceso a Madrid, a sesenta y

cinco kilómetros al norte. Franco, nombrado comandante en jefe de los ejércitos insurgentes, hizo una declaración el día que se liberó el Alcázar: «Los planes de resistencia de Madrid me hacen sonreír. Llegaremos allí tan deprisa como podamos avanzar, aplastando toda ridícula resistencia que intenten oponernos».

Gerda y Capa ya estaban en la capital, esperando con el resto de los aterrorizados habitantes de la ciudad a que atacaran las tropas de Franco. Por aquella época, en el norte de Madrid, Capa conoció al joven y entusiasta escritor alemán Gustav Regler, que ya era el comisario político de la 12.ª Brigada Internacional, bajo el mando del apuesto y extravagante Mate Zalka, un escritor húngaro también conocido como el general Lukacz*.

Regler pensó que Capa tenía aspecto de gitano y le atribuyó aún menos años de los que tenía en realidad, a pocas semanas de cumplir los veintitrés años. Según él, Capa se unió a la 12.ª Brigada cuando ésta marchaba hacia el río Manzanares, donde se decía que otras fuerzas republicanas se preparaban para defender Madrid del primer gran ataque de Franco. En la oscuridad total se abrieron paso con dificultad a través de una tierra de nadie cubierta de maleza quemada por las heladas, pero cuando llegaron al río encontraron las trincheras desiertas. Regler se quedó asombrado: «Madrid estaba expuesta a que la atacaran como una liebre acorralada por perros de caza»³.

Al volver al cuartel general de Lukacz, Capa experimentó por primera vez las fuertes palpitations del terror de la guerra. «Al joven [Capa] —recordaba Regler— le desagradaba el ruido de los proyectiles que no tardaron en silbar sobre nosotros, aunque estallaban lejos en el campo. Más tarde pidió permiso para cambiarse de pantalones, confesando con sentido del humor que era su primera batalla y sus intestinos habían sido más débiles que sus pies.»

Durante esa primera experiencia de combate Capa probablemente aprendió algunas cosas. Aunque sólo medía metro setenta y dos de estatura, seguía siendo varios centímetros demasiado alto para sobrevivir el intenso fuego de la artillería; la mejor manera de conservar

* Hasta Franco respetaba a su pesar las dotes militares y la tenacidad de Lukacz.

la cabeza era tumbarse con ésta contra el suelo o, mejor aún, dentro de un hoyo profundo. Cerca de las primeras líneas del frente el silencio era muypreciado, y a veces hasta un «hola»* susurrado era recibido con la bala de un francotirador. En la guerra sólo el presente, el momento, ocupaba la cabeza de un hombre. Las preocupaciones viscerales e instintivas desplazaban todas las emociones y pensamientos subjetivos. Y como han atestiguado después muchos fotógrafos de guerra, la descarga de adrenalina provocada por el combate puede ser una experiencia sumamente adictiva.

A finales de septiembre, mientras las bombas llovían día y noche sobre Madrid, Capa y Gerda volvieron a París pasando por Barcelona, tras haber terminado su reportaje para Vogel. Exhaustos, y sin saber con seguridad si volverían a ver Madrid, aún no habían logrado mostrar al mundo que el pueblo español era capaz de derrotar el fascismo. La vida en París les pareció insoportablemente aletargada comparada con la intensidad de cada instante que habían pasado despiertos en España. Tras colocar sus fotografías en revistas de propaganda comunista, hicieron planes para regresar a España lo antes posible; necesitaban una nueva dosis de la adrenalina que sus cámaras les procuraban al captar la lucha contra el fascismo. Capa fue el primero en conseguir otro encargo y volvió solo a Madrid en noviembre. En su ausencia, el miedo a la tortura y a la violación en manos de las tropas de Franco había impulsado a muchos madrileños a defender con fiereza la ciudad. El epicentro de la nueva resistencia se encontraba en la Casa de Campo, al oeste de la ciudad donde los republicanos se habían atrincherado y construido elaboradas barricadas con puertas, maletas o lo que tuvieran a mano. Bajo robles esqueléticos en las calles empinadas, tres hombres a menudo compartían un fusil, esperando el momento oportuno para disparar al enemigo. Las adolescentes, que se habían desprendido de sus cruces y cadenas de oro, se protegían los hombros para no magullárselos con los rifles españoles Mauser que daban coces como mulas.

Durante varias semanas, mientras el crudo invierno se apodera-

* En castellano en el original. (N. de la T.)

ba de Madrid, Capa fotografió luchas casi cuerpo a cuerpo en la Casa de Campo y alrededor de varios mataderos al nordeste de la ciudad, uniéndose a varias unidades republicanas que combatían de una casa bombardeada a otra. Sus fotografías de ese invierno también mostraban a pistoleros barbudos acurrucados para darse calor en dormitorios universitarios llenos de agujeros de proyectiles. En los andenes de las estaciones de metro había madres llorosas sentadas con sus hijos; cuando pasaban los trenes, los que dormían parecían apartar instintivamente los pies del borde de los andenes. En el edificio central de Telefónica, sus colegas corresponsales enviaban información censurada por telegrama, agachados mientras los proyectiles pasaban por encima de sus cabezas. A cien metros de la primera línea del frente, los cafés de la Gran Vía seguían sirviendo café con nata en vasos altos y *pasteles**, repostería empalagosamente dulce.

La revista *World Illustrated* elogiaba el reportaje en sus páginas, en las que también aparecían hombres arrojando granadas a sus hermanos por encima de muros, y señalaba que «las fotos buenas de Madrid son escasas. Ningún bando recibe bien a los fotógrafos, y es peligroso llegar a los lugares donde pueden hacerse buenas fotos»⁴. Sin embargo, Capa era capaz de ir de una matanza a otra con extraordinaria facilidad. Todo lo que necesitaba era subirse a un tranvía. Por el precio de un café en Montparnasse podía adentrarse tantas veces como quisiera en el campo de batalla. «Puedes ir en tranvía hasta la primera línea del frente —le dijeron los madrileños—, pero no cojas el metro, podrías salir en el lado que no quieres»⁵.

Capa también fotografió los rostros más tristes de la guerra, concentrándose en madres aterrorizadas con sus hijos. Al hacerlo se convirtió en el primer fotógrafo que llevó los horrores de la guerra a los hogares de los lectores de toda Europa y más lejos. En sus imágenes, la contienda de España es despiadada, no perdona a nadie. Los bombardeos aéreos de la guerra moderna mataron a más inocentes que a soldados propiamente dichos. Las fotografías más conmovedoras de Capa eran de mujeres conmocionadas por los bombardeos del barrio

* En castellano en el original. (N. de la T.)

obrero de Vallecas, una de las zonas más bombardeadas. Colocó su Leica a escasos centímetros de las caras de algunas unos minutos después de que hubieran regresado y encontrado sus casas destruidas y a los vecinos sepultados bajo sangrientos escombros. Cuando Capa regresó en diciembre a París, se enteró de que esas fotografías se habían vendido a varias revistas de los países aliados. El 28 de diciembre esas mismas fotos le valieron su primera página doble en *Life*, una nueva revista norteamericana que había empezado a publicarse el 23 de noviembre y que vendió rápidamente sus primeras tiradas de cuatrocientos sesenta y seis mil ejemplares.

A principios de 1937 Capa regresó a España y volvió a formar equipo con Gerda para cubrir la situación de los refugiados en la costa andaluza, donde miles huían del avance insurgente sobre el puerto de Málaga. Desde Málaga les tocaba caminar varios días por la carretera de la costa hasta el refugio republicano más próximo, Almería. Los padres suplicaban a los conductores que les dejaran subir a sus hijos a los camiones y furgonetas ya sobrecargados, sabiendo que tenían pocas probabilidades de volver a verlos. Cientos sufrieron un colapso y murieron de agotamiento y hambre en los arcones de la carretera. Una tarde hubo un ataque de los aviones insurgentes. Cogidas por sorpresa, familias enteras murieron acibilladas. El médico canadiense Norman Bethune vio cómo los aviones alemanes e italianos volaban de vez en cuando para disparar sobre las columnas de refugiados, sus «ametralladoras tejiendo intrincados diseños entre los que huían»⁶.

Capa y Gerda volvieron a París a principios de marzo con sus fotos de esa tragedia. Tal vez consciente de su propia mortalidad, Capa pidió a Gerda que se casara con él. Ella lo sorprendió al rehusar. Se había implicado tanto como él en el destino de la República, y «casarse era implanteable», según Ruth Cerf, mientras los fascistas en España aún tuvieran que ser derrotados. Además, si alguna vez decidía dejar de ser «polígama» sería únicamente por motivos económicos; un marido en potencia habría tenido que ser rico, no un fotógrafo independiente luchando por abrirse camino.

Gerda tenía otros motivos para no casarse con su «creación». Durante su visita a España había hecho muchas fotos extraordinarias,

pero ninguna se había publicado con su firma, y en las contadas ocasiones en que se las habían atribuido a ella, su nombre había aparecido a continuación del de Capa: «Photos: Capa et Taro». Cansada de ver la mayoría de sus fotos atribuidas a los dos o sólo a él, estaba decidida a darse a conocer. Ya iba siendo hora de que saliera de la sombra de su maestro. «Se sentía insultada cuando no aparecía su nombre —dice Ruth Cerf—. Ya no veía futuro con Capa.»

Sin embargo, más tarde, ese mes, regresaron juntos a Madrid y se alojaron en el hotel Florida. Entre los demás huéspedes se encontraron con el escritor norteamericano de treinta y siete años Ernest Hemingway, ya famoso por su primera novela, *The Sun Also Rises* (*El sol también sale*, 1926), y su epopeya de la Primera Guerra Mundial, *A Farewell to Arms* (*Adiós a las armas*, 1930). Capa y Hemingway volverían a coincidir muchas veces en años venideros. Desde su primer encuentro, Hemingway admiró el valor y el humor autodespreciativo de Capa. El joven y apasionado húngaro tenía el don de hacer sonreír a los demás en los peores momentos. Capa, por su parte, respetaba a «Papá» por su ardiente apoyo a los republicanos y su deseo de informar desde una trinchera o un hoyo de protección de las primeras líneas del frente en lugar de en una barra de hotel bien surtida o un acogedor refugio antiaéreo. He aquí un hombre a imitar, si no al hablar y escribir, si al menos al presentar su vida como un gran lienzo de romanticismo y heroísmo. «Nuestra amistad se remontaba a los buenos tiempos —recordaba Capa en *Slightly Out of Focus*—. Nos conocimos en 1937 en la España republicana, donde yo era un joven fotógrafo independiente y él un escritor muy famoso. Lo llamaban “Papá” [...] y no tardé en adoptarlo como padre⁷.»

El 21 de abril las fuerzas de Franco lanzaron sobre Madrid el bombardeo más intenso de la guerra hasta la fecha. El 27, día de mercado en Guernica, los pilotos de la Legión Cóndor de Hitler aniquilaron a los habitantes de la patria espiritual y cultural del País Vasco. Unos días después Capa se dirigió a Bilbao, donde los insurgentes habían empezado a hacer avances decisivos. Cuando llegó, los bombarderos de Hitler sobrevolaban Bilbao varias veces al día. Capa fotografió a madres corriendo con sus hijas pequeñas para ponerse a

cubierto y a otras tratando de apagar los fuegos que ardieron durante días enteros en el depósito de combustible de la ciudad.

El periodista norteamericano Vicent Sheean recordaba un bombardeo en particular: «Capa iba andando sacando fotos cuando vio un Stuka o un JU-88 justo encima de él. Se metió de un salto en una zanja a la vez que otras dos personas. Le pareció que lo apropiado y correcto era presentarse de alguna manera, y dijo: “Soy fotógrafo”. El hombre de al lado respondió: “Yo soy católico vasco”. Y el tercero dijo: “Dos profesiones que no nos sirven en estos momentos”»⁸.

Por esas fechas otro corresponsal norteamericano, el lacónico Jay Allen, coincidió con Capa en el aeropuerto de Bilbao, donde Capa acababa de enviar un carrete de fotos a *Regards* en París, y volvió con él a la ciudad en un viejo camión Packard. Capa lo miró indignado. «Yo no había traído comida, como es lógico —recordaba Allen—. “Otra boca que alimentar y ésta es grande”, dijo [Capa] al conductor en mal español.»

Unos días después, Allen y Capa se tomaron un descanso y fueron a un cabaret del centro de la ciudad. De pronto las sirenas antiaéreas volvieron a sonar, cuatro alaridos que les pararon el corazón. Una vez fuera del local, Capa se puso de nuevo a trabajar. «Lo vi fotografiar las reacciones con tranquilidad hasta que la calle se quedó vacía salvo por un *guardia** con un fusil —recordaba Allen en el prólogo de *Death in the Making*, una colección de fotografías de Gerda y Capa publicada en Estados Unidos en 1938—. [El *guardia*] nos llevó en coche a un refugio. Veía [a Capa] en la parte delantera, con los ojos serios y tan inexpresivos que llegaban a ser angustiosos. Pero no el ojo [de su cámara].»

El 7 de mayo, las tropas de Franco asaltaron el monte Sollube, un importante contrafuerte que rodeaba Bilbao. Una semana después los republicanos empezaron a abandonar la ciudad. Capa volvió a París, donde asistió a una importante reunión con el arrogante aunque encantador Richard de Rochemont, director de la oficina parisiense de *Time-Life*. Tras haber visto en *Life* su impresionante reportaje de la

* En castellano en el original. (N. de la T.)

guerra, De Rochemont pidió a Capa que colaborara con él en una serie documental, «The March of Time». Capa aceptó.

Iba a trabajar indirectamente para Henry Luce, el jefe de De Rochemont y fundador de *Life*. Irónicamente, Luce estaba convencido de que Franco era un «gran caballero blanco que iba a salvar a España de esos mugrientos comunistas»⁹. Sin embargo, el documental que Rochemont se proponía hacer, *Rehearsal for War*, era abiertamente antifascista; dicho sea en su honor, Luce a menudo estaba en desacuerdo con el contenido editorial de sus películas y revistas*. No obstante, como cámara Capa no se granjeó las simpatías de De Rochemont y demás productores. «Yo tenía mucho aprecio a Capa, pero era totalmente indisciplinado —recordaba De Rochemont—. Lo envié a la guerra española con una cámara Eyemo como corresponsal a tiempo parcial [...] [pero] él se la dio a su amiga para que la utilizara¹⁰.» Tom Orchard, productor asociado de *Rehearsal of War*, tampoco quedó impresionado. «Bob, aun siendo fotógrafo, no sabía utilizar una cámara de filmar. Como consecuencia obtuvimos imágenes de lo más maravillosas, o más bien imágenes fijas de lo más maravillosas. Hacía ¡zas!, y tenías un barrido de metro y medio¹¹.»

A finales de mayo Capa se reunió con Gerda en el puerto de Navacerrada, cerca de Segovia, para cubrir un ataque republicano. Esta vez confiaba en que entre los dos documentarían por fin una victoria republicana, tanto con una cámara de filmar como en fotos**. Trabajaron como locos, captando vívidas escenas de tanques y de hombres avanzando, pero el ataque republicano fracasó. Una vez más regresaron a Madrid sin las imágenes anheladas.

A mediados de junio Capa y Gerda se dirigieron al sur de Madrid, más desesperados que nunca por conseguir escenas victoriosas, y el día 24 llegaron temprano al cuartel general del batallón comu-

* Un ex editor de fotografía de *Life*, John Morris, afirma que las fotografías de Capa ayudaron a contrarrestar la cobertura pro Franco de las páginas de *Life*.

** Más tarde Hemingway recreó acontecimientos claves del ataque en *For Whom The Bell Tolls* (*Por quién doblan las campanas*), cuya publicación en 1940 tuvo una acogida entusiasta y representó un gran éxito económico.

nista Chapaiev, cerca de Peñarroya. Más tarde ese día, el comisario político del batallón, Alfred Kantorowicz, un intelectual alemán ocu- rrente y lleno de coraje, se reunió con Capa y Gerda para subir a las montañas de Sierra Mulva. En su diario Kantorowicz escribió que Capa se peleaba con una gran cámara de cine y que Gerda era increíblemente atractiva, y llevaba «pantalones, una boina ladeada sobre su bonito pelo rubio rojizo y un elegante revólver en la cintura»¹².

El diario también describía con minuciosidad cómo Gerda y Capa habían utilizado esa misma tarde a los hombres de Kanto para poner en escena varios asaltos. «Capa montó toda una escena de ataque: una posición fascista imaginaria era tomada por asalto mientras los hombres, con aterradores bramidos y profundas ansias de luchar, avanzaban a grandes zancadas hacia la victoria [...] [Capa] se quedó muy satisfecho con los resultados¹³.»

Ante la imposibilidad de filmar lo auténtico habían acabado recurriendo al montaje. A Capa le impresionó el «apasionado espíritu de combate» de sus hombres, y comentó a Kanto que los ataques escenificados parecían «más reales» que si hubieran ocurrido en realidad*. Dos días después Capa y Gerda se dirigieron con Kanton a las primeras líneas de la batalla de La Granjuela. Kanto escribió en su diario:

Nada pudo contenerla [a Gerda] cuando se echó la cámara al hombro y, con gran imprudencia, en pleno día, corrió sin cubrirse ciento ochenta metros hasta la posición. La siguieron unos pocos valientes. Era la hora de la siesta y los fascistas parecían dormir. Todo iba bien. Gerda Taro filmó extensamente la posición y a los camaradas de la segunda compañía. Poco menos que a la fuerza lograron los hombres contener a Capa y a ella hasta que se hizo de noche¹⁴.

* No era raro entre los cineastas de «The March of Time» escenificar escenas. Era sabido que Luce había dicho a los directores que emplearan «montajes que hicieran honor a la verdad». A menudo hasta contrataban a actores para que hicieran el papel de figuras como Haile Selassie cuando no podían conseguir entrevistas.

Tras haber filmado con éxito varios ataques republicanos aparentemente victoriosos, Capa se marchó a París para entregar las secuencias a Richard de Rochemont mientras Gerda se quedaba en Madrid para cubrir el II Congreso Internacional de Escritores. Muy conocida a esas alturas como «la Paquena Rubena»*, Gerda cubrió la vanidosa reunión de escritores de izquierdas para *Ce Soir*, un periódico comunista. Sus fotografías llevarían el sello «Photo Taro». Por fin era periodista gráfica por derecho propio.

Antes de irse a París, Capa había pedido a Ted Allan, un joven voluntario canadiense, que no perdiera de vista a Gerda. «Te hago responsable de Gerda, Teddie —le dijo Capa—. Cuida bien de ella¹⁵.» Allan, un escritor en ciernes, trabajaba de comisario político en la unidad de transfusión de sangre del doctor canadiense Norman Bethune. Había tomado copas con Gerda y Capa varias noches en el bar del hotel Gran Vía de Madrid, donde a veces coincidían con Hemingway y John Dos Passos; la primera vez que vio a Gerda en compañía de Capa, Allan la miró y pensó: «Ñam, ñam»¹⁶.

Mientras esperaba a que sus editores de *Ce Soir* le encargaran otro reportaje, Gerda se instaló en una suite del hotel Casa de la Alianza, popular entre los más glamurosos antifascistas de España por el trasiego nocturno de cama en cama, así como por sus huéspedes artistas, entre ellos el poeta chileno Pablo Neruda. Gerda enseguida se convirtió en la atracción estrella del Alianza, organizando varias fiestas en las que corresponsales socialistas convencidos, como Claud Cockburn y el ruso Ilja Ehrenburg, escucharon a apuestos y jóvenes poetas recitar floridos versos.

Varios corresponsales extranjeros que se encontraban en Madrid, entre ellos el «cadavérico» Cockburn, que escribía artículos excesivamente optimistas para el *London Worker*, se quedaron prendados al instante de Gerda¹⁷. Dos fotografías tomadas por Capa antes de irse a París captan algo del encanto de Gerda en aquella época: la primera muestra a Gerda con un mono verde, acucillada al lado de una roca detrás de un soldado, con una expresión de éxtasis, la adrenalina de

* Así en el original. (N. de la T.)

la guerra corriéndole por las venas. En la otra aparece abrazando de forma teatral una lápida con las siglas PC (Partido Comunista) grabadas en ella*.

Durante la mayor parte del mes de julio de 1937, Allan y Gerda anduvieron a la caza de noticias hasta bien entrada la noche. Era emocionalmente agotador: ver a huérfanos histéricos, mujeres y niños hambrientos, e innumerables cadáveres. Sin embargo, Gerda no perdía el optimismo y pasaba de una noticia a otra cantando marchas republicanas. Su favorita era «Los Cuatros Generales»**, que se burlaba de los «cuatro generales insurgentes» y alababa el espíritu de la resistencia de Madrid¹⁸.

En su habitación de hotel, Allan enseñó una tarde a Gerda algunos de los relatos cortos que había escrito —más tarde se inspiraría en ellos para escribir *This Time A New Earth*—, y se quedó encantado cuando ella le dijo que le gustaban. Luego ella fue al cuarto de baño y volvió cepillándose los dientes en ropa interior. Se tendió en la cama.

—¿Te apetece echar una cabezada antes de salir a cenar? —preguntó.

Allan se tendió a su lado, asegurándose de que sus cuerpos no se tocaban. Sabía cuánto la adoraba Capa y lo serio que había hablado al encomendarle su vida. Gerda decidió poner a prueba su resolución tocándole el párpado con un delicado dedo.

—¡No pienso volver a enamorarme! —exclamó—. Es demasiado doloroso.

Allan le preguntó si seguía queriendo a Capa.

—Capa es mi amigo —recalcó ella— mi *copain*.

Según Allan, Gerda entonces le preguntó si le gustaba que le acariciaran cerca de las ingles. Él asintió. Gerda le cogió la mano y

* La fotografía demostraba las simpatías de Capa y Gerda hacia el comunismo. «Los dos [Capa y Gerda] eran comunistas», dice Ruth Cerf, quien a principios de los años treinta asistió con Capa y Gerda a muchos mítines políticos de emigrantes comunistas.

** Así en el original. (N. de la T.)

se la llevó a sus ingles y dijo que a ella también le gustaba que le tocaran allí. Allan la acarició con delicadeza, luego se detuvo. Se sentía culpable.

—¿Vas a casarte con Capa? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, es mi *copain*, no mi amante. Él todavía quiere que nos casemos, pero yo no quiero.

—Se comporta como si fuerais amantes —dijo Allan—. Me hizo responsable de ti. Me pidió que te cuidara.

—Sí. Es muy listo. Se dio cuenta de cómo te miraba¹⁹.

Mientras Gerda flirteaba con otros hombres, al oeste de Madrid más de cien mil españoles se mataban unos a otros en la batalla de Brunete. Gerda llegó por fin a la ciudad el 12 de julio mientras francotiradores insurgentes mataban a soldados republicanos a discreción. Pasó varias horas haciendo fotos de un triunfal asalto republicano sobre los últimos bastiones insurgentes. En una de sus imágenes se veía a un republicano pintando un martillo y una hoz en una pared encalada al lado del eslogan fascista «Arriba España»*, que había sido tachado.

Al cabo de unos días Gerda acompañó al cínico y gris corresponsal del *Daily Worker* londinense, Claud Cockburn, de nuevo a la primera línea del frente. Éste recordaría después cómo en mitad de un campo se habían encontrado bajo el fuego intenso de aviones alemanes. «Llegamos a la conclusión de que esta vez teníamos muy pocas posibilidades de salir de allí con vida —escribió Cockburn—. Entonces [Gerda] se levantó y empezó a hacer [*sic*] fotos de los aviones.»

«Por si salimos de ésta como sea —dijo—, así tendremos algo que enseñar al Comité de No Intervención²⁰.»

Gerda ya no hacía distinción entre ella y los combatientes republicanos. Había perdido toda noción de objetividad. En esos días llevaba su primoroso revólver en la cadera día y noche. A un colega fotógrafo alemán, Walter Reuter, le comentó que también iba al frente con medias y tacones porque levantaban la moral de los hombres²¹. Según otros, como Alfred Kantorowicz y el escritor soviético Michail

* En castellano en el original. (N. de la T.)

Koltsov, se había convertido en una combatiente antifascista; hacía la vista gorda a las luchas internas que estaban dividiendo a los republicanos, pero era más sensible que nunca al sufrimiento de la población civil. La ideología no hacía al caso. Lo que contaba era la victoria frente al fascismo. «Cuando piensas en todas las personas magníficas que los dos hemos conocido que han muerto incluso en esta ofensiva —dijo a Cockburn—, tienes la absurda sensación de que de algún modo no es justo seguir vivo²².»

Gerda debía volver a París el lunes 26 de julio. El viernes 24 los republicanos habían recuperado algo de terreno y ella decidió volver una última vez a Brunete. Poco después del amanecer de una mañana de domingo, telefoneó a Ted Allan y le pidió que la acompañara; ya había logrado encontrar un coche que los llevara. «Necesito sacar varias fotos buenas que llevarme a París. —le dijo—. Si siguen luchando cerca de Brunete tendré la oportunidad de conseguir fotos de acción²³.»

Cuando llegaron a las afueras de Brunete, el conductor francés se negó a avanzar un metro más y Gerda y Allan echaron a andar a través de un campo de trigo. Al llegar a la ciudad se reunieron con el general Walter, comandante de las fuerzas republicanas de la región. Tanto él como otros generales se habían puesto nerviosos con las grandes pérdidas, y les ordenó que se marcharan inmediatamente. Gerda suplicó a Walter, quien volvió a ordenarle que se marchara, esta vez gritándole. Pero ella no hizo caso. Previendo un intenso ataque insurgente, ella y Allan se cobijaron en un hoyo poco profundo. Cerca había atrincheradas tropas republicanas asustadas.

De pronto se oyó el siniestro ruido de los aviones de Franco. Diez bombarderos Heinkel cubrieron el cielo. Unos segundos después estallaron bombas alrededor de ellos. Gerda se puso manos a la obra, sacando fotos sin parar mientras llovía tierra sobre el hoyo. Un piloto alemán de la Legión Cóndor, Werner Beumelburg, bajó la vista y vio tanta destrucción que creyó que era «el último día en la tierra»²⁴.

A las cuatro de la tarde, Gerda y Allan divisaron varios biplanos equipados con potentes ametralladoras. Uno descendió en picado directamente hacia ellos. Allan comprendió que los pilotos debían de

haber visto el destello de la cámara metálica de Gerda al sol. Ella conservó la calma cuando un avión voló bajo y abrió fuego sobre su hoyo. Mientras otros aviones descendían hacia su posición, permaneció tumbada de espaldas y se limitó a cambiar el carrete de su Leica. La Eyemo de Capa estaba a unos palmos del hoyo, y Allan la cogió y trató de utilizarla para protegerse de las balas, metralla y rocas voladoras. Eran alrededor de las cinco y media cuando Allan y Gerda vieron de pronto a unos hombres correr en retirada hacia ellos. Algunos saltaron en pedazos a poco metros de distancia. Siguió el caos cuando más hombres se dieron media vuelta y echaron a correr. Pero de pronto varios soldados republicanos que estaban cerca apuntaron con sus fusiles a los camaradas que se retiraban. Eso bastó para detener la huida en desbandada y las filas republicanas no tardaron en reorganizarse. Allan suplicó a Gerda que se marcharan de allí. Ella accedió por fin.

Acompañaron a un médico escocés al nuevo frente que se había formado entre Brunete y el pueblo vecino de Villanueva. A ambos lados de la carretera había moribundos y muertos. Gerda no los fotografió. Se había quedado sin película. En Villanueva dos hombres suplicaron al médico que ayudara a un amigo herido. Levantaron la manta que cubría a su camarada: tenía las piernas tan destrozadas que resultaban irreconocibles. Pasó un tanque republicano. Colocaron en él al herido y se subieron. Los aviones enemigos abrieron de nuevo fuego y el tanque se detuvo junto a una granja encalada, abarrotada de muertos y moribundos.

Se acercó un turismo negro que llevaba a tres hombres heridos. Gerda y Allan lo detuvieron y preguntaron si podía llevarlos. Gerda se subió al estribo. «Esta noche celebraremos una fiesta de despedida en Madrid —dijo—. He comprado champán²⁵.»

De pronto otro tanque republicano se acercó, viró hacia ellos mientras su conductor perdía el control y chocó contra el lateral del coche, aplastando a Gerda y arrojando a Allan a una zanja cercana. Lo siguiente que supo Allan es que estaba tumbado en la carretera. Tenía los pantalones rasgados y ensangrentados, pero no sentía dolor. Llamó a Gerda a gritos mientras dos soldados corrían hacia él y

lo arrastraban hasta una zanja. Luego vio la cara de Gerda. Gritaba, implorándole con la mirada que la ayudara, pero él no podía mover las piernas.

Los aviones insurgentes volvieron a descender y los soldados corrieron para ponerse a cubierto. Los aviones pasaron de largo. Allan llamó a Gerda a gritos. Le dijeron que se la habían llevado en una ambulancia. Preguntó dónde estaba la cámara de Gerda. Nadie lo sabía. Luego alguien le entregó el cinturón de Gerda; la hebilla de madera había quedado hecha trizas. Unos minutos después Allan perdió el conocimiento. Volvió en sí en un hospital del pueblo de El Escorial.

El hospital era un antiguo internado jesuita, con grandes dormitorios y habitaciones aparte para los heridos graves. Dijeron a Allan que habían ingresado a Gerda y acababan de someterla a una seria operación. Una enfermera inglesa le explicó que estaba en estado de shock, pero se repondría. Al parecer había llegado consciente en una camilla y había pedido al médico que enviara telegramas a su editor de *Ce Soir* y a Capa.

Entrada la noche Irene Spiegel, una enfermera norteamericana, hizo todo lo posible para que pasara «buena noche».

El tanque le había abierto el estómago y tenía heridas abdominales muy graves: se le habían salido todos los intestinos. Recuerdo que Ted Allan estaba allí y me preguntó si podía verla. Pero yo no se lo permití porque me habían dicho que hiciera lo posible por que pasara buena noche, sin dolor. De haber sabido que iba a morir le habría dejado verla. Pero ella no preguntó por él. Lo único que dijo fue: «¿Están bien mis cámaras? Son nuevas. ¿Están bien?». Cuando murió, se limitó a cerrar los ojos. Le había dado morfina, no teníamos penicilina ni antibióticos, y no sufrió. Recuerdo claramente que era muy guapa, podría haber sido una artista de cine, y no estaba asustada²⁶.

Justo después de las seis de la tarde del lunes 26 de julio, comunicaron a Allan que Gerda había muerto. Su hijo, el doctor Norman Allan, dice que cuando su padre murió en Montreal en 1995, seguía atormentado por la muerte de Gerda²⁷.

El 27 de julio Capa abrió un ejemplar de *L'Humanité* en París. En él había una breve noticia sobre España: «Una periodista francesa, la señorita Taro, se cree que ha muerto durante un combate cerca de Brunete». Capa se quedó perplejo. ¿Podía ser cierto? Más tarde ese día recibió una llamada de Louis Aragon, jefe de redacción de *Ce Soir*. En efecto, Gerda había muerto.

Mientras Capa esperaba en París a que trajeran de España el cuerpo sin vida de su amante, la prensa de izquierdas de toda Europa canonizó a Gerda, elevándola de reportera imprudente a santa antifascista. *Ce Soir* publicó cientos de homenajes y dedicó página tras página a conmemorar su vida. *Life* la describió como «probablemente la primera fotógrafa que ha muerto en acción»²⁸. El viernes 30 de julio de 1937 el ataúd de Gerda llegó por fin a la Gare d'Austerlitz de París, donde cientos de comunistas y amigos, junto con Capa y la familia de Gerda, se habían reunido para recibirlo. Ruth Cerf se encontraba entre ellos, y recuerda vívidamente la multitud de decenas de miles, en su mayor parte miembros del Partido Comunista que también acompañaron al cortejo fúnebre del día siguiente —el vigésimo sexto cumpleaños de Gerda— de la Maison de la Culture al cementerio Père-Lachaise.

Según varios testigos oculares, Capa seguía el ataúd inconsolable, y cuando el padre de Gerda empezó a leer la Torá, se vino abajo y se echó a llorar. Buscando consuelo en la soledad y en la bebida, se encerró en su estudio y lloró solo su muerte durante quince días, sin apenas probar bocado, atormentado por los remordimientos del superviviente. Era él quien había enseñado a Gerda a utilizar una Leica. Él la había iniciado en la fotografía de guerra. Había visto las extraordinarias fotografías de Gerda publicadas bajo su firma. Él se había convertido en un fotógrafo de fama mundial según lo planeado, pero su inventora había muerto. ¿Por qué ella y no él?

En opinión de Henri Cartier-Bresson, fue como si lo hubieran cubierto con un manto. El hombre que salió por fin de debajo era totalmente distinto, tal como lo veían los demás: cinico, cada vez más oportunista, a veces profundamente nihilista, temeroso de las ataduras, desconsolado todo el tiempo.

El viejo amigo de Capa, Pierre Gassmann, trató de consolarlo; había sido un accidente, él no tenía la culpa. Dice Gassmann que recuerda que Capa le confesó que se sentía responsable de la muerte de Gerda. «Fue la única vez que me habló realmente en serio. Me dijo: “La dejé en peligro, nunca habría muerto si yo hubiera estado allí con ella. Mientras estuviera conmigo estaría a salvo. Mientras yo estuviera con ella haría lo que yo hiciera. Yo nunca le habría dejado subirse al estribo. Era una imprudencia. Yo nunca lo habría permitido”».

Es posible que la familia de Gerda echara la culpa a Capa de la pérdida de su hija. Sus hermanos estaban tan furiosos con él, según Hansel Mieth, que después del entierro de su hermana lo atacaron: «Tuvieron una terrible pelea... Bob recibió una paliza»²⁹. Ruth Cerf añade: «Todos de algún modo creían que Capa era culpable... responsable de la muerte de Gerda, porque la había llevado consigo a España».

Un amigo húngaro, György Markos, trató también de consolarlo. Recordaba que Capa, que seguiría bebiendo más de la cuenta el resto de su vida, «se enfureció y bebió» durante varios días después del entierro. «Capa, no puedes seguir así —suplicó György—. Te volverás loco y te destruirás; no tienes derecho a hacerlo. Se te necesita, te quedan grandes cosas por hacer.»

«Sí, sí —murmuró Capa—. Tienes razón. Debo hacer algo»³⁰.

Pero ¿qué? Según el fotógrafo húngaro Willy Ronis, la muerte de Gerda llevó a Capa a considerar dejar el periodismo gráfico para entrar en la industria cinematográfica. También se planteó aceptar un empleo como fotógrafo en un crucero que daba la vuelta al mundo³¹. Incapaz de vagar por los *quartiers* que había explorado con Gerda, o sentarse en cafés donde habían confabulado y soñado juntos, Capa huyó a las húmedas calles de Amsterdam. «Tal vez sea una idea romántica —dice Eva Besnyő, que entonces vivía en la ciudad—. Pero en cierto modo creo que parte de Capa murió con Gerda. Verás, ella fue su verdadera alma gemela.»

En años posteriores, Capa a menudo se refirió a Gerda como su esposa, y sus colegas y amigos no lo contradijeron cuando afirmaba que se había casado de hecho con ella. Como si no bastara con su palabra, durante varios meses después de su muerte llevó en la car-

tera fotos de Gerda, que repartía por los bares o a la parpadeante luz de las hogueras, describiendo sus gloriosos días en España. «Después de que muriera Gerda, siempre me hablaba de ella, una y otra vez —dice Ruth Cerf—. Ella fue el gran amor de su vida.»

Hacia noviembre de 1937, Capa se había recuperado lo bastante de la pérdida de Gerda para volver a funcionar y regresó una vez más a España. La guerra civil había llegado a un punto crítico. Las fuerzas republicanas y las Brigadas Internacionales demostraban cada vez más que no podían competir con los ejércitos de Franco y las decenas de miles de soldados profesionales y bien armados, los buques de guerra y, por encima de todo, los cientos de aviones modernos de Hitler y Mussolini. Franco ganaba batallas clave por toda España, y el 21 de octubre Gijón, el último bastión de las fuerzas republicanas del norte de España, cayó en poder de los insurgentes.

A principios de diciembre Capa se asoció con Herbert Matthews del *New York Times*, uno de los corresponsales más imparciales que cubrían la guerra. Como George Orwell y otros que adquirieron experiencia en España, Matthews no veía la guerra en términos tan simplistas, la cruzada del «bien contra el mal». En su opinión, ambos bandos habían cometido atrocidades, y la guerra había dejado de ser un conflicto fratricida; los republicanos e insurgentes a esas alturas eran abastecidos por potencias extranjeras que veían cada vez más a España como un ensayo general para una guerra más amplia en Europa y más allá. Se mostraba particularmente escéptico acerca de las acciones soviéticas en España. Los emisarios de Stalin parecían empeñados en convertir la República en un estado comunista rígidamente disciplinado por un servicio secreto asesino*.

* Sólo puede especularse sobre cómo se sentía el propio Capa respecto a las violentas divisiones que surgieron entre la resistencia a Franco del Frente Popular de España. No hay indicios de que sintiera la misma amargura que Orwell hacia la lenta traición de la República por parte de extremistas interesados y tan cegados por el dogma que eran incapaces de ver una lucha más amplia contra el fascismo.

El 15 de diciembre de 1937 los insurgentes atacaron Teruel, una inhóspita fortaleza natural rodeada de montañas a mil ciento sesenta metros de altitud que obstruía su avance hacia Valencia. Capa y el ascético y escrupuloso Matthews llegaron allí el 21 de diciembre. La ciudad había sido prácticamente cercada. Si caía, Franco tendría por fin la oportunidad de cortar las comunicaciones entre Barcelona y Madrid, dividiendo con ella fatalmente las fuerzas republicanas.

Durante varios días Capa y Matthews se unieron a Ernest Hemingway y al corresponsal de mediana edad y cara rubicunda del *Daily Mail*, Sefton Delmer, para cubrir la batalla de Teruel, retirándose cada noche a un confortable hotel de Valencia a casi cien kilómetros de distancia. En Nochebuena, Hemingway se despidió y volvió a Estados Unidos para terminar un documental, *Tierra de España*, y recaudar fondos para la causa republicana. El día de Año Nuevo de 1938 llegaron noticias de que al parecer había caído Teruel.

Matthews y Capa partieron a la mañana siguiente. Hacía un frío glacial y las carreteras cubiertas de nieve dificultaban el avance. Esa tarde se cruzaron con un grupo de republicanos ateridos que rompían el hielo de sus vehículos con picos mientras otros maniobraban tractores con grúas que utilizaban para levantar vehículos por encima del tramo más empinado de la última carretera abierta que llevaba de la montaña a la ciudad. Cansados y hambrientos, cruzaron por fin por el puerto del Ragudo, la última montaña antes de llegar a Teruel, a alrededor de las siete de la tarde.

Cuando llegaron al pueblo de Baracas, al otro lado de la montaña, enseguida olvidaron las penalidades del día y pasaron la noche alrededor de una alegre fogata con varios oficiales *carabineros**, dándose un festín de bacalao, pan, vino y café. Hasta lograron dormir unas horas envueltos en una alfombra polvorienta. A la mañana siguiente se pusieron una vez más en camino. Los desechos de la guerra empezaban a cubrir la carretera llena de baches: reses descomponiéndose, muebles destrozados y vehículos incendiados. De las enjutas y nervudas ramas de un árbol colgaba el cadáver rígido de un

* En castellano en el original. (N. de la T.)

soldado republicano, cuyo rostro era la personificación de la muerte: había estado enrollando un cable de teléfono alrededor de las ramas cuando lo alcanzó la bala de un francotirador.

Justo en las afueras de Teruel, se enteraron de que las filas republicanas habían resistido, pero por los pelos. La contienda más encarnizada se concentraba alrededor del edificio del Gobierno Civil en el centro de la ciudad. Matthews y Capa entraron detrás de un grupo de soldados republicanos en un edificio, pisoteando fragmentos de yeso y escombros, y subieron un tramo de escaleras.

Se habían metido en un matadero concebido para crispar los nervios de un hombre y hacerlo enloquecer de terror y conmoción: el edificio retumbaba con disparos de fusil, interrumpido por disparos de pistolas suicidas, gritos pidiendo clemencia de rehenes republicanos y explosiones de granada. Impertérritos, Capa y Matthews, con la espalda pegada contra las paredes llenas de agujeros de proyectiles, siguieron adentrándose. Al cabo de unos minutos llegaron al tercer piso.

«¡Viva Franco! —gritaron varios insurgentes—. ¡Viva España*!»

Los hombres de Franco estaban en el piso de abajo y de pronto dispararon a Capa y Matthews a través del suelo. Varios republicanos devolvieron los tiros, agujereando el suelo, y arrojaron granadas a las habitaciones de abajo.

Con el corazón latiéndoles con fuerza, Capa y Matthews avanzaron despacio unos pasos por el pasillo, atisbando en una habitación tras otra, donde los españoles estaban ocupados matándose unos a otros. En una habitación vieron a un republicano solo en posición de matar.

«¡Uno por ti y uno por Franco!», exclamó disparando dos veces un revólver. Se oyó un grito, seguido de llanto y gemidos de dolor. Tratando de averiguar de dónde venían, Matthews miró por un agujero en el suelo y vio a un joven insurgente con una granada, a punto de tirar de la espoleta. El republicano volvió a disparar, incrustando tres balas más en su compatriota.

* En castellano en el original. (N. de la T.)

«Bastante horrible, ¿no?», dijo Matthews.

Una vez acabaron con la resistencia insurgente en el edificio, Capa se sumó a la búsqueda de civiles que sabían que se habían escondido en el sótano. Al final, tuvieron que ayudar a salir de los escombros a más de cincuenta personas, en su mayoría mujeres y niños. En un conmovedor artículo para *Ce Soir*, Capa describía cómo habían sobrevivido más de dos semanas comiendo las sobras de los defensores y unas pocas sardinas podridas. Parecían cadáveres, comentó, y no tenían fuerzas para salir siquiera de sus escondites. Profundamente afectado por su sufrimiento, Capa añadió que no tenía palabras para describir «esa lamentable escena»³².

A mediados de febrero de 1938, Franco tomó la ciudad y a continuación avanzó hacia el Mediterráneo. La España republicana parecía estar sentenciada³³. En el resto de Europa, el totalitarismo también avanzaba, aún más triunfal. El 14 de marzo una multitud eufórica recibió a Hitler cuando entró en la capital de su tierra natal, Austria. El 19 de abril Franco tomó Vinaròs y otras ciudades de la costa entre Valencia y Barcelona, dividiendo de modo definitivo en dos la España republicana.

Capa no cubrió ninguna de esas deprimentes noticias. El 21 de enero se había marchado de Europa, rumbo a otra guerra contra el totalitarismo aún más despiadada que la de España, en el otro extremo del mundo.



Biblioteques de Barcelona

7

B. Vapor Vell
C. Joan Güell, 14-22
08028 Barcelona - Tel. 93 409 72 31

Los cuatrocientos millones

Era la misma clase de lucha: en España la guerra del pueblo contra un agresor y en China la guerra del pueblo contra Japón.

JORIS IVENS, *The Camera and I*

En enero de 1938 Capa aceptó colaborar en el documental *Los cuatrocientos millones*, que iba a rodarse en China. Su cometido consistiría en hacer fotografías y hacer de ayudante de cámara. Trabajaría con un calor extremo y bajo condiciones atroces en los momentos más críticos de la guerra chinojaponesa, que ya se había cobrado más de un millón de vidas. En el equipo de rodaje también figuraban Joris Ivens como director y John Fernhout como cámara, quienes habían trabado amistad con Capa en España. Ivens tenía un motivo personal para llevar a Capa a China para trabajar en su película: creyendo que había estado casado con Gerda, le parecía que tenía la «responsabilidad de ponerlo [a Capa] a trabajar para distraerlo» de su intensa aflicción¹.

Los cuatrocientos millones era un proyecto aún más ambicioso que el propagandista *Tierra de España*. Ivens quería mostrar cómo el Frente Unido, una alianza entre los comunistas y los nacionalistas de Chiang Kai-shek, estaba combatiendo con éxito el brutal imperialismo japonés. También iba a ser mucho más peligroso. Como precaución, Ivens explicó a su coproductor cómo interpretar sus mensajes en clave para pedir socorro. Las palabras «John muy enfermo», por

ejemplo, debían leerse como: «Larguémonos de este país lo antes posible».

Capa y Fernhout debían reunirse con Ivens en Hong Kong antes de adentrarse en lo más profundo de China, y los dos partieron juntos de Marsella el 21 de enero de 1938. A bordo de su barco a vapor, el *Aramis*, viajaban también dos jóvenes escritores británicos que se dirigían al Frente Oriental de la contienda internacional contra el fascismo: W. H. Auden y Christopher Isherwood.

Más tarde Isherwood recordaría que Capa y Fernhout eran «el alma» de la sección de segunda clase del barco, pellizcando continuamente traseros, armando jaleo e insultándose en francés, así como contando chistes sobre pollos. «Capa es húngaro, pero más francés que los franceses; bajo, fornido y moreno, con los ojos negros y caídos del comediante. [...] Fernhout es un joven holandés alto y rubio, [...] tan desenfadado como Capa pero algo menos ruidoso².»

El *Aramis* atracó en Hong Kong el 16 de febrero. Ivens y sus cámaras se dirigieron apresuradamente a la ciudad de Hankow, donde el gobierno de Chiang Kai-shek tenía su base provisional. Por colegas corresponsales instalados en Hankow, Capa se enteró de que en los últimos meses las fuerzas japonesas invasoras habían conseguido notables victorias, pero estaban muy desperdigadas. Aunque en Occidente muchos habían profetizado que China iba a ser una segunda Abisinia, los japoneses habían sido mantenidos a raya, gracias en gran medida a los comunistas de Mao Tse-tung.

A los pocos días de su llegada a Hankow, Ivens comprendió que había tratado de abarcar demasiado. La mujer de Chiang Kai-shek, la formidable «madame Chiang», una atractiva joven de educación norteamericana cuyo encanto no se detenía ante nada, favorita del magnate de la prensa Henry Luce, había decidido convertir *Los cuatrocientos millones* en su proyecto favorito. Sólo con su autorización Ivens y su equipo de rodaje podían filmar la guerra contra Japón. Durante seis semanas los tuvo confinados en Hankow y los hizo seguir por espías.

En sus memorias, *The Camera and I*, Ivens recordaba que había querido cubrir las fuerzas comunistas de Mao Tse-tung, pero «mada-

me» no lo había permitido. Los verdaderos y heroicos defensores de China eran los nacionalistas, no Mao y su ejército de revolucionarios campesinos, que habían secuestrado a su marido para a continuación consentir en ponerlo en libertad a fin de combatir de forma más eficiente la invasión de 1936.

Para contribuir a los gastos de su viaje a China, Capa había quedado en abastecer a *Life* de noticias según fueran surgiendo. No tardó en enviar a la revista pro China de Luce, que no ocultaba su apoyo al «heroico» Chiang Kai-shek, una halagadora foto tras otra de la pareja dorada china. Una noticia para la revista británica de Stefan Lorant, *Picture Post*, del 5 de noviembre de 1938, fue aún más abiertamente propagandista si cabe. «La carrera del comandante en jefe chino a lo largo de cincuenta años ha sido fantástica —pregonaba la revista—, el hombre más bombardeado del mundo, y su encantadora mujer; la espina dorsal de la resistencia china a Japón.» Capa se reunió al parecer varias veces con madame Chiang. En una ocasión, según contaría más tarde a un amigo, tuvo que vaciar en macetas varios de sus cócteles para permanecer sobrio. Madame Chiang Kai-shek, «la estricta y puritana metodista», preparaba por lo visto un martini asesino.

A las cuatro de la tarde del 16 de marzo, Capa cogió sus cámaras y se puso a trabajar en un artículo para *Life* titulado «Los niños chinos recorren las zonas rurales durante la campaña electoral en busca de reclutas». En un escenario montado en una plaza pública, unos niños hacían de soldados chinos mientras unos campesinos fingían dormir. De pronto otro niño, que hacía el papel de jefe cruel, latigaba a un campesino. La representación terminaba con los soldados llevándose tanto a los invasores japoneses como a los ricos terratenientes: los dos enemigos de las masas chinas. La obra propagandística, no más sutil que las fotos de doble página de *Life*, se representaba para un público de jóvenes soldados acucillados en el suelo con uniformes tan finos que pasaban las noches tiritando.

Hacia la primavera *Los cuatrocientos millones* se había convertido en una experiencia deplorable para todos los implicados. «Las cosas se torcieron —recuerda Eva Besnyö, casada entonces con

Fernhout—. John [Fernhout] me dijo que hubo serios desacuerdos. Capa en realidad no quería trabajar para ellos.» Capa, que al cabo de un año iba a ser descrito por *Picture Post* como «el mejor fotógrafo de guerra del mundo»³, llevaba mal ser un mero ayudante. Cuando se concentró en hacer fotografías, se descubrió compitiendo con el muy talentoso Walter Bosshard, un ex fotógrafo de la agencia Dephot que también trabajaba por encargo para *Life* y se le estaba adelantando con las mejores noticias.

A principios de abril el equipo se marchó por fin de Hankow en tren junto con un grupo de asesores militares y aún más espías, para dirigirse al frente Suchow situado al nordeste. Fue un viaje espantoso; los japoneses habían decidido que la única manera de ocupar y retener vastas franjas de territorio chino era controlar los trenes, y eso significaba continua vigilancia y bombardeos en picado de cualquier tren⁴.

Capa y sus colegas llegaron a las seis de la mañana del día 3 a la estación de Suchow, donde encontraron en el andén a cuatro civiles agonizando. «Uno todavía se mueve un poco —observó Ivens—. Hemos llegado justo a tiempo. El ejército chino está rodeando a los japoneses cerca de Taierschwang... Mientras Capa fotografía a nuestro grupo, creo que ésta es una situación única en esta guerra por la independencia. Por primera vez en la historia de China todos sus ejércitos se han unido⁵.»

El 4 de abril Capa inspeccionó con los prismáticos de un artillero chino las líneas japonesas, a más de seis kilómetros de distancia. De pronto los japoneses empezaron a cañonear el puesto de observación. Capa se refugió en un viejo cobertizo. Aquella noche, en compañía de Ivens y Fernhout, cantó con la «voz ronca y melancólica» de las llanuras húngaras. Al día siguiente recibió su primera lección como segundo cámara. «El censor, el general Tu, trata de hacer figura al prohibir primeros planos del cañón —comentó Ivens—, lo que es una tontería, porque se trata de un arma alemana fabricada en 1933 y bien conocida.» Capa enseguida aprendió sus primeras palabras en chino: *Bu yao kan*, «No mire a la cámara».

A las seis de la mañana del 7 de abril se enteró al despertarse de

que los chinos habían tomado Taierschwang. Se puso furioso. El general Tu le había impedido acercarse lo suficiente para sacar fotos, obligándole a perderse la primera derrota japonesa que se recordaba, así como la primera victoria china de la guerra. Hacia el mediodía se reunió con los igualmente enfadados Ivens y Fernhout en un camión que se dirigía a la ciudad. Al llegar a las afueras, un avión japonés apareció en el horizonte y descendió en picado hacia ellos. Se refugiaron detrás de un «pequeño montón de arena que era una tumba». «Nos quedamos echados junto a la tumba —recordaba Ivens—, con la cabeza gacha para que el piloto japonés no viera el color de nuestra piel que era tan fácil de reconocer.»

No muy lejos un tren blindado abrió fuego y el avión dio vueltas y luego se marchó. Esa tarde Capa entró en la ciudad y la encontró en ruinas. En una calle en la que Capa y Fernhout empezaron a filmar, una anciana se puso a gritar, tomando la cámara por un arma. Otra anciana, sentada sola «entre fragmentos de cerámica y madera», dijo: «Es mi casa».

El reportaje de Capa para *Life*, publicado el 23 de mayo, reflejaba la intensa alegría de Luce de que los chinos hubieran derrotado por una vez a los japoneses. «Una victoria convierte Taierschwang en el pueblo más famoso de China —declaraba por encima de fotos de soldados después de que hubiera caído la ciudad—. A los nombres de pequeñas ciudades famosas que han sido puntos decisivos de la historia, como Waterloo, Gettysburg o Verdún, hay que añadir otra. [...] Al día siguiente toda China celebró una gran victoria. También al día siguiente, el gran fotógrafo de guerra Robert Capa, testigo ocular de la batalla, reveló su película y la envió rápidamente a *Life* a través de un China Clipper.» A pesar de que *Life* afirmaba que Capa había cubierto el combate la noche del 6 de abril, en realidad se había quedado dormido.

El 11 de abril el equipo salió a caballo de la ciudad para filmar a un granjero chino herido y su familia. Volvieron a galope tendido cuando anocheceía, con las fundas de las cámaras golpeándoles la espalda. «Éstos son los caballos pequeños y resistentes sobre los que el ejército de Gengis Jan conquistó toda Asia y parte de Europa.

A veces en la oscuridad nos perdemos unos a otros. Galopando a toda velocidad Capa imagina de pronto que es Gengis Jan y nos chilla gritos de guerra. Visto por detrás se parece más a Sancho Panza. Su silueta baja y rechoncha da botes en la silla; es la segunda vez que monta en su vida.»

La noche siguiente, un Capa frustrado y un Ivens exasperado se sentaron para tratar de determinar adónde habían trasladado las primeras líneas del frente. «A lo lejos en la oscuridad oímos fuertes disparos en las bajas estribaciones —escribió Ivens—. Es como un continuo sacudir mantas pesadas, algo que podrías oír en estado febril. Es como el sonido de un gong mezclado con ametralladoras... Sigue un prolongado silencio. A través de los campos de trigo verde cercanos, una hilera ininterrumpida de soldados jadeantes trota hacia el fuego intenso de la artillería. Pero no nos dejan ir con ellos.»

Capa y sus colegas volvieron a Hankow para pasar la Semana Santa, muy resentidos a esas alturas con madame Chiang Kai-shek y su falange de censores y espías. El 29 de abril Ivens y Fernhout partieron hacia el noroeste de China, y Capa prometió seguirlos dos días después. Horas después de que saliera su tren, los japoneses lanzaron un bombardeo masivo para festejar el cumpleaños del emperador Hirohito. El ataque aéreo costó más de mil bajas civiles y, entre calles en llamas y edificios destruidos, Capa vio imágenes tan dolorosas como en Madrid. De nuevo se concentró en el horror y el terror de la población civil: un padre aferrando a su hijo pequeño, corriendo hacia un refugio antiaéreo; una mujer ocultando su cara llorosa a la cámara; un hombre luchando en vano con una gigantesca llama con un wok.

El bombardeo también destruyó todo residuo del entusiasmo que sentía Capa por la aventura en China. Pronto empezó a frecuentar el Dump Bar, donde un grupo de corresponsales occidentales muy unidos entre sí, entre ellos los escritores norteamericanos Agnes Smedley y Edgar Snow, bebían a grandes tragos ginebra y whisky barato. «Nuestros viejos valores parecieron desvanecerse y perdimos todo interés en las cosas materiales —recordaba Smedley—, porque nadie sabía si habría un mañana. Éramos como pasajeros a bordo de un

barco que zozobraba en un mar tormentoso, que por fin habían descubierto su condición humana. [...] En esa tensa atmósfera de guerra florecían entre nosotros hasta la poesía, las canciones y el ingenio, y un resplandor mágico bañaba nuestra amistad⁶.»

A principios de julio Capa abandonó las maratónicas partidas de dados del Dump Bar para cubrir el desbordamiento del río Amarillo, provocado intencionadamente para impedir el avance japonés. El espectacular estallido de las presas detuvo a los japoneses unas pocas semanas, pero dejó sin hogar a dos millones de personas. Las fotos de Capa mostraban a campesinos calados hasta los huesos tratando desesperados de llegar a tierra firme, sus hogares tragados por los lodosos torrentes del río. Capa volvió a Hankow el día 4, y a las pocas horas se juntó de nuevo con Ivens y Fernhout en una reunión del Consejo de Guerra Supremo de Chiang Kai-shek. La prensa nunca había tenido acceso a tales reuniones y las fotos de Capa del «Generalísimo» se distribuyeron a muchos medios de comunicación.

El 19 de julio los japoneses se concentraron deliberadamente en zonas civiles por primera vez. Mientras Capa deambulaba en medio de las ruinas bajo un implacable sol de mediodía, las llamas engullían la ciudad. En ciertas zonas el calor era tan intenso que la cara de la gente parecía hinchada. Las cenizas se arremolinaban en el aire. Las casas habían quedado reducidas a esqueletos cubiertos de hollín.

A principios de agosto, Ivens y Fernhout se fueron a Nueva York. No mucho después, con el termómetro todavía por encima de los 38 °C al mediodía, Capa conoció a una destacada figura en las relaciones chinonorteamericanas, Stilwell, alias Vinagar Joe, el agregado militar norteamericano en China. El apodo de Stilwell era bien merecido, pues tenía fama de cáustico en relación a las ingenuas asunciones occidentales sobre los chinos. Capa se lo encontró en un campamento militar de las afueras de Nanchang, a doscientos cincuenta kilómetros de Hankow, donde los norteamericanos y otros asesores trataban de comparar los efectivos de los ejércitos enfrentados. La situación pintaba mal tanto para Stilwell como para Capa; los japoneses estaban a pocos días andando de Hankow propiamente dicho.

La mañana del 7 de septiembre Capa se reunió con Stilwell cuan-

do éste y un grupo de agregados militares británicos y franceses se dirigían a las primeras líneas del frente. Stilwell escribió en su diario que Capa era un «buen tipo». En otra entrada se lee: «Avanzamos por la noche, terreno escarpado, el guardia se perdió. Transporte de bultos, portadores, hombres exhaustos se acurrucan para morir... Un avión japonés a sesenta metros ametralla la carretera... Pan con queso para desayunar, gentileza de Capa. Rancio pero bueno... Un calor infernal»⁷.

En París, György Markos y Suzy Marquis vieron las fotografías que había enviado Capa. Marquis no sabía que seguía con vida hasta que aparecía otra foto de él. Markos suponía que se había propuesto mostrar al mundo la clase de horrores que le habían arrebatado a Gerda. Las fotografías eran las más perturbadoras que había visto jamás: «Niños con barrigas protuberantes, mujeres embarazadas en medio de sangre y suciedad; chinos cavando sus propias tumbas bajo la supervisión de soldados japoneses; soldados japoneses practicando asaltos con bayoneta contra chinos vivos». Capa había ido en busca de la muerte, concluyó, pero no la había encontrado: «Al menos aún no»⁸.

Mientras Capa se mordía las uñas con los demás corresponsales, que habían recibido el apodo de los «últimos cartuchos», esperando a que cayera Hankow, se preguntó a sí mismo si quería pasar el resto de su vida siendo fotógrafo independiente, y en una carta a un amigo comunista, Peter Koester, a quien había conocido cuando trabajaba para Dephot, mencionó la idea de formar una agencia de jóvenes fotógrafos que controlaran su propio trabajo⁹.

A finales de septiembre, con Hankow aún por tomar, se marchó a París. Unos días antes de irse para siempre de China sacó las primeras fotografías de guerra que iban a publicarse en color utilizando una película de 35 mm Kodachrome. El número del 17 de octubre de *Life* dedicó una página doble a imágenes que mostraban las consecuencias de otro ataque aéreo más. «Los barrios bajos de Hankow, capital del gobierno chino en retirada —se leía en el pie de foto—, están rojos de las llamas y negros del humo tras un bombardeo japonés, [...] una mujer *culi* con camisa azul vigila sentada sus

enseres domésticos mientras Hankow arde en el calor del mediodía.»

Hankow cayó finalmente en poder de los japoneses el 25 de octubre de 1938. Para entonces Capa volvía a estar en España, cubriendo la historia más conmovedora de su carrera: la derrota final de la República.

La derrota final

Los países no viven sólo de victorias, sino del ejemplo que su pueblo ha sabido dar en épocas trágicas.

JUAN NEGRÍN, 1939¹

Sólo unos días después de que Capa se marchara de China, Gran Bretaña y Francia firmaron el acuerdo de Munich, una vergonzosa capitulación ante un Hitler cada vez más belicoso. El 30 de septiembre se sabe que Neville Chamberlain agitó el acuerdo en el aire y declaró que había traído «la paz a nuestro tiempo». Stalin no tardó en doblegarse servilmente junto con Chamberlain ante Hitler, ordenando la retirada de seis mil soviéticos de las Brigadas Internacionales. Varias potencias europeas también habían consentido en retirar a los voluntarios, la mayoría pertenecientes a las Brigadas Internacionales. Dejaban a la República sola en su lucha contra Franco y sus aliados, Hitler y Mussolini.

Capa llegó a Barcelona a principios de octubre sabiendo que «la guerra apasionada» estaba casi perdida. En medio de un nuevo grupo de «últimos cartuchos» en el bar del hotel Majestic, encontró a Ernest Hemingway. En los brazos de «Papá» había una corresponsal rubia despampanante con acento de Bryn Mawr y mente agudísima que trabajaba para *Collier's*: Martha Gellhorn. Elegante, divertida y profundamente compasiva, Gellhorn distaba de ser una escritora de poco peso. Ya había publicado una novela y una colección de relatos

cortos, y había pasado suficiente tiempo en Alemania para tener en común con Capa el odio a los nazis.

Capa se convirtió con el tiempo en una especie de hermano para Gellhorn, uno de los pocos hombres que llegaron a comprender sus contradicciones y pasiones. Aquel otoño discutieron sobre política —él le reprochaba sin piedad su ingenuidad acerca de la causa— y se burlaron el uno del otro, pero siempre con afecto. Un día él llegó al hotel con un abrigo nuevo de pelo de camello con enormes solapas y botones de perla. A ella le pareció que estaba «totalmente fuera de lugar en Barcelona». «Si me matan —dijo él con sinceridad—, me gustaría morir con mi abrigo².» En la novela *Till Death Do Us Part*, Gellhorn lo retrataba con más penetración psicológica que cualquiera de los muchos escritores con quienes Capa se encontraría. Le daba el papel de Bara —«tan apuesto con su estilo gitano, amado por las mujeres y solicitado por los hombres, era un ser con una contagiosa capacidad para disfrutar de la vida, la clase de persona que la gente afirmaba conocer sin conocerlo, sobre quien inventaban historias, a quien citaban, con quien se enorgullecían de ser vistos y por quien se dejaban utilizar encantados»—, y ella se disfrazó de Marushka, quien, según Bara, «debería haber sido rusa ya que tenía un alma rusa presoviética, tan feroz, tan ilógica, tan elevada, tan absurda».

El 25 de octubre Capa llegó a Montblanc, donde el jefe de gobierno Juan Negrín tenía previsto hablar ante las Brigadas Internacionales que se disponían a partir. Las fotos de Capa muestran a cientos de hombres llorando pero agitando el puño en el aire de modo provocativo tras escuchar su discurso. Habían sobrevivido dos inviernos de frío glacial con una repugnante dieta de carne de cabra y mula seca, y en esos días su lucha estaba a punto de terminar.

Cuatro días después Capa se despertó temprano. Se pasó toda la mañana inquieto, preocupado por que sus Leicas no funcionaran bien. Por fin llegó la noticia de que iba a haber un desfile de despedida de las Brigadas Internacionales que empezaría a las cuatro y media; la hora exacta de esa última marcha se había mantenido en secreto por temor a un ataque aéreo masivo. Cuando Capa llegó a la famosa avenida Diagonal, en el centro de Barcelona, encontró a decenas de mi-

les de emocionados catalanes esperando para decir adiós con los brazos llenos de flores.

Empezaron a derramarse las lágrimas en cuanto llegó el primer grupo de voluntarios: una guardia de honor compuesta de soldados e infantes de marina republicanos que cantaban a pleno pulmón. A continuación apareció la primera de las Internacionales: los alemanes de la XI Brigada marchando en columna de ocho en fondo. Unas mujeres corrieron hacia ellos y los cubrieron de flores cuyos pétalos no tardaron en formar una alfombra bajo sus estropeadas botas. Luego el cielo se llenó de tiras de papel que llovían de las ventanas de los pisos superiores. Los niños pequeños se unieron a las filas y dejaron que los cansados hombres los llevaran a hombros.

Por último llegó la brigada norteamericana Abraham Lincoln. Las flores, que en algunas partes llegaban a los tobillos, frenaban sus orgullosas zancadas. A la cabeza de la columna iba el alto y apuesto comandante Milton Wolff, quien confiaba en que sus compañeros «antifascistas precoces» estuvieran a la altura de los demás extranjeros.

Capa había conocido a Wolff al fotografiarlo con Hemingway antes de que los dos entraran en acción en el frente de abril a principios de 1938, y Wolff todavía lo admira por su capacidad para sonreír ante la adversidad y levantar el ánimo de quienes lo rodeaban. «Capa siempre ponía buena cara —dice—. ¡Ese húngaro loco no era un tipo fúnebre! Todos admirábamos sus fotografías, su coraje. En las fotos de España se ve lo cerca que estuvo casi todo el tiempo del frente. Se había metido en el bolsillo a los oficiales para que lo dejaran acercarse a la acción.»

Cuando todos los soldados voluntarios internacionales se hubieron congregado en la Diagonal, la Pasionaria, símbolo de la resistencia a Franco, se subió a un podio para hablar. Mujer de mediana edad de aspecto serio y ojos sumamente inteligentes, había acuñado la famosa frase de que era «mejor morir de pie que vivir de rodillas». Habló primero a las mujeres de la gran multitud. «Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restañando —arengó—, hablad a vuestros hijos, habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales. Decidles cómo lo abandonaron todo: cariño, patria,

hogar, fortuna, [...] y vinieron a nosotros a decirnos: “¡Aquí estamos! Vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa”. [...] Millares se quedan, teniendo como sudario la tierra de España.»

A continuación se dirigió a los hombres. «Podéis ir con orgullo pues sois historia, sois leyenda. Sois ejemplo heroico de la solidaridad y universalidad de la democracia. No os olvidaremos; y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!»

Gerda debería haber estado al lado de Capa, como su compañera ideal si no su esposa. Tantos deberían haber estado allí... Pero no estaban. Miles de voluntarios, junto con la inocencia de toda una generación, habían muerto.

Si la retirada de las Brigadas Internacionales fue un golpe trágico para la República, no acabó con todas las esperanzas de resistir, al menos en Cataluña, el avance insurgente. Desde julio de 1938, el ejército republicano había estado librando una enconada batalla contra Franco a orillas del río Ebro. Con implacable determinación, las unidades republicanas del Quinto Ejército habían mantenido una pequeña cabeza de puente a lo largo del invierno. A finales de octubre, con Mussolini y Hitler cada vez más impacientes por que Franco terminara con los «rojos» de España, los insurgentes habían lanzado un ataque en gran escala sobre la cabeza de puente.

A principios de noviembre Capa acompañó a Hemingway y al corresponsal del *New York Herald Tribune*, Vincent Sheean, al frente del Ebro. La mañana del 5, Capa y Sheean se encontraron bajo fuego enemigo mientras trataban de reunirse con Hemingway, que había prometido organizar el transporte para ir hasta la cabeza de puente, y corrieron a refugiarse en un establo. Cuando oyeron silbar sobre sus cabezas otro proyectil, se tiraron al suelo. «Este es un mal día para un fotógrafo», dijo Sheean a Capa. «Es la única clase de día que tiene interés para un fotógrafo», replicó Capa, sacudiéndose la paja del abrigo que Gellhorn había ridiculizado⁴.

En cuanto cesó el bombardeo, se reunieron con Hemingway y

Herbert Matthews del *New York Times* en la orilla del Ebro. Hemingway los esperaba orgulloso junto a una barca de fondo plano, manejada por cuatro campesinos a quienes había pagado con cigarrillos. Más allá, el Ebro bramaba, expuesto a la artillería insurgente y al fuego de francotiradores. Todos los puentes de la región llevaban tiempo destruidos y las presas abiertas para hacer el río infranqueable para los refuerzos republicanos. La única manera de llegar a la cabeza de puente era desafiar las corrientes y rápidos del Ebro.

El grupo logró abrirse paso a través de los fuertes remolinos y a continuación fue andando hasta el último baluarte del general Enrique Líster, una casa encalada en una colina en el arrasado pueblo de Mora de Ebro. Aunque el general Líster conocía bien a Hemingway, y acostumbraba a ser hospitalario con los periodistas, no se alegró de ver al grupo. Se disponía a ordenar a sus hombres la retirada y dijo a los periodistas que regresaran inmediatamente al río. Mientras volvían al Ebro, pasaron varios tanques republicanos. Matthews sacó la cámara e hizo fotos, pero Capa no se molestó en levantar siquiera su Leica. Matthews se quedó perplejo. «A mí no me sirve —dijo Capa—. No son fotos de acción⁵.»

Cuando el grupo llegó al Ebro a última hora de la tarde, se encontró con que dos de los remeros habían desertado. Las aguas se arremolinaban con tal fuerza que los dos hombres restantes no eran capaces ellos solos de dominar la barca. A medio cruzar el río, un campesino flaco perdió el control de su remo y el bote se precipitó corriente abajo hacia la irregular espina dorsal del bombardeado puente Mora. Hemingway reaccionó instintivamente aferrando un remo y utilizándolo con energía para recuperar el control del bote. Le llevó varios minutos dejarlo fuera de peligro. Capa no paró de sacar «fotos de acción»⁶. Esa noche los hombres de Líster evacuaron la cabeza de puente. La batalla del Ebro se había perdido. Al menos dieciséis mil quinientos hombres habían muerto en la última batalla de cuatro meses de la República.

La noche siguiente, un grupo de republicanos resueltos cruzó el río Segre, un afluente del caudaloso Ebro, decidido a detener por última vez el avance de Franco. Capa se unió a ellos en la pequeña

población de Fraga, al sudoeste de Lérida. Iban armados con fusiles rusos de 1901 y uniformes abigarrados; se habían untado los cascos de barro para camuflarse en el terreno seco y pedregoso. De pronto una explosión ensordecedora hizo estremecer el suelo. Uno de los soldados, aturdido por el estallido, salió tambaleándose a campo abierto. Con un solo disparo, Capa captó la guerra civil española de forma mucho más dramática que con «Muerte de un miliciano»; esta vez, la imagen era innegablemente real: un joven español tropezaba aterrorizado mientras llovían sobre él tierra y roca. «La exposición y el enfoque de esta foto eran correctos —aseguró el *Picture Post* más tarde a sus lectores—. Mientras nuestro fotógrafo apretaba el obturador, un proyectil estallaba a veinte pasos de distancia y la tierra se estremecía con la explosión..., casi puedes oler a pólvora en esa foto⁷.» La fotografía más conmovedora de Capa mostraba a un hombre herido tumbado en una camilla, murmurando sus últimas palabras a un camarada que garabatea un último mensaje a un ser querido. «Un camarada escucha, trata de entender, anota rápidamente las palabras⁸...»

Picture Post puso un pie a otra fotografía extraordinaria: «Empieza el ataque: un hombre es alcanzado por una bala y cae»⁹. Es curioso que no se haya discutido nunca esta foto, teniendo en cuenta la enorme atención prestada a la polémica «Muerte de un miliciano», ya que muestra realmente a un hombre que ha sido alcanzado y cae al suelo. «A pesar del cigarrillo entre los labios, a ese hombre lo acaban de alcanzar —declaró el *Picture Post*—. La bala le ha dado en el estómago y le hace doblarse. Se cae sin soltar el fusil. Es uno de los peores heridos.»

El reportaje de Capa para el *Picture Post*, impresionantemente maquetado por Stefan Lorant, confirmó su prestigio como el fotógrafo más valiente que cubrió la guerra civil española. De hecho, Lorant le hizo el mayor cumplido de su carrera. «En las siguientes páginas van a ver una serie de fotos de la guerra española —anunciaba la revista—. Los lectores asiduos del *Picture Post* saben que no elogiamos a la ligera la obra que publicamos. Presentamos estas fotos sencillamente como las mejores fotos que se han hecho nunca del combate en el

frente.» Cuando Capa abrió el número del 3 de diciembre de 1938, vio una foto suya de página entera (que aparece en la sobrecubierta de este libro) sosteniendo una cámara Eyemo, con el pie: «El mejor fotógrafo de guerra del mundo: Robert Capa».

El reportaje de Capa del combate en el río Segre era lo más cerca que había estado nunca un fotógrafo del caos y la carnicería de la guerra, y era tan sugestivo que muchos lectores del *Picture Post* debieron de preguntarse si había deseado morir.

A medida que las fuerzas de Franco arrasaban los últimos reducidos de la República en Cataluña y a lo largo de la costa mediterránea, asesinaron y torturaron a decenas de miles de sus compatriotas españoles. A principios de enero de 1939 Capa volvió a Barcelona para cubrir la desesperada huida de cientos de miles de republicanos aterrizados. El 15 de enero volvió a presenciar un terrible ataque contra columnas de refugiados que esta vez se dirigían a Barcelona. Murieron miles mientras los aviones de Hitler y Mussolini, que en esos días dominaban por completo el cielo, bombardeaban sobre todo a mujeres y niños. Capa encontró a una anciana dando vueltas aturdida alrededor de un carro volcado. «No podía entender lo que había ocurrido —dijo a *Picture Post*—. Daba vueltas y vueltas al caño a ciegas.» Habían matado a toda su familia¹⁰.

Cuando Capa volvió a Barcelona, encontró la ciudad en medio de un caos total. Habían declarado la ley marcial para impedir que cundiera el pánico absoluto. Más de un millón de refugiados, que vivían con una ración diaria de unos pocos gramos de pan, abarrotaban las calles. Las pieles de las patatas habían reemplazado al tabaco. La ciudad de lo que había sido la romántica revolución del pueblo estaba tan exhausta que era imposible resistir.

Durante varias noches infernales, los «últimos cartuchos» del hotel Majestic, entre ellos Herbert Matthews, Martha Gellhorn y O'Dowd Gallagher, estuvieron en permanente estado de tensión, tratando de mecanografiar artículos conmovedores mientras los Heinkels descendían en picado en cuarenta y siete ataques aéreos en sólo cuatro días. Mezclados con las explosiones, había tiros de pistola de distintas facciones anarquistas y marxistas, en otro tiempo unidos en su lucha contra

el fascismo, que en esos días se asesinaban unos a otros. Después de que algunos corresponsales más hubieran abandonado la ciudad, Capa y Gellhorn se acurrucaron en la habitación de hotel de ella, temblando de frío mientras las bombas no cesaban de caer cerca.

A la una de la madrugada del 25 de enero, el periodista George Soria de *L'Humanité* entró corriendo en el Majestic con la noticia de que las tropas de Franco estaban cruzando sin encontrar resistencia el río Llobregat, a pocos kilómetros de distancia. Alrededor de las dos y media de la madrugada, Herbert Matthews encontró a Capa dormido como un niño en su habitación, a pesar del incesante bombardeo. Despertó a Capa zarandeándolo y lo hizo subir apresuradamente a un poco fiable coche belga Minerva, la «Vieja Minnie». Al amanecer se encontraron en una carretera obstruida por parte de los cuatro mil refugiados que acabarían huyendo de España. Niñas huérfanas abrazaban muñecas de trapo. Ancianos llorosos aferraban pañuelos llenos de tierra de ciudades que nunca volverían a ver. Tardaron treinta horas en recorrer los ciento sesenta kilómetros que quedaban hasta Figueres, a veinte kilómetros de la frontera francesa¹¹.

Figueres se había visto inundada por un éxodo hambriento e histérico. En las aceras estallaban peleas entre refugiados escuálidos que buscaban un portal donde dormir. Los niños gritaban llamando a sus familias perdidas y pidiendo pan duro. Camiones con seiscientas obras maestras —de Goya, El Greco y Velázquez— permanecían bajo vigilancia armada antes de ser evacuados a Francia. «Este lugar es como una tumba», comentó un corresponsal del *Times* a Ilja Ehrenburg, del periódico soviético *Izvestia*, quien respondió: «Es una tumba no sólo de la República española sino de toda la democracia europea»¹². En una calle Capa se encontró a una niña tumbada sobre unas maletas. «Es una monada —informó—, pero debe de estar muy cansada, porque no juega con los otros niños. Casi no se mueve; sólo sigue todos mis movimientos con sus grandes ojos negros. No siempre es fácil mantenerte al margen y no ser capaz de hacer nada aparte de documentar el sufrimiento que te rodea»¹³.

Cuando las tropas de Franco entraron en Barcelona el 26 de enero, se encontraron sólo con resistencia aislada. Mientras los moros de

Franco marchaban por las Ramblas, la gente salió nerviosa de las paradas del metro e hizo el saludo fascista, algunos llevando fotos de Franco compradas apresuradamente. Al cabo de unos días, diez mil sospechosos políticos fueron asesinados en una matanza que hasta un comandante fascista italiano reconoció que fue una «purga muy drástica»¹⁴.

Entretanto en Figueres Vincent Sheean buscaba frenético por todas partes a su amigo Capa, un hombre fichado por los insurgentes a causa de su recién estrenada fama. Sheean lo encontró por fin en una oficina de prensa improvisada donde se había hecho una cama con cajas de folletos propagandísticos a esas alturas inútiles; en su cama de promesas de papel roncaba como Sheean no había oído hacerlo nunca a nadie.

El 28 de enero Capa cruzó a Francia, exhausto y deprimido. Una de sus últimas fotos figura entre sus imágenes más conmovedoras; muestra una larga hilera de republicanos derrotados cruzando la frontera de Francia conducidos por un solo policía francés y llevando unas pocas pertenencias mientras tiritan con los vientos del invierno crudo. Cuando Capa llegó a París apenas si podía hacer nada, tan abrumado se sentía por la derrota. Ni siquiera los grandes elogios que le hacía Wilson Hicks en *Life* lograron sacarlo de su profunda depresión. «Estuvimos preocupadísimos por ti mientras las tropas de Franco se aproximaban a Barcelona y durante la toma de la ciudad —escribió Hicks el 31 de enero—. *Life* se ha quedado muy satisfecha con tus fotos tanto de China como de España. Sé que tu modestia no disminuirá si te digo que eres el mejor fotógrafo de guerra de la actualidad»¹⁵.

Varias semanas después, mientras en los cielos de Europa se acumulaban las nubes de guerra, Capa volvió a la frontera española, esta vez para cubrir las terribles condiciones en muchos campamentos de refugiados. (Una vez acabada la guerra, esos refugiados eran una vergüenza política para los franceses, además de un gasto importante.) En Argelès-sur-Mer encontró a sesenta mil españoles, muchos durmiendo en hoyos en el suelo, unos pocos protegiéndose con sacos muy finos de los vientos glaciales y las bajísimas temperaturas. No había dónde cocinar ni servicios sanitarios, «sólo un alambrado de espino para impedir

que salieran —escribió—, y crueles soldados senegaleses para mantener el orden»¹⁶. Como diversión, muchos guardias franceses montados y armados golpeaban a los hombres moribundos que habían luchado contra Franco durante tres años. Una noche de febrero murieron diecisiete de frío y los enterraron allí mismo.

En otros campamentos, otros ciento setenta y cinco mil españoles, soldados y civiles, vivían en condiciones igualmente deplorables, abandonados por las demás potencias occidentales a merced de las insensibles autoridades francesas. En el pueblo de Bram, cerca de Carcasona, Capa fotografió a un ex profesor de derecho internacional que yacía enfermo en un lecho de paja en un hospital donde hacía un frío glacial. «Es un anciano, y nunca se ha metido en política —rezaba el pie de foto del *Picture Post*—. Pero ha escrito artículos sobre la justicia y los derechos de las naciones para una publicación extranjera, y en la España de Franco no hay cabida para personas como él.» Fuera, a la luz de última hora de una tarde invernal, Capa paseaba entre hileras de cruces. «En las cruces blancas hay nombres en otro tiempo célebres en las artes y las letras españolas —informaba el *Picture Post*—. Y la hilera de cruces es interminable»¹⁷.

El 28 de marzo de 1939 los insurgentes tomaron Madrid. La «guerra apasionada» por fin había terminado. Por lo menos trescientas mil personas habían muerto, de las cuales más de la mitad eran civiles. En los años que siguieron, trescientos mil de los vencidos se pudrirían en las cárceles de Franco y tal vez unas cien mil personas serían ejecutadas.

La traición sucedió a la derrota cuando el 23 de agosto de 1939 Alemania y la Unión Soviética firmaron un pacto de no agresión. Los antifascistas de todo el mundo se sintieron apuñalados por la espalda; las democracias supervivientes, sobre todo Francia, temieron que la guerra fuera entonces inevitable. Como emigrante judío prominente que en esos días colaboraba con regularidad para *Ce Soir*, una publicación comunista, es posible que Capa empezara a preocuparse por estar entre los primeros en encarcelar si el gobierno de derechas de Francia decidía vengarse de los «rojos» traicioneros.

A las seis de la madrugada del 1 de septiembre de 1939 un ejér-

cito de la Wehrmacht de un millón y medio de soldados invadió Polonia, utilizando una nueva táctica que habían perfeccionado en España: *blitzkrieg* o «guerra relámpago». Dos días después Francia y Gran Bretaña declaraban la guerra a Alemania. En octubre Robert Capa volvía a huir una vez más, esta vez a bordo de un barco con rumbo a Estados Unidos.

Aislamiento total

Nunca en el terreno del conflicto humano tantos han debido tanto a tan pocos.

WINSTON CHURCHILL, 1940

A los pocos días de llegar a Nueva York, Capa disfrutaba de la vida nocturna de la ciudad, jugando al póquer con amigos que había hecho en España y reuniéndose con Julia y su hermano Cornell, que habían emigrado juntos en 1938, para comer platos húngaros tradicionales en el piso de éstos de Upper West Side. Si quería quedarse en Manhattan necesitaba encontrar trabajo sin demora, y unas semanas después de desembarcar subió en ascensor a la planta treinta y uno del Rockefeller Center 9, donde se reunió con el editor de fotografía de *Life*, Edward Thompson, un tipo serio y de maneras bruscas.

«Sólo entendí un poco de lo que [Capa] dijo —recordaría más tarde Thompson—. Traté, sin mucho éxito, de conseguir encargos para Capa'.» Pero enseguida se hizo evidente que no estaba hecho para la empresa movida por el lucro de Henry Luce, ni para Estados Unidos, que enseguida vio como un refugio temporal, frío e impersonal. La actitud aislacionista y los valores puritanos de Estados Unidos empezaron a crísparle los nervios a los pocos meses. Comparados con los europeos, los norteamericanos no sabían lo afortunados que eran. Y no tenían ni idea de comida ni de vino. No mucho después de que empezara a trabajar para *Life*, Thompson recordaba que Capa «dejó perplejo a un reportero que lo acompañaba, Don Burke,

al hacer una escena en el vagón restaurante del tren porque no había vino de calidad»².

A finales de otoño Capa conoció al joven escritor Irwin Shaw, un atractivo y atlético judío criado en Brooklyn de quien se hizo amigo íntimo. «Conocí a Bob Capa con una chica guapa en un bar de Greenwich Village. No fue la última vez que lo encontré en un bar o con una chica guapa. Acababa de volver de España y ya era famoso, y le reconocí al instante: los ojos oscuros de tupidas pestañas, poéticos y vivaces, como los de un golfillo napolitano, la boca curvada y sardónica con el eterno cigarrillo pegado al labio inferior»³.

Shaw se quedó parado al ver que Capa «ya era famoso» y sin embargo estaba sin blanca, «una situación que, debido a los riesgos de su profesión y a su afición al juego, era casi crónica en él. También corría el peligro de que lo deportaran a su Hungría natal, país que su acento conmemoraba, una musical deformación al hablar otros idiomas que sus amigos habían bautizado como “capanés”»⁴.

Por esa época Capa también conoció a un joven de Chicago, John Morris, que trabajaba de ayudante en el departamento de fotografía de *Life*. Morris recuerda a Capa ese invierno patinando en la pista de Rockefeller a la hora del almuerzo. «Capa aferró a Bobby Rock, una secretaria de *Life*, y enseguida se hizo evidente que no sabía patinar. Ella lo arrastraba por la pista y que me cuelguen si no cayeron de forma espectacular justo enfrente del escaparate de vidrio cilindrado de un restaurante. Yo estaba detrás de ellos y vi a los tres principales redactores jefes de *Life*, sentados a una mesa, desternillándose de la risa.»

La condición de inmigrante de Capa no era tan divertida. «Capa tenía un pasaporte “Nansen”, llamado así por Fridtjof Nansen de la Sociedad de Naciones —recordaba Edward Thompson—, un documento que se expedía a personas “sin patria”. El cupo de inmigrantes húngaros que Estados Unidos podía admitir se mantuvo durante veintitantos años, de modo que un documento mugriento y pegado con celo (“Si está limpio parece falso”, decía Capa) era su única base para andar por ahí.»

Capa se vio obligado a tomar medidas drásticas antes de que su visado expirara a principios de 1940. Sólo había una solución: tendría que

casarse. El 27 de marzo asistió a una fiesta con John Fernhout, que se había divorciado de Eva Besnyő y vuelto a casar con Polly Korchein, una resuelta bailarina norteamericana. Polly le presentó a Toni Sorel, una neoyorquina morena muy atractiva. En otra fiesta unos días después, un Capa y una Sorel achispados convinieron en casarse al día siguiente en una «ceremonia rápida» en Maryland, el lugar más cercano que permitía esta clase de uniones, a varias horas en coche al sur de Manhattan⁵.

Cuando a la mañana siguiente Capa recuperó la sobriedad, cayó en la cuenta de que no tenía ni dinero ni coche para ir a Maryland. Pero en las oficinas de *Life* había oído decir que dos fotógrafos también tenían previsto casarse: Otto y Hansel Mieth. La pareja se había marchado de Alemania en los años veinte, se había abierto camino de Budapest a Viena como músicos ambulantes y acabado en Estados Unidos, donde Hansel había obtenido la ciudadanía y se había convertido en fotógrafo de plantilla de *Life* en 1937. En 1940 necesitaban casarse para impedir que Otto, que había entrado ilegalmente en Estados Unidos, fuera deportado de nuevo a la Alemania nazi. Más tarde Hansel recordaría vívidamente ese día.

Capa irrumpió en las oficinas de *Life* y encontró a Otto sentado detrás de un plafón luminoso cerca de ella. «¿Qué os parece si nos casamos los cuatro a la vez? —preguntó—. Una boda doble... Tengo que marcharme mañana mismo del país porque no me han extendido el visado. Soy húngaro y judío, y los hitlerianos en Hungría... He hecho el siguiente trato con una chica: que se case conmigo a cambio de clases de baile durante un año.»

Esa tarde pasaron a recoger a Toni Sorel y fueron todos juntos en el coche de Otto a Maryland bajo una lluvia torrencial. Llegaron a Elkton quince minutos antes de que cerrara la oficina de licencias matrimoniales. Capa y Otto entraron corriendo y el oficinista les dio la mala noticia: había cambiado la ley. En adelante se requería una espera de tres días antes de conceder una licencia. Le suplicaron que hiciera una excepción, pero él se negó. Deprimidos, volvieron a subirse al coche y emprendieron el regreso a Nueva York.

Al llegar a las afueras de Elkton, Otto vio un coche por el retrovisor. Dos hombres les hacían señas frenéticos para que se detuvie-

ran. Ellos así lo hicieron y los hombres explicaron que había una laguna jurídica que dejaba abierta una escapatoria, y pidieron hablar a solas con Otto y Capa. Desde el coche, Hansel y Sorel vieron a Otto sacudir enérgicamente la cabeza y dar media vuelta, y a Capa tirando de él. Entonces Otto sacó la cartera y les dio unos billetes. Cuando Otto y Capa volvieron a subirse al coche, el primero explicó que si conseguían un certificado médico conforme estaban embarazadas podían casarse inmediatamente. Tanto Hansel como Sorel se negaron a aceptar, pero Capa les suplicó que lo reconsideraran mientras los dos hombres esperaban impacientes a que las parejas los siguieran.

Al final las mujeres se dejaron persuadir. Un médico del pueblo ni siquiera las miró mientras escribía a máquina un certificado de su embarazo. Otto sacó más billetes. Luego se encontraron a sí mismos ante un anciano, el «ministro», quien casó a las dos parejas. Pero cuando llegó el momento de pagar al ministro, a Otto no le quedaba suficiente dinero, de modo que Hansel y Sorel tuvieron que buscar en sus bolsos la cantidad necesaria. Con el papeleo de la boda en la mano, los cuatro recién casados se quedaron de pie bajo la lluvia fuera de la oficina matrimonial.

—Esto pide una copa —dijo Capa.

Pero ninguno tenía dinero, de modo que se subieron de nuevo al coche y emprendieron el regreso. Otto y Hansel iban sentados delante, y Sorel y Capa en el asiento trasero. Al cabo de unos kilómetros Hansel oyó a Sorel dar una bofetada en la mejilla a Capa, quien había hecho un torpe avance. Sorel permaneció acurrucada en una esquina del asiento llorando, y al acercarse al Lincoln Tunnel entre Newark y Manhattan, pidió que la dejaran bajar. Se despidió con voz embargada por la emoción. Capa pidió que lo dejaran en el hotel Bedford. Se bajó y, sin decir una palabra, se alejó en la noche⁶.

«Verás, Capa era un ser humano extraño —escribió Hansel Mieth después—. Actuaba como si la vida fuera una broma, y al mismo tiempo se tomaba la vida muy en serio. Estaba compuesto de muchas personas, algunas muy buenas, otras no tanto. Era amigo nuestro y sin embargo nos contaba cosas que no se sostenían a la luz del día. Era

un tipo aventurero, pero a menudo se desahogaba conmigo. Era una persona que se había inventado en gran medida a sí misma⁷.»

Sorel afirmó después que se había casado con Capa para hacerle un favor⁸. Pero según Georgia Brown, amiga íntima de los Mieth, se había enamorado de él. Ed Thompson también creía que el matrimonio significaba más para ella que para Capa. «Capa veía el matrimonio como algo temporal —recordaba—. Toni, por desgracia, no, y siempre me preguntaba con melancolía por Bob cuando me la encontraba por casualidad⁹.»

A fin de legalizar su situación después de la boda, Capa y Otto necesitaban ausentarse seis meses del país y volver a entrar. *Life* lo tuvo en cuenta y al cabo de unas semanas encontró oportunamente trabajo a Capa en México, mientras que Otto se fue a Cuba.

Capa llegó a la ciudad de México a finales de abril, se registró en el hotel Montejó y se puso en contacto con el veterano experto en Latinoamérica Holland McCombs, jefe de la oficina de *Time-Life* en México, quien le explicó la inestable situación política tomando copas en varios de los clubes nocturnos de la ciudad¹⁰. Según informaba *Life* en uno de los primeros reportajes gráficos de Capa desde México, «los agentes nazis están muy ocupados en toda Latinoamérica, inculcando el odio a Gran Bretaña, Francia y sobre todo Estados Unidos. En México trabajan codo con codo con los comunistas, aprovechando que las elecciones presidenciales mexicanas del 7 de julio están próximas¹¹.

Cuando Capa no se emborrachaba con ron caliente en el bar del Montejó, deambulaba por las calles, cubriendo las campañas electorales del general de izquierdas Manuel Ávila Camacho y el general más de clase media y de derechas Juan Andreu Almazán. El día de las elecciones se personó al amanecer en un colegio electoral del centro donde estaba previsto que acudiera a votar Ávila Camacho. Se respiraba cierta violencia en el ambiente: una extraña norma en las elecciones mexicanas establecía que los primeros hombres en llegar al colegio electoral se hacían cargo de la votación el resto del día, y en cuanto abrieron las cabinas empezó el tiroteo.

Capa trabajó varias horas sin descanso, esquivando los tiros mientras la policía y partidarios rivales disparaban indiscriminadamente a la multitud. Fotografizó al primer hombre que murió esa mañana, a los heridos que se subían a las ambulancias, a la víctima con la piel en carne viva de un bombardeo y a «un joven repartidor de periódicos agonizando con una piedra todavía en las manos que no había llegado a arrojar»¹². Según el reportaje de *Life* del 22 de julio, esas elecciones presidenciales «libres», las primeras en treinta años, fueron mucho menos violentas de lo que se esperaba, con sólo cien muertos denunciados al final de la jornada electoral.

El 8 de julio los dos candidatos se declararon vencedores. Los secretarios electorales anunciaron que no se sabrían los resultados oficiales hasta el 1 de septiembre, cuando volviera a reunirse el Parlamento mexicano. A lo largo de todo el mes de agosto las tensiones y las temperaturas aumentaron en la capital mientras los partidarios de los dos candidatos hablaban en susurros de insurrección y elecciones amañadas.

Cuando Capa acudió a las oficinas de *Life*, encontró en las páginas de la revista noticias aún más inquietantes sobre Europa. Francia y Bélgica habían sucumbido en pocas semanas a la guerra relámpago de Hitler. La batalla de Inglaterra se prolongaba sobre los campos estivales británicos y sólo los jóvenes pilotos de la RAF se interponían entre Hitler y la dominación total de Europa. En Londres, el 20 de agosto Churchill se dirigió al valeroso pueblo británico, rindiendo homenaje a los aviadores que estaban ganando la primera gran batalla contra Hitler.

El mismo día que Churchill pronunció su famoso discurso, Capa se encontraba con otros muchos periodistas a las puertas de un hospital de la ciudad de México donde agonizaba el protagonista de su primer reportaje, León Trotski. Esa tarde Trotski había sido herido en la cabeza con un pico. Antes de perder el conocimiento en la ambulancia que lo llevaba al hospital, había susurrado: «Estoy seguro de la victoria... Seguid adelante»¹³. Ya sentenciado a muerte por traición por un tribunal de Moscú, Trotski murió al día siguiente. El 27 de agosto su cuerpo desapareció en las llamas de un horno crematorio.

Fuera, Capa fotografió a su viuda mientras la llevaban desmayada a un coche cercano.

El 10 de octubre de 1940 Capa volvió a Estados Unidos pasando por Laredo, Texas, después de haber obtenido el permiso de residencia. La temporada electoral alcanzaba su momento culminante y llegó a Nueva York a tiempo para cubrir varios discursos de los candidatos Wendell Wilkie y el presidente Franklin D. Roosevelt. Presionado por los aislacionistas, Roosevelt hizo una dura campaña que giraba sobre la promesa de mantener a Estados Unidos al margen de la guerra*. Cuando los estadounidenses acudieron a las urnas, Capa se encontraba en Sun Valley, Idaho, donde pasó diez días cubriendo a la pareja literaria más fascinante del país: Hemingway y Martha Gellhorn. Capa fotografió al «gran norteamericano trabajando y jugando» con Gellhorn: disparando a faisanes, cazando y bailando juntos en un Trail Creek Cabin cercano, a cinco kilómetros del rancho de Hemingway¹⁴.

Hemingway se hallaba en la cúspide de su éxito. Su novela ambientada en la guerra civil española, *For Whom the Bell Tolls* (*Por quién doblan las campanas*), se vendía a un ritmo asombroso de cincuenta mil ejemplares al día, y la Paramount le había comprado los derechos por la suma récord de cien mil dólares; *Life* no tardaría en publicar un reportaje especial utilizando muchas de las fotografías que Capa había sacado en España para promocionar la película.

Una de las fotografías de Capa de la «pareja feliz» mostraba a Hemingway sosteniendo en alto orgulloso un faisán macho recién cazado. «Por encima del hombro —explicaba el pie de foto—, le cuelga su bolsa de cuero que le compró la señorita Gellhorn en Finlandia cuando cubría la guerra rusofinlandesa.» Para sacar otra foto de Hemingway con el aspecto viril que correspondía, Capa se metió en un cenagal y lo fotografió bebiendo a morro de una botella de whisky. La imagen no apareció en la revista presbiteriana de Luce,

* Roosevelt salió elegido para un tercer mandato sin precedentes el 5 de noviembre.

pero una insólita foto que sacó un segundo fotógrafo muestra a Capa enfocando la cámara, hundido hasta la cintura en barro helado.

Aún más placentero fue otro encargo que le hicieron: fotografiar Calumet City, en Illinois, «ciudad del pecado» para las decenas de miles de trabajadores de las fábricas de los alrededores. *Life* informaba que la ciudad no tenía «estación ferroviaria, ni iglesia protestante, ni semáforos, ni un sistema telefónico central, pero sí trescientos ocho clubes nocturnos y siete agentes de policía. La proporción de un bar por cada cuarenta y seis personas es [la] más elevada de Estados Unidos»¹⁵. Capa trasnochó para fotografiar a profesionales del *strep-tease* bajándose las cremalleras de sus faldas y a viejas parejas de ancianos borrachos apoyándose unos a otros en antros de mala muerte.

Fue por esta época cuando en el tren a Chicago Capa charló con un portero negro de veintiocho años que comentó que le encantaría ser fotógrafo algún día. El portero se llamaba Gordon Parks y le esperaba una larga carrera con *Life* antes de dirigir el clásico de los setenta *Shaft*. «Bob Capa subió al tren esperando dormir los siguientes seiscientos kilómetros de regreso a Chicago —recordaba—, pero no le dejé pegar ojo con mi aluvión de preguntas... Cuando se bajó cansinamente del vagón varias horas después, [Capa] dijo: “Nos veremos en Europa algún día”¹⁶.»

En 1941 Europa estaba muy presente en la mente de Capa. Había visto mucho de Norteamérica, pero su trabajo para *Life* le resultaba frustrante. Cuando echaba un vistazo a la portada del *New York Times*, los reportajes que hacía para ellos le parecían triviales e irrelevantes. También había empezado a sentirse molesto con la dirección de *Life*; en 1941 todos los fotógrafos de la revista menos uno —a saber, Margaret Bourke-White—, recibían trato de «cazadores de fotos», un peldaño más arriba de los compositores pero varios más abajo de los verdaderos intérpretes, los vendedores de publicidad.

Cuando Capa se enteró de que la mujer de Vincent Sheean, Dinah, buscaba fotógrafos para un libro sobre el bombardeo alemán de Londres, se apresuró a aprovechar la oportunidad de regresar a Europa. Pero cuando llegó a Londres en junio, se encontró con que el bombardeo masivo había terminado. Sin dejarse desalentar, se con-

centró en mostrar la capacidad de recuperación de una familia de clase obrera, los Gibb, al reanudar su vida cotidiana. El libro de Sheean, *The Battle of Waterloo Road*, se publicó a finales de 1941 y recibió reseñas mediocres. Capa había hecho todo lo que había podido, pero para entonces el tema ya no era noticia. Como testimonio del bombardeo alemán, se veía y se leía como un tierno epílogo de lo real. El libro no tuvo éxito, sobre todo porque en él no había ningún pasaje o fotografía que describiera el verdadero drama.

Hacia octubre de 1941 Capa volvía a estar en Nueva York, impaciente por conseguir un encargo más prolongado para cubrir la guerra en sí, en lugar de las lúgubres calles donde los nazis habían causado tanto sufrimiento y daños, pero nada que mereciera un titular. Moscú se veía amenazada por cuatro divisiones blindadas alemanas, cada una compuesta de cinco mil tanques, y Capa solicitó un visado ruso. Pero la solicitud fue denegada¹⁷. El 6 de diciembre de 1941 la historia puso fin a la «extraña guerra» de Capa, así como a su aislamiento en Estados Unidos. Aquel día por la mañana los japoneses bombardearon Pearl Harbor. El día de Año Nuevo de 1942 tío Sam estaba por fin en guerra con las potencias del Eje: Italia, Alemania y Japón.

Salirse del paso

Hablaba con afecto de los ingleses, tratándolos de iguales; contaba chistes sobre la flema con que se salían del paso.

MARTHA GELLHORN, *Till Death Do Us Part*

Una mañana de principios de 1942 Capa despertó en un estudio desprovisto de muebles del piso superior de un edificio de piedra rojiza de cinco plantas en el número 60 de la calle Nueve Oeste de Nueva York. Al coger su correspondencia, encontró una alentadora carta de la revista *Collier's*: querían que fuera a Inglaterra y se preparara para cubrir el desembarco aliado en Francia o en el norte de África. Aún mejor; adjuntaban un talón por valor de mil quinientos dólares como adelanto, o eso afirmaría él más tarde. Pero una carta del Ministerio de Justicia resultó desastrosa: lo habían fichado como extranjero enemigo en potencia y era posible que lo encarcelaran. Como mínimo le prohibirían hacer fotografías en público; sólo con que sacara una Leica en Central Park podrían detenerlo¹.

En sus memorias de 1947, *Slightly Out of Focus*, Capa también explicaba cómo se las había ingeniado para cubrir la Segunda Guerra Mundial siendo un «extranjero enemigo en potencia», el único fotógrafo que lo logró. Después de pedir al redactor jefe de *Collier's* que utilizara sus influencias, acudió a la embajada británica de Washington. Invitó a comer a un comprensivo funcionario y lo agasajó con ostras y una botella de Montrachet de 1921. El funcionario señaló que

a lo mejor podía hacerse un arreglo especial*. Mientras esperaba noticias de la embajada, Capa se quedó en Washington en casa de Myron Davis, un fotógrafo de *Life* de veintitrés años, y su joven esposa. Davis recuerda a Capa adueñándose del cuarto de baño e «instalándose en la bañera un par de horas leyendo sus libros». Una mañana Capa olvidó echar el pestillo. Cuando se negó a salir de la bañera, Davis cogió su Rolleiflex y empezó a hacerle fotos desnudo. A Capa no le hizo ninguna gracia. «Fue la única forma en que logré sacar a Bob de mi bañera», dice Davis, cuyas fotos muestran a Capa leyendo una novela de Simenon con la cara de sueño que correspondía. Hasta la fecha sostiene que Capa necesitaba de ese ritual matinal para «transformarse de Friedmann en Capa».

Capa recibió por fin de la embajada británica una carta oficial que serviría de documentación temporal para viajar. Volvió a Nueva York, donde hizo las maletas y salió una última noche por la ciudad. Más tarde contaría que se había pulido su adelanto de *Collier's* en una partida de póquer y había tenido que pedir prestado los cinco dólares para un taxi que lo llevara a un barco de Brooklyn. Julia esperó en el taxi mientras Capa recogía varios permisos que lo autorizaban a salir de Estados Unidos. Dejó a su madre llorosa en el puerto diciéndole adiós con la mano. Luego bajó a su camarote para dejar su equipo y se sirvió una copa para celebrar que por fin volvía a ser corresponsal de guerra.

El barco de Capa formaba parte de un convoy y su travesía a través del Atlántico prometía ser un buen reportaje en sí misma. En 1942 la batalla del Atlántico estaba en una fase crucial, con enormes pér-

* Es posible que Capa se abriera realmente camino hasta la guerra con sus encantos, como más tarde afirmaría. Pero algunas partes de *Slightly Out of Focus* son poco fiables, y otras, totalmente inventadas. De hecho, Capa tenía la intención de hacer una película de sus memorias y nunca afirmó que se tratara de un relato fiel de sus vivencias de 1942 a 1945. Al publicarse en 1947, en la sobrecubierta de *Slightly Out of Focus* se leían incluso unas palabras de advertencia del autor. «Al ser lógicamente tan difícil escribir sobre la verdad, me he permitido en su propio interés ir un poco más allá pero a este lado de ella. Todos los hechos y personas que aparecen en este libro son fortuitos y tienen algo que ver con la verdad.»

didadas en mercancías causadas por los voraces submarinos alemanes. Entre Capa y la seguridad se interponían tre mil millas de mar cruel, plagado de flotillas de submarinos que se elevaban a más de ciento cuarenta unidades. No existía un momento más peligroso para cruzarlo hasta Gran Bretaña.

Al día siguiente Capa se presentó al comodoro Magee, que estaba al mando del convoy. Magee había servido en la famosa Patrulla de Dover durante la Gran Guerra y se había retirado ocho años antes de reincorporarse al servicio en 1939. «¡Bueno, pues no cuente con ninguna maldita primicia en esta travesía! —advirtió a Capa—. Nuestra misión no es luchar, sino huir y esquivar. Preferimos tener cien buques de carga a salvo en el puerto que cien cruces de victoria cualquier día de éstos².»

Llevaban varios días de travesía cuando sonó una alarma. Se había detectado una flotilla de submarinos a treinta millas. Capa sacó sus cámaras y llegó justo a tiempo para fotografiar a los marineros salir de una sala de máquinas y correr a sus puestos. En la cubierta, vio un destructor creando una cortina de humo protectora; se elevaban nubes negras del barco mientras navegaba a través del convoy. Pronto dejó de ver a los oficiales a pocos metros de distancia, por no hablar de los veintitantos barcos del convoy. Al atardecer el mar estalló con la explosión de profundas cargas. Transcurrieron horas espantosas antes de que bienvenidos destructores británicos se unieran al convoy y empezaran a escoltarlo a un lugar seguro.

Capa llegó a Londres a mediados de mayo. Quentin Reynolds, el corresponsal de *Collier's* asignado para cubrir noticias con él, llegó una semana después. Borrachín extravertido nacido en Brooklyn que pesaba casi cien kilos, se ganó enseguida la simpatía de Capa mientras recorrían los pubs londinenses. «El espíritu de Londres —escribió Capa— poco después del bombardeo pero antes de la total invasión norteamericana de Inglaterra, era abierto y acogedor³.» Una noche se encontraron con el teniente Richard Llewellyn, autor de *How Green Was My Valley* (¡Qué verde era mi valle!), unas memorias de su niñez en una comunidad minera galesa. La película basada en ese libro había ganado el Premio de la Academia a la Mejor

Película de 1941. «¿Cómo es de verde tu valle?», le preguntó Reynolds. «Ven a verlo por ti mismo —respondió el escritor—. A ver si he exagerado el cuadro. A ver cómo viven esos hombres y mujeres... esa gente que está arrancando carbón, que trabaja para una de las industrias bélicas más esenciales⁴.»

Capa y Reynolds siguieron el consejo de Llewellyn. A principios de junio cogieron un tren a Gales y a continuación fueron en coche al pueblo de Gilfach Goch, en una región entre Cardiff y el parque nacional Brecon Beacons conocida como el «Valle Perdido»⁵. El hollín gris cubría las calles y las laderas, y envenenaba la hierba. La Gran Depresión de los años treinta aún persistía, muchas de las tiendas estaban cerradas con tablones y la mayoría de las familias luchaban por llevar la comida a la mesa. Capa fotografió a niños bajar corriendo una calle vacía, detrás de los cuales había terrazas empinadas de casas de mineros que terminaban en un horizonte gris... una vista que poco ha cambiado hoy. Una de sus fotografías, que muestra a un minero saliendo a la superficie tras una larga jornada, fue seleccionada por la revista *US Camera* como una de las mejores fotografías de 1942. Otras imágenes mostraban a hombres saliendo de un pozo, parpadeando bajo el sol abrasador el día de paga, la dentadura blanca destacando en sus caras ennegrecidas.

El siguiente encargo de Capa fue fotografiar las técnicas pioneras de la cirugía plástica, una rama de la medicina que avanzaba a gran velocidad en respuesta a las heridas de guerra. Un caluroso día de julio, en una sala de quirófano londinense, Capa vio cómo el doctor Thomas Pomfret Kilner se preparaba para operar a un joven polaco. En otoño de 1939 la culata de un fusil alemán había destrozado la cara del polaco haciendo desaparecer su nariz, y Capa tenía instrucciones de fotografiar a Kilner construyéndole una nueva. Con el estómago revuelto vio cómo Kilner cogía un bisturí, abría la nariz y empezaba a retirar fragmentos de hueso y cartilago rotos. Bajo el efecto del gas y el éter, el polaco dormía como un niño. No se le movía ni un músculo facial. De pronto uno de los cirujanos ayudantes de Kilner dio un codazo a Reynolds y señaló riendo a Capa, cuya «cara normalmente colorada estaba gris pálida». Reynolds y

Kilner acompañaron a Capa a la antesala. «Me desmayo», gimió Capa.

Kilner mandó traer un gran vaso de brandy. El buen brandy escaseaba entonces en Londres, recordaba Reynolds, y le pareció ridículo malgastarlo en un «hombre inconsciente», de modo que se lo bebió él. Cuando Capa volvió en sí, Reynolds le dijo que le había dado una copa de coñac de primera calidad para reanimarlo. «¡Debía de ser muy bueno, porque no me he enterado!», respondió Capa⁶.

Fue alrededor de esta época cuando una tarde en el cuarto oscuro de *Life* de Dean Street, en el Soho, Capa conoció al apuesto fotógrafo de la revista *Yang*, Sergeant Slim Aarons. Aarons acababa de fotografiar a Winston Churchill en Downing Street. Recuerda que Churchill «estaba cocido, totalmente cocido», y había fotografiado al inspirador dirigente británico muy desmejorado. «Yo tenía esa gran primicia, pero cuando llegué al laboratorio de *Life*, revelaron la película y estropearon la foto. ¿Qué podía hacer? No podía matar a nadie. Capa estaba allí y dijo: “Vamos, haré que te sientas mejor”. De modo que me llevó a un club de Mayfair y al cabo de cinco minutos tenía a siete chicas alrededor. Nos divertimos mucho y nos recorrimos toda la ciudad esa noche. Allí adonde íbamos, Capa conocía a alguien.»

En una fiesta el verano anterior, Capa había conocido a otros corresponsales extranjeros en Londres, entre ellos Mary Welsh de *Life*, una rubia menuda que poco después empezó una aventura sentimental con Ernest Hemingway. En otoño de 1942 Capa reanudó su amistad con Welsh y otros, y asistió a fiestas organizadas por la anfitriona de la alta sociedad norteamericana Pamela Churchill. Pelirroja, voluptuosa y sexualmente omnívora, Pamela estaba casada entonces con Randolph Churchill, hijo único del primer ministro. Cuando Randolph no andaba cerca, Pamela lo pasaba en grande organizando reuniones desenfundadas y acostándose con grandes generales, tanto norteamericanos como británicos, así como con el famoso locutor norteamericano Edward R. Murrow. También encontró tiempo para beber y bromear con Capa en un bar del Soho llamado White Tower. Varias décadas después, ella todavía se reía al recordar al Capa que

había conocido en el Londres de la guerra. Sostenía que él se había cambiado de nombre para evitar el antisemitismo y porque hacía que gente importante lo confundiera con el director Frank Capra.

Cuando Capa no estaba tratando de ligar con chicas de la alta sociedad londinense ni bebiendo con la nuera de Churchill, pasaba la noche con prostitutas que se agazapaban en la oscuridad alrededor del Shepherd's Market, que se hallaba a un corto paseo del hotel Dorchester. En una ocasión, recordaba Pamela Churchill, pidieron a Capa con amabilidad que se marchara porque el gerente estaba «cansado del continuo desfile de jóvenes» que se llevaba a su habitación⁷. Como Bara, la versión ficticia que había escrito Martha Gellhorn de él, se «aferraba a las prostitutas porque le gustaban... eran tan independientes como él»⁸.

Hacia principios de agosto, varias semanas después de su llegada a Gran Bretaña, Capa seguía sin recibir los papeles para cubrir las operaciones militares fuera de Gran Bretaña. Sin poder abandonar el país, se perdió lo que habría podido ser su primer gran reportaje de la guerra: el intento aliado de abrir una cabeza de playa en Europa Occidental. El 19 de agosto Reynolds informó sin Capa sobre un desembarco anfibio en el puerto francés del canal de la Mancha de Dieppe. El desembarco acabó en un sangriento desastre. Seis mil comandos, en su mayoría canadienses, desembarcaron bajo el feroz fuego alemán. Al cabo de unas horas, más de la mitad estaban muertos, heridos o hechos prisioneros.

El 8 de septiembre de 1942, los altos mandos de Londres y Washington acordaron empezar los bombardeos norteamericanos de día sobre las ciudades alemanas, coordinados con ataques aéreos nocturnos en gran escala de la RAF. Mientras Reynolds escribía informes cortados por la censura sobre Dieppe, Capa visitó una base aérea norteamericana en Chelveston, en las afueras de Londres. En la base vivían ya las tripulaciones de cuarenta y ocho Fortalezas Voladoras: los famosos bombarderos B-17, equipados con un par de ametralladoras Browning 0,5 en torretas que permitían que una formación cerrada arrojara fuego antiaéreo en cantidades sin precedentes. Un armamento tan potente era de vital importancia; en otoño de 1942 los

B-17 necesitaban toda la protección que pudieran obtener para enfrentarse contra las bandadas de Bf-109 Messerschmitts que salían a su encuentro en cada misión sobre el Tercer Reich.

Pero la suerte de Capa aún no había cambiado. El mal tiempo mantuvo a las tripulaciones varios días en tierra. Mientras esperaban para despegar con urgencia, él se ejercitó en nuevas modalidades de póquer, el «arte masculino de la autodestrucción». «Estaba perdiendo mi cuenta de gastos bastante liberalmente —recordaba—. Las partidas duraban hasta altas horas de la madrugada⁹.» Al final, tras innumerables partidas de «spit-in-the-ocean» póquer y «red dog» póquer, asistió a una tensa reunión informativa a las cinco de la madrugada. Un joven coronel se levantó y señaló algo en un gran mapa de la pared. «Habrán oído hablar sin duda antes de este blanco —dijo—. Se trata de Saint Nazaire. La RAF lo ha bombardeado muchas veces, pero ahora es más importante que nunca, porque es de Saint Nazaire de donde salen los submarinos nazis para atacar los convoyes¹⁰.»

La tripulación volvió a su sala a esperar la llamada decisiva. De pronto hubo una oleada de entusiasmo. Se oía al querido comediante norteamericano Bob Hope hacer bromas, y por unos momentos la misión quedó olvidada mientras los aviadores se apiñaban alrededor de una pequeña radio. Pero de repente llegó el esperado anuncio: «A sus aviones». Mientras la tripulación de los aviones despegaba, Capa corrió a la torre de control, desde donde fotografió a las Fortalezas cargadas de bombas elevándose poco a poco en el aire. Contó veinticuatro aviones despegando. Seis horas después volvieron sólo diecisiete. Uno se vio obligado a hacer un aterrizaje forzoso: le habían alcanzado el tren de aterrizaje en el ataque aéreo y varios miembros de su tripulación habían muerto o estaban heridos.

Capa corrió hacia el avión mientras éste se deslizó por una pista de aterrizaje de césped hasta detenerse. Vio abrirse la escotilla. Un joven soldado mutilado fue atendido rápidamente por los miembros del personal médico que esperaban. Siguieron dos cadáveres. El último en salir de la inutilizada Fortaleza fue el piloto, sangrando de un corte en la cabeza. Instintivamente, Capa se acercó más para hacerle una foto. El traumatizado piloto se volvió hacia él furioso. ¿De modo

que eso era lo que Capa había estado esperando? ¿Imágenes de sus compañeros muertos y ensangrentados?

Capa escribió en *Slightly Out of Focus* que había cerrado la cámara de golpe y se había marchado del aeródromo sin decir una palabra más, y en el tren de regreso a Londres se había prometido a sí mismo dejar de ser un «enterrador». Si tenía que asistir a entierros, debería participar también en el «cortejo fúnebre». En adelante tendría que acompañar a esos hombres en misiones posiblemente fatales. Los combatientes sólo tolerarían su presencia si experimentaba a su lado la guerra. Capa añadió que la película que había sacado de los aviadores muertos y heridos «mostraría a la gente el verdadero aspecto de la guerra». Pero sus fotos de aviadores heridos resultaron ser demasiado sangrientas para cualquier revista.

Ése no fue el final del poco afortunado reportaje de Capa. Sus fotos, según contaría él más tarde a un entrevistador de radio, «de algún modo habían [pasado] los censores sin ninguna clase de censura. [Illustrated] quiso publicar en portada una foto de un joven en el morro de un bombardero. Por desgracia había una pequeña cosa negra que resultó ser una mira de bombardeo secreta».

«La pequeña cosa negra» era la mira de bombardeo ultrasecreta Norden, tan precisa que decían que permitía a los bombarderos «dejar caer una bomba en un barril de salmuera»¹¹. Cuando los censores vieron la fotografía, *Illustrated* ya había impreso cuarenta mil ejemplares. Len Spooner, el redactor jefe, se vio obligado a cambiar en el último momento la foto de la portada a un coste elevado¹². Por fortuna no le guardó rencor a Capa por ello, y con los años él y Capa se hicieron buenos amigos. Admiraba mucho a Capa como fotógrafo de noticias y no tardó en exhibir su talento en generosos reportajes a doble página. Cuando Capa consiguió por fin autorización para cubrir la guerra en el norte de África a principios de 1943, Spooner se comprometió entusiasmado a tener en cuenta los reportajes que le enviara.

Antes de partir hacia África Capa cenó con Vincent Sheean y su mujer Dinah, a quienes luego acompañó a ver a la hermana de Dinah, Blossom, que vivía cerca de Reading. Blossom estaba casada con un

próspero fabricante de aviones, Frederick Miles. Capa disfrutó de la compañía ingeniosa y poco pretenciosa de los Miles y decidió volver a hacerles una visita un fin de semana. En esa ocasión descubrió con gran placer a otra invitada: una rubia fresón llamada Elaine Justin¹³.

Elaine tenía un sentido del humor contagioso y un tipo magnífico; tenía veinticinco años y buscaba una aventura sentimental. Su matrimonio con John Justin, un atractivo piloto de la RAF, ya había terminado, o eso afirmaría más tarde. Cautivado por su bonito pelo, Capa pronto empezó a llamarla Pinky y a prodigar encanto. En cierto momento de su estancia, Capa se despertó de una siesta y vio a Pinky de pie junto a un gramófono en la sala de estar, con un ceñido vestido negro. Bailando la rumba y bebiendo champán, ella sucumbió rápidamente a sus encantos. Durante el resto de la guerra, cada vez que él volvía a Londres, ella lo esperaba, a menudo con una botella de champán fría y las llaves de un ático, donde harían apasionadamente el amor.

Una noche de primavera de 1943, con un uniforme de correspondencia hecho a medida, Capa se bebió una última botella de champán y se despidió con un beso de una llorosa Pinky en la estación de Euston. Pinky cantó un trozo de su canción favorita, *J'attendrai*, y Capa se subió al tren de las 7.30 a Glasgow, donde debía embarcar en un barco de transporte de tropas con rumbo al norte de África. Después de mucho esperar volvía a dirigirse a las primeras líneas del frente.

El desierto

«Sólo hay cuatro cosas imprescindibles: ropa, comida, tabaco y toda la seguridad que seas capaz de proporcionar. [...] Sin correo ni obligaciones ni preocupaciones... ¿qué más puede pedir un hombre?»

ERNIE PYLE, *África del Norte*, 1943¹

La división escocesa a bordo del barco de transporte de tropas de Capa sabía que la guerra que se libraba en África acababa de entrar en una fase decisiva. En calidad de refuerzos, se adentrarían en las primeras líneas del frente para relevar a hombres que llevaban meses luchando en las infernales temperaturas del desierto. Se rumoreaba que era inminente una gran ofensiva.

Antes de que el barco atracara en Argel, los escoceses se habían acostumbrado al exótico húngaro que se hallaba entre ellos, con su uniforme hecho a medida y destrozando el inglés con un acento tan cerrado como el de cualquier soldado de los Gorbals*. Por lo que se refería a Capa, se había resignado a hacer aún más trámites burocráticos con los oficiales de relaciones públicas en cuanto desembarcara. Probablemente pasarían semanas antes de que pudiera fotografiar por fin la guerra, que ya hacía tres años y medio que había comenzado.

* Barrio obrero de Glasgow. (*N. del E.*)

Le sorprendió por tanto encontrar que nadie quería examinar sus papeles, cuestionar su acento o arrebatarle las cámaras, sino todo lo contrario. El oficial de relaciones públicas lo subió rápidamente a un jeep y le dijo que más valía que se pusiera en camino inmediatamente si quería ponerse al día de la guerra, a varios cientos de kilómetros de distancia en el accidentado interior de Túnez.

Durante el siguiente día con su correspondiente noche, cruzó un terreno que le recordó mucho al árido interior de España, aunque las temperaturas eran mucho más elevadas que las que había soportado incluso en China: lejos de la costa, llegaban a veces a los 42 °C a la sombra. Mientras el jeep pegaba botes por carreteras abiertas por tanques, disfrutó del sol y admiró las colinas que se extendían aquí y allá cubiertas de limonares y valles exuberantes.

Capa llegó por fin a la ciudad tunecina de Gafsa y lo alojaron en una escuela árabe abandonada. Esa noche soñó que era el primer fotógrafo en documentar la captura del mariscal de campo Erwin Rommel. Pero cuando despertó, apenas podía abrir los ojos: la parte superior de su cara que había quedado al descubierto estaba cubierta de picaduras de insectos. Más tarde esa mañana, en un campamento de prensa levantado apresuradamente en Gafsa, le informaron sobre la guerra en África.

En noviembre de 1942, mientras él se había dedicado a callejear por Londres, tropas británicas, francesas y norteamericanas habían desembarcado en el norte de África y asegurado rápidamente la primera gran victoria de los aliados contra Hitler. La guerra del desierto se hallaba en esos momentos en su última fase. El Segundo Cuerpo del general norteamericano George Patton luchaba contra los italianos y los alemanes, avanzando desde el oeste mientras Montgomery perseguía a Rommel a través del sur de Túnez*.

* La corriente también se volvía contra el Eje en el Frente Oriental. El 31 de enero de 1943, en Stalingrado, el Ejército Rojo del general Chuikov había obligado al mariscal de campo Von Paulus a rendirse con lo que quedaba del Sexto Ejército de Hitler tras un terrible sitio que costó a la Wehrmacht trescientos mil hombres y puso fin al avance hacia el este de Hitler.

Entre los corresponsales colegas de Capa estaba el singular norteamericano Ernie Pyle, un hombre con aspecto de gnomo y flaco como un palillo, querido por sus crónicas sencillas pero elegantes sobre el yugo y el horror de la guerra del soldado medio estadounidense. Pese a su aspecto dócil, Pyle no se andaba con miramientos en sus artículos. Una de sus primeras crónicas sobre África había sido una firme condena a la negativa de Estados Unidos a expulsar a los oficiales colaboracionistas del África francesa de Vichy. «Hemos dejado en sus cargos a la mayoría de oficiales de poca monta puestos allí por los alemanes antes de que nosotros llegáramos —escribió Pyle—. Estamos permitiendo que sigan existiendo círculos fascistas.»²

A finales de marzo de 1943, Capa se dirigió a la ciudad tunecina de El Guetar. Unas semanas antes el Eje había contraatacado y obligado a las tropas norteamericanas a cruzar de nuevo una elevada garganta montañosa llamada el paso de Kasserine, en la frontera de Argelia con Túnez. En esos momentos el Segundo Cuerpo de Patton estaba inmovilizado cerca de El Guetar, donde se había encontrado con una resistencia inesperadamente enconada de la infantería italiana. Por el camino Capa pidió al conductor del jeep que parara e hizo sus necesidades cerca de un cactus. Vio con gran horror un pequeño letrero de madera: «Achtung! Minen!»³; se había adentrado sin saberlo en un campo de minas alemán. Ordenó al conductor que fuera a buscar ayuda. Unas horas después un equipo de desactivación de minas llegó junto con un fotógrafo de *Life*, Eliot Elisofon, que hizo fotos de Capa allí atrapado.

El incidente provocó muchas risas en el campamento de prensa, pero más tarde esa noche, escribió Capa, la hilaridad se convirtió en terror cuando los alemanes bombardearon el campamento. Varias de las tiendas se soltaron y se alejaron volando, dejando muy alterada a toda la prensa acreditada menos a Capa, quien afirmó que había dormido a lo largo de todo el ataque aéreo. A la mañana siguiente se enteró de que la situación en El Guetar era cada vez más precaria. Los norteamericanos flaqueaban, hasta el punto que el general Eisenhower ordenó a su compañero de West Point, el general de división Omar Bradley, que fuera a la ciudad para levantar la moral norteamericana.

Cuando Capa llegó, encontró a los norteamericanos atrincherados en la cresta de un monte que dominaba un paso estratégicamente importante. Una mañana se reunió con los soldados en los hoyos de protección de la primera línea del frente mientras cocinaban unos víveres. En el preciso momento en que comía con apetito voraz una lata de judías blancas, un proyectil silbó sobre su cabeza y se arrojó al suelo para cubrirse, derramando las judías con carne por todo su uniforme de corte impecable. Mientras los norteamericanos trababan batalla con cincuenta tanques y dos regimientos de infantería alemanes, él observó desde una trinchera de la primera línea. Esa tarde llegaron tres generales norteamericanos en busca de «un asiento de tribuna para animar al equipo»: Patton en persona, el general de brigada tejano Terry Allen y Teddy Roosevelt, que estaba al mando de la 1.ª División. «Cada vez que alcanzaban un tanque alemán —escribió Capa—, Patton rebotaba de placer debajo de su casco de tres estrellas⁴.»

Capa fotografió durante tres días la batalla por El Guetar, sin apenas dormir y soportando el incesante bombardeo. «Todas [las fotos de Capa] son fotos del frente —anunciaba *Collier's* el 19 de junio de 1943—. Muchas se han hecho con considerable riesgo; uno de los tres días, el señor Capa tuvo que cobijarse trece veces de los bombarderos en picado alemanes, y pasó varias horas agachado con sus cámaras en trincheras y refugios subterráneos⁵.»

«Ese día se me metió mucha tierra en el objetivo —explicó él a *Collier's*—, y pasé tanto miedo que se me revolvió el estómago⁶.»

Cada noche, después de cubrir la batalla, Capa se bebía con los demás correspondientes una botella de vino argelino. Cuando ellos se vanagloriaban de lo guapas que eran sus novias y esposas que los esperaban en Estados Unidos, Capa hablaba de Pinky, pero cuando describía el color de su pelo, sus colegas se reían con incredulidad. «Decían que no existían las mujeres de pelo rosa —recordaba él—, y que debería tener la decencia de mentir honrosamente sobre las rubias, morenas y pelirrojas, como hacían todos. Yo no tenía ninguna foto para demostrarlo⁷.»

La batalla de El Guetar se prolongó otras tres semanas. Según *Collier's*, las tropas italianas habían huido con tanta precipitación que

los soldados estadounidenses encontraron platos de espagueti y albóndigas todavía calientes en las mesas de sus oficiales. Mientras los aliados acababan con lo que quedaba del Afrika Corps y el ejército italiano, haciéndolos correr hacia los puertos mediterráneos de Túnez y Bizerte, Capa decidió reunirse con el Grupo de Bombardeo 301, con el que había aprendido a jugar al «red dog» póquer en Inglaterra.

En esos momentos el 301 tenía su base en Constantina al norte de Argelia. A principios de mayo, Capa se encontró jugando de nuevo al póquer y perdiendo grandes sumas durante varios días que el mal tiempo mantuvo a las tropas en tierra. Por fin se juntó con la tripulación de un tal teniente Jay, que la noche anterior había ganado mucho dinero en una larga partida de póquer; se dijo que Jay quería proteger sus ganancias y lo llevaría de vuelta sin incidentes en un bombardero B-17 llamado «el Goon»^{*}.

Capa acompañó varios días a la tripulación del Goon en ataques aéreos contra el puerto de Bizerte, que seguía en poder de los alemanes. El oxígeno que bombeaba a través de su careta le curaba las resacas, y el frío a seis mil metros de altitud era un cambio agradable del insoponible calor que hacía en tierra. En varias ocasiones Capa afirmó que el Goon se había encontrado con cañones antiaéreos. En una ocasión los puntitos plateados de los cazas descendieron en picado del cielo siempre azul y ametrallaron el fuselaje del Goon. En otra misión el avión voló tan bajo que Capa consiguió fotografiar su sombra en el agitado Mediterráneo treinta metros más abajo.

Cuando el Goon volvió a aterrizar en Constantina después de una misión, Capa se enteró de que el Primer Ejército había liberado Túnez el 7 de mayo y los norteamericanos acababan de tomar Bizerte. El movimiento de tenazas más ambicioso de la historia bélica, que abarcaba del Nilo al Atlántico a través de miles de ki-

* Acompañar a la tripulación de un bombardero era una empresa osada, puesto que los aviadores norteamericanos sufrieron las mayores bajas entre los aliados a lo largo de toda la guerra. Se calcula que apenas uno de cada cuatro hombres sobrevivió al número de misiones que debían hacer antes de volver a su país, normalmente entre treinta y treinta y cinco ataques aéreos.

lómetros de inhóspito desierto, había terminado en una apoteósica victoria*.

Capa y algunos corresponsales más lo celebraron en Túnez con una juerga que duró toda la noche; el alcohol llegó gracias a un asalto a un almacén capturado. Cada nueva victoria aliada era seguida invariablemente de terribles resacas entre la prensa acreditada, que, a diferencia de los soldados, podía beber hasta perder el sentido cuando se presentaba la oportunidad.

Sabiendo que tal vez no tendría otra oportunidad para relajarse en varios meses, Capa consiguió del consulado británico de Argel un permiso de cuatro semanas que le permitía volver a Inglaterra. Llegó a Londres a principios de junio de 1943 y se registró en el Savoy, que siguió siendo hasta su muerte su hotel favorito de Londres. Una noche se sentó a tomar copas con el corresponsal del *Chicago Tribune* en el concurrido bar. John Steinbeck, al autor de *The Grapes of Wrath* (*Las uvas de la ira*, 1939), a quien Capa no conocía, se hallaba lo suficientemente cerca como para oírlo. Acababa de llegar a Londres con un encargo para el *New York Herald Tribune*⁸.

«¡Capa, no tienes ninguna integridad!, gruñó el reportero del *Chicago Tribune*. Ese estallido intrigó a Steinbeck. «Me fascinó que alguien pudiera caer tan bajo como para que un reportero del *Chicago Tribune* le dijera tal cosa. Hice averiguaciones sobre Capa y descubrí que era totalmente cierto**.»

La revista *Life* tenía entonces unas oficinas ampliadas en Dean Street, y cuando no estaba en el pub de al lado, llamado Bath House, Capa flirteaba con muchas de las chicas de la plantilla. Una de las

* Los alemanes y los italianos habían perdido a 349.206 hombres entre muertos y prisioneros. El sueño de Il Duce de crear un nuevo Imperio romano había terminado en derrota total en los mismos desiertos donde Escipión el Africano había vencido a los cartagineses de Anibal en Zama. Los norteamericanos, tras un vacilante comienzo, habían demostrado lo que valían. Los británicos, que llevaban tres años luchando contra Rommel en Francia y en el norte de África, estaban radiantes de alegría, como era legítimo, y Montgomery era un héroe nacional.

** Steinbeck nunca explicó por qué Capa carecía de integridad, pero le sirvió como una buena anécdota.

corresponsales, Mary Welsh, presenció una de sus chispeadas visitas de media tarde: «Casi se oía el aumento de los latidos de los corazones femeninos alrededor de la oficina»⁹. Trabajar para *Life* tenía sus incentivos: secretarías atractivas a quienes no les importaba que les pellizcaran el trasero, cuentas de gastos saneadas y trato preferente de la cada vez más formidable Organización de Relaciones Públicas de los aliados, que en esos momentos constaba de varios cientos de oficiales con órdenes estrictas de obtener una cobertura de la guerra que levantara la moral. Y para los que necesitaban tomarse un descanso de un Londres en tiempos de guerra, la revista proporcionaba un refugio para el fin de semana que no tardó en conocerse como Time Out, en una finca próxima a High Wycombe, en Buckinghamshire.

A menudo era difícil conseguir cama en Time Out. Mary Welsh recordaba que un fin de semana había tanta gente que acabó compartiendo una cama con Capa y Pinky, «una bonita y dulce rubia fresón [...] que gustaba a todos e iba a menudo a pasar el fin de semana a Time Out». A pesar de que les dieron la mejor habitación, el trío pasó una noche terrible, «la pequeña Pinky a la derecha, Capa respirando bajito pero furiosamente en el centro, [Welsh] colgando sobre el borde izquierdo hasta que el costado derecho se le resintió»¹⁰.

Las vacaciones de Capa terminaron a principios de julio con un telegrama de *Collier's*: «Lamentamos tener que pedirle que vuelva a Nueva York»¹¹. Se enteró horrorizado de que su contrato expiraba el 19 de julio. Tenía quince días para encontrar otro trabajo o abandonar la guerra, pero se puso inmediatamente en contacto con la oficina de Nueva York de *Life* y les pidió que volvieran a contratarlo¹². A principios de julio subió a un avión que se dirigía al norte de África con la esperanza de que *Life* le proporcionara una autorización. Muy enamorado en esos días de Pinky —llevaba su foto en la cartera—, Capa permaneció sentado en el ruidoso avión que volaba al sur, de vuelta a Argel y a un futuro incierto.

En Argel se enteró de que los aliados estaban a punto de invadir Sicilia, un preludio de un ataque más amplio en el interior de Italia. Era su oportunidad de conseguir una exclusiva. Si lograba encontrar

como fuera la forma de unirse a las primeras tropas norteamericanas que aterrizaran en tierra italiana, *Life* probablemente le ofrecería otro contrato. Por fin empezó a cambiarle la suerte; en el campamento de prensa de Argel conoció a un fotógrafo al que le habían asignado saltar con la 82.ª División Aerotransportada en la zona al este de Ponte Olivo. El fotógrafo sufría una seria «diarrea de víveres de campaña», y cuando Capa se ofreció a ocupar su lugar, enseguida accedió¹³.

Capa fue corriendo a un aeródromo improvisado cerca de Kairouan, en el desierto tunecino, donde localizó a un contacto de Londres, un oficial de relaciones públicas que lo presentó al general de división Matthew Ridgway, al mando de la 82.ª División Aerotransportada. Ridgway había visto la obra de Capa y admiraba su descaro. Sin saber que sus papeles estaban a punto de expirar, accedió a que el húngaro insolente participara en la invasión de la 82.ª División Aerotransportada de Sicilia¹⁴.

Pero al final Capa no se unió a la primera oleada de tropas que aterrizaron en Sicilia, y hasta después de que los norteamericanos se hubieran establecido en la cabeza de playa no se encontró junto a dieciocho jóvenes paracaidistas en un avión inestable. No había logrado acompañar a los invasores, pero le habían permitido fotografiar a los refuerzos que iban a ser lanzados detrás de las líneas enemigas. Mientras cruzaban el Mediterráneo, varios hombres vomitaron de nervios y mareo. Fotografió sus caras resueltas y sonrientes. «No haría tu trabajo por nada del mundo —le dijo uno—. Es demasiado peligroso¹⁵.» Capa nunca había hecho prácticas de paracaidismo y por lo tanto tenía prohibido saltar. Cuando la luz cambió de verde a rojo, se sintió tan terriblemente solo que decidió que la siguiente vez él también saltaría de la escotilla a la oscuridad del territorio enemigo.

«En adelante —recordaba el general James M. Gavin de la 82.ª División Aerotransportada— [Capa] no paró de murmurar en el idioma de Capa que quería saltar. Llegamos por fin a eso en Inglaterra, donde hizo los cinco saltos de entrenamiento requeridos. Luego nos fue muy detrás para hacer un salto de combate. Como no podíamos saber con antelación la fecha exacta de nuestro siguiente salto de combate, tuvo que esperar con nosotros mordiéndose las uñas. Eso no

iba con él. Dividido entre matar el tiempo en Leicestershire y visitar los antros de perdición del Soho, mostró una comprensible inclinación por lo segundo. [...] Era un buen tipo. Su conversación no se limitaba a su tema, esto es, cómo hacer fotos. Había adquirido mucha experiencia práctica de combate y entendía más de juzgar tropas de combate y combatir que la mayoría de los llamados expertos¹⁶.»

Capa seguía sin tener noticias de *Life* y se acercaba la fecha tope de julio. El día 19 *Collier's* le dio instrucciones de abandonar el frente y volver inmediatamente a Nueva York. Corriendo el mayor riesgo de su carrera, él desobedeció las instrucciones. Siempre que estuviera un paso más adelante de los oficiales de Relaciones Públicas del ejército, tendría una posibilidad de quedarse en la guerra; siempre que *Life* decidiera contratarlo antes de que *Collier's* avisara a la Oficina de Relaciones Públicas de Argel. Tras subirse a bordo de un barco de suministros con rumbo a Sicilia, Capa desembarcó en el pequeño puerto de Licata y se puso en contacto con la 1.ª División estadounidense que se abría paso luchando a través de la isla. Muchos de los oficiales de alto rango lo habían conocido en África y no tenían motivos para sospechar que era el único corresponsal norteamericano en el frente sin autorización: un delito digno de consejo de guerra.

La posterior cobertura de Capa de la 1.ª División proporcionó las imágenes decisivas de la batalla estadounidense por Sicilia: una carrera de veintidós días, con el enemigo siempre a unos kilómetros por delante, según advirtió Capa. En una carretera aislada fotografió al general de brigada de la 1.ª División, Theodore Roosevelt, sonriendo y apoyado en un bastón junto a un siciliano harapiento que señalaba en la dirección en que se retiraban los alemanes. Otra imagen mostraba a un sonriente miembro del servicio de sanidad del Séptimo Ejército estadounidense haciéndose limpiar sus deterioradas botas en un recién liberado Palermo y una atractiva italiana mirándolo con simpatía.

La batalla más encarnizada que libró Estados Unidos en Sicilia empezó a principios de 1943 en las afueras de la ciudad de Troina, situada en una cima y fuertemente defendida. Los alemanes se habían atrincherado y creado un anillo de defensas tan impenetrable que los

aliados no tuvieron más remedio que depender de la artillería y los bombardeos aéreos para evacuarlos. Un día Capa observó desde un hoyo de protección cómo las explosiones de la artillería alemana subían por la ladera en dirección a él. Unos días después voló en un pequeño Piper Club —un «jeep volador»— para fotografiar la ciudad arrasada.

El 6 de agosto de 1943, el día que fue tomada Troina, Capa entró en la ciudad con su viejo colega de España, Herbert Matthews, que seguía trabajando para el *New York Times*. «Bob Capa, el mejor y más valiente de todos los fotógrafos de guerra —recordaba Matthews—, estaba allí para hacerme pensar en España.» Acompañaron a varios escuadrones detectores de minas y se encontraron con «una ciudad de terror, llena de hombres histéricos llorando, y de mujeres y niños que habían permanecido allí dos terribles días de bombardeos y cañoneos, viendo cómo los nazis mataban o herían a sus seres queridos, destruían sus casas y saqueaban sin piedad lo que quedaba de ellas al retirarse»¹⁷.

En el centro de la ciudad Capa se encontró con Roosevelt, quien tenía buenas noticias. Se había enterado de que Capa trabajaba ahora oficialmente para *Life*¹⁸. Capa no cabía en sí de alegría y lo celebró hasta entrada la noche. Volvía a estar en la guerra, trabajando bajo contrato para la principal revista de Estados Unidos, con el mejor acceso a las unidades de todos los frentes aliados¹⁹.

Después de curarse de un ataque de malaria sudando, regresó a Argel. Entre los aliados y el extremo de Italia ya sólo se interponía el angosto estrecho de Messina. En la ciudad había mucha animación con los miles de militares y los cientos de corresponsales que esperaban la invasión del interior de Europa.

En el hotel oficial de la prensa, el Aletti, no quedaban habitaciones libres. Capa encontró por fin un poco de espacio en el suelo de la habitación 140, entre los petates del grupo de corresponsales de guerra más distinguido que jamás había dormido codo con codo: A. J. Liebling del *New Yorker*, John Steinbeck, Jack Belden de *Time and Life* y el corresponsal de *Scripps-Howard* Ernie Pyle. Steinbeck describió al grupo como una «banda de rufianes, intrépidos y ale-

gres»²⁰. Su habitación parecía «el decorado de una obra de Máximo Gorki», solo hacía falta «que goteara agua de las paredes para que fuera perfecto, eso y los gritos de los torturados en algún sótano subterráneo»²¹. El empapelado se había despegado con las explosiones de las bombas y no había ventanas ni espejos.

Al cabo de dos días Capa recibió órdenes de presentarse ante el general Ridgway de la 82.ª División Aerotransportada, quien parece ser que le anunció que esa noche cenaría en Roma. El plan era que los paracaidistas norteamericanos ocuparan la ciudad. Capa se emocionó; iba a ser el primero en sacar fotos de los norteamericanos liberando Roma, lugar de nacimiento de los ídolos de Patton: los grandes generales romanos. Sería una de las mayores primicias de la guerra. Mientras sus colegas fotógrafos hacían fotos poco emocionantes, él se refugiaba en el hotel más elegante de Italia, «llamando al camarero por su nombre de pila»²².

Sin embargo, unos días después Capa fue informado de que se había cancelado la invasión. Al examinarlo más minuciosamente, se vio que el plan italiano de desarmar las defensas antiaéreas alemanas en Roma y entregar la ciudad era poco realista. Capa se llevó una gran decepción. No iba a liberar los mejores hoteles y bares de la Ciudad Eterna, después de todo.

Es una guerra dura

La guerra es como una actriz que envejece. Cada vez es menos fotogénica y más peligrosa.

ROBERT CAPA, revista *Life*, 1944

Capa puso el pie en Europa, tras una ausencia de cinco años, en el pequeño puerto de Pesatum en septiembre de 1943, dos semanas después de que lo hicieran las primeras tropas norteamericanas. Se dirigió a continuación al sector norte de la cabeza de playa norteamericana, alrededor del paso de Chiunzi, la última barrera geográfica importante antes de Nápoles. No había llegado a la invasión propiamente dicha, pero en esos días tenía la oportunidad de ser el primer fotógrafo en documentar la liberación de la primera ciudad europea importante.

La tropa que más probabilidades tenían de llegar a la ciudad antes que ninguna otra eran un escuadrón de osados comandos norteamericanos conocidos como «rangers». Capa los encontró bien atrincheros en la llanura del Vesubio bajo un intenso fuego alemán. Con el elegante corresponsal de *Life*, Will Lang, nacido en Chicago, alto y con fino bigote, Capa se abrió paso hasta una granja que hacía las veces de puesto de observación, llamada «Fuerte Schuster» por el médico responsable del puesto de primeros auxilios. Cuando Capa entró, lo primero que vio fue una mesa larga en el centro de la habitación, utilizada para operaciones de emergencia. Varios médicos preparaban a unos soldados heridos para llevarlos a través del paso al abarrotado hospital

militar de Maiori. Según Lang, les ofrecían whisky para relajarlos. Pronto descubrieron el motivo. Día y noche llovían proyectiles sobre la posición que, en palabras de Lang, estaba rodeada de «escarpadas puntas de roca oscura envueltas en bruma».

«Es aquí donde combaten —dijo Capa a Lang mientras contemplaban la escena—. Me recuerda a España¹.»

Una mañana Capa observó cómo el capitán de veintiún años O'Brien localizaba unos morteros alemanes cercanos. O'Brien llevaba prendida en el pecho una Estrella de Plata y cuando salió a un claro, los alemanes abrieron fuego, revelando así sus posiciones; Capa utilizó su objetivo más potente y sacó treinta y seis fotos del combate. Al día siguiente acompañó a los soldados norteamericanos que fueron a reconocer un pueblo cercano, donde se creía que había unidades de artillería alemanas. De pronto la unidad se encontró bajo fuego enemigo y el suelo empezó a temblar. Los proyectiles de los morteros silbaban en distintas direcciones. Lo máximo que se atrevió Capa a levantar la cabeza para sacar fotos fueron ocho centímetros. Tenía dos opciones: quedarse aterrorizado tumbado de espaldas o boca abajo. El fuego cesó por fin y Capa volvió gateando al Fuerte Schuster.

Después de pasar varios días espantosos allí, Capa acompañó a la 82.^a División Aerotransportada en su última ofensiva sobre Nápoles. Poco antes de entrar en la ciudad el 1 de octubre, Capa fotografió a las dotaciones de los tanques británicos arreglándose: lavándose y afeitándose a la sombra de un edificio bombardeado antes de adentrarse en la piazza de Torre Annunziata donde, según *Life*, los alemanes habían realizado una «violenta acción retardada»². «La primera vez que se recorre una ciudad tomada se experimenta una inicial sensación de euforia —dijo Capa a *Illustrated*—. Pero enseguida se te encoge el corazón de pena³.» Cada vía y plaza estaban cubiertas de cadáveres. Al batirse en retirada los alemanes habían aterrorizado Nápoles en una orgía de cinco días de saqueos y asesinatos indiscriminados para vengarse de la rendición de Italia a los aliados el 8 de septiembre. Habían elegido los hospitales como blanco para destruir sus provisiones. Habían volado la red de suministro y las alcantarillas.

El 2 de octubre Capa entró en una escuela, donde lo recibió lo que más tarde describiría como el «dulce y empalagoso olor a flores y muertos». Ante él había veinte ataúdes, «no del todo cubiertos de flores y demasiado pequeños para ocultar los pies pequeños y sucios de niños, niños lo bastante mayores para luchar contra los alemanes y morir, pero sólo un poco demasiado mayores para caber en ataúdes infantiles». Sus madres, vestidas de luto, lloraban a gritos su muerte a pocos metros del objetivo. «Ésas fueron las fotos más auténticas de la victoria —escribió—, las que saqué en ese sencillo funeral celebrado en una escuela.»⁴

Los días que siguieron a la liberación también se encontraba en Nápoles el director de cine John Huston, que había conocido a Capa en Nueva York antes de la guerra en una fiesta de Nochevieja. Estaba haciendo un documental, *The Battle of San Pietro (La batalla de San Pietro)*, que se convirtió en el mejor retrato del combate estadounidense en la Segunda Guerra Mundial. Una tarde bajaban él y Capa por una calle cuando oyeron una sirena antiaérea. Se metieron en un portal para protegerse de los fragmentos de proyectiles del fuego antiaéreo. De pronto vieron un coche fúnebre —«un gran ataúd de ébano tirado por una pareja de caballos negros»— doblar ruidosamente una esquina. «Las sirenas antiaéreas gemían —escribió Huston—, los cañones retumbaban, y justo cuando pasaba el coche fúnebre por delante de nosotros, las puertas traseras se abrieron de golpe y empezaron a salir los ataúdes despedidos. Éstos se reventaron al estrellarse contra los adoquines y la calle quedó cubierta de cadáveres que poco a poco perdían sus rígidas posturas. Fue grotescamente divertido. ¿Qué podíamos hacer sino reír?»⁵

El 7 de octubre Capa fue testigo de «uno de los mayores horrores de la guerra», en palabras de la revista *Life*⁶. Esa tarde la ornamentada oficina de Correos de Nápoles, construida en 1933 por los arquitectos fascistas de Mussolini, estaba abarrotada de soldados aliados y civiles italianos. De pronto estalló en el sótano una mina de acción retardada, dejada por los alemanes al evacuar la ciudad. «Hubo un repentino y sobrecogedor rugido, y a continuación el cristal de la ventana se hizo añicos sobre el mobiliario.» Lang envió un telegra-

ma esa noche a *Life*. «Estábamos a oscuras; enormes nubes de humo negro tapaban la luz de la estancia. En la calle de abajo se oyó gritar a una mujer, cuya respiración era fatigada y entrecortada. Un furioso y discordante coro de gritos de dolor hendió la oscuridad... Aquí y allí había cuerpos deformes y fragmentos de cadáveres por la calzada y la acera. No parecían reales y hasta la sangre era negra⁷.» Una de las imágenes de Capa mostraba a un italiano con los brazos carbonizados extendidos impotentes, y la cara y la ropa calcinados, pidiendo a gritos socorro.

Mientras Capa y Lang vagaban entre los escombros, pisando miembros mutilados y cuerpos decapitados, se encontraron con un soldado norteamericano, «tan negro que sólo se le distinguía por sus pantalones impermeables. Vagaba aturdido hacia unos médicos exhaustos de la Cruz Roja, sujetándose la cabeza ensangrentada. «Esos hijos de puta —balbuceó—. Esos jodidos hijos de puta⁸.»

«Bob siempre calculaba el tiempo a la perfección —dice John Morris, el director de fotografía de la oficina londinense de *Life* de 1943 a 1945—. Sabía ahorrar energías y película.» Después de su angustiosa experiencia en Nápoles, Capa fue con Herbert Matthews a la cercana isla de Capri. El 12 de octubre los dos entrevistaron al singular filósofo antifascista Benedetto Croce. Cuando los ejércitos aliados atacaron Salerno a principios de septiembre, se habían enterado de que los alemanes habían detenido a Croce, a sus setenta y siete años, y el «mayor antifascista con vida en Italia». Un puñado de valientes soldados británicos se tiraron en paracaídas detrás de las líneas enemigas y lo hicieron desaparecer misteriosamente hasta dejarlo fuera de peligro en Capri. Croce explicó a Matthews que Italia había padecido «la enfermedad del fascismo», pero en adelante podía andar con inmunidad entre las «naciones infectadas». Sin embargo, sospechaba que el nazismo era tal vez una «expresión natural y adecuada del temperamento alemán»⁹.

Capa quedó tan impresionado ante los antiguos encantos de Capri que volvió a la isla una semana después para celebrar su treinta

cumpleaños el 22 de octubre. Lo acompañó otro fotógrafo de *Life*, el inglés George Rodger. En una fotografía tomada durante esa época, los dos parecían el arquetipo del apuesto fotógrafo de guerra: pelo lacio y brillante peinado hacia atrás, uniforme immaculado, cámara colgada del cuello, cigarrillo entre los dedos. A Capa le había gustado tanto el fular de Rodger que había empezado a llevar uno. «Según me dijo George más tarde —recuerda la viuda de Rodger, Jinx—, nunca había visto a Bob tan relajado y contento como esos días [en Capri].»

El 21 de octubre Rodger escribió en su diario: «Bob y yo subimos a la una de la tarde a un barco de pesca que iba a Capri y llegamos a las tres y media. [...] Cogimos habitaciones en el hotel Morgano, donde Morgano en persona se aseguró de que nos atendían bien». Al día siguiente, el cumpleaños de Capa, «paseamos por la pintoresca y pequeña ciudad, e hicimos unas compras, después de las cuales comimos con Graziella [una atractiva aristócrata italiana y, según Jinx Rodger, “otra de las conquistas de Capa”] en su suntuosa villa del otro lado de la isla. Es tan bonita que parece más bien un decorado»¹⁰.

Al día siguiente, Rodger y Capa comieron en un restaurante del mercado negro y «holgazaneamos todo el día. [...] Es imposible hacer algo aparte de relajarte, porque se respiraba muchísima tranquilidad y porque aquí nadie habla nunca de la guerra». Capa no tardó en llamar a Rodger «vieja cabra», refiriéndose en broma al olor corporal que desprendía el inglés tras pasar varias semanas en el frente. «Escucha, vieja cabra, ni el hoy ni el mañana importan —le dijo un día—. Lo que cuenta es el final de la partida y cuántas fichas te quedan en el bolsillo... si aún no te has retirado»¹¹.

En Capri también se quejaron el uno al otro de la revista *Life*. «Fue entonces cuando empezamos a hablar por primera vez de una futura hermandad —recordaba Rodger—. No estábamos contentos [con *Life*]. [...] El objetivo de esa hermandad era que nos veríamos libres de toda clase de partidismo editorial y haríamos los reportajes que quisiéramos y dejaríamos que otros hicieran todo el trabajo rutinario»¹².

El último día que pasaron Capa y Rodger en Capri, «navegamos por la isla en una goleta italiana llevando a remolque dos botes de remos que utilizábamos para explorar las grutas». En una de las grutas el agua era del «azul eléctrico del ala de una mariposa». Esa noche Rodger escribió en su diario en un tono alarmante: «Mañana volveremos a Nápoles. Bob regresa al frente». Antes de despedirse, prometieron reunirse algún día en París. Quien llegara primero reservaría al otro una habitación en el hotel Lancaster.

En Nápoles, Capa metió en su equipaje su cámara con un nuevo carrete y volvió de mala gana a las primeras líneas del frente. «La guerra es como una actriz que envejece —dijo a *Life*—. Cada vez es menos fotogénica y más peligrosa»¹³. El avance aliado hacia la espina dorsal de Italia se había vuelto arduo, tan lento y fatídico que a Churchill y Eisenhower les preocupaba que la invasión de Italia —en palabras de Churchill, «el punto débil de Europa»— hubiera sido un error desastroso.

Ese otoño Capa subió durante dos semanas con el 504.^a Regimiento estadounidense a las montañas del norte de Nápoles. El invierno se acercaba rápidamente y conforme bajaban las temperaturas se elevaba el número de víctimas. Cada montaña nueva estaba mejor defendida que la anterior por las tropas alemanas expertas. Las escenas que vio le recordaron lo que había oído contar sobre el desgaste de la Primera Guerra Mundial. El país se había convertido en una vasta y montañosa tierra de nadie. Los árboles eran esqueletos carbonizados. Cuanto más subía, más cadáveres encontraba en las laderas. En los campos y barrancos yacían jóvenes norteamericanos en pedazos. «Su sangre estaba seca y oxidada —recordaba—, armonizando con el color de las hojas de finales de otoño»¹⁴.

Las fotografías de Capa expresaban mejor que las palabras la horrible verdad de la campaña italiana. A principios de 1944 *Life* publicó un reportaje sobre el avance invernal alrededor del monte Pantano con el título: «Es una guerra dura». «Con los soldados del Quinto Ejército durante la batalla del valle Liri [...] se encontraba el fotógrafo de *Life*, Robert Capa. Sus fotos, que publicamos aquí, son desagradables y carentes de sentimentalismo, pero nos dicen cómo es

la guerra en Italia.» Entre ellas estaba la de un norteamericano herido atendido por un médico y cuatro fotos de soldados muertos tapados con mantas. «Todo lo que se ve de este norteamericano muerto —rezaba el pie de la fotografía más gráfica que iba a publicar *Life* de la muerte—, son las piernas, un hombro y parte de una mano¹⁵.»

Los lectores norteamericanos quedaron horrorizados ante las imágenes de Capa. «Necesitamos reportajes como “Es una guerra dura” que nos abofeteen en la cara —escribía al director de *Life* un ciudadano— y hagan darnos cuenta de los hechos.» Un soldado escribió: «Las fotos [de Capa] retratan claramente la crudeza y dureza de las batallas que se libraron antes de que llegáramos a Berlín y Tokio. También nos hacen conscientes de [nuestra] responsabilidad de hacer todo lo posible por apoyar a los muchachos con bonos y trabajo en el país»¹⁶.

A finales de diciembre Capa se unió a una sección de la 45.^a División de Estados Unidos cuya misión era atacar un pequeño pueblo llamado Venafro, cerca de Montecassino. Al partir en la oscuridad de antes del amanecer, el miedo se apoderó de él. Las botas le pesaban cada vez más. Los primeros rayos de sol presagiaban muerte. Los observadores de la artillería alemana calcularon la distancia de tiro a la que se hallaban y los proyectiles pronto obligaron a todos los hombres a permanecer tumbados boca abajo en el barro congelado. Más tarde esa mañana, Capa se encontró inmobilizado entre un soldado raso y un sargento. Temblando de miedo, lo alcanzó tres veces la metralla. Por suerte los fragmentos no le perforaron el uniforme. De pronto el soldado raso que tenía a su lado murió y el sargento fue herido «lo bastante gravemente», según señaló Capa, «para recibir la condecoración Corazón Púrpura»¹⁷. Unas horas después, un Capa muy afectado regresó a las líneas norteamericanas.

Deprimido y sufriendo de fatiga de combate, volvió a Nápoles a principios de 1944. Las calles estaban llenas de policía militar y estraperlistas. Las hijas de Nápoles se paseaban por la Via Roma con vestidos muy finos de estampado de flores en busca de yanquis mascando chicle y con los bolsillos llenos de cigarrillos Lucky

Strike y medias de nailon. El monte del Vesubio, advirtió Capa, había presentado «su mayor espectáculo en cien años»¹⁸, y el hollín y el humo cubrían toda la ciudad. Capa se enteró de que iban a hacerle regresar pronto a Londres para prepararse para la tan esperada invasión de Francia, pero antes debía terminar una última misión en Italia: un desembarco anfibio en Anzio, a unos cuarenta kilómetros de Roma.

Los desembarcos de Anzio se convirtieron en una de las operaciones más controvertidas de la guerra en Italia. Con el nombre en clave de Shingle, la planeada invasión era un audaz intento de flanquear a los alemanes, que habían detenido el avance aliado hacia Roma en una encarnizada lucha en los alrededores del monasterio de Montecassino. Al desembarcar en Anzio, los aliados esperaban romper el punto muerto al que se había llegado en Montecassino y dirigirse rápidamente a Roma.

El 22 de enero Capa bajó de un salto de una lancha de asalto y vadeó cuarenta metros hasta la playa de Anzio. Él y los hombres que iban con él se quedaron perplejos ante la ausencia de resistencia alemana; sólo murieron trece de los treinta y seis mil hombres que caminaron por el agua hasta la orilla. Por lo que se refería a la prensa acreditada, el inminente consejo de guerra del fotógrafo de *Yank*, Sergeant Slim Aarons, fue el incidente más emocionante durante la invasión. Ganándose la gratitud eterna de Aarons, Capa y algunos reporteros veteranos más le evitaron un consejo de guerra cuando se enteraron de que la policía militar iba a detenerlo por haberse incorporado a la invasión sin la debida autorización. Para empeorar las cosas, se había apropiado de un jeep. «Capa y todos los demás corresponsales importantes, Lang, Pyle, todos los tipos de *Life* —recuerda Aarons—, dijeron a los militares que debían de estar de broma. “¿Vais a hacer comparecer a estos tipos ante un consejo de guerra por haber tomado parte en una invasión?” Los militares se calmaron [...] al darse cuenta de que estaban en minoría numérica y que la prensa los ridiculizaría.»

Salvo el episodio de Aarons, toda la misión había terminado de modo decepcionante, sin heroicas historias de coraje sobre las que

informar. «A las nueve y media [de la mañana siguiente] —según informó Capa a la revista *Illustrated*—, llegaron los primeros aviones enemigos y cayeron las primeras bombas sobre la ciudad. Pero no nos encontramos con resistencia seria [...] hasta que nos hubimos adentrado ocho kilómetros en las llanas y densamente pobladas tierras de labranza que había más allá de la ciudad, donde pagamos muy caro cada metro que habíamos ganado. Por primera vez en la campaña italiana, los alemanes eran dos por cada uno de nosotros. De repente comprendimos que no íbamos a entrar en Roma paseando tranquilamente. Pronto oleadas de bombarderos alemanes empezaron a arrasar Anzio y continuaron sus ataques prácticamente cada hora¹⁹.» Fue el bombardeo más serio que habían soportado hasta la fecha las fuerzas norteamericanas en la Segunda Guerra Mundial.

Capa y sus colegas corresponsales se refugiaron en el sótano de una villa de la costa. Pronto averiguaron que el ejército invasor había avanzado quince kilómetros hacia las colinas Alban y se había visto brutalmente atascado. El mariscal de campo Kesselring había lanzado sobre los invasores seis divisiones, entre ellas la división panzer de élite de Hermann Goering. Los aliados se hallaban atrapados en un terreno al nivel del mar de quince kilómetros de longitud y otros quince de profundidad. El mando estadounidense, el general de división John P. Lucas, había dado órdenes de que no se retiraran. Entonces los alemanes abrieron fuego.

Entre los colegas de Capa que se agazapaban en la villa de la playa estaban Ernie Pyle, el caricaturista Bill Mauldin, Will Lang y Aarons. Los proyectiles silbaban día y noche sobre sus cabezas. Aarons recuerda las largas noches sin dormir en que los corresponsales habían matado el tiempo jugando al póquer. Un oficial británico, Jeffrey Keating, había organizado las partidas, imponiendo normas estrictas y creando un ambiente de casino en el atestado sótano. «Jugábamos a póquer descubierto o a *stud* de siete cartas, siempre a elección del que repartía las cartas —recuerda Aarons—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Ir a bailar? [...] Los británicos apostaban con libras, los franceses con francos y nosotros con dólares. [...] No ha-

blábamos de cómo nos sentíamos, si estábamos asustados o qué, sólo de cómo conseguir vino y comida, y de las enfermeras de la Cruz Roja.»

De día Capa y Aarons se paseaban por Anzio y las tiendas de campaña agujereadas por la metralla que hacían las veces de hospital, tratando de conseguir vino a cambio de pan y flirteando con las enfermeras. Pero éstas no podían permitirse más que unos minutos de charla trivial y cansada antes de volver a los millares de heridos que no tardaron en abarrotar la misma ciudad de Anzio. «No es que fuéramos a conseguir una cita —enfatisa Aarons, describiéndose a sí mismo como un “valiente cobarde”—. Estábamos en medio de un combate que duraba las veinticuatro horas del día.» Aarons y Capa también visitaron varias veces a una unidad «secreta» de las fuerzas especiales norteamericanas: «jóvenes temerarios con pantalones muy holgados» que hacían incursiones en las posiciones alemanas. «Hacían todos los trabajos sucios, luchando con los alemanes en combates cuerpo a cuerpo», recuerda Aarons. Capa se quedó fascinado con esa unidad de degolladores de élite: partían la columna vertebral de los jóvenes alemanes aterrorizados por la noche y disparaban al ganado para desayunar bistecs cuando regresaban antes del amanecer a sus propias líneas. Eran la clase de hombres, recordaba Bill Mauldin, «que llamaban a sus oficiales por su nombre de pila si les apetecía. [...] Corría el rumor de que un par de ellos habían sido guardaespaldas de gánsteres de Chicago»²⁰.

De vuelta en el sótano de la villa ocupada por la prensa, las apuestas que se hacían en las partidas profesionales de Keating se elevaron a medida que los bombardeos se intensificaban a lo largo de agosto. Pero a esas alturas entre los corresponsales se hacía un silencio fatídico durante esos raros periodos de calma. Los nervios se crispaban, los ánimos se exaltaban y algunos reporteros veteranos se ponían a rezar. A finales de febrero Capa recibió instrucciones de volver a Nápoles y a continuación a Londres. Tan pronto como pudo partió de Anzio a bordo de un buque hospital: «El único hombre ileso a bordo del barco cargado de malheridos»²¹. Dejaba atrás a Aarons y Pyle, quienes resultarían heridos el 17 de mar-

zo cuando un grupo de bombas de doscientos veinticinco kilos cayó a cincuenta kilómetros de la villa*.

Capa volvía a abandonar el frente muy conmocionado. Se alegró de alejarse de la «guerra dura» de Italia, pero sabía que en pocos meses tal vez tendría que enfrentarse a su mayor prueba de resistencia en una década en el frente. En el campamento de prensa corría el rumor de que los aliados se preparaban para la invasión más ambiciosa de la historia, codificada con el nombre de «Overlord».

* Anzio fue atacado sin piedad durante otros tres meses. Hasta el verano de 1944, tras la caída de Montecassino, el Quinto Ejército estadounidense no logró expulsar a los alemanes de las colinas Alban y liberar las fuerzas de Anzio sacudidas por los bombardeos para empezar su avance hacia Roma.

El día más largo

La playa de Omaha fue una pesadilla. Aun ahora [treinta años después] me resulta doloroso recordar lo que ocurrió allí el 6 de junio de 1944. He regresado muchas veces para rendir homenaje a los valerosos hombres que murieron en esa playa. No deberíamos olvidarlos nunca. Ni a ellos ni a los que vivieron para obtener la victoria por un margen estrechísimo. Todos los hombres que pisaron la playa de Omaha ese día fueron héroes.

GENERAL OMAR BRADLEY¹

Capa llegó a Inglaterra a principios de abril de 1944. ¿Quién sabía cuánto tiempo transcurriría hasta que volvieran a llamarlo para entrar en acción? ¿Semanas? ¿Tal vez un mes? Entretanto estaba decidido a darse la gran vida, aunque sólo fuera para olvidar los horrores de Italia. Cuando salía a pasear por las calles y parques cercanos, se veía rodeado de oficiales norteamericanos y otros miembros del personal aliado. En el metro la gente tenía los nervios de punta. Algo grave estaba a punto de ocurrir. Londres tenía la «fiebre de la invasión». Había que saborear cada copa, cada seducción, cada comilona, y Capa pasó varios días con Pinky, bebiéndose su ración de alcohol y haciendo el amor.

No había nada como no saber si ibas a volver a ver a tu amante para disfrutar de buen sexo. «Bastaba que una mujer te mirara dos

veces en el metro para saber que ibas a echar un polvo», recuerda Warren Trabant, que sirvió en el contraespionaje estadounidense y más tarde hizo amistad con Capa en París. Las escenas y ruidos de Hyde Park y Green Park al atardecer y después del anochecer sorprendieron a muchos jóvenes oficiales inexpertos. Un joven canadiense que había recorrido las mismas calles que Capa observó que parecía un campo de batalla de sexo.

De los ciento setenta y cinco mil hombres que fueron testigos del día D, Capa era uno de los pocos que había escogido voluntariamente su destino. Entre acompañar a un regimiento o ir con las primeras oleadas de tropas de asalto, optó por jugarse la vida en lo segundo. Consciente de que había escogido la misión más arriesgada pero también la más importante con diferencia de su carrera, no tardó en descubrir que sus relaciones sexuales con Pinky no bastaban para distraerlo de su inminente apuesta con la muerte. Muchos de sus colegas corresponsales, entre ellos Ernie Pyle, habían empezado a beber para conciliar el sueño. «Todo el tiempo el miedo se cernía siniestramente sobre tu conciencia —escribió Pyle—. Te aplastaba el corazón como un peso angustioso².» Capa prefería jugar al póquer en lugar de eso.

Antes de que se marchitaran las flores de los castaños de Indias de Hyde Park a principios de mayo, Capa llevaba pérdidas cuantiosas sumas jugando con un destacado grupo de escritores y cineastas norteamericanos. No jugaba con buscavidas de poca monta si podía evitarlo, prefiriendo los jugadores serios que sabían hacer de manera convincente un farol y si era posible anunciaban cada escalera real o pareja con un comentario ingenioso. Aquella primavera sus adversarios eran nada menos que el escritor Irwin Shaw, el dramaturgo ganador del Premio Pulitzer William Saroyan y los directores de Hollywood George Stevens e Irving Reis, todos los cuales pertenecían a una sección del servicio de transmisiones del ejército estadounidense que hacía películas de propaganda³.

«Londres antes del día D —escribió Shaw— fue para Capa una época de juerga, ocupación a la que había cogido el gusto. Cuando no recorría los pubs, organizaba emocionantes partidas de póquer durante las cuales, en medio de los bombardeos de la Luftwaffe que tenían

lugar casi todas las noches, estaba mal visto titubear antes de apostar o levantarse de la mesa, por muy cerca que estuviera o muy fuerte que se oyera el fuego antiaéreo⁴.» Todos los sentados a la mesa de cartas de Capa recordaban con afecto a Pinky como una maravillosa anfitriona. Después de una explosión particularmente próxima, sonreía dulcemente con un brillo en los ojos y preparaba más cócteles para que nadie perdiera el ánimo.

Saroyan sabía cómo hacer un farol, pero irritaba a Stevens porque parecía traerle sin cuidado si ganaba o perdía. Stevens, que como coronel tenía el rango más alto, era un magnífico jugador, «inexpresivo y frío». Saroyan, un soldado raso que detestaba la vida militar tanto como Shaw, era un «jugador malísimo, insensato, atolondrado»⁵, y más tarde describió a Capa como «un jugador de póquer cuya ocupación suplementaria era hacer fotos, cosa que odiaba». Capa nunca abandonaba una partida por mucho que se elevaran las apuestas, y nunca ganó en presencia de Saroyan. «Yo no paraba de calcular lo que llevaba gastado —recordó Saroyan—, y en total debía ascender al capital necesario para montar un estudio de cine de películas de bajo presupuesto⁶.»

«Si Capa hacía dinero con la guerra, las partidas de póquer se estaban asegurando de que cuando llegara la paz no fuera un hombre rico —recordaba Shaw—. Pero no se tomaba a pecho perder. Cuando salía con una pareja contra un trío o lo pillaban con una escalera de cuatro, como mucho decía: "*Je ne suis pas heureux*", una frase favorita de la ópera *Pelléas et Mélisande* que utilizó en otras situaciones más peligrosas⁷.»

Hacia mediados de mayo, los mejores bares y restaurantes londinenses estaban abarrotados de oficiales estadounidenses de alto rango y corresponsales cada vez más nerviosos, entre ellos Slim Aarons, Ernie Pyle y George Rodger, que habían regresado de Italia para esperar el día D. Una noche Capa coincidió con Ernest Hemingway en el bar del hotel Dorchester y juntos recorrieron la ciudad hasta altas horas de la madrugada. No había reconocido enseguida a «Papá», con su poblada barba que se había dejado crecer para disimular una fea quemadura del sol. «Papá tiene problemas —comen-

tó al día siguiente el hermano de Hemingway, Leicester—. Esa mal-dita barba ahuyenta a todas las chicas⁸.»

El 22 de mayo todos los corresponsales con autorización para cubrir la invasión se reunieron en la sala de actos de un club militar del centro de Londres. El general Eisenhower, comandante en jefe aliado de la ofensiva, se subió a un podio y dijo que Capa y sus colegas eran en realidad un brazo del ejército, decisivo para ganar la guerra. «Me he enterado por los periódicos de que está próxima una operación —añadió Ike, provocando carcajadas—. Nuestros países luchan mejor cuanto mejor informada está la gente. Se os permitirá informar de todo cuanto sea posible, siempre que no esté reñido, lógicamente, con la seguridad militar. Nunca os daré información falsa. [...] No tengo dudas sobre lo que va a depararnos el futuro, pero no me hago ilusiones acerca de la magnitud de la empresa. [...] No va a ser nada fácil⁹.»

El 24 de mayo Capa ofreció una lujosa fiesta. Podía ser la última, que él supiera. A los invitados, entre ellos John Morris y los compañeros de póquer, les pareció que había invitado a toda la gente importante de la prensa acreditada, Ernest Hemingway incluido, que en esos días era el corresponsal de *Collier's*. Leicester Hemingway se quedó tan impresionado como cualquier otro invitado ante las ingentes cantidades de alcohol que Capa había conseguido en el mercado negro para calmar los nervios previos a la invasión de todos los asistentes: «Capa era experto en organizar, gorronear y birlar¹⁰. El enorme recipiente de ponche que dominaba la habitación era una «jarra de cristal de cuarenta litros tomada prestada de un laboratorio de investigación atómica y estaba llena de melocotones flotando en alcohol¹¹.»

Hacia las tres de la madrugada se había acabado por fin el alcohol y los invitados empezaron a marcharse. Ernest Hemingway se fue poco después de las cuatro con un tal doctor Peter Dorer, que se había ofrecido a llevarlo en coche al Dorchester. A eso de las siete Capa despertó a Leicester.

—Papá ha tenido un accidente poco después de irse esta madrugada.

—¿Está malherido? —preguntó Leicester.

—No, sólo tiene un corte. Está en el hospital de aquí al lado.

Fueron precipitadamente al hospital Saint George's de Knightsbridge y encontraron a Ernest acostado en una cama, con un vendaje «que le rodeaba como un halo la cabeza» bajo una herida grave en el cuero cabelludo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leicester.

—Choqué con un depósito de agua que había en la calle —respondió a su hermano—. [Dorer] se ha hecho daño en las piernas. Yo he tenido suerte¹².

Antes de que Capa dejara a Papá para que le suturaran la cabeza, sacó una hilarante fotografía de Pinky a carcajadas levantando la bata de hospital del reverenciado autor y dejando a la vista sus nalgas blancas como la nieve. Esa fotografía no llegó a las páginas de la revista *Life*, pero sí lo hizo una de Hemingway con la cabeza vendada*.

Poco después del accidente de Hemingway, Capa asistió a una reunión de la División de Relaciones Públicas de las fuerzas aliadas. Le dijeron que hiciera el equipaje y dejara constancia de su última voluntad, si tenía alguna, junto con su grupo sanguíneo. No debía ausentarse del hotel más de una hora seguida. Sabiendo que el día D era inminente, Capa decidió hacer unas compras de última hora para la invasión. Sus principales adquisiciones fueron un nuevo abrigo militar Burberry y una petaca de plata. En una foto de los fotógrafos del día D de *Life*, tomada poco después de esa expedición a las tiendas, aparece con las manos en los bolsillos de su abrigo nuevo y un cigarrillo casi consumido entre los labios. No presta atención a la

* Un reportero había acudido poco antes al hospital y le habían comunicado que Hemingway había muerto. En Italia, *Stars and Stripes* publicó la noticia de que había fallecido en un accidente causado por el oscurecimiento de Londres para no ser visible desde los aviones enemigos. El accidente no fue fatal, pero uno de esos golpes serios en la cabeza podrían haber contribuido a su último colapso nervioso en 1960, cuando cogió una escopeta Richardson de doble cañón y calibre 12 con incrustaciones de plata y se levantó la tapa de los sesos.

cámara y solo Frank Scherschel —destinado a la USAAF— logra sonreír. Bob Landry, el único fotógrafo de *Life* aparte de Capa al que se le permitió acompañar a las tropas de asalto norteamericanas, ni siquiera disimula su ansiedad.

Capa empezó a hacer las maletas. Entre los cincuenta kilos que le permitían llevar escondió brandy y un paquete nuevo de condones. En Italia había advertido que muchos soldados utilizaban los condones reglamentarios para mantener seca la munición, y había iniciado una moda entre los fotógrafos al utilizar los suyos para proteger sus películas y cámaras. El 28 de octubre, el mismo día que Pinky fue a verlo para despedirse de él y desearle buena suerte, lo despertó temprano un oficial de relaciones públicas y le dijo que debía partir inmediatamente. Por fin había terminado la larga espera.

Capa se reunió con varios miles de soldados en uno de los numerosos campamentos levantados a propósito en la costa sur. Más tarde recordaría que, en cuanto cruzó las verjas, tuvo la sensación de haber recorrido ya la mitad del canal de la Mancha. Todo contacto con el mundo exterior cesó; sólo había una forma de salir de allí: en un camión abarrotado de soldados que se dirigía a las playas de Francia. En su campamento se reunió con los hombres del 116.º de Infantería del 2.º Batallón. Iría con la primera oleada, que tenía previsto llegar a la playa de Omaha exactamente a las 6.30 de la madrugada, una hora después de la marea baja.

Capa y los hombres del 116.º de Infantería permanecieron sentados en silencio mientras los oficiales de inteligencia les informaban del papel que iban a desempeñar en la operación Overlord. Los primeros en desembarcar serían unos tanques anfibios especialmente diseñados para penetrar en las defensas alemanas de la playa, abriendo así canales «de fuga» desde la playa. Entre las primeras tropas que llegarían a la orilla habría equipos de asalto, endurecidos tras meses de adiestramiento intensivo y armados con todas las nuevas y potentes armas disponibles: ametralladoras de treinta pulgadas, lanzagranadas y lanzallamas. Los equipos designados para demoler los principales

obstáculos de cada sección de la playa dejarían banderas a modo de señales para los timoneles, quienes a continuación conducirían hasta la orilla a varios grupos de lanchas de desembarco. Dos horas después de la hora H —el momento en que llegaron las primeras tropas a la playa—, Omaha estaría a salvo.

Hacia tiempo que los alemanes esperaban un desembarco aliado en el norte de Francia. Si éste tenía éxito, su derrota final sería inevitable. Dada la enormidad de la amenaza, Hitler había recurrido a su general más brillante, el poco convencional zorro del desierto, Erwin Rommel. «La guerra se ganará o perderá en las playas —había declarado Rommel al visitarlas por primera vez en enero de 1944—. Sólo tendremos una oportunidad para detener al enemigo y ésta será mientras esté en el agua, luchando por llegar a la orilla. Las primeras veinticuatro horas de la invasión serán decisivas. [...] Para los aliados, así como para Alemania, será el día más largo¹³.»

Capa iba a desembarcar en una de las playas mejor defendidas de la historia. Rommel había ordenado inmediatamente la colocación de obstáculos ingeniosos y letales a lo largo de toda la costa. Fue idea suya clavar postes a la altura de la cintura con una mina sujeta a ellos, que quedaran sumergidos con la marea alta. Distribuyeron por las playas enormes cruces de hierro cubiertas de minas magnéticas para detener los vehículos y tanques anfibios. Y para impedir el aterrizaje de planeadores, clavaron altas estacas (los «espárragos» de Rommel) en campos a varios kilómetros tierra adentro.

Después de recibir instrucciones, Capa y los hombres del 116.º de Infantería cambiaron sus dólares por la moneda de la invasión: finos billetes de francos. Cada hombre recibió a continuación un librito con frases en alemán y francés que, según advirtió Capa, «prometían cigarrillos, baños calientes y toda clase de comodidades, todo a cambio de un simple acto de rendición incondicional. De hecho el librito era una lectura que prometía»¹⁴.

El 4 de junio en Weymouth Capa subió a bordo de un buque de transporte, el *Samuel Chase*, que formaba parte de la mayor flota jamás reunida. Con él iban casi tres millones de soldados aliados, infantes de marina y aviadores, preparados para atacar la Fortaleza

Europa. Los desembarcos consistirían en 176.475 hombres, 20.111 vehículos, 1.500 tanques y 12.000 aviones. «[Ese] poderoso ejército estaba tenso como un resorte de espiral —recordaba el general Eisenhower—, y eso era exactamente, una gran espiral humana en tensión esperando el momento de liberar su energía y saltar el canal de la Mancha en el mayor ataque anfibia que jamás se había intentado¹⁵.»

Capa cruzó el Canal el 5 de junio después del anochecer¹⁶. Entre los camaradas a bordo se encontraba el capitán Oscar Rich, un observador de artillería del 5.º Batallón de Artillería de Campo de la 1.ª División. Rich recordaba haber examinado un «mapa de espuma de caucho de la costa de Calvados» sobre una mesa del gimnasio del *Samuel Chase* que Capa fotografió. Era la maqueta más detallada que Rich jamás había visto. «Los árboles, las vías de tren, las carreteras, las casas, los obstáculos de la playa... todo estaba allí. [...] Todo estaba a escala, era como estar en un avión a unos ciento cincuenta metros sobre la playa, y mirar hacia abajo y verla entera en verdadera perspectiva¹⁷.»

Tras estudiar la sección de la playa a la que lo habían destinado, llamada Easy Red, Capa se reunió con los grupos de jugadores que tiraban los dados en la cubierta oscilante y jugaban intensas partidas de póquer*. Entre sus contrincantes se contaban Oscar Rich y el corresponsal del *New York Times* Don Whitehead mientras el *Chase* cruzaba despacio y resoplando el picado mar del Canal. «Yo iba en ese bonito y limpio barco con el 116.º de Infantería —explicó Capa a Charles Wertenbaker de *Life* tres días después—. Y es un barco bonito y limpio. La comida es buena y jugamos al póquer casi toda la noche, y una vez casi completé una escalera, pero otro salió con un póquer de nueves, lo que no era raro¹⁸.»

Envueltos en mantas, los hombres apostaban miles de dólares a los dados y, entre afiladas dagas y bayonetas, se despedían con un beso de pequeñas fortunas. «Daba lo mismo ganar o perder, sólo era una manera de pasar el rato —recuerda el sargento Roy Stevens de

* La playa de Omaha estaba dividida en ocho secciones en total: Charlie, Dog Green, Dog White, Dog Red, Easy Green, Easy Red y Fox Red, todas peligrosísimas.

la Compañía A, 116.º de Infantería, 29.ª División—. Sabías que probablemente no ibas a tener la ocasión de recuperar tu dinero de todos modos.»

La partida de Capa se vio interrumpida a las dos de la madrugada por una severa orden procedente de un altavoz. Los hombres debían acudir a sus puntos de reunión. Los compañeros de juego de Capa, entre ellos Rich, se guardaron sus ganancias en sus riñoneras impermeables y acudieron a sus puestos. La hora H, para la que muchos llevaban entrenándose desde 1942, estaba próxima. A las tres de la madrugada Capa se sentó a disfrutar de un último desayuno de crepes, salchichas y huevos con café. Pocos hombres comieron ese magnífico desayuno, servido por ordenanzas optimistas con uniforme blanco almidonado. Capa se reunió a las cuatro de la madrugada con los dos mil hombres congregados en la cubierta, quienes esperaban en silencio absoluto a que amaneciera; lo que cada uno pensaba parecía formar parte de una oración común.

A unos dieciséis kilómetros de la playa, Capa se subió con otros treinta hombres a un oscilante bote que bajaron hasta las aguas encrepadas. La mayoría de sus compañeros tenía diez años menos que él, con la cara petrificada, amarillenta e inexpresiva. Los más veteranos de veinticinco años, que habían desembarcado en África y en Italia, espetaban instrucciones a los que nunca habían visto el mar y apenas habían terminado la secundaria el verano anterior. Debían mantener la cabeza por debajo de la borda a toda costa. Cuando los alemanes abrieran fuego, todo lo que asomara por encima tenía muchas posibilidades de volar en pedazos.

Volvió a oírse una voz por los megáfonos: «Luchad por conseguir que vuestros hombres lleguen a la orilla... y si os quedan fuerzas, luchad por ponerlos vosotros a salvo... ¡Abajo todos los botes!... Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...»¹⁹. A las 5.50, los buques de guerra empezaron a bombardear las playas asignadas a los estadounidenses. Los buques *Texas* y *Arkansas* dispararon más de seiscientos proyectiles a una sola batería alemana en Omaha. Los hombres que se aproximaban a la playa, algunos achi-cando frenéticos agua con sus cascos, levantaron la mirada hacia la

salva de proyectiles que volaba por encima de sus cabezas y gritaron con entusiasmo. Luego el cielo se llenó de aviones y al zumbante rumor de los bombarderos B-26 se sumó el continuo estrépito de las bombas al explotar. Entretanto, en la lancha de desembarco de Capa, al igual que en todas las de la primera oleada, los hombres se relajaron momentáneamente. Por fin había llegado la decisiva cobertura aérea para abrir cráteres en la playa en los que refugiarse, destruir baterías y dejar a los alemanes aturcidos y confusos. Ya tenían alguna posibilidad de luchar.

A unos kilómetros de distancia, los hombres ya exhaustos después de más de veinticuatro horas sin dormir empezaron a marearse. «Algunos de los chicos vomitaban educadamente en bolsas de papel y me di cuenta de que era una invasión civilizada —recordaba Capa—. Esperamos a que entraran los [equipos de asalto], y entonces vi regresar los primeros botes de desembarco, y el timonel negro de uno de los botes indicó con el pulgar que todo iba bien y parecía pan comido. Oímos algo alrededor de nuestro bote, pero nadie hizo caso²⁰.»

Capa seguía agachado en medio de vómito y agua de mar mientras el fuego de artillería de los emplazamientos alemanes de la costa calculaba a qué distancia de tiro se encontraba su lancha de desembarco. Sacó una de sus dos cámaras Contax de una funda impermeable. A pesar de que estaba encapotado, había suficiente luz para sacar fotos de acción rápida. De pronto se bajó la rampa de su lancha y los hombres que Capa tenía delante saltaron a un agua que les llegaba a la cintura, sosteniendo los fusiles por encima de la cabeza. «Mi hermosa Francia se veía sórdida y poco atractiva —recordaba—, [pero] una ametralladora alemana que escupía balas alrededor de la lancha acabó de estropear mi regreso²¹.» Cientos de hombres murieron en los primeros minutos en Easy Red, a escasos metros de él. «Vi cómo caían los hombres —explicó a Wertenbaker— y tuve que abrirme paso a empujones a través de sus cuerpos, lo que hice con educación²².»

No había cráteres abiertos por bombas en los que refugiarse y los acantilados de suave pendiente a lo largo de casi toda la playa, que

tenía forma de largas pinzas abiertas, eran una perfecta barraca de tiro al blanco. Para empeorar las cosas, los alemanes se habían estado adiestrando el día anterior en Omaha para rechazar un ataque anfibio. La guarnición, que solía estar compuesta de una veintena de hombres, se había centuplicado y en esos momentos ocupaban defensas formidables: ocho búnkers de cemento equipados con cañones de calibre 75 mm y 88 mm, treinta y cinco fortines, cuatro baterías de artillería, dieciocho cañones antitanques, seis fosos para morteros, cuarenta montajes para lanzacohetes y al menos ochenta y cinco nidos de ametralladoras.

Como era típico de él, más tarde Capa bromeó sobre sus primeros momentos angustiosos en Omaha. «Yo iba muy elegante con mi gabardina [Burberry] en la mano izquierda —contó a Wertenbaker—. En un determinado momento tuve la sensación de que no iba a necesitar esa gabardina. La solté y se alejó flotando, y me escondí detrás de unos tanques que disparaban a la playa. Al cabo de veinte minutos comprendí que no era una posición segura. Los tanques me protegían un poco de las armas de fuego pequeñas, pero eran el blanco de los proyectiles alemanes²³.»

Los morteros alemanes eran tan precisos, explica el teniente Ray Nance, superviviente de la primera oleada, que «eran capaces de lanzarte un proyectil a la cabeza si te veían». Mientras los proyectiles estallaban alrededor de Capa y el agua poco profunda se llenaba de cadáveres, se sorprendió a sí mismo repitiendo palabras que había aprendido en español. «Es una cosa muy seria —murmuró—. Es una cosa muy seria*.»

Los hombres no se atrevían a levantar la cabeza del suelo por si les disparaban. «La pendiente de la playa nos protegía un poco de las balas de fusil y ametralladora, siempre que permaneciéramos tumbados —recordaba Capa—, pero la marea nos empujaba hacia el alambre de púas, y parecía que se hubiera levantado la veda para los cañones.» Durante unos minutos permaneció tumbado con el cuerpo lo más pegado posible contra la arena, presa de un miedo debilitante

* En castellano en el original. (N. de la T.)

muchísimo mayor que el que había experimentado en Italia: «Me puse fatal. La cámara vacía me temblaba en las manos. Era una nueva clase de miedo que me hacía temblar de la cabeza a los pies y me desencajaba la cara».

Capa sacó su herramienta para cavar y trató de hacer un hoyo en el que refugiarse, pero casi inmediatamente golpeó guijarros y la tiró. De pronto se fijó en que los hombres a su alrededor estaban inmóviles; «sólo los muertos que flotaban en la superficie se movían con las olas»²⁴. Sabía que la única manera de vencer el miedo era sacar fotos, hacer su trabajo lo más deprisa posible y largarse de la playa. Más tarde explicó a Wertenbaker que pasó noventa minutos sacando fotos hasta que se le acabaron los carretes. Luego vio una lancha de desembarco a cincuenta metros mar adentro.

De un salto bajó de ella un grupo de personal médico con cruces rojas pintadas en el casco. Una ametralladora bramó y varios de ellos murieron en el acto. Capa se levantó y, sin tomar conscientemente ninguna decisión, echó a correr hacia la lancha. No tardó en caminar por el agua roja de sangre. El gélido mar le llegaba al pecho y las olas le abofeteaban la cara. Sostenía las cámaras por encima de la cabeza. Sabía que estaba huyendo.

En la lancha de desembarco LCI 94, el operario de diecinueve años Charles Jarreau, se peleaba por subir a heridos a bordo cuando vio a Capa*. «Allí estaba el pobre, sosteniendo en alto sus cámaras para que no se le mojaran, tratando de recuperar el aliento»²⁵. Tan pronto como hubo subido a bordo de la LCI 94, cambió el carrete. Luego sintió «una ligera sacudida» y se vio cubierto de plumas.

* Jarreau era un fotógrafo aficionado entusiasta y ese día sacó muchas fotos de la LCI, con carretes en un bolsillo y un rosario en el otro. Su capitán, un astuto miembro de la marina mercante, había almacenado a bordo del barco un gran suministro de whisky J&B para fortalecer a la tripulación. «Más que nada, bebíamos casi todo el día —recordaba Jarreau—. No había comida, pero bebíamos todo el día y no nos emborrachábamos. No nos hacía ningún efecto.» Jarreau sobrevivió a la guerra y fue padre de once hijos. Siempre insistió en que el día D había sido un gran momento para él y para Estados Unidos, tan atesorado en su memoria como el día de 1947 en que deslizó una alianza en el dedo de su esposa Audrey.

«¿Qué ha sido eso? —pensó—. ¿Hay alguien matando pollos?»²⁶ Levantó la mirada y vio que el bote de cuarenta y cinco metros había sido alcanzado por una bomba de 88 mm*. En la lancha salpicada de sangre había desparramados fragmentos de cadáveres. «Las plumas venían del relleno de las chaquetas de capoc de los hombres que habían saltado por los aires. El capitán [un joven de treinta y dos años al que llamaban “Popeye”] lloraba porque su ayudante había reventado encima de él y lo había dejado hecho un asco»²⁷.

La lancha de desembarco escoraba de mala manera, pero logró alejarse poco a poco de la playa de Omaha. Capa bajó al camarote para secarse las manos y cambiar los carretes de sus cámaras, y volvió a subir a cubierta. A su alrededor sólo encontró hombres muertos y gimiendo. Cuando se encontraban a unos pocos cientos de metros de la playa, miró atrás y sacó una última foto de la «Sangrienta Omaha» envuelta en humo. Estaba cubierta de enormes desechos de la guerra: tanques calcinados y lanchas de desembarco destrozadas; Biblias flotando en los charcos de color rojo que se formaban entre las rocas; una guitarra solitaria cerca de Easy Red e innumerables cadáveres de jóvenes norteamericanos.

A pesar de que *Life* había acaparado dos de las cuatro plazas asignadas a fotógrafos para cubrir el asalto norteamericano por tierra, tuvo que recurrir a fotografías de tres agencias de noticias: AP (Associated Press); Planet News, una filial londinense de Acme, la sucursal de fotografía de United Press, y Keystone. La misión de John Morris, de veintisiete años, era obtener fotografías de acción de los desembarcos del día D —la noticia más importante del siglo— para la revista neoyorquina *Life*. «Capa era el profesional reconocido —recuerda—, la estrella a la que todos mirábamos.»

Morris sabía que las fotos debían llegar a Nueva York el sábado 10 de junio por la tarde para que aparecieran en el número del 19 de

* Según un reportaje de *Life*, la LCI 94 fue blanco de tres ataques de cañones de 88 mm procedentes de las baterías de la playa alemana.

junio de *Life*. A fin de cumplir el plazo fijado (y conservar su empleo), tendría que enviar los clichés originales en una valija que saldría por mensajero motorizado a las nueve en punto de la mañana, según la hora de verano británica, el jueves 8 de junio*. Un mensajero motorizado llevaría a continuación la valija a un avión que estaría esperando en Heathrow y la trasladaría a otro en Prestwick, Escocia. Tras un par de paradas para repostar, la valija llegaría a Washington y sería llevada a mano a Nueva York el sábado²⁸.

Morris llegó temprano a las oficinas de Dean Street de *Life* el 6 de junio y esperó a tener noticias de su grupo de seis fotógrafos del día D. Hacia mediodía se había resignado a una larga espera. Entretanto, Capa estaba en mitad del canal de la Mancha hablando con Charles Jarreau. Parecía aturdido por lo que había visto, con la cara gris y todavía en estado de shock, y comentó a Jarreau que estaba «realmente agradecido» de haber dejado la playa²⁹. Después de volver a cambiar los carretes, fotografió a los primeros norteamericanos heridos que se habían retirado de la playa de Omaha en la LCI**.

Luego dejó las cámaras y ayudó a subir camillas de hombres heridos a bordo del *Samuel Chase*. No hacía ni seis horas que se había subido a una lancha de desembarco desde la inmaculada cubierta del *Chase*. Éste «ya no era bonito y limpio. Hasta los cocineros que habían preparado comidas tan buenas ayudaban en esos momentos a subir a los heridos»³⁰.

Una vez a salvo a bordo del *Samuel Chase*, Capa sufrió un co-

* Morris había ensayado muchas veces el trayecto de las oficinas de *Life* a las del censor, y a continuación la entrega de la valija; había recorrido el camino a través de Londres en un Austin de dos puertas para cerciorarse de que podía entregar la valija a tiempo. Para adelantar la entrega correría los últimos cincuenta pasos a través de Grosvenor Square.

** En una de las fotos aparecía un miembro del personal médico con dos barras en su gran casco de la armada, preparándose para hacer una transfusión a un miembro de la tripulación que había sido alcanzado por fragmentos de un 88 mm. El casco pertenecía a Jarreau. «En él se ve el número de Charles —insiste su viuda, Audrey—. Charles se lo había prestado al sanitario, que había perdido el suyo cuando fue alcanzado el bote.»

lapso debido al agotamiento. El barco se aproximaba a la costa inglesa cuando se despertó desnudo bajo una áspera manta con una nota alrededor del cuello: «Caso de extenuación. Sin placa de identidad»³¹. En el catre de al lado estaba un superviviente del regimiento de tanques anfibios que habían desembarcado antes de la primera oleada de tropas. El suyo y otros diez tanques se habían hundido en el mar picado junto a la playa de Omaha. El joven contó desesperado a Capa que había sido un cobarde y que debería haberse quedado en la playa. Capa le aseguró que no era ningún cobarde. No tenía ninguna culpa. Él sí que era cobarde, insistió Capa, no el joven soldado.

El 7 de junio muy temprano el *Samuel Chase* atracó en Weymouth. Los periodistas rodearon a Capa, impacientes por obtener información de primera mano sobre la invasión. En el muelle también esperaba David Scherman de *Life*. «David sacó una foto maravillosa de Bob tratando de sonreír cuando llegó —recuerda su viuda, Rosemarie—. Fue una extraordinaria coincidencia que se encontraran de ese modo.»

Más tarde Capa explicó que en cuanto pisó tierra firme, le ofrecieron un avión para llevarlo a Londres a hablar por la radio sobre la invasión. En lugar de ello metió los rollos de fotos en la valija de un mensajero, se cambió de ropa y buscó el primer barco que regresara a la cabeza de playa.

Esa mañana en Londres, Morris se enteró nada más despertarse de que Bert Brandt de Acme había regresado a Londres con una «¡PRIMERA FOTO!»³². La imagen mostraba tropas desembarcando, pero nada del drama desgarrador ni del derramamiento de sangre de Omaha. ¿Dónde demonios estaba Capa? Las horas transcurrían con una lentitud insoportable. A última hora de la tarde, Morris y su equipo estaban totalmente desmoralizados. El personal del cuarto oscuro de *Life* —el jefe, Braddy Bradshaw, cuatro jóvenes ayudantes y un fotógrafo, Hans Wild— llevaba más de veinticuatro horas esperando para ponerse a trabajar. «No llegó nada salvo material secundario —una verdadera porquería— de fuentes oficiales: el servicio de transmisiones, la Armada, los británicos —recuerda Morris—. Todo era material preliminar. No había nada de lo auténtico»³³.

Cerca de las seis y media de la tarde Morris recibió una llamada de Weymouth: «La película de Capa está en camino. La recibiréis en un par de horas». Llamó a E. K. Butler de AP, que no había parado de atosigarlo pidiéndole una imagen que mostrara el verdadero combate. «¡Lo que quiero son fotos, no promesas!», replicó Butler. Por fin a las nueve de la noche del 7 de junio llegó un mensajero con el valioso paquete. «Era un paquete pequeño —recuerda Morris—. Dentro había cuatro películas de 35 milímetros y algunas [películas] de 120, tal vez media docena, y una nota breve de Capa escrita a mano en la que sólo ponía: "John, toda la acción está en la de treinta y cinco milímetros". Y añadía que había sido un día duro y regresaba a la playa.»

El personal del cuarto oscuro de *Life* se puso manos a la obra, confiando en acabar antes de la hora tope, las nueve de la mañana. Hans Wild llamó a Morris tan pronto como terminaron de revelar las de 35 mm. Capa había hecho un trabajo magnífico en condiciones terribles y con luz limitada. «Necesito contactos —pidió Morris—. ¡Deprisa, deprisa, deprisa!» Unos minutos después uno de los ayudantes, Dennis Banks, bajó de un salto un tramo de escaleras y entró corriendo en la oficina de Morris.

—Se han estropeado —balbució llorando—. ¡Se han estropeado!
¡Todas las películas de Capa se han estropeado!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Morris.

—Tenías tanta prisa... —replicó Banks—. Las metí en un armario secador y cerré las puertas.

Era habitual meter las películas en un armario de madera con una resistencia eléctrica en forma de espiral en la base. Pero con las puertas cerradas, el calor se había hecho tan intenso que había derretido la emulsión de la película. Morris bajó corriendo con Dennis al cuarto oscuro. Sostuvo en alto las cuatro películas, una por una. Tres eran inservibles, sólo una mancha marrón en una foto tras otra. «No se distinguía nada —recuerda Morris—. Sólo barro gris. Pero en el cuarto rollo había once fotografías que podían revelarse, y revelé cada una de ellas. Hoy día se ha establecido que dos de ellas no merecían la pena, de modo que nueve han sobrevivido hasta hoy, lo que no está

mal. Eran algo repetitivas, pero allí había media docena de fotos buenas.»

Se aproximaba a toda prisa la medianoche cuando Morris pidió a su equipo que hiciera cuatro copias de seguridad de cada negativo superviviente. Tan pronto como las tuvieron, hacia las tres y media de la madrugada, se dirigió a través de las calles desiertas y oscuras de Londres a la oficina del censor. Contaba con varios cientos de fotografías aparte de las imágenes «granuladas» de Capa de hombres encogiéndose en el oleaje de la playa de Omaha. Los minutos le parecieron horas mientras esperaba a que el censor autorizara las fotos. Todas las de Capa pasaron la censura. Hacia 1944 Capa sabía perfectamente qué pasaría y qué no. No se molestaba en desperdiciar película en escenas que no estaba seguro de que el público norteamericano las digiriera*. Con menos de una hora por delante para entregar la valija, Morris se topó con un nuevo obstáculo. El censor tenía que cerrar los sobres con una cinta en la que se leía APROBADO POR EL CENSOR. «Pero en el momento crucial en que iba a cerrarlos, la cinta se atascó. No logró hacer funcionar el maldito trasto.» Para cuando cerró por fin el sobre ya eran las nueve menos veinte. «Llegué a Grosvenor Square a las nueve menos un minuto. Encontré al mensajero en el sótano literalmente a punto de cerrar con candado la valija.»

«¡Espera!», gritó Morris. Y le entregó sus valiosos paquetes. Había cumplido el plazo de entrega con el tiempo justo.

Las fotos de Capa aparecieron el 19 de junio en siete páginas de *Life* junto con tal vez el titular más famoso de la revista por su sobriedad: LA ARMADA Y LA AVIACIÓN SE UNEN A LA DECISIVA BATALLA POR EUROPA. *Life* informaba a sus perplejos lectores: «Esta fotografía y las de las siguientes seis páginas son del fotógrafo de *Life* Robert Capa que acompañó a la primera oleada de tropas. Aunque las primeras noticias que llegaron de los desembarcos daban a entender poca

* Las fotografías que mostraban rostros de hombres muertos, así como expresiones de derrota y severa fatiga de combate tenían pocas probabilidades de pasar la censura.

resistencia, sus fotos muestran lo encarnizada que ha sido la batalla y lo fuertes que eran las defensas alemanas».

Morris dice que Capa nunca le mencionó la película estropeada y ha escrito que pareció «encajar bien la noticia de las emulsiones derretidas». Capa había sacado setenta y nueve fotos, según Charles Wertenbaker: «El único testimonio fotográfico completo de las peores horas de la invasión»³⁴. Aunque borrosas, las imágenes de Capa habían captado para la posteridad algo de los enloquecedores primeros momentos de la invasión. Eran, en efecto, grandes fotos; en palabras del mismo Capa, «un fragmento del suceso que revelará más de la verdad auténtica que la escena completa a alguien que no estuvo allí»³⁵.

El único hombre a quien se ha identificado en las fotografías de Capa es Edward K. Regan, de la Compañía K del 116.º de Infantería, que murió en 1998. La foto de Capa del soldado de dieciocho años se ha publicado miles de veces y sigue siendo la imagen por excelencia de los primeros minutos de la «Sangrienta Omaha». Para Regan la fotografía siempre señalaría «un importante rito de iniciación... la transición de la adolescencia a la edad viril»³⁶.

Regan recordaba que había pasado la noche anterior muerto de miedo. Su lancha de desembarco varó en un banco de arena a veinte metros de la orilla y tan pronto como bajaron la rampa, se encontró bajo el intenso fuego del enemigo. Durante el resto de su vida lo perseguiría el recuerdo de esa lucha por mantener la cabeza por encima del agua y apoyar los pies en tierra firme, con casi treinta kilos a la espalda y camaradas muertos flotando en el sangriento oleaje que le rodeaba.

«Cuando me flaquearon las fuerzas, me desplomé en la arena para recuperar el aliento. El agua me llegaba a la nariz. Fue entonces cuando me hicieron la foto.»

En Estados Unidos, su madre recortó la foto de *Life* con lágrimas en los ojos. Cuando su hijo volvió a Virginia en 1945, ella sostuvo en alto el recorte. «Mira, eres tú, ¿verdad?», preguntó.

«Sí, soy yo —replicó él—. Y me siento muy orgulloso de ello.»

El bocage

Había un pardillo cantando en una casa derruida de Nehou; la bomba que había volado la casa en mil pedazos no había hecho ni un rasguño a la jaula. Las reses muertas estaban en las más extrañas posiciones, [...] algunas apoyadas contra árboles y cercas, y una de pie sobre sus cuatro patas, balanceándose ligeramente al viento. [...] Los rosales trepadores seguían aferrándose a las paredes de las casas de labranza derruidas, junto con el olor de las flores cuando desaparecieron los demás olores.

CHARLES WERTENBAKER, *Invasion!*

Capa volvió a desembarcar en la playa de Omaha el 8 de junio, dos días después del día D. Antes de dirigirse al campamento de prensa de Bayeux, en el interior, se detuvo a fotografiar una vez más la playa. En la zona de la playa alcanzada por la marea alta se amontonaban los desechos: fusiles, fragmentos de cadáveres, equipo desperdigado y muchas Biblias. Cerca de Easy Red, Capa encontró a unos pescadores contemplando con solemnidad las hileras de cadáveres cubiertos. En otras partes vio cavar tumbas provisionales a prisioneros alemanes que cuarenta y ocho horas antes habían disparado contra él. Esa tarde un sacerdote norteamericano celebró un funeral en la playa. Un excepcional documental de noticias localizado por el cineasta Patrick Jeudy muestra a un Capa recién afeitado y sumamente en forma, moviéndose deprisa pero con discre-

ción alrededor de las tropas de combate y los corresponsales que rezan.

Llegó por la tarde a Bayeux, a ocho kilómetros en el interior. Los alemanes habían abandonado la ciudad y causado pocos daños. Capa fotografió a unos oficiales británicos andando tranquilamente por una calle principal bien conservada. Detrás de ellos se ve una boutique de ropa en cuyo escaparate hay tres maniquíes con vestidos de verano. «Esta riqueza moderada —informaba *Life*— es característica de Bayeux. El mando alemán mantuvo al mínimo los saqueos y los trabajos forzados¹.»

Life no mencionaba que la colaboración había sido extensa y las actividades de la Resistencia insignificantes. Los franceses de esa próspera ciudad normanda habían vivido una guerra muy llevadera. Tanto que los niños al principio recibieron a sus nuevos ocupantes con saludos nazis. En otras partes, los franceses recién liberados no se alegraron demasiado de ver a los norteamericanos y los británicos. Los bombardeos del día D habían quitado la vida a miles de normandos, algunos no tan inocentes como otros.

Más tarde esa noche, Capa encontró a sus colegas periodistas sentados en un cobertizo alrededor de parpadeantes velas, bebiendo una botella de Calvados. Celebraban un velatorio en su honor. Más tarde él explicó que un sargento había informado haber visto su cadáver flotando en las aguas de Omaha. Como llevaba cuarenta y ocho horas desaparecido del frente, lo habían declarado oficialmente muerto. Escribió que los censores hasta habían aprobado su obituario².

Esa noche, en un hotel llamado Lion d'Or, Capa y sus colegas se pulieron al parecer varias botellas de Calvados para celebrar su regreso de los muertos. Entre los presentes en ese velatorio estaban Ernie Pyle y Charles Wertenbaker, el imponente jefe del nuevo personal europeo de *Time and Life*. Al día siguiente Capa formó equipo con ellos para informar sobre el avance aliado hacia Cherbourg, un puerto del Canal de vital importancia y «el primer gran objetivo de la invasión»³. Antes de volver a la primera línea del frente, cada uno se engulló un buen bistec, se afeitó, se bañó con agua caliente y se cambió de ropa. Podían pasar semanas antes de que volvieran a hacerlo.

Unos nueve días después del día D, los tres corresponsales se encontraban en el momento más crítico de la contienda. «Del 15 al 27 de junio —recordaba Wertenbaker—, casi cada día estuvimos con un batallón o una compañía en acción⁴.» Los hombres que habían sobrevivido al día D perdían aún más amigos y hermanos mientras se arrastraban de un empinado seto a otro, la mayoría sembrados de minas y bombas. Tenían suerte si recorrían dos setos al día: el *bocage* —el antiguo mosaico de pequeños campos de Normandía separados por terraplenes y espesa maleza— daba una ventaja clara a los defensores. «En Normandía había un promedio de catorce setos por kilómetro —ha señalado el historiador Stephen Ambrose—. El debilitante y arduo proceso de prepararse para un ataque, lanzar el ataque, llevar a cabo el ataque y limpiar después del ataque llevaba por lo menos un día. Y al final de la acción aguardaba el siguiente seto, entre cincuenta y cien metros de distancia⁵.»

En cualquier momento, recuerda el sargento Roy Stevens del 116.º de Infantería, sus amigos eran alcanzados por un francotirador o desaparecían en un amasijo de sangre y carne al pisar una mina. El propio Stevens resultó gravemente herido cuando un camarada hizo estallar una mina unos metros más adelante. Otros perdieron el valor y se suicidaron o se pegaron un tiro en los pies. Eran los callados, los que en el campamento de instrucción habían sido objeto de burlas, quienes a menudo demostraban ser asesinos crueles. Crueles o no, la mayoría de los hombres descubría aliviada que no era cobarde: no se venían abajo cuando el terror se apoderaba de ellos. Al entrar en una nueva ciudad o pueblo, a menudo se veían obligados a despejar cada calle, a veces casa por casa.

Wertenbaker y Capa pasaron día tras día agachándose detrás de setos, metiéndose en edificios, corriendo para ponerse a cubierto cada vez que los alemanes llevaban a cabo una virulenta acción defensiva. A diferencia de sus agresores, muchos de los alemanes eran curtidos veteranos de África, el frente ruso e Italia. La experiencia les había enseñado, como había enseñado a Capa, a permanecer acurrucados bajo el fuego de artillería y a soportar días de continua tensión sin dormir ni comer debidamente. En el último momento, cuando sólo

podían llevarse el máuser a la sien o desplegar una bandera blanca, la mayoría optaba por vivir. «Luchan, no hasta el último alemán, sino hasta el primer norteamericano», comentó un día Capa con desdén a Wertenbaker⁶.

En los artículos que acompañaban las fotos de Capa del avance norteamericano sobre la península de Cotentin, la revista *Life* no mencionaba la mejor preparación para el combate de los alemanes ni su formidable armamento. Capa aprendió rápidamente a reconocer cada arma por su sonido, como cualquier soldado raso que vivió la espeluznante confusión del *bocage*. Las ametralladoras MG42 de la Wehrmacht disparaban a un ritmo de mil doscientos proyectiles por minuto. En medio del concierto de otros ruidos fatales sonaban como una gran tela rasgándose cerca del oído de alguien. Los cañones alemanes de 88 mm, con diferencia la mejor artillería de la guerra, lanzaban proyectiles a la altura de la cabeza por las calles a casi tres veces la velocidad del sonido; los blancos de carne y hueso nunca los oían venir. El *Panzerfaust* alemán era muy superior a su equivalente norteamericano, la bazuka. Su repentino estallido resonaba en el sueño febril de casi todos los miembros de la tripulación de los tanques norteamericanos. Luego estaba el ruido más aterrador de todos: el gemido de las *Moaning Minnies*, las bombas disparadas casi simultáneamente por un *Nebelwerfer* (lanzacohetes), que los *krauts* [los alemanes] llamaban «stukas sobre ruedas» porque las sirenas con que estaban provistos los proyectiles, como los stukas, «tenían un efecto en quienes las oían a menudo más penetrante que su potencia explosiva»⁷.

Al cabo de varios días de caminar con dificultad por el *bocage* mortal, una tarde Capa y Pyle decidieron que no podían soportar otra comida de víveres de campaña e iban a salir en busca de comida de verdad. Convencieron a un sargento del comedor para que les hiciera un paquete con provisiones y fueron en coche al pequeño pueblo de Les Pieux, donde Capa entró en el único restaurante. Volvió al cabo de unos minutos e hizo señas a Pyle y a su conductor, el soldado Cogan, para que entraran con él en una atestada sala de techo bajo y suelos desnivelados. La propietaria del restaurante los sentó a una

mesa alargada. Capa había hecho un trato con ella: el paquete de provisiones en conserva a cambio de una comida caliente. Comieron magníficamente mientras Capa hablaba con vehemencia con varias personas del pueblo. «[Los franceses] no tenían mucho que criticar de los alemanes», recordaba Pyle. Cuando salieron del restaurante, Cogan estaba eufórico. A sus diecinueve años escasos se había zampado su primera comilona francesa.

El 26 de junio Capa se reunió con Pyle y Wertenbaker mientras un batallón norteamericano de la 9.^a División entraba en un barrio de las afueras de Cherbourg⁸. En la esquina de una calle Capa encontró a varios prisioneros alemanes, así como a reclutas rusos acompañados de sus mujeres, que estaban histéricas de miedo: los alemanes habían asegurado a sus maridos que los norteamericanos no tomaban prisioneros. Era la mejor manera de conseguir que siguieran luchando.

A lo lejos se veía el puerto de Cherbourg envuelto en llamas. Mientras el batallón avanzaba hacia el centro de la ciudad, Capa oyó la encarnizada lucha que tenía lugar en las calles cercanas: el traqueteo de las ametralladoras MG42 y los disparos de una solitaria Luger. También se oía el fuego de francotiradores. Los proyectiles de 20 mm silbaban sobre sus cabezas. El objetivo inmediato del batallón era un hospital donde las tropas alemanas habían capturado a más de cien norteamericanos heridos. De pronto un joven teniente con gafas de sol pese al cielo encapotado se acercó a Capa y a sus colegas. «Nuestra compañía empezará a subir en unos minutos por esta calle para asaltar una plaza fuerte que se encuentra a un kilómetro de aquí —dijo—. Seguramente habrá francotiradores apostados en algunas de las casas que hay por el camino. ¿Queréis acompañarnos?»

Pyle no quería ir, pero no pudo rehusar la invitación. Habría sido una cobardía. Wertenbaker asintió con calma. Capa parecía ansioso por ir. Echaron a andar, Capa comprobando sus cámaras, hasta que se situaron al frente de una columna. El teniente se presentó a sí mismo: Orion Shockley de Jefferson City, Missouri. Le habían puesto el nombre del hermano de Mark Twain. Uno de sus compañeros oficiales había llegado con la compañía hacia apenas tres horas, y llevaba tan poco tiempo combatiendo que corría a esconderse cada vez

que volaba sobre sus cabezas «correspondencia saliente» (proyectiles norteamericanos). En cambio los hombres a su mando llevaban combatiendo desde el 14 de junio. Habían sacado unas horas para dormir en húmedos sótanos y hoyos cavados a toda prisa. Sus uniformes estaban cubiertos de polvo y sudor, y tenían una expresión aturrida, porque todos sabían que iban a morir o a volver a su casa en camilla, las dos únicas maneras de salir del infierno de Normandía. Hacia el final de la guerra la 9.^a División había pasado doscientos sesenta y cuatro días combatiendo y sufrido 33.864 bajas, más que ninguna otra división de infantería de Europa. El movimiento de tropas fue de un asombroso 240 por ciento.

«¿Por qué no decís a la gente cómo es esto? —preguntó un soldado furioso—. Sólo oyen hablar de victorias y un montón de cosas gloriosas. No saben que por cada cien pasos que avanzamos muere alguien. ¿Por qué no les decís lo dura que es aquí la vida?» Pyle respondió al exhausto soldado que intentaba decir a los norteamericanos lo dura que era la guerra en cada una de sus columnas.

Empezó a llover y Capa enseguida estuvo calado hasta los huesos. Shockley le explicó que sus hombres se proponían derribar las posiciones de las ametralladoras y los fortines del final de cada calle. «No sabemos qué nos vamos a encontrar —añadió—, y no quiero ponerte justo delante, así que ¿por qué no te vienes conmigo?» Capa aceptó. De pronto oyó un fuerte traqueteo por encima de su cabeza. Se agachó detrás de un muro alto cerca de un cruce. Si quería seguir avanzando debía abrirse paso por terreno abierto bajo el fuego del enemigo. Shockley ordenó a sus hombres que avanzaran mientras Capa observaba. «¡Desplegaos! —gritó, sabiendo que si permanecían agrupados serían blancos fáciles—. ¿Queréis que os disparen? No os amontoneís de esa manera. Manteneos a cinco pasos de distancia unos de otros. ¡Desplegaos, maldita sea!»

Pyle se quedó asombrado ante la profunda vulnerabilidad de los hombres que obedecían las órdenes de Shockley. «Eran en realidad los cazadores, pero parecían los cazados. No eran combatientes. Eran muchachos norteamericanos que por puro azar del destino habían acabado con un arma en las manos, recorriendo furtivamente una

calle cubierta de cadáveres en una arrasada y desconocida ciudad de un país lejano bajo una lluvia torrencial. Estaban asustados, pero no estaba en su mano renunciar. No tenían elección.»

Corrió la voz de que las tropas alemanas se encontraban doscientos metros más adelante, cerca de su blanco: el hospital lleno de norteamericanos heridos. A cincuenta pasos del hospital, un tanque norteamericano abrió fuego con su cañón de 75 mm. Las ventanas se hicieron añicos mientras la calle se estremecía con el estallido. A continuación el tanque fue alcanzado y de la parte inferior se elevaron llamas. La dotación salió en estampida y corrió a refugiarse. Unos minutos después apareció más adelante un grupo de alemanes con un oficial a la cabeza, agitando una bandera de la Cruz Roja. Llevaban dos camillas con heridos. Capa saltó por encima de unos escombros, corrió hacia los alemanes que se rendían y les sacó varias fotos con su Leica. Luego les dijo en alemán que lo siguieran hasta las líneas norteamericanas.

Cuando Capa llegó por fin al hospital, encontró a más de doscientos hombres de la 82.^a División Aerotransportada vendados y le informaron de que en el sótano del hospital había una provisión del mejor vino y brandy. Pero cuando llegó al sótano se encontró con que «cada soldado del 47.^o [Regimiento] de Infantería ya tenía los brazos, la cazadora y los bolsillos llenos de las preciadas botellas». Se moría por un trago y rogó a un soldado que le diera una. El soldado se echó a reír. «Sólo si eres Ernie Pyle⁹.» De modo que Capa pidió a otro soldado una botella para Pyle y enseguida se la dio. Por el único e inimitable Ernie Pyle, la mayoría de los soldados rasos estaban dispuestos a compartir el botín que habían liberado. A esas alturas de la guerra, el corresponsal de *Scripps-Howard* a veces se veía asediado, con gran vergüenza, por los soldados. Allá adonde iba, los soldados le pedían que les firmara billetes de francos y culatas de fusil. «Cada día llegaban nuevas invitaciones —ha escrito el biógrafo de Pyle, James Tobin—, de soldados rasos hasta generales, ansiosos por que Pyle reconociera sus unidades¹⁰.»

Esa misma tarde del 26 de junio Capa presenció la rendición del general Von Schlieben, el mando alemán de Cherbourg. Negándose

a dejarse fotografiar, Von Schlieben dijo en alemán a su ayudante que estaba harto de la prensa norteamericana. Capa replicó en alemán que estaba harto de oficiales alemanes derrotados. Indignado ante su insolencia, Von Schlieben se volvió furioso hacia él. Capa esperaba con el dedo en el disparador de su Leica y obtuvo la imagen perfecta de la furiosa derrota.

Antes de la caída de Cherbourg, los norteamericanos habían sufrido serias pérdidas en Normandía. Dos tercios de los cuarenta mil soldados aliados que resultaron heridos en las primeras dos semanas que siguieron al día D eran norteamericanos. El número cada vez más elevado de muertos mientras los alemanes luchaban para defender cada campo y cada ciudad empezó a pesar sobre todo aquel que lo vivió. El 30 de junio, después de pasar cinco días con Capa y la 9.ª División, Pyle escribió a un amigo: «Esto de ir de seto en seto es una clase de guerra que nunca nos habíamos encontrado antes, y jamás he visto a más alemanes muertos en toda mi vida. También norteamericanos, pero no tantos como alemanes. Un día creo que voy a acabar acostumbrándome a los muertos, a ver jóvenes muertos en grandes cantidades, y al día siguiente me doy cuenta de que no es así y nunca lo será»¹¹.

Capa y Wertenbaker también estaban sobrecogidos ante «el horror de todo aquello»¹². Un día, al volver al campamento de prensa de Bayeux tras la caída de Cherbourg, Wertenbaker reflexionó con amargura sobre cómo algunos políticos veían la guerra como un juego grandioso:

La guerra es soledad, y un hombre solo tal vez sea una criatura con dignidad. Pero el miedo y la suciedad de la guerra destruyen de tal modo esa dignidad que se pierde hasta la posibilidad de tener una muerte digna. La muerte en combate pocas veces es la bala limpia e inesperada que mata a un hombre antes de que el miedo le deforme la cara... Suele ser un proyectil, una bomba o una ráfaga de balas de ametralladora que se aproxima a criaturas vivas que se acurrucan en el suelo aterrorizadas, y cuando la muerte ha pasado, en los fragmentos de carne ensangrentada que cubren el suelo no queda dignidad¹³.

El jeep daba botes por el mortal *bocage*, con un Capa que parecía un bandido mongol con su poblada barba, cuando se les levantó el espíritu por unos momentos. Mientras cruzaban un puente hasta Isigny bajo el fuego de artillería, levantaron la vista hacia un avión de caza que rozaba la parte inferior de una nube solitaria en el cielo despejado. «El cielo francés es precioso», dijo Capa. Wertenbaker alzó la vista y asintió, lleno de admiración. «Creo que es el más bonito del mundo», añadió Capa¹⁴.

A mediados de julio Capa volvió con Wertenbaker a Londres. Sólo entonces se enteró de la suerte que habían corrido sus fotos del día D¹⁵. *Life* al principio le mintió, diciendo que sus fotos se habían estropeado porque se había metido agua en sus Contaxes. Al ver un número de la revista *Life* Capa se enfadó tanto, según Irwin Shaw, que «ya nunca más volvió a interesarle fotografiar la guerra»¹⁶. Se contrarió aún más cuando en el número del 19 de junio de *Life* encontró una explicación de lo sucedido a sus fotos estropeadas. «La enorme excitación del momento hizo que el fotógrafo Capa moviera la cámara y sacara una foto borrosa*.»

Cuando Capa volvió a la guerra a finales de julio, descubrió que más de trescientos miembros de la prensa acreditada, entre ellos Steinbeck y Hemingway, se disputaban el primer puesto en la carrera a París: la liberación de la ciudad era la siguiente gran noticia. «Papá» estaba ocupado librando su propia guerra privada, avanzando con una unidad de la 4.ª División de Infantería con cuyos oficiales de alto rango había trabado amistad. Según Capa, contaba con un cocinero particular, un chófer-fotógrafo y su ración personal de whisky. Los compañeros de Hemingway, a quienes éste llamaba «irregulares», eran oficiales de relaciones públicas, pero bajo la influencia de Papá se habían convertido en un «puñado de indios ávidos de sangre». Sin

* Pese a su cólera y decepción, Capa no trató de vengarse. Según algunas fuentes, hasta amenazó con dejar la revista si despedían al ayudante del cuarto oscuro responsable de desastre.

autorización para llevar un arma, como todos los corresponsales de guerra, Hemingway se había asegurado de que su pelotón particular llevara «todas las armas imaginables», tanto alemanas como norteamericanas¹⁷.

A principios de agosto Hemingway invitó a Capa a reunirse con él y con su grupo de «irregulares» en su avance hacia París. Capa aceptó, detectando una noticia en potencia con Hemingway como figura central. Según el periodista norteamericano Peter Hamill, una tarde Hemingway iba sentado en un jeep al lado de Capa cuando un caza alemán apareció y empezó a bombardear la carretera. Capa y el conductor se refugiaron debajo del vehículo, pero Hemingway se quedó erguido en su asiento, haciendo caso omiso de las balas. Cuando el avión pasó de largo, Capa salió de debajo del jeep y ordenó al conductor que regresara a un puesto de guardia para enviar unas películas a Londres.

«¿Cómo? —exclamó Hemingway—. ¿Volver? ¡No pienso batirme en retirada por Henry Luce!¹⁸!»

El 5 de agosto, muy temprano, Hemingway envió un Mercedes de campaña capturado a recoger a Capa para hacer otra excursión. Con el coronel Charles Lanham, alias Buck, había decidido que iba a «tomar» el pueblo de Saint-Pois, y quería que Capa los acompañara para fotografiar una vez más la acción. Esta vez cuando «Papá» desplegó un mapa y explicó su plan de ataque, Capa lo previno contra esa acción innecesaria e imprudente, diciéndole que debería seguir una sencilla regla: ir siempre detrás del mayor número posible de soldados y no tomar nunca «atajos solitarios a través de tierra de nadie»¹⁹.

Hemingway lo miró con desdén, dándole a entender que era un cobarde. Capa accedió de mala gana a acompañarlo, pero sólo si se le permitía seguirlo a una distancia prudencial. Hemingway salió en un sidecar y Capa lo siguió en el Mercedes. De pronto Hemingway volvió a encontrarse bajo el fuego del enemigo al doblar una esquina en su sidecar. A lo lejos había una división panzer. El conductor de la motocicleta frenó de golpe y Hemingway se vio arrojado a una zanja poco profunda, donde quedó inmovilizado en el acto. «¡Atrás, maldita sea!», exclamó Hemingway. Pero Capa al parecer se quedó

donde estaba. «He dicho atrás, maldita sea²⁰.» Pero él se negó a moverse. Cuando los alemanes por fin se retiraron, un Hemingway furioso se encaró con él y durante días no se hablaron. Según varios biógrafos, Hemingway nunca perdonó del todo a Capa ese incidente, y su amistad siguió siendo tirante hasta la muerte de Capa*.

El hijo de Hemingway, John, oyó tanto la versión de Capa como la de su padre sobre lo ocurrido ese día: «Capa decía que al final había retrocedido y que si se quedó al principio allí parado fue para ayudar a Papá. Pero éste siempre juró que la razón por la que Capa no había querido retroceder era porque quería estar allí para conseguir la exclusiva y sacar fotos de Papá alcanzado por una ametralladora»²¹.

Después del abortado ataque contra Saint-Pois, Hemingway y Capa se fueron cada uno por su lado. En el ejército privado de Hemingway sólo había sitio para un fotógrafo y después de Saint-Pois no iba a ser Capa, quien parecía más interesado en fotografiar la muerte de Papá que sus hazañas heroicas fingidas.

Capa se dirigió a Le Mont-Saint-Michel para reunirse con John Morris; había aceptado de mala gana enseñar a su joven redactor jefe cómo era la vida en las primeras líneas del frente. «El día que llegué —recuerda Morris— Capa sugirió que recorriéramos andando una larga calle [a través del centro de la ciudad]. Él enseguida establecía relación con la gente. Mientras caminábamos vio a una niña, a quien le hizo cosquillas debajo de la barbilla y le preguntó dónde estaba su novio. Unos minutos después pasamos por delante de un pequeño café donde unos hombres jugaban al ajedrez, y dijo: «¿Por qué no mueves ésta [pieza]?». Se le daba muy bien entablar conversación con

* Otras razones explican por qué se vieron tan poco en años venideros. Cuando su matrimonio con Martha Gellhorn se fue al traste, el afecto de Hemingway por Capa se tiñó de celos. Gellhorn nunca había ocultado el enorme cariño, si no el amor, que sentía por Capa, y Papá sabía que ella le hacía confidencias y él se ponía de su parte. En una ocasión Capa hasta reprendió a Hemingway por querer casarse con cada mujer de la que se enamoraba. Con los años, Hemingway se volvió cada vez más resentido y más tarde dijo a un amigo común, el escritor Peter Viertel, que Capa «era incapaz de satisfacer a ninguna de sus mujeres, y ésa es la razón por la que no cesaba de volar de un continente a otro (Viertel, *Dangerous Friends*).

la gente. [...] Fue ese mismo día cuando un granjero se le acercó y le preguntó si podía hacer algo para ayudar. Bob dijo que sí. "Invítanos a comer."»

Unos días después Morris y Capa visitaron la cercana ciudad de Saint-Malo. Mientras la pareja se acercaba a la ciudad, se cruzaron con una unidad especial de soldados estadounidenses que participaba en la «guerra psicológica». A Morris le pareció que sus actividades serían una gran noticia y persuadió a un Capa escéptico para que los siguieran hasta las primeras líneas donde, a través de megáfonos, pidieron a las tropas alemanas que se rindieran. Cuando Morris preguntó a su conductor qué solía ocurrir después de tales ruegos, el conductor dijo de manera harto significativa: «Salimos de aquí por piernas». Morris enseguida vio por qué cuando empezaron a caer cerca proyectiles de mortero.

«Esto no pinta muy bien, la verdad», dijo Capa.

Se refugiaron en el sótano de una casa de labranza. «Bob se mostraba muy práctico y sereno [bajo el fuego], no se ponía nervioso —recuerda Morris—. Tenía un gran instinto de conservación. A esas alturas había pasado por mucho.»

Más tarde, ese día, un grupo de prisioneros alemanes pasó por delante de la casa. Morris pidió a Capa «que se acercaran para preguntarles cómo habían reaccionado ante los llamamientos de la unidad de guerra psicológica. Capa habló con los hombres uno por uno, luego se volvió hacia Morris y dijo: «Ninguno los ha oído».

Después de despedirse de su excesivamente entusiasta jefe, Capa decidió reunirse con Charles Wertenbaker. El 18 de agosto entraron juntos en la catedralicia ciudad de Chartres. Al llegar a la prefectura de la ciudad, oyeron los furiosos gritos de una multitud francesa: «*Salopes! Salopes!*» [¡Putas! ¡Putas!]. Wertenbaker describió la escena en *Invasion!*: «Los patriotas traían a mujeres colaboracionistas, tanto viejas que habían ayudado a los alemanes o comerciado en mercados negros, como otras más jóvenes y de aspecto vulgar que se habían vendido a los alemanes. Las colocaron en hilera contra una pared, algunas con el pelo ya cortado a tijeretazos casi al cero, y en el centro del patio había una montaña de pelo

rubio y gris. En una esquina del patio una mujer y un niño vendían vino tinto por vasos»²².

Capa adelantó a la muchedumbre mientras ésta se mofaba de una mujer que llevaba en brazos al hijo de su amante alemán por las calles adoquinadas. «Es cruel e innecesario —comentó una mujer que trabajaba para la Resistencia—. Son mujeres de soldados, y el día de mañana se estarán acostando con los norteamericanos»²³.» Caminando hacia atrás, Capa fotografió varias veces a la mujer con la cabeza afeitada mientras cientos de sus compatriotas se burlaban de ella y le gritaban obscenidades. Sigue siendo una de sus imágenes más famosas, un gráfico testimonio de la complicidad de Francia con el nazismo y el consiguiente resentimiento de los que al parecer no habían colaborado.

El 23 de agosto Capa y Wertenbaker se enteraron de que las primeras tropas en entrar en París iban a ser la 2.^a División Acorazada francesa del general Leclerc, pero este había declarado que sólo quería a la prensa francesa con él y había trasladado su división más cerca de París sin informar a ninguno de los corresponsales norteamericanos. El día 24 Capa y Wertenbaker alcanzaron los tanques de Leclerc en Étampes. Esa tarde, «las nubes se alejaron y brilló el sol en medio de un cielo azul. Los altos y encantadores árboles que se inclinaban a ambos lados de los caminos y campos se alzaban oscuros contra el atardecer»²⁴. Esa noche desenrollaron sus petates al lado de la Route National 20. «De debajo de la Osa Mayor llegaban de vez en cuando destellos de luz seguidos del ruido de artillería a lo lejos. Los tanques franceses eran formas borrosas y oscuras bajo los árboles»²⁵.» La oscurecida ciudad de la luz sólo estaba a unos kilómetros de distancia.

Victoria

Fue el día más inolvidable de mi vida.

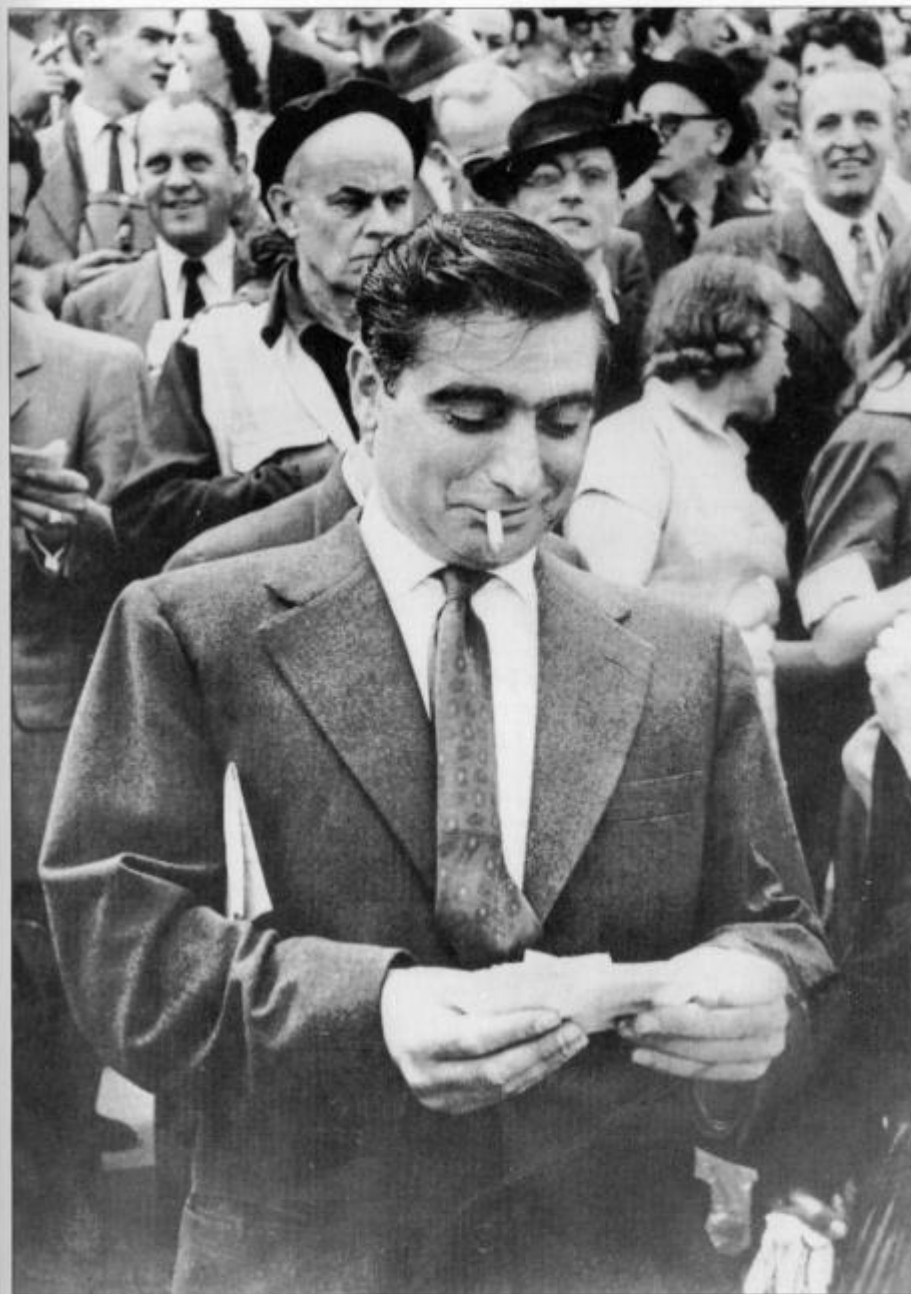
ROBERT CAPA, *Slightly Out of Focus*

25 de agosto de 1944, al amanecer: el sol pareció salir con prisas. Capa no se molestó en cepillarse los dientes. A las nueve en punto el conductor del jeep en el que iban él y Wertenbaker maniobró detrás del coche blindado de Leclerc y se dirigió a toda velocidad hacia la Puerta de Orleans. De pronto se vieron rodeados por una apiñada multitud que ondeaba banderas y ramos de flores. Se subieron mujeres al jeep y los besaron apasionadamente. «*Vive De Gaulle!* —exclamaban—. *Vive Leclerc!*» Otros gritaban una y otra vez: «*Merci, merci, merci!*».

Capa y Wertenbaker cruzaron la Puerta de Orleans exactamente a las 9.40. Habían llegado a las puertas de París antes que el ejército de Hemingway. Unas mujeres levantaron a sus hijos hacia ellos para que los besaran y volvieron a gritar: «*Merci, merci, merci!*». Después de cinco años, Capa había vuelto a la única ciudad que consideraría alguna vez su hogar. Fue el día más feliz de su vida.

Todas las emociones contenidas a lo largo de los últimos años enseguida salieron en tropel. «Bob Capa y yo entramos en París con los ojos llorosos —recordaba Wertenbaker—. Nos avergonzábamos tan poco de ello como la gente que lloraba al abrazarnos!»

Bajaron del jeep cerca del Boulevard des Invalides y echaron a andar hacia el Quai d'Orsay, donde los alemanes seguían oponiendo



«Tenía el sentido de prioridades del jugador.» Capa con muchas papeletas de apuestas, Long-champs, París, 1952. (Copyright © Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos.)

«La pequeña zorra roja», Gerda Taro. (Fotografía de Fred Stein.)



Gerda Taro, suivie
d'une foule émue, a été portée
ce matin au Père-Lachaise

*Le corps de notre amie repose non loin des victimes
de Clichy sous un immense monceau de fleurs*



Le cortège funèbre s'est arrêté devant notre journal pour y être salué par les collaborateurs qui assurèrent le service. (Lire dans la troisième page)

«Fue el gran amor de su vida.» Cortejo fúnebre de Gerda Taro en París, 1937. (*Ce Soir*, 2 de agosto de 1937. Collection Bibliothèque Historique de la ville de Paris.)



«Había ido en busca de la muerte.» Fernhout, Ivens y Capa, el segundo por la izquierda, con tres oficiales chinos en China, 1938. (Copyright © European Foundation Joris Ivens.)



«Entre los cuatrocientos millones.» Ivens y un hombre no identificado encima de un tanque, Capa, Fernhout y un chino delante, China, 1938. (Copyright © European Foundation Joris Ivens.)



Capa y «Papá» Hemingway, Sun Valley, Idaho, noviembre de 1940. (Copyright © Lloyd Arnold/John F. Kennedy Library.)



«[Capa] hablaba siete idiomas, pero ninguno bien.» Ernest Hemingway escucha «capanés», Sun Valley, Idaho, noviembre de 1940. (Copyright © Lloyd Arnold/John F. Kennedy Library.)



Capa baila toda la noche en Sun Valley, noviembre de 1940. Su «alma gemela», Martha Gellhorn, es la segunda por la izquierda. (Copyright © Lloyd Arnold/John F. Kennedy Library.)



«Conducía peor que nadie en el mundo.» Capa a finales de 1944. (Hutton-Getty.)



«Escucha, vieja cabra, lo que cuenta es el final de la partida y cuántas fichas te quedan en el bolsillo... si aún no te has retirado.» Capa y la «vieja cabra», George Rodger, Nápoles, 1943. (Copyright © Magnum Photos.)



«Estuve con él en la línea de fuego.» El amigo de Capa y director de *Life*, John Morris, Londres, 1944. (John G. Morris Collection/Biblioteca de la Universidad de Chicago.)



El puerto después del bombardeo, Anzio, 1943. (Hulton-Deutsch/Corbis.)



Ernie Pyle, el gran corresponsal de guerra norteamericano, enciende un cigarrillo tras un ataque directo contra el hotel de los corresponsales del paseo marítimo, Anzio, 1944. (Cortesía de The Lilly Library, Universidad de Indiana, Bloomington, Indiana.)

«Era increíblemente valiente.» Capa, el segundo por la izquierda, listo para saltar con la 17.ª División Aerotransportada sobre Wesel en la frontera holandesa, marzo de 1945. (Hulton-Getty.)



Capa con su amigo íntimo y cofundador de la agencia Magnum, David Seymour, Chim, París, principios de los años cincuenta. (Copyright © Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos.)



Los fundadores de Magnum brindando por la liberación de París en una fiesta en la casa del director de *Vogue*, Michel de Brunhoff. Capa en segundo plano a la izquierda, Chim Seymour en el centro sin corbata, Cartier-Bresson en segundo plano a la derecha. (John G. Morris Collection/Biblioteca de la Universidad de Chicago.)



«Eres la criatura que me va.» Capa con la escritora Gael Elton Mayo. (Copyright © The Estate of Gael Elton Mayo.)



Ingrid Bergman con su padre, un fotógrafo bohemio. (Swedish Film Institute Stills Archive.)



«Era como un gran cuadro.» Ingrid Bergman en *Notorious* [*Encadenados*], 1946. (RKO Radio Pictures/Ronald Grant Archive.)



Capa jugando al póquer con John Huston (en segundo plano a la derecha) mientras Burl Ives toca la guitarra, Londres, 1953. (Copyright © Ernst Haas/Getty Images.)



Capa con John Steinbeck y su mujer Gwyn en un hotel de París en 1947, unos días antes de cruzar el telón de acero. (Center for Steinbeck Studies, Universidad estatal de San José.)



De nuevo en acción. Un cámara de documentales de actualidad capta a Capa fotografiando a los heridos de Dien Bien Phu, Indochina, mayo de 1954. (Collection Patrick Jeudy.)



«Me pidió que cogiera su cámara.» Última fotografía de Capa con vida, tomada por su amigo, y colega Michel Descamps. (Fotografía de Michel Descamps/SCOOP/Paris Match.)



«No sabía hablar de otra cosa.» «Julita» Friedmann en la tumba de su hijo predilecto al norte de Nueva York. (Copyright © Liesl Steiner.)



«El hombre que se inventó a sí mismo.» André Friedmann, alias Robert Capa, 1954. (Hulton-Getty.)

una enérgica resistencia. Un sacerdote barbudo con un casco de acero pasó corriendo por su lado para acercarse a un infante de marina francés mortalmente herido y darle los últimos sacramentos. En una esquina Capa se topó con un corro de gente alrededor de un oficial alemán que se había arrodillado en la calle para rezar por su vida. Varios miembros de la Resistencia querían pegarle un tiro allí mismo, pero de pronto llegaron tres infantes de marina franceses y se lo llevaron prisionero.

Luego empezó la lucha. Los alemanes seguían ocupando el Ministerio de Asuntos Exteriores y varios edificios claves². Por la tarde casi todos los alemanes que quedaban en París se habían rendido. Anochece, y el ruido de los disparos se perdía en la lejanía cuando la ciudad de la luz volvió a iluminarse por primera vez en cuatro años, y la bandera tricolor y la de las barras y las estrellas se elevaron una al lado de la otra por encima de la torre Eiffel. Durante toda la noche los parisienses cantaron la *Marsellesa* desde sus ventanas.

A la mañana siguiente, bajo el cielo azul, Capa fotografió al general De Gaulle en un desfile de la victoria desde el Arco de Triunfo hasta Notre Dame. Las fotografías de Capa lo muestran con una de sus poco frecuentes sonrisas en su mayor momento de gloria. Pero el desfile de la victoria se vio interrumpido en la place de l'Hôtel-de-Ville cuando varios francotiradores alemanes disidentes, tal vez ignorantes de la orden de rendirse, abrieron fuego contra la multitud. Miles de parisenses se apretujaron en las aceras manchadas de sangre. Una atractiva mujer con gafas de sol permaneció erguida sin ápice de miedo, demasiado orgullosa para volver a acobardarse. En las calles cercanas, los combatientes de la Resistencia localizaron rápidamente a los francotiradores y dispararon sus ametralladoras y fusiles automáticos contra ellos. En una calle Capa encontró a un elegante hombre de negocios con un traje oscuro cruzado de raya diplomática, tumbado de espaldas disparando una carabina: en la puerta de un restaurante que había detrás de él se veían agujeros de balas.

Unas horas después habían acabado con los últimos francotiradores y Capa se reunió con Wertenbaker en el hotel Scribe, cuyo bar no tardó en convertirse en el abrevadero de la prensa acreditada interna-

cional. El artista de *Life*, Floyd Davis, más tarde plasmaría maravillosamente la escena del bar. En su cuadro, Capa parece un bandido moreno que examina a sus compañeros: Wertebaker, con aspecto de general distinguido; la escritora del *New Yorker*, Janet Flanner, con su perpetuo cigarrillo; William Shirer, el locutor con un parche en el ojo; un Hemingway fornido y un John Steinbeck cariacontecido.

John Morris recuerda vívidamente el día que preparó para su publicación las fotografías de Capa de la liberación. «En esos momentos recuerdo que no quedé demasiado impresionado; me decepcionaron. [...] Era fácil preparar [sus] fotos, no era muy difícil seguir el hilo de sus pensamientos. No buscaba ángulos extraños. Más bien fotografiaba lo que tenía a la altura del ojo. Podías decir que eso era una debilidad; no era lo bastante flexible en su enfoque del tema.» Sin embargo al recordarlo ahora, casi sesenta años después, Morris dice que le «encantaría volver a ver esos contactos [de la noticia de la liberación]». Capa era el menos afectado de los fotógrafos, sorprendentemente limitado en su técnica, pero aun así tenía una habilidad asombrosa para enfocar la cámara en el momento oportuno. Sus imágenes de París de ese jubiloso día siguen siendo el mejor testimonio de la liberación: el día más feliz de su día, y podría decirse que de la historia de París.

En los emocionantes primeros días que siguieron a la liberación, Capa bebió muchas botellas de champán con Morris, así como con George Rodger, Mary Welsh, Slim Aarons y William Saroyan. Pero decidió dejar de alojarse en el Scribe, optando en cambio por el Lancaster. Descubrió con sorpresa que George Rodger había llegado una hora antes y le había reservado una habitación, como había prometido hacer en Italia.

Una noche Capa y Hemingway olvidaron su pelea de Saint-Pois y cenaron comida del mercado negro en el Lancaster. La noche siguiente el escritor Marcel Duhamel, traductor de Hemingway, llevó a Capa y al grupo de «irregulares» de Hemingway a un pequeño restaurante de la rue de Seine donde solía comer Picasso. Viejos amigos, Hemingway y Picasso se abrazaron y se quedaron hablando hasta bien entrada la noche en la mesa de Capa, bebiendo una botella de vino añejo tras otra y comiendo cordero.

A la mañana siguiente, según Leicester Hemingway, Capa fue a ver a Picasso a su estudio de dos pisos de la rue Saint-Augustin en la orilla izquierda: cada mañana, de las nueve a las once, Picasso abría las puertas de su estudio a artistas y amigos. Capa lo fotografió con una camiseta de rayas, el brazo izquierdo alrededor de lo que *Life* describió como una «grotesca figura» hecha de «alambre, metal, cráneos de buey y toda clase de chatarra»³. Aunque los nazis habían declarado a Picasso «pintor degenerado», le habían dejado prácticamente en paz durante la ocupación.

Durante varios días Capa redescubrió otros rincones de París y se reunió con sus mejores amigos de antes de la guerra: Cartier-Bresson, Chim y Pierre Gassmann. En una fiesta organizada por el director de la revista francesa *Vogue*, los tres bebieron champán, brindando por la liberación de su querida ciudad, y se contaron anécdotas de la guerra. Cartier-Bresson había pasado tres años en un campo de prisioneros de guerra. Había logrado escapar en su tercer intento de fuga y se había unido a la Resistencia de París, haciéndose pasar por su álgter ego, un abstraído pintor budista. Chim había pasado la guerra en el ejército estadounidense, destinado a la fotointerpretación de la inteligencia aérea. En 1944 era teniente y ciudadano norteamericano. Poco después se enteró de que sus padres y casi todos sus parientes habían muerto en 1942 en el gueto de Warsaw.

Tras la euforia de la liberación, la mayoría de los parisienses reanudó su triste lucha por conseguir comida y otros artículos de primera necesidad. A Capa lo despertaron en el Lancaster viejos conocidos que llamaban pidiendo comida, café, tabaco norteamericano o lo que fuera que el legendario gorrón pudiera conseguir. Encabezando la lista de gente a la que Capa quería realmente ayudar estaban sus únicos parientes en París: Béla y Szeren Fischer, y su hija de dieciséis años Suzy Marquis.

Los Fischer habían sufrido terriblemente durante la ocupación. Las semanas anteriores a la liberación, Suzy había caminado kilómetros cada día para intentar conseguir unas cebollas crudas que dar de comer a su familia. El día que Capa llegó a París, Suzy había tratado de dejarle un recado en el hotel Scribe, pero no tuvo suerte. Unos

días después vio a un joven soldado estadounidense detener un jeep junto a su casa. El sonriente soldado no tardó en arrastrar hasta el salón de sus padres un enorme macuto repleto de comida. «No podíamos creerlo —recuerda Suzy, que todavía guarda el macuto—. Estaba lleno de todo con lo que llevábamos años soñando: harina, mantequilla fresca. El norteamericano me regaló un reloj de pulsera y unas medias, y dijo que el macuto era de parte de Bob. Nos quedamos sentados durante horas contemplando toda aquella comida. Estábamos sencillamente perplejos.»

A principios de septiembre Capa se alegró al enterarse de que le habían concedido unas semanas más en París. No tenía ningún deseo de seguir fotografiando la guerra ahora que había vuelto a la única ciudad que consideraba su hogar. «Nunca más volvería a haber fotos de soldados de infantería como las de los desiertos del norte de África o las montañas de Italia, nunca más habría una invasión que superara la de la playa de Normandía, ni una liberación que igualara la de París⁴.» Más tarde, ese mes, Bill Graffis, un oficial de relaciones públicas norteamericano, le propuso salir de París para cubrir una noticia sobre la Resistencia en el sur de Francia: los maquis. Luego explicó la reacción de Capa:

Dice la gente que al Húngaro Feliz no le asustaba ninguna misión durante la guerra. Entiéndanme bien. Creo que Capa tiene muchas agallas, pero por su parte siempre fue una perfecta demostración de valor. Como oficial de la 82.^a Aerotransportada, una vez pedí a Capa que me acompañara en una pequeña misión de reabastecimiento de los maquis en un transporte de tropas. Rehusó diciendo: «Para vuestros pilotos y los maquis la misión es importante. Para mi editor sólo significa un par de fotos como mucho. Para Capa, un asunto tan insignificante no merece que le vuelen su bonita cabeza si no es por dos páginas dobles por lo menos. Me niego, viejo». Estoy de acuerdo en que Capa es probablemente el mejor fotógrafo de la Segunda Guerra Mundial, sólo porque fue lo bastante listo para medir el peligro con relación al espacio de la revista. Además, Capa es uno de los caballeros más verdaderamente liberales y demócratas que he tenido el placer de conocer. Capa perseguirá a cualquier mujer, independiente-

mente de su raza, color, credo, altura, edad, peso, estado civil o nacionalidad⁵.

Hasta finales de octubre el «verdaderamente liberal» Capa no se marchó de París para dirigirse a Toulouse, donde se puso en contacto con los veteranos de la guerra civil española de la Unión Nacional Española. El 22 de octubre guerrilleros republicanos españoles habían invadido España, pero habían sido rechazados cruelmente por el ejército de Franco. En un aséptico hospital, Capa hizo varias fotos desgarradoras a esos últimos y valerosos supervivientes de la causa republicana. Varios habían perdido miembros por congelación, mientras que la mayoría de sus camaradas había muerto tratando de cruzar los Pirineos para entrar otra vez en Francia.

De nuevo en París, se encontró con Martha Gellhorn en el Lancaster. Ésta tenía previsto cenar con Papá para pedirle el divorcio. Pero cuando llegó al restaurante, lo encontró con su grupo de soldados «irregulares». Al parecer él la insultó a lo largo de toda la cena y Capa la encontró todavía llorando a las cuatro de la madrugada. Él le dijo que Mary Welsh tenía una aventura con Papá, y que si no le creía, llamara al Ritz y preguntara por ella. Gellhorn llamó y pidió que le pusieran con Welsh. Contestó el teléfono Hemingway. Capa dijo entonces a Gellhorn que le pidiera el divorcio. Después de insultarla varios segundos, Papá aceptó. Qué hacía Capa en la habitación de Gellhorn a las cuatro de la madrugada queda todavía por explicar⁶.

Capa también tenía problemas en el frente de las mujeres. Pinky le presionaba para que contrajera un compromiso con ella. Quería divorciarse de su marido y casarse con él. Si él no le proponía matrimonio, se iría con el primer buen partido que encontrara. Haciendo acopio de todo su encanto, Capa le pidió que esperara a que terminara la guerra. Pero Pinky le respondió que estaba cansada de esperar. Estaba envejeciendo y temía que nadie la quisiera cuando perdiera el brillo de la juventud. Él era intrépido en la guerra, añadió, pero le aterraba enamorarse⁷.

Capa volvió a París sin saber si Pinky iba a serle fiel. Unas semanas después volvieron a llamarlo para que entrara de nuevo en

acción. A principios de diciembre se reunió cerca de la frontera alemana del valle Saar con la 95.^a División estadounidense que recorría los últimos kilómetros fatales hacia el Tercer Reich. Los hombres que encontró eran terriblemente jóvenes y no estaban debidamente preparados para pasar el crudo invierno combatiendo en las fronteras de Alemania. Eran reclutas sentenciados, con un mínimo de entrenamiento y ninguna experiencia de combate. Ni siquiera habían recibido cursos de orientación sobre qué esperar, y murieron como moscas en la primera helada. En algunas batallas más del 50 por ciento murieron en el frente en menos de tres días. Los veteranos, definidos entonces como hombres que habían sobrevivido un mes de contienda, a menudo ni se molestaban en preguntar al soldado novato cómo se llamaba. No querían saber el nombre del siguiente en morir. Eso sólo les recordaba su propio destino inevitable*.

En sus memorias, *Slightly Out of Focus*, Capa no mencionaba tal carnicería. Sólo insinuaba alguna vez los verdaderos horrores de la guerra. El humor reemplazaba a la franqueza. La ironía enmascaraba la crítica de las malas tácticas. Como no combatiente, plenamente consciente de que podía escoger cuándo arriesgar la vida o cuándo atrincherarse en un hoyo, Capa no tenía derecho, diría más tarde a unos amigos, a hacer más que sonreír ante la adversidad, encogerse de hombros ante una pérdida y pasar a la siguiente batalla o partida de póquer**.

* Según el soldado de diecinueve años Ken Russell de la 82.^a Aerotransportada, los reclutas que Capa fotografió eran «los buenos muchachos, con la fuerza de una mula y la ignorancia de unas solteronas. Compadecíamos a los asustados, tímidos y ansiosos jóvenes que se apiñaban atemorizados a nuestro alrededor, los chicos mayores. En la primera batalla solían morir a puñados». (Ambrose, *Citizen Soldiers*.)

** El caricaturista Bill Mauldin fue uno de los pocos que más tarde disfrutó contando historias sobre la aparente indiferencia de Capa ante el horror. Un día, según afirmaba, Capa lo invitó a cruzar un río vigilado por los alemanes. Rehusó y «Capa no tardó en volver con una pierna ensangrentada. Al cruzar con un par de hombres armados con fusiles, se había topado con un soldado alemán, aparentemente aturrido por el bombardeo, en actitud de rendirse. Tan pronto como el trío se acercó, el

Ese diciembre en el valle Saar, Capa se encontró con escenas cada vez más surrealistas. En un sector descubrió una nueva arma: la niebla artificial, que hacía imposible ver más allá de un par de metros. Los hombres que extendían la niebla eran soldados negros y soporaron un fuego continuo. Uno comentó a Capa que los proyectiles de 88 mm le hablaban, previniéndolo contra volver a Alabama.

El bombardeo se hizo más intenso cuanto más avanzaba Capa, y éste decidió esconderse en un sótano; de todos modos, no podía hacer fotos debido a la niebla artificial. Mientras los proyectiles silbaban sobre su cabeza, leyó un viejo ejemplar de *Guerra y paz* a la luz de una linterna. Los efectos sonoros, escribió, «parecían hechos por encargo especial»⁸. Después de cinco días leyendo el clásico de Tolstoi, oyó por la radio un inquietante boletín informativo. Los alemanes habían lanzado un contraataque en gran escala contra los aliados. La Wehrmacht se había reagrupado y nuevas divisiones panzer cruzaban a toda velocidad Bélgica hacia Antwerp, pasando por Lieja y Bastogne en las Ardenas. La ofensiva sobre Alemania corría grave peligro, con un *bulge* o protuberancia en el frente aliado que crecía hacia el río Meuse. Capa volvió de inmediato a París.

La legendaria batalla del Bulge empezó el 16 de diciembre cuando tres divisiones alemanas se acercaron al cruce de carreteras de Bastogne, en el sudeste de Bélgica. Sin embargo, antes de que llegaran los alemanes, la 101.^a División Aerotransportada, al mando del general de brigada Anthony C. McAuliffe, entró en Bastogne y la fortificó. Pero los alemanes rodearon rápidamente la 101.^a Aerotransportada. Cuando el teniente general Heinrich von Luttwitz les exigió que se rindieran, McAuliffe dio la famosa respuesta: «¡Vete a paseo!».

alemán había levantado un poco más las manos y sacado de la axila una granada estadounidense, matando a un norteamericano e hiriéndose a sí mismo y a Capa. El norteamericano que sobrevivió disparó al culpable, arrojó un botiquín a Capa y siguió avanzando. Entretanto, el fotógrafo había registrado todo el episodio en película. No se había molestado en abrir el botiquín, aunque sangraba copiosamente». En lo único en que Capa pudo pensar a continuación fue en hacer llegar la película a Londres. (Mauldin, *The Brass Ring*.)

Capa se marchó de París antes de Navidad para cubrir la liberación de Bastogne por las fuerzas del general Patton. Durante el gélido trayecto en coche al norte lo detuvieron e interrogaron con regularidad policías militares paranoicos que tenían órdenes de detener a todo el que pareciera remotamente sospechoso; los alemanes habían dejado caer a paracaidistas y comandos con uniformes estadounidenses detrás de las líneas aliadas con instrucciones de ocupar los cruces y crear el caos. El fuerte acento de Capa despertó muchas sospechas. «Insistieron en hacerme un montón de preguntas muy tontas y vergonzosas —recordaba él—. Como cuál es la capital de Nebraska... o quién ganó la última Serie Mundial. Me detuvieron varias veces, reteniéndome cada vez muchas horas⁹.»

El 23 de diciembre las temperaturas cayeron muy por debajo de los cero grados. El barro no tardó en convertirse en piedra y los hoyos de las trincheras se transformaron en neveras. Como en Italia, los hombres empezaron a morir de frío y congelación. Con las manos congeladas y los ojos llorosos del frío, Capa se unió a una unidad de tanques que tenía el cometido de liberar a la 101.^a de Bastogne. El único fotógrafo de la unidad que iba a salvar la división no podía mantener el dedo «más de una décima de segundo» sobre el helado disparador¹⁰. Como los hombres a los que fotografió, Capa no tardó en robar todo lo que encontraba para entrar en calor.

Fue por aquella época cuando Capa se topó con el joven reportero norteamericano Andy Rooney, hoy en día escritor famoso y conocido locutor de la radio y televisión.

Rooney le recordaba hablando con un oficial de relaciones públicas, Ken Koyen, que iba con la 4.^a División Acorazada de Patton: «[Él] llevaba un abrigo de piel que se había apropiado de un almacén de pertrechos de la Wehrmacht. Si en la guerra hubiera habido modas, ese abrigo habría aparecido esa semana en la sección de moda del periódico del domingo, porque todos los soldados norteamericanos querían uno. De piel por dentro y cuero por fuera, no sólo abrigaba sino que estaba a la última moda, y a Capa le gustaba ir a la última moda. Koyen advirtió a Capa que el frente no era sitio para vestir ropa militar alemana, pero no logró persuadirlo para que se lo quitara»¹¹.

A ocho kilómetros de Bastogne, vestido con su moderno abrigo, Capa se detuvo a fotografiar a unos hombres que cruzaban un campo cubierto de nieve. De pronto un soldado estadounidense a ciento cincuenta metros levantó su ametralladora. «¡Cálmate!», gritó Capa.

El soldado oyó el acento de Capa, vio su abrigo y empezó a disparar. Capa consideró las alternativas que tenía. Si se echaba a correr, lo mataría. Si se ponía a cubierto, las balas también lo alcanzarían rápidamente. De modo que levantó las manos y gritó: «*Kamerad!*». Se acercaron a él dos soldados apuntándolo con sus armas. Al ver las tres valiosas cámaras alemanas que colgaban del cuello de Capa, sonrieron de oreja a oreja. Luego vieron su pase de prensa. «Debería haber disparado antes a este cabrón», dijo uno de ellos¹².

Capa pasó la Nochebuena de 1944 con la dotación de los tanques, tiritando de frío bajo un cielo despejado tachonado de brillantes estrellas y cantando «Noche de paz». De pronto una bengala alemana iluminó el cielo y volvieron a sus tanques para seguir avanzando hacia Bastogne. «Capa viajaba con los tanques mientras éstos luchaban contra los paracaidistas alemanes por la carretera a Bastogne —informaba *Life* el 15 de enero de 1945, junto a fotos de norteamericanos tiritando de frío cruzando campos blancos mientras bandadas de aviones de transporte daban vueltas sobre Bastogne—. El sexto [día], el teniente coronel Creighton Abrams, al mando del principal batallón de tanques, dijo: “¡Vamos a entrar ahora mismo para reunirnos con esa gente!”. El día siguiente a Navidad, tras un repentino avance de cinco kilómetros, levantaron el sitio de Bastogne.»

Después de varias semanas de descanso, que incluyeron una rejuvenecedora excursión a los Alpes para esquiar, Capa recibió órdenes de presentarse en el cuartel general de la 17.^a División Aerotransportada estadounidense para participar en un salto en paracaídas previsto sobre el Rin. Antes de reunirse con el grupo volvió a Toulouse, donde su viejo amigo Pierre Gassmann lo encontró «sonriendo» encantado mientras fotografiaba un congreso del Partido Socialista español en el exilio. A su lado estaba Henri Cartier-Bresson.

Una tarde un orador elogió a Capa por haber sido el primero en mostrar al mundo la heroica resistencia del pueblo español al fascis-

uteques de Barcelona

mo. En un hotel, esa noche habló con Gassmann de su idea de montar con él una agencia de fotografía. También tenía previsto implicar a Chim y a Cartier-Bresson. Según Gassmann, la primera vez que había pensado en la agencia fue en 1935 cuando el *Müncher Illustrierte Presse* nazi había comprado y utilizado una foto suya de la Bolsa de París para mostrar cómo los judíos franceses tenían previsto desestabilizar el franco francés¹³.

A finales de marzo, en los alrededores de la ciudad francesa de Arras, Capa se reunió por fin con un grupo de jóvenes paracaidistas estadounidenses de la 17.^a División Aerotransportada que se habían afeitado la cabeza al estilo «mohicano» en un ritual de vinculación emocional antes de lanzarse sobre Alemania sin previo aviso. Mientras esperaba para saltar, Capa pidió al parecer un envío especial de whisky para calmar los nervios.

«Capa apareció en la oficina de relaciones públicas de la base y anunció que quería whisky —recordaba John Hersey—. El oficial de relaciones públicas respondió que estaba prohibido en la base veinticuatro horas antes de una misión. Capa preguntó si podía utilizar el teléfono. El oficial de relaciones públicas amenazó con arrancar el aparato de la pared si Capa lo tocaba; la base se hallaba bajo un manto de secreto absoluto. Capa se marchó. Unos minutos después volvió y dijo con despreocupación: “He encontrado un teléfono”. Un par de horas más tarde aterrizó en el campamento el principal oficial de relaciones públicas de la oficina central del teniente general Lewis Brereton, con el cometido de descargar una caja de whisky para Capa. Dos horas después un avión plateado dio vueltas sobre el campo antes de aterrizar y bajó de él el general Brereton en persona, quien pasó bruscamente junto al nervioso oficial al mando de la base, saludó a Capa y le preguntó si le había llegado bien el whisky¹⁴.»

El 24 de marzo Capa se sentó con los sedientos «mohicanos» en un avión que rodó por la pista de despegue y a continuación voló por encima del paisaje helado y gris. Sabiendo que «el final de la oscuridad siempre traía el comienzo de la muerte»¹⁵, comprobó que llevaba las cámaras bien sujetas a sus piernas y la «petaca [con el whisky de Brereton] en el bolsillo del pecho sobre [su] corazón»¹⁶. A las

diez de la mañana se encendió una luz verde. A las diez y veinticinco, una luz roja.

Capa se levantó, se sujetó al cable de lanzamiento de su paracaídas, se acercó arrastrando los pies a la trampilla y saltó. Cuarenta segundos después, tras haberse lanzado a apenas ciento ochenta metros de altitud, tocó tierra, se desabrochó la mochila, recogió el paracaídas y siguió a las tropas en su avance bajo el fuego del enemigo hacia los setos y casas de labranza ocupados por los alemanes. Sus fotos mostraban un paisaje inhóspito cubierto de paracaídas de seda. En una foto, varios paracaidistas colgaban de ramas, sus paracaídas formando doseles en las desnudas copas de los árboles, sus cuerpos perforados una veintena de veces por balas de ametralladoras alemanas.

Hacia las once de la mañana Capa había terminado dos carretes de fotos y se encendió su primer cigarrillo. Sus carretes contenían más imágenes profundamente conmovedoras, como la de un médico levantando la cabeza de un joven paracaidista al que le abandonaban poco a poco las fuerzas, su paracaídas en segundo plano cubriendo la alambrada de púas. A las once y media bebió el primer sorbo de su petaca. Las fuerzas aliadas habían ocupado la orilla este del Rin.

Mucho después Capa explicó su salto en paracaídas a su amigo Pierre Gassmann, quien insiste: «Capa nunca disfrutó del peligro. Lo toleraba, era parte de su profesión. Sabía qué hacer para sobrevivir... era un buen soldado y tenía una manera saludable de reírse de las cosas. Me contó que después de aterrizar tuvo que abrir su macuto y sacar una muda de ropa interior porque había manchado los calzoncillos. Dijo que lo peor fue cambiarse de calzoncillos bajo el fuego del enemigo».

A medida que los aliados avanzaban a través del corazón de Alemania en abril de 1945, encontraron un osario de sufrimiento y horror. El día 15 los británicos liberaron Belsen. Capa podría haberse unido a los reporteros Edward Murrow, Martha Gellhorn y George Rodger para fotografiar la liberación de los demás campamentos, pero decidió no hacerlo. «Los [campamentos] estaban atestados de fotógrafos

—explicó—, y cada fotografía del horror sólo sirve para disminuir el efecto total. De pronto, por un breve día, todo el mundo ve lo que ha sido de esos pobres diablos en esos campamentos; mañana a muy pocos les importará qué será de ellos en el futuro¹⁷.»

Había una noticia que Capa quería cubrir: la liberación de Leipzig. En un boletín informativo que había escuchado por la radio, Edward Murrow describió lo que el «bombardeo estratégico» había hecho en la ciudad natal de Gerda: «El bombardeo no ha provocado incendios porque no quedaba nada por quemar. Era un mero desierto polvoriento y desnivelado»¹⁸. En medio de las ruinas, Capa sacó sus últimos rollos de fotos de la guerra. El 18 de abril de 1945, mientras los alemanes se rendían por decenas de miles en lo que quedaba del Tercer Reich, se unió a la 2.^a División de Infantería cuando ésta se acercaba al puente Zeppelin sobre el canal Weisse Elster. En una entrevista que concedió a la radio en 1947 explicó cómo había sacado entonces la foto más conmovedora de su carrera:

Era evidente que la guerra estaba a punto de terminar, porque sabíamos que los rusos ya estaban en Berlín [*sic*] y tuvimos que detenernos poco después de tomar Leipzig. Entramos en Leipzig después de combatir y sólo nos quedaba un puente por cruzar, pero los alemanes opusieron cierta resistencia para impedir que lo cruzáramos. Había un gran edificio de pisos que dominaba el puente, de modo que me dije: «Voy a subir al último piso y tal vez consiga una bonita foto de Leipzig en los últimos momentos del combate». Entré en un bonito piso burgués donde había un agradable joven en el balcón, un joven sargento que [instalaba] una pesada ametralladora. Le hice una foto. Pero, por Dios, la guerra había acabado. ¿Quién quería más fotos de alguien disparando? Llevábamos cuatro años sacando la misma foto y todos buscábamos algo distinto. Además, para cuando esa foto llegara a Nueva York los titulares probablemente hablarían de «paz». De modo que no tenía sentido sacarla. Pero tenía un aspecto tan pulido como si fuera el primer día de la guerra, y se le veía muy entusiasmado. De modo que me dije: «Está bien, será mi última foto de la guerra». Y levanté la cámara para retratarlo y en ese preciso momento lo mató un francotirador. Fue una muerte muy lim-

pia y en cierto sentido muy bonita, y creo que es lo que mejor recuerdo de esa guerra.

—¿Y ése fue, cree usted, probablemente el último hombre que murió en la guerra oficial? —preguntó el entrevistador a Capa.

—Así es —replicó Capa—. Estoy seguro de que hubo muchos últimos hombres que murieron. Pero ése tal vez fue el último de nuestro sector.

—Es sin duda una imagen de la inutilidad de la guerra —dijo el entrevistador a Capa.

—Ya lo creo —coincidió Capa—. Es sin duda una foto que recordar porque yo sabía que al día siguiente la gente empezaría a olvidar¹⁹.

Capa no dijo al entrevistador lo que ocurrió después de hacer su foto del «último hombre». En la siguiente foto el hombre yace desplomado en el suelo, con la sangre manándole del cuello y una bala entre los ojos. Durante unos prolongados segundos fotografió el charco de sangre que avanzaba hacia él. Según *Life*, los «demás miembros del pelotón decidieron [entonces] averiguar de dónde había venido ese disparo fatal. Salieron en fila india con sigilo a la calle adoquinada y rodearon a los alemanes atrincherados en varios tranvías abandonados. Dispararon unos pocos tiros de advertencia. Al final dos alemanes salieron con las manos alzadas, gritando: “*Kamerad!*”. Los norteamericanos, sin experimentar ninguna euforia, se los llevaron»²⁰.

Esa noche en Leipzig despertaron a Capa con la noticia de que al mejor reportero estadounidense de la Segunda Guerra Mundial, su buen amigo Ernie Pyle, le había abandonado finalmente la suerte. El día anterior, hacia las diez de la mañana, le había atravesado la sien, justo debajo del casco, una ametralladora china en la isla del Pacífico le Shima, de veinticinco kilómetros cuadrados. Capa se sentó y se emborrachó en silencio. Había dormido al lado de Pyle en África, compartido con él su petaca en muchas ocasiones de júbilo y miedo en Italia, así como en los campos de matanza de la península de Cherbourg. Al igual que decenas de millones de norteamericanos,

había leído la columna de Pyle y encontrado ternura y humor en medio de lo que Steinbeck había llamado «la demencial e histérica confusión» de la Segunda Guerra Mundial²¹.

Aunque muy diferentes en muchos sentidos, como profesionales del periodismo Capa y Pyle habían establecido el nivel de los reporteros y fotógrafos que se ha mantenido hasta el día de hoy. Después de Pyle, ha escrito su biógrafo James Tobin, «ningún corresponsal de guerra pudo fingir que había conseguido la auténtica noticia sin haberse codeado con los soldados del frente que realmente habían combatido»²². Lo mismo, si no más, podía decirse de Capa: Pyle no había tenido que sacar la cabeza por encima de ningún terraplén, día tras día, para hacer su trabajo.

Perder a alguien siempre provoca introspección. En un determinado momento de la carrera de cada fotógrafo de guerra llega un instante de profunda conciencia de sí mismo. El velo de la negación cae, ya sea por la pérdida de coraje o por la concienciación, igualmente común, de las probabilidades cada vez más escasas de salir con vida en la siguiente guerra. Tal vez por primera vez desde la muerte de Gerda, Capa empezó a hacer balance de su vida. Había jugado mano tras mano y sobrevivido para apuntarse a cada nueva partida. Pero ¿hasta cuándo iba a poder seguir desafiando a la suerte?

Había más malas noticias, esta vez de Pinky. Se había enamorado de un oficial de relaciones públicas llamado Chuck Romine, a quien Capa disfrizó en sus memorias de capitán Chris Scott. Con el tiempo se divorció de su marido y se casó con él.

7 de mayo de 1945, 2.41 de la madrugada, hora de Europa Central; el general Alfred Jodl, sentado a una sencilla mesa de madera en un lúgubre colegio de Reims, firmó la rendición oficial de Alemania. Al día siguiente se declaró la victoria en Europa. Desde la muerte de Gerda, Capa se había sostenido gracias a la camaradería entre los soldados, la necesidad de vivir el presente, pensando sólo en la siguiente cama, comida, botella de whisky o mujer. Pero en esos mo-

mentos, mientras se descorchaban botellas de champán por todo el mundo, todo eso también se había acabado. «Capa era un jugador y un gran actor —dice su amigo y colega Slim Aarons—. Su escenario era la guerra. Pero ¿qué iba a ser de él si no podía ir más a la guerra?»

«¡Te está mirando, chico!»

Sólo me interesan dos clases de personas, las que me entretienen y las que pueden darme un empujón en mi carrera.

INGRID BERGMAN¹

6 de junio de 1945: los *paparazzi* gritan su nombre y la rodean mientras ella baja de una limusina y sube los escalones del hotel Ritz. En un viejo noticiario se le levanta el pelo con una ligera brisa mientras dice adiós con la mano a sus admiradores. Antes de desaparecer en el interior del hotel, Ingrid Bergman se vuelve y sonríe para las voluminosas cámaras Speed Graphic. No ha estado en Europa desde 1937 y el evidente placer que le produce haber vuelto se refleja en muchas fotografías. París le hace sentir como si «empezara a vivir de nuevo»².

Al cruzar precipitadamente el vestíbulo con un séquito a la zaga, pasó por delante de Capa, y de su amigo y compañero de póquer de Nueva York, el escritor Irwin Shaw. La habían alojado en el Ritz junto con los demás artistas de un espectáculo que hacía una gira por las bases estadounidenses de toda Europa. Su llegada a París ya había electrizado a la prensa acreditada, que envió febriles telegramas desde el sótano del hotel Scribe. El revuelo producido por su llegada al hotel había hecho que su celosa rival a la hora de levantar la moral de las tropas, Marlene Dietrich, la saludara una mañana en el vestíbulo con el famoso *desaire*: «¡Ah, ahora vienes... cuando ya ha terminado la guerra!»³.

«¡Te está mirando, chico!»

«La misma tarde que llegué —escribió Bergman en su autobiografía—, vi que me habían pasado una nota por debajo de la puerta de mi habitación. Me pareció muy divertida.»

ASUNTO: Cena. 6-6.45. París, Francia.

PARA: Ingrid Bergman.

- CONTENIDO: 1. Se trata de un esfuerzo comunitario. La comunidad está compuesta por Bob Capa e Irwin Shaw.
2. Teníamos pensado enviarle un ramo de flores con esta nota invitándola a cenar esta noche, pero tras conferenciar nos hemos dado cuenta de que sólo podemos permitirnos pagar las flores o la cena, o la cena o las flores, no ambas cosas. Hemos hecho una votación y ha ganado por estrecho margen la cena.
 3. Se ha propuesto que si no le interesaba la cena, se le podrían enviar flores. Hasta el momento no se ha llegado a ninguna conclusión al respecto.
 4. Flores aparte, tenemos un montón de dudosas cualidades.
 5. Si escribimos mucho más no nos quedará conversación, ya que nuestro encanto es limitado.
 6. La llamaremos a las 6.15.
 7. No dormimos⁴.

Cuando Shaw y Capa la llamaron a su habitación a las seis y cuarto de esa tarde, ella quedó en reunirse con ellos en el bar del sótano del Ritz. Capa y Shaw ya estaban muy cocidos cuando ella llegó a las seis y media, como había prometido, con un bonito traje de alta costura y una flor roja en el pelo. Los dos hombres se apresuraron a acercarse para saludarla, asombrados de que hubiera bajado a verlos a ellos en lugar de a algún general importante. Ella había aceptado la invitación, según explicó más tarde, porque prefería salir a cenar a quedarse en una habitación de hotel, «mirando un jarrón de flores»⁵.

«Habéis dicho que me vais a llevar a cenar —les dijo, hablando en opinión de Capa como una “colegiala” desafiándolos con picar-

día—. Espero que tengáis suficiente dinero porque me muero de hambre⁶.» Fueron en taxi al famoso club nocturno Fouquet's, donde Capa pidió el mejor champán. Todos los ojos se volvían hacia su mesa cuando Bergman reía alegremente, divirtiéndose de forma visible. Frente a Capa, que reía bobamente mientras se echaba al colete copa tras copa de champán, estaba un ídolo de los soldados aliados y la última presa de un mujeriego de su legendaria destreza. Pero seguramente no tenía nada que hacer con ella.

A sus treinta y un años, Ingrid Bergman estaba casada con un joven y atractivo dentista sueco, Petter Lindstrom, y tenía una hija, Pia. Tras haber protagonizado la famosísima película *Casablanca* (1942), ganó un Oscar a la mejor actriz en 1944 por su actuación en *Gaslight* [*Luz que agoniza*], y era la mayor atracción taquillera de 1945. En la cúspide de su carrera, podía escoger —si quería ser infiel— al hombre que quisiera. Capa no sabía que su matrimonio casi había terminado. Lindstrom se había convertido en un mánager antes que en un verdadero marido, y ella ya estaba pensando en el divorcio.

Después del Fouquet's, el grupo fue a cenar a Maxim's. De nuevo se volvieron las cabezas. Como se les estaba agotando el dinero, Capa y Shaw llevaron a Bergman a un pequeño club nocturno de Montmartre donde bailaron toda la noche. Capa enseguida descubrió que la verdadera Bergman no tenía nada que ver con la pura y virginal imagen que había fabricado con tanto esmero el productor hollywoodiense David Selznick. De hecho, en la vida real distaba de ser una inocente «lechera sueca»⁷, su imagen en Hollywood. Bebía mucho, contaba chistes subidos de tono y, según le pareció mientras la estrechaba en sus brazos en la pista de baile, no haría falta mucha persuasión para llevársela a la cama.

Cuando Capa y Shaw se quedaron sin dinero, Bergman sacó su monedero y se ocupó de que siguiera corriendo el alcohol, y ya de madrugada, ella y Capa pasearon por las orillas del Sena. Por desgracia, ella tenía que irse al día siguiente para actuar en un espectáculo de la United Services Overseas (USO); se despidieron, ambos esperando volver a verse.

Bergman comentó su primera impresión de Capa con su mána-

ger de publicidad, Joe Steele: «Capa es genial y está loco, y tiene una mente maravillosa»⁸. Había conocido a Capa en su mejor momento y en la más seductora de las ciudades imaginables. «Desde su primer encuentro con Capa —escribe Donald Spoto, el biógrafo más reciente de Bergman— Ingrid se volvió desesperadamente adicta a la presencia [de Capa]. [...] Era la clase de hombre que sólo había conocido en guiones cinematográficos y de pronto había cobrado vida como por arte de magia»⁹. Tenían muchas cosas en común. Los dos habían participado en la creación de su imagen: pulir la leyenda de uno mismo era útil para su profesión. Tenían en común sus modestos orígenes europeos y el hecho de que ambos habían soportado la tragedia. Y ninguno de los dos tenía motivos para creer en el amor perdurable.

A mediados de julio de 1945, Bergman llegó con la gira de la USO a Bavaria, donde el famoso intérprete de armónica, Larry Adler, se incorporó a la compañía de artistas, entre ellos Martha Tilton y Jack Benny. Aunque no era apuesto en un sentido convencional, Adler era un músico carismático y brillante con un gran sentido del humor. Al cabo de unos días Bergman empezó a pasar mucho tiempo con él. «[Era] tan romántico, tan divertido estar con él... —escribió—, y su sencilla pero maravillosa música te arropaba»¹⁰.

Durante el tiempo que permaneció en Europa, Bergman se comportó como una «Kindernatur»¹¹, como la había llamado su tía Mutt: una hija natural del momento. Sin saber si iba a volver a ver a Capa, enseguida empezó a acostarse con Adler. «Ingrid era de una belleza despampanante —recuerda él—. No te cansabas de mirarla. Era como mirar un gran cuadro. También era totalmente inconsciente de su estrellato*.»

* «¿Por qué dice la gente que soy guapa? —le preguntó Bergman al comienzo de su aventura amorosa—. En Estocolmo todo el mundo es como yo.»

«He tocado en Estocolmo y no hay nadie como tú», replicó él.

Adler dice que, a diferencia de muchas de las actrices de la gira de la USO, a ella le importaban realmente los soldados rasos. «Después de las funciones se paseaba entre los soldados y apuntaba sus nombres, y al volver a Estados Unidos llamaba a sus padres —recuerda Adler—. Se negaba a comer con los oficiales. Siempre comía con los reclutas. Nunca se comportó como una estrella.»

Mientras Bergman tenía su aventura amorosa con Adler, Capa hizo su primer trabajo de posguerra para *Life*. Es posible que fuera el reportaje de peor gusto de toda su carrera. El 13 de agosto de 1945 los lectores abrieron la revista y encontraron varias fotos de bebés arios. Capa había visitado un castillo alemán en Hohenhorst, explicaba *Life*, que albergaba una «institución nazi conocida como *Lebensborn*». En el dormitorio Capa encontró a montones de bebés ilegítimos. «[Esos] bebés bastardos de Hohenhorst son los hijos de los miembros de las SS a quienes Heinrich había animado a ser padres de “superbebés”. Habían crecido gordos como cerdos al cuidado de enfermeras nazis que los sobrealimentaban, y ahora posaban para los aliados como un problema todavía por resolver*.»

De Hohenhorst fue a Berlín para fotografiar la terrible devastación que la guerra había causado en la ciudad. Los bombardeos aliados habían matado a por lo menos ochocientos mil civiles alemanes en 1945, siendo Berlín el blanco más frecuente: el 95 por ciento del centro de la ciudad había sido destruido y en el resto sólo una de cada cuatro casas seguía siendo habitable**. No tardó en enterarse de que había llegado a Berlín al mismo tiempo que Adler y Bergman con la gira de la USO; Bergman se quedó encantada cuando él se puso en contacto con ella, pero no le dijo que salía con Adler.

«Ingrid hizo malabarismos con Capa y conmigo —dice Adler—. Recuerdo que una noche salimos los tres a cenar, y la situación se volvió tan incómoda que me fui. Ingrid fue después a mi habitación para disculparse. No sabía con cuál de los dos quedarse, y ninguno de nosotros sabíamos a cuál de los dos quería en realidad. Pero eso no fue motivo para que Capa y yo nos enemistáramos. Seguimos siendo buenos amigos.»

* Una de las nueve fotos de Capa ocupaba toda una plana y mostraba a niños comiendo grandes cuencos de gachas de avena. En el pie de la foto se leía: «Los bastardos de los hombres de Himmler que se encuentran en Hohenhorst tienen los ojos azules y el pelo rubísimo, y están gordos como cerdos. Deben comer gachas tanto si quieren como si no».

** Las fotos de Capa de Berlín, que mostraban lo que había costado la guerra a la población civil de Alemania, no aparecieron publicadas en la revista *Life*.

En varias ocasiones Bergman acompañó a Capa por las calles de Berlín, disfrazada con una gabardina y un pañuelo al estilo de *Casa-blanca*. Es posible que estuviera con él cuando Capa fotografió un enorme mercado negro en Tiergarten. El capitalismo al estilo americano ya había arraigado profundamente entre las ruinas del Tercer Reich: los berlineses hacían trueques con soldados de «ojos muy abiertos» del Ejército Rojo, desesperados por conseguir baratijas de la decadencia occidental: los relojes de Mickey Mouse, que en Estados Unidos costaban tres con noventa y cinco dólares, en esos días se vendían por más de quinientos dólares cada uno. Capa fotografió a un oficial ruso cerrando un trato por una botella de vino, a otro probando un acordeón y a un hombre con la nariz ensangrentada al que se lo llevaban del enorme mercado negro al aire libre después de ser detenido por ir armado y no llevar la documentación.

Bergman se quedó profundamente afectada por la devastación de Berlín. Costaba creer lo poco que quedaba de la ciudad que ella recordaba. A finales de los años treinta había trabajado para el estudio de cine nazi UFA, protagonizando *The Four Companions*, y había pasado varios meses en Berlín, ignorante al parecer de la represión política que la rodeaba. En sus memorias restaba comprensiblemente importancia a su trabajo para el estudio propagandístico de Goebbels. No hay motivos para creer que se lo mencionara a Capa. «[Bergman] nunca me habló de la película que hizo en Alemania —dice Adler, que siguió siendo amigo suyo hasta que ella murió de cáncer en Londres en 1982—. Creo que estaba bastante avergonzada de ello.»

Una tarde Capa vio una bañera en el armazón de una casa. ¡Qué primicia! ¡Imagínate! ¡Ingrid Bergam fotografiada por primera vez en la bañera! Hizo fotos sin parar, pero en sus prisas por revelarla la película se estropeó. Sin embargo, el instante no se perdió. Esa tarde dio la casualidad que se encontraba con ellos otro fotógrafo, Carl Goodwin. Sus fotos muestran a Bergman con su disfraz de gabardina y pañuelo, y un aspecto alegremente despreocupado.

Tras diez días en Berlín, Adler se marchó para reunirse con su familia en Estados Unidos, y Capa y Bergman volvieron a París.

Durante varias semanas fueron inseparables. Volvieron a beber champán en el Fouquet's, visitaron Notre Dame y una noche se les vio cogidos de la mano en una esquina de la barra del Ritz, visiblemente prendados el uno del otro. Fue en París, escribió más tarde Bergman, cuando se enamoró de él*. Al cabo de varias semanas estaba loca por un hombre que se veía en sueños en «fotos peligrosas»¹² y era perseguido por imágenes de muerte, y concretamente por las palabras del piloto que lo había acusado de ser un buitre sin corazón en el aeródromo de Chelveston en 1942. «La cicatriz que dejó ese insulto en la autoestima de Capa lo acompañaría el resto de su vida»¹³.

Bergman también se dio cuenta de que Capa tenía «el sentido de prioridades del jugador», una manera educada de decir que dejaría a cualquiera por una carrera de caballos en Longchamps o una gran partida de póquer en el vestuario de los fotógrafos de la oficina de París de *Life*. «Era muy consciente de que la vida era corta —enfaticó ella— y no debía dejarla escapar ateniéndose a una serie de normas que no le divertían»¹⁴.» Despilfarrador, apasionado e impulsivo, Capa dio a la vida de Bergman una enorme vitalidad, infundiéndole energía e instándola a preocuparse menos por el futuro y concentrarse más en disfrutar el momento.

El 14 de agosto, cinco días después del bombardeo de Nagasaki, París celebró el día VJ, la victoria aliada sobre Japón. Bergman estaba con Capa en un jeep cuando éste fotografió a una eufórica multitud en los Campos Eliseos. Había visto noticiarios de celebraciones de liberación en los que había escenas de mujeres abrazando y besando a los soldados aliados y dijo a Capa:

* Puede que Capa se preguntara por qué se había enamorado tan locamente de él. Si hubiera abierto uno de los queridos álbumes de recortes de Bergman, habría descubierto una convincente razón. Capa tenía un gran parecido con su difunto padre, Justus Bergman, un fotógrafo de estudio despilfarrador y bohemio que había muerto cuando ella sólo tenía trece años, diez años después de la muerte de su madre. Bergman decía a menudo que su padre había sido su «mejor amigo» de la infancia. Le había hecho perder el miedo a la cámara, fotografiándola con vestidos y en poses ridículos, y hasta la había filmado a los tres años dejando unas flores sobre la tumba de su madre. Ése había sido su primer papel estelar.

—Voy a arrojarme a los brazos de alguien y besarlo.

—¿De quién?

—Ese de allí.

Se bajó del jeep y, abalanzándose sobre el soldado, lo besó en la boca. El perplejo soldado le devolvió el beso¹⁵.

Al acercarse el otoño Bergman habló de divorciarse de Petter. Capa le dijo que no hiciera nada precipitado por él. No estaba seguro de qué le aguardaba. Después de todo, era un fotógrafo de guerra desempleado y debía decidir qué hacer con su vida. Estaba tan enamorado de Bergman como ella de él. Pero en esos momentos, como con Pinky, tenía que enfrentarse una vez más con lo que más temía desde la muerte de Gerda: la verdadera intimidad con una mujer. ¿Iba a acabar el enamoramiento una vez más en rechazo, como había ocurrido con Gerda y después con Pinky?

¿Merecía la pena la apuesta? Se sabía que había dicho en broma: «Si una foto no es lo suficientemente buena es que no te has acercado lo suficiente»¹⁶. Pero con las mujeres, acercarse demasiado podía doler mucho más que la «herida del millón de dólares» sobre la que habían bromeado los soldados durante la guerra: una herida lo bastante grave para asegurar el regreso a Estados Unidos.

Acostumbrada a que los hombres se rindieran a sus pies, a Bergman le molestó la despreocupada reacción de Capa. Medio bohemia medio mojígata, según se describiría ella misma después, tenía ideas tradicionales sobre adónde debía conducir el amor entre dos adultos: matrimonio y una familia. Sin embargo, se negaba a perder las esperanzas de que Capa se convirtiera en lo que ella quería: el siguiente marido de Ingrid Bergman. ¿Por qué no iba con ella a Hollywood? Podría dirigir, escribir guiones. Irwin Shaw estaba allí, lo mismo que muchos de los escritores que él había conocido durante la guerra. Capa al final prometió considerar la invitación, recordando el interés que había tenido de trabajar tal vez en cine en los años treinta, cuando había luchado por ganarse la vida como fotógrafo independiente. Además, si dejaba de cubrir guerras iba a necesitar un nuevo desafío.

A principios de septiembre Bergman volvió a Beverly Hills pasando por Nueva York. Iba a volver, dijo a Capa antes de partir, a una

jaula dorada donde tendría que fingir que tenía dieciocho años*. Él prometió volver a verla, tal vez en Hollywood. Pero tenía que ver qué tal le iban las cosas como fotógrafo en tiempos de paz antes de decidir probar suerte allí.

El 7 de septiembre Capa volvía a Berlín con el encargo de *Life* de cubrir las primeras celebraciones del Rosh Hashanah (el Año Nuevo judío) que tenían lugar en las sinagogas de la ciudad desde 1938. Una de sus fotos muestra a un joven soldado, Werner Nathan, con un pañuelo de rezar sobre su uniforme del ejército de Estados Unidos, leyendo de un rollo sagrado. Entre los otros quinientos fieles había soldados rusos que rezaban con varias docenas de judíos supervivientes**.

«Seguimos en la oscuridad —dijo un ayudante de rabino cuyo mentor había sido asesinado por los nazis—. Estamos entre dos puertas y hemos abierto y cruzado sólo una. Pregunto a Dios adónde iremos a partir de aquí...» Cuando terminó la celebración, Capa observó cómo un soldado norteamericano tapaba los sagrados rollos de la Torá, que habían permanecido escondidos a lo largo de toda la guerra¹⁷.

Mientras Capa fotografiaba una Europa que despertaba de la pesadilla nazi, Bergman se preparaba para su siguiente película, pre-

* La vida de familia volvió a su aburrida normalidad en el número 1.120 de Benedict Canyon, una casa de un solo piso de madera de secuoya y piedra cincelada junto a Sunset Boulevard, con su enorme salón-comedor abovedado que Bergman llamaba «el cobertizo». Cada mañana Bergman y Petter Lindstrom charlaban de trivialidades mientras tomaban café. Luego él se iba a trabajar a un hospital cercano e Ingrid mataba el tiempo leyendo guiones, a veces limpiando obsesivamente la casa y llenando sus queridos álbumes de recortes. Para guardar las apariencias, los Bergman se aventuraban a ir a algún que otro estreno o fiesta donde se les veía brevemente en la pista de baile. Petter era un bailarín elegante, pero no era la pareja ideal: sudaba con facilidad y a menudo tenía que cambiarse de camisa en mitad de la velada. Ingrid, según declararía él más tarde, era demasiado tímida para ser una buena bailarina: «Siempre tenía que comprobar si los demás miraban». (Los detalles de la vida doméstica han sido extraídos fundamentalmente de Spoto y Leamer. Véase la bibliografía para otras fuentes sobre Hollywood y la carrera de Bergman.)

** Más de la mitad de la población alemana judía —alrededor de trescientos ocho mil en 1939— había muerto durante la «solución final».

guntándose si su amante iba a seguirla a Estados Unidos. A finales de 1945, suspirando todavía por él, se reunió con Ben Hecht, el guionista, y Alfred Hitchcock para hablar del argumento¹⁸. El rodaje de *Notorious* [*Encadenados*], su nueva película, estaba a punto de comenzar*. Tras un par de reuniones, Ingrid y Hitchcock quedaron una tarde en la oficina de éste para tomar una copa. A solas con él, bebiendo cócteles cargados, ella le habló de Capa: que esperaba impaciente que viniera a Hollywood y se forjara una nueva carrera. Estaba locamente enamorada de él, pero al parecer él ya la había olvidado. Hitchcock le recordó unas líneas de *Spellbound* [*Recuerda*], la última película que habían hecho juntos. «Es muy triste amar y perder a alguien —dijo Hitchcock mientras Ingrid se echaba a llorar—. Pero con el tiempo olvidarás y reemprenderás tu vida donde la dejaste no hace mucho, y trabajarás duro. Da mucha felicidad trabajar duro... tal vez lo que más¹⁹.»

* Según Larry Adler, más tarde Bergman se quejó de que Hitchcock hizo repetidos avances, que ella rechazó diplomáticamente, pero que convirtieron el rodaje en una experiencia frustrante y tensa. «Me dijo que trabajar con Hitchcock era un espanto, porque no paraba de entrar en su camerino para insinuársele. Ella siempre lo rechazaba. Era una chica muy dura, nunca sucumbía ante la posición del hombre que se le insinuaba.»

Fin del idilio

La mierda más grande que he pisado nunca.

ROBERT CAPA sobre Hollywood¹

A finales de 1945 Capa había decidido probar suerte en Hollywood, tal como le había animado a hacer Bergman. Sin embargo, se lo tomó con calma. Llegó a Nueva York en octubre, y mientras Bergman se consumía esperándolo, él jugó a póquer y se jactó de su idilio con sus amigos hasta que pocos días antes de Navidad se registró por fin en un bungalow del Garden of Allah en Hollywood*.

Al principio Capa y Bergman se vieron poco. *Encadenados* ocupaba todas las horas que ella pasaba despierta. Mientras tanto él se puso al día con sus viejas amistades. Mientras fotografiaba a Hemingway y Gellhorn en Idaho, había conocido a Gary Cooper y al director Howard Hawks y su elegantísima esposa, Slim. Luego estaba su viejo grupo de póquer de Londres: Stevens, Reis y Saroyan, así como el guionista Peter Viertel. Finalmente Bergman le consiguió un pase para visitar el plató de *Encadenados* en la RKO. Consciente del escándalo que se desencadenaría si se hacía pública la aventura amorosa, Hitchcock presentó a los amantes como si no se conocieran. A diferencia de lo ocurrido en Europa, allí había ojos fisgones por

* Entre los demás huéspedes del hotel, famoso por sus citas entre ídolos de la pantalla, estaban el actor Charles Laughton y el guionista Robert Benchley.

todas partes: entonces, al igual que ahora, la prensa amarilla pagaba bien las noticias picantes sobre las estrellas y la cronista de sociedad Hedda Hopper, capaz de destruir una carrera con un rumor, tenía espías por toda la ciudad. Como el Garden de Allah estaba estrechamente vigilado por periodistas, Capa y Bergman se veían en la casa de la playa de Irwin Shaw, en el número 18 de Malibu Road, donde Larry Adler iba a veces a escribir.

A finales de enero de 1946 Capa aceptó un trabajo de producción en la compañía International Pictures de William Goetz. Bergman se quedó encantada: Capa tendría ya una razón para quedarse. Pero al cabo de unas semanas él se había aburrido de la industria cinematográfica y hartado de un ambiente social que estaba, como lo está hoy, rígidamente estratificado según el éxito de la última película de alguien. «Capa no llevaba bien recibir órdenes —explica Larry Adler, que compartió con él su apartamento de Beverly Hills varias semanas a principios de 1946—. De haberse integrado realmente en el juego de Hollywood, habría estado a las órdenes de alguien. Un productor le habría dicho qué hacer. Un director le habría dicho qué hacer. Y eso no le habría gustado a Bob.»

Incapaz de estarse más de unos minutos sentado ante su escritorio, Capa no tardó en pasar las mañanas jugando al tenis con Adler, las tardes bañándose en la piscina de los Hawks y los fines de semana perdiendo grandes sumas en el hipódromo Santa Anita. Muchos días se juntaba con periodistas y fotógrafos como Slim Aarons, que frecuentaba un pub inglés llamado Cock and Bull, frente a las oficinas de *Time-Life* de Sunset Boulevard.

«Nos sentábamos en la barra y tonteábamos con chicas —recuerda Aarons, que no tardó en apodar a Capa “Bob Capones”. También me lo encontré una vez en una fiesta con Howard Hughes y todos esos peces gordos. Pasaba el rato jugando a cartas con los ricos, los grandes jugadores, esos productores que tenían un montón de dinero. Necesitaba correr riesgos. Verás, al terminar la guerra se acabó su cometido y a esas alturas necesitaba emoción. Debió de perder grandes sumas varias veces porque siempre estaba pidiéndome dinero prestado.»

Como para su padre, el juego era a menudo el centro de la vida de Capa en esos días. Pero se había equivocado de ciudad para jugar fuerte. Apostar contra tipos como Howard Hawks, el fulero de Humphrey Bogart y los directores John Huston y Anatole Litvak era tan peligroso en potencia como saltar en paracaídas sobre el Rin. Huston en concreto era un jugador empedernido al que nada le gustaba tanto como apostar una montaña de fichas a una sola carta. «Una vez me apunté a una de esas grandes partidas —dice Slim Aarons—. Es posible que Capa hubiera estado en la misma partida porque estaba en la ciudad por aquel entonces. Recuerdo que tuve mucha suerte de salir de allí. Nunca volví a jugar.»

Hacia marzo, en sus citas con Bergman en Malibu, Capa se quejaba de lo controlada que vivía ella en Hollywood. Era un mero seguro de futuro para Petter y nada más que un éxito de taquilla para Selznick. «No hagas caso a tu marido, ni a Joe Steele, ni a nadie que te trate como a una colegiala», la amonestaba. Todo lo que hacía era «trabajar, trabajar y trabajar». Sacrificaba demasiadas cosas por su maldita carrera y él no le veía el sentido si no la hacía más feliz. «Estás loca. Te has convertido en una industria, una institución. Debes recuperar la condición de ser humano. No sacas todo el provecho de la vida que deberías sacar porque no tienes tiempo para vivir.»

«Me estoy realizando —contraatacaba ella—. Y voy a hacer más películas en Hollywood y a volver al teatro a hacer más obras².»

Un día Capa dijo furioso a Joe Steele que Bergman tenía miedo de ser ella misma. Seguía siendo una niña que se resistía a madurar huyendo en fantasías de celuloide*. «Para ser una mujer hecha y derecha, es tan ingenua que duele. Le da miedo soltarse la melena. Le asusta abandonar esa maldita conformidad inherente a ella. La seguridad y la estabilidad, eso es lo que la motiva. No tiene la menor idea de cómo funciona el mundo. Es una vergüenza espantosa³.»

* De modo revelador, Ingrid se identificaba mucho con la protagonista de su libro favorito *Of Lena Geyer* de Marcia Davenport (Grosset and Dunlap, Nueva York, 1936). Lena es una joven bohemia pobre que se convierte en cantante de ópera de fama mundial. «No se trata de carrera ni de dinero ni de nada —dice en un momento determinado—. Es mi vida, es arte, aquello por lo que he dado todo en este mundo.»

Sin poder ver a Bergman con toda libertad y desencantado con la realidad de la industria del cine, Capa no tardó en quejarse de que él y Los Ángeles no estaban hechos para convivir. La ciudad era la antítesis de una capital europea como París. Era complicado y caro coger taxis, de modo que se veía obligado a conducir, cosa que detestaba. Durante su estancia en Hollywood tuvo varios choques pequeños y estuvo varias veces a punto de colisionar en serio; rara vez se sentaba sobrio al volante y Slim Aarons recuerda que el personal de la oficina de *Life* de Los Ángeles temía que tarde o temprano se matara. Él y otros colaboradores de *Life* también esperaban el día en que el coche de Capa, que éste nunca aparcaba bien, bajara rodando la colina donde estaba la oficina y matara a un transeúnte.

En mayo de 1946 Capa se había hartado de Tinseltown*. Cuando Bergman le anunció que iba a ir a Nueva York para tomarse un descanso después de *Encadenados*, él hizo las maletas. En Manhattan decidieron que si iban a continuar viéndose, debían dejar de esconderse de la prensa. Una noche ocuparon una visible mesa céntrica en el elegante club nocturno Sheridan's Square. Funcionó. Los periodistas agazapados en los rincones asumieron que sólo eran amigos. ¿Por qué iban a dejarse ver tan en público si tenían algo que ocultar?

Bergman hizo también todo lo posible por quitarse de encima a su cuidador, Joe Steele, pidiendo al personal del hotel Drake que le pasaran las llamadas directamente a ella. Steele pronto sospechó la razón. Cuando se encaró a ella y le preguntó si se había citado con Capa, ella negó furiosa las acusaciones. Al día siguiente deslizó por debajo de la puerta de Steele el programa del día. Tenía previsto tomar una copa con Cary Grant, ir al cuarto de baño y cambiarse para cenar. Luego iría a «Cenar (no con Cary)», y por último, «¿Casa?»⁴.

Noche tras noche Bergman y Capa se dejaron ver por Manhattan; besuqueándose en rincones llenos de humo de los bares de jazz del Greenwich Village, en la última fila de las salas de arte y ensayo, y paseando por la Quinta Avenida al amanecer después de una noche de copas. Capa hasta la llevó a conocer a su madre, quien había hecho un ves-

* Hollywood, la «ciudad de oropel». (N. de la T.)

tido con maravillosos bordados para la última novia decorativa de su hijo. «Adicta a la atención y la energía de la vida de una estrella —ha escrito su biógrafo Laurence Leamer—, Bergman vivía cada vez más al borde del precipicio, jugando con su imagen de santa, jugando con lo que quedaba de su matrimonio, jugando con un escándalo personal⁵.»

Los temores de Steele se vieron justificados cuando la cronista de sociedad Sheila Graham informó que corrían rumores de que el matrimonio de los Bergman atravesaba dificultades. Por fortuna, Petter no sacó el tema de la crónica de Graham en una de sus llamadas habituales a Steele. Confiando en que lo ocurrido tranquilizara a Bergman, Steele descubrió lo contrario: ella se había convencido de que estaban hechos el uno para el otro precisamente porque su aventura amorosa no había sido descubierta.

Steele trató de razonar con ella. Capa tenía fama de calavera sin blanca. Alardeaba demasiado con sus amigotes de póquer de que se estaba tirando al último «bombón» de Hollywood. Nunca sería el siguiente marido de Ingrid Bergman. Pero ella no hizo caso.

Steele tenía razón. Cuando ella habló a Capa de casarse, él se encogió de hombros y dijo que no estaba «hecho para el matrimonio».* Más tarde ella escribió que si Capa le hubiera dicho «ven conmigo, probemos suerte juntos, conquistemos el mundo, bebamos del buen vino tinto de la vida», ella probablemente habría dejado a Petter. Y si él le hubiera dicho «ven, cástate conmigo y sé mi amor, y todos los placeres probaremos», ella habría permanecido a su lado. Pero él no hizo ni lo uno ni lo otro. En cambio dijo: «No puedo atarme. Si dicen “Mañana Corea” y estamos casados y con un hijo, no podré ir a Corea. Y eso es imposible».

Una noche, después de varios cócteles, Capa dijo que si ella quería algo más que el presente, debería buscar en otra parte. Que eso era

* Como el personaje de Grace Kelly en *Rear Window* (*La ventana indiscreta*) de Hitchcock, Bergman instó a Capa a dejar el periodismo gráfico para trabajar como fotógrafo de estudio. En la película, el personaje de James Stewart se mofaba furioso de la idea. Hitchcock basó el personaje de Stewart en gran medida en lo que sabía de Capa y otros veteranos como Slim Aarons.

todo lo que él podía ofrecerle, y si no le bastaba, debía seguir con su vida⁶. Pero ella no podía soportar perderlo, aunque él se negara a hacer el papel que ella quería. A lo largo de 1946 siguieron viéndose cuando lograban encontrar una noche o un fin de semana libres, Capa convertido entonces en marido a tiempo parcial-Svengali* y Bergman su bien dispuesta alumna. Ella empezó a leer los periódicos, a estudiar con más atención las cartas de vinos y a interesarse por la alta cocina y el cine europeo. La mayoría de las películas de Hollywood eran de bajísima calidad, le decía Capa. Si quería ser una artista de verdad, debía colaborar con un director decente, alguien como Roberto Rossellini.

Una tarde en Nueva York ella vio *Roma, città aperta* [*Roma, ciudad abierta*], la obra maestra de Rossellini que incorporaba la clase de documental valeroso que había aparecido en muchas películas europeas serias desde los años veinte. Salió del cine fascinada, demasiado conmovida hasta para hablar. «Preferiría que me recordaran por una sola gran película artística como ésta —dijo a Capa— que por cualquiera de mis éxitos de taquilla. ¿Por qué no puede venir Roberto Rossellini a Hollywood y hacer una película como ésta con alguien como yo?» Capa le advirtió que debía tener cuidado y no confundir el carácter del artista con su obra. Pero su consejo cayó en oídos sordos.

En agosto de 1946, él la siguió de nuevo a Hollywood para el rodaje de su siguiente película, *Arch of Triumph* [*Arco de Triunfo*], basada en la impactante novela de espionaje y traición de Erich Maria Remarque ambientada en el París de finales de los años treinta**. Bergman preguntó al director, Lewis Milestone, si Capa podía hacer fotos durante el rodaje. Milestone parecía encantado de tener al famoso fotógrafo de guerra en su plató, y estaba tan obsesionado con

* Svengali: personaje que aparece en la novela homónima de George du Maurier (1894); se trata de un malévolos hipnotizador.

** Bergman había disfrutado tanto en Nueva York que llegó al plató con nueve kilos de más. Davis Lewis, el productor de cine, dijo que había pedido a Lindstrom que «pusiera un candado en la nevera de su casa». (Leamer, *As Time Goes By*.)

Bergman como lo había estado Hitchcock. Cada tarde, en cuanto se apagaban las lámparas de arco, Capa se reunía con Bergman y el coprotagonista Charles Boyer para tomar cócteles en su oficina. Con gran consternación de ella, él a menudo se emborrachaba hasta perder los papeles. Había tenido un notable aguante para el alcohol durante la guerra, cuando servía de analgésico y estimulante. Pero en 1946 no había ninguna situación de vida o muerte que lo distrajera de la bebida. Bebía su primer trago de una petaca de bolsillo mucho antes de comer.

Ella enseguida se cansó del malhumor matinal de Capa antes de que recuperara su equilibrio tomando copas en vez de almorzar en el Romanoff's o en algún otro restaurante tachonado de celebridades —«La bebida se había convertido para él en una especie de desafío machista, así como en un calmante⁸»— y mientras continuaba el rodaje, su relación se enfrió. Ya no podían verse en la casa de Irwin Shaw de Malibu, debido al horario laboral aún más frenético de ella, y ella no quería correr el riesgo de que la vieran en el Garden of Allah. La vida de Capa, se dio cuenta ella, se había vuelto un deprimente tedio interrumpido por subidas de adrenalina y apuestas ebrias. La paz le aburría, pero tampoco parecía satisfacerle hacer el papel de «donjuán impulsivo»⁹.

Tras más de una década de guerra, Capa había empezado a manifestar muchos de los síntomas del trastorno de estrés postraumático: agitación, exceso de bebida, irritabilidad, depresión, culpabilidad del superviviente, falta de norte y nihilismo apenas disimulado. Al comienzo de su relación él había confesado que la muerte perseguía sus sueños. A esas alturas ella sabía que había dicho la verdad. Por fin había visto detrás de su máscara eternamente «jovial»¹⁰; se trataba tanto de un escudo psicológico como de un sostén indispensable para un hombre que necesitaba fingir ser otro para escapar de los estragos emocionales causados por la guerra.

«Seguir mostrándose jovial —explicó Irwin Shaw más tarde— significa estar siempre dispuesto a ir al siguiente bar o a la próxima guerra, por tarde que sea o poco atractiva que parezca la guerra. Significa quedarse siempre hasta el final de cada apuesta y cada mano

de póquer; gastarse el sueldo de seis meses para pagar la siguiente ronda de copas, prestar dinero irreflexivamente y pedirlo prestado ceremoniosamente [y] tener trato sólo con mujeres guapas, a poder ser de las que aparecen en los periódicos»¹¹.

Arco de Triunfo fue un triste fracaso de taquilla. Pero Bergman tenía varias escenas grandiosas y, como declaró la revista *Illustrated* con orgullo durante el rodaje, era innovadora: «Capa hizo estas fotos mientras las cámaras rodaban. Se cree que es la primera vez que se han hecho fotos durante un rodaje»¹². Como en el caso de *Encadenados*, había muchos paralelismos entre la narración y la realidad. Capa estaba presente, de hecho, en una escena en que Boyer, que hacía el papel de doctor Ravic, un cantante de cabaret italoamericano, rehúsa casarse con Bergman. «Esperé —dice ella—. ESPERÉ. Pero nunca viniste»¹³...»

Mientras fotografiaba a Bergman en su momento más etéreo —sus retratos están compuestos con el mayor cuidado—, Capa encontró tiempo para aparecer ante la cámara. Había dicho a menudo en broma que debería haber sido actor. Cuando no estaba en el plató de *Arco de Triunfo*, se disfrazaba de sirviente egipcio en *Temptation*, dirigida por Irving Pichel¹⁴. Pero antes de que terminara *Temptation* se marchó de Hollywood por última vez, siguiendo una vez más a Bergman a Nueva York, donde ella empezó a ensayar para su primer papel de Broadway como Juana de Arco. Se vieron varias veces, pero los dos sabían que su relación estaba abocada al fracaso. Él no iba a sentar la cabeza y casarse —la domesticación era peor que la muerte, al parecer—, y ella no iba a poner en peligro su carrera para estar con un hombre que no iba a comprometerse como correspondía para guardar las apariencias.

«Soy consciente de la influencia húngara —escribió ella a un amigo—. Siempre le estaré agradecida por ella. [...] Tengo la sensación de que ha cambiado muchas cosas en mí. [...] Pero [él] sabe que estamos cerrando el capítulo. Es terrible cuando tampoco funciona lo demás a su alrededor. Pero no puedes escoger el momento. Estamos bebiendo nuestras últimas botellas de champán. Estoy arrancándome una parte muy querida de mi vida, pero los dos estamos aprendien-

do y lo estamos haciendo con una operación limpia, para que los dos pacientes vivan felices después¹⁵.»

Antes de que se estrenara *Joan of Arc* [*Juana de Arco*] en Washington, Capa había regresado a París. Varias semanas después le escribió diciendo que la echaba mucho de menos. Se había comprado una máquina de escribir y una casa. Lo primero era pequeño, lo segundo un poco demasiado grande, a dieciséis kilómetros de París, en el corazón de un bosque. Los amigos del Ritz le habían preguntado por ella. Le pedía que le escribiera y confiaba en que le fuera fiel. Quería que guardara una botella de champán en la nevera para la siguiente vez que se vieran. De nuevo le aconsejó que no se comprometiera con más películas y se encarcelara aún más en Hollywood, volviéndose menos humana con cada estreno. En su opinión, el éxito era peor que el fracaso. Él conocía a la verdadera Ingrid, una joven de Tinseltown cuyo corazón pertenecía a Suecia. Terminaba la carta diciéndole lo enamorado que estaba de ella¹⁶.

La noche del estreno de Bergman en Broadway fue un gran éxito, pero después de recibir varias ovaciones de pie, fue corriendo al cuarto de baño, donde se sentó y lloró de agotamiento nervioso, sintiéndose de pronto muy sola. Al día siguiente, entre los montones de telegramas de felicitación que había en su camerino encontró uno de Petter, que había vuelto a Los Ángeles: «Me has hecho llorar»¹⁷. Día tras día los críticos la ponían por las nubes. Entre los abultados sacos de cartas de admiradores encontró cartas de un Capa enfermo de amor. El trabajo se la había arrebatado. Había conocido a muy pocas mujeres que le hicieran reír tanto como ella, que le hicieran disfrutar el presente. Le rogaba que no desapareciera de su vida, porque en ésta había ya muy pocas cosas que valorara. Europa le parecía muy silenciosa y solitaria sin ella. Cuando caminaba por las calles, sentía su ausencia en todas partes.

Capa seguía yendo de acá para allá, pero ya no hallaba mucho consuelo en su estilo de vida nómada. Como escribió Martha Gellhorn: «Siempre tuvo dinero para viajar, nunca para establecerse»¹⁸. Ese otoño huyó a Estambul, donde dirigió un mediocre documental sobre las tensiones de la guerra fría en la región. Un domingo por la

tarde estaba sentado en la terraza de su habitación de hotel que dominaba el Bósforo, pero no prestaba atención a la vista. Bergman llenaba sus pensamientos. La última vez que habían estado juntos, le había dicho que quería averiguar qué se sentía estando lejos de ella, solo con sus pensamientos. A esas alturas lo sabía exactamente: había empezado a hablar consigo mismo.

También le escribió que el mundo estaba lleno de falsos valores. La gente ya no podía permitirse fracasar. Pero volver a trabajar le había recordado que lo importante era vivir el momento. Había estado intentando averiguar qué le había ocurrido desde que la había conocido. En Turquía no había champán decente. Se estaba comportando. Pero se preguntaba qué era de ella. ¿Estaba saliendo con alguien? Quería que ella escuchara sus voces y se liberara.

Cuando terminó el reportaje Capa volvió a París. Luego fue a esquiar a Megeve y regresó finalmente a Nueva York. Pero Bergman había vuelto a Hollywood, de modo que quedaron en verse en Sun Valley, Idaho, después del fin de semana de Pascua. Ella iba a pasar varios días con su marido en la estación de esquí. Aun así, encontrarían el modo de verse. En Sun Valley hicieron el amor por última vez. Bergman volvió luego a su piso para reanudar su papel más difícil: la fiel y alegre *Hausfrau*¹⁹.

Antes de marcharse de Sun Valley, Capa se quedó en las mesas de ruleta y póquer del casino hasta que perdió dos mil dólares: todos sus ahorros. A la mañana siguiente Bergman lo encontró resacoso y sin haber dormido. «¿Qué importa? —dijo él—. Es lo mejor que podía pasarme. Ahora tendré que trabajar mucho más duro»²⁰.

Por aquella época se encontró con Petter Lindstrom en las laderas de Sun Valley. Según Petter, Capa le ofreció unos consejos sobre esquí. Él se ofendió; era un esquiador experto, mucho mejor que Capa. Luego Capa le dijo que creía que Ingrid necesitaba unas vacaciones: la había visto pálida y cansada la última vez que había coincidido con ella en Nueva York. Petter sospechó por fin de él y cuando se enfrentó con Ingrid, ella admitió que habían tenido una aventura, pero juró que se había terminado. Ella lo perdería todo si él la demandaba por adulterio; el escándalo no

sólo arruinaría su carrera, sino que le permitiría a él obtener la custodia de Pia.

Según varias fuentes, Bergman y Capa terminaron su idilio en Sun Valley de forma amistosa. Bergman había escuchado las voces de Capa y había tratado de seguir su consejo. Pero no estaba dispuesta a renunciar a todo por estar con el hombre que más tarde afirmó haber «llegado a querer tanto». Sin embargo, siempre le estaría agradecida por haberle mostrado que había vida fuera de Hollywood y por haberle abierto los ojos a la posibilidad de volver a trabajar en Europa. En cambio más tarde afirmó que las únicas palabras de aliento que había recibido de Petter en sus doce años de matrimonio habían sido: «No está mal»²¹.

De nuevo en la Unión Soviética

Hay una guerra dentro de las fronteras de la Unión Soviética [...], una guerra no por la vida, sino hasta la muerte. Sin embargo tú no la advertiste, aunque salta a la vista.

YURIY SHEREKH,

«What Did You Not Want to See, Mr. Steinbeck?»

No mucho después de que terminara su aventura amorosa con Bergman, Capa se reunió con John Steinbeck en el bar del hotel Bedford de Nueva York. El primer matrimonio de Steinbeck no funcionaba. Su carrera estaba atravesando una crisis aguda y se había dado a la bebida. Capa se sentó en la barra y los dos empezaron a compadecerse mutuamente. Steinbeck no pudo evitar sonreír cuando Capa, a quien la segunda mujer de Steinbeck describiría como «uno de los hombres más encantadores del mundo»², le confesó que él también estaba deprimido: la gran partida de póquer que llevaba semanas tratando de organizar había quedado en nada.

Hasta bien entrada la noche se contaron chistes y anécdotas de la guerra, compararon sus recientes resultados al póquer (cuando Capa estaba en Nueva York a menudo jugaban juntos los viernes por la noche) y se animaron mutuamente con grandes cócteles Suissesse verdes brillantes, la especialidad de Willy, el camarero. Finalmente pasaron a hablar de lo descontentos que estaban con la forma en que se informaba sobre los asuntos extranjeros, en particular la cobertu-

ra que se había hecho del bloque del Este tras el famoso discurso de 1946 de Churchill en Fulton, Missouri, delante del presidente Truman. En él Churchill había elogiado al «heroico pueblo ruso y a mi camarada de guerra, el mariscal Stalin», para a continuación prevenir contra una «amenaza roja»: «De Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, ha caído un telón de acero a través del continente».

Mientras soplaban los primeros vientos helados de la guerra fría a través de Washington y Moscú, Steinbeck y Capa decidieron hacer un reportaje sobre la gente corriente rusa: hacer, en las proféticas palabras de Capa, «una anticuada correría a lo Don Quijote y Sancho Panza: cabalgar detrás del “telón de acero” y enfrentarnos con nuestras lanzas y plumas con los molinos de hoy»³. Con el título *A Russian Journal*, iba a ser un libro sobre la auténtica Rusia, no un análisis político y árido del país. Sus amistades les dijeron que no tenían ninguna posibilidad de que les permitieran viajar por la Unión Soviética en un momento tan delicado.

Sin dejarse desalentar, Steinbeck acudió al consulado soviético en Nueva York, donde comprobó con satisfacción que su idea era acogida con entusiasmo. El autor de *Las uvas de la ira* (1939) y *De ratones y hombres* (1935) era el escritor de novela proletaria más famoso del planeta y, a los ojos de los soviéticos, una apuesta bastante segura*. Su plan de concentrarse en la gente corriente, basando la mayor parte de su libro en un viaje organizado por funcionarios estalinistas, brindaba a los soviéticos la oportunidad de presentar la Unión Soviética como una nación armoniosa, industriosa y altamente productiva.

* Steinbeck había visitado Moscú el verano de 1937, en el momento más crítico de las purgas de Stalin en las que cerca de cinco millones de personas habían sido ejecutadas o enviadas a campos de trabajo. Pero él no había dicho una sola palabra contra el régimen de Stalin. Como dijo a un espía soviético durante su visita a la Unión Soviética: «Era totalmente consciente de lo que sucedía y no saqué ninguna conclusión falsa» (CSA). En esos días Stalin estaba ocupado en ampliar una brutal red de gulags que a finales de los cuarenta albergaron a aproximadamente seis millones de nuevos indeseables. En Moscú, y entre los periodistas familiarizados con la situación en la Unión Soviética, la brutal represión de Stalin era un secreto a voces.

—Pero ¿por qué tiene que acompañarle un cámara? —preguntó el cónsul general—. Tenemos montones en la Unión Soviética.

—Pero no tienen Capas —respondió Steinbeck—. Si lo hacemos, que sea en grupo, como una colaboración⁴.

Su insistencia dio resultado. Los soviéticos acabaron aceptando a Capa. Éste había tratado de obtener un visado para visitar la Unión Soviética en los años treinta y se lo habían denegado, pero ahora, gracias a la fama de Steinbeck, iba a tener la oportunidad de fotografiar un país que estaba siendo rápidamente demonizado en la prensa occidental.

Sabiendo que la cámara de Capa podía proporcionar las pruebas más perjudiciales de que no todo marchaba bien en el imperio de Stalin, los soviéticos empezaron a hacer cuidadosos planes para impedirlo*. El vicepresidente de la UOKS (Sociedad de Relaciones Culturales de Ucrania) escribió en un informe secreto dirigido a las personas que iban a hacer de guías a Steinbeck y Capa por Ucrania, que «a Capa, el fotógrafo que acompañaba [a Steinbeck], también hay que vigilarlo para impedir que haga fotos que no debe»⁵.

Días antes de la fecha en que estaba prevista su partida a la Unión Soviética, Steinbeck se cayó de un balcón en su piso de Nueva York y se rompió la rótula. Fue necesario posponer varias semanas el viaje. Mientras se reponía, Capa se dedicó a montar por fin la agencia de la que había hablado a George Rodger en Italia en 1943 y a Pierre Gassmann en 1945, y que había concebido por primera vez en los años treinta.

Capa había sido miembro de la American Society of Magazine Photographers desde 1945. Había sostenido con elocuencia que los fotógrafos independientes debían exigir ciertas medidas de protección a las corporaciones que los explotaban como *Life*, la cual no sólo había estropeado su reportaje más importante, sino también había

* Las cámaras ponían muy nerviosos a los soviéticos, quienes creían que los occidentales las utilizaban las más de las veces para «trazar mapas de espionaje». Como advertía Steinbeck en *A Russian Journal*, la cámara era un «instrumento temido» y «una persona con una cámara era sospechosa y vigilada allá adonde iba».

intentado encubrir su responsabilidad echándole la culpa a él. Los fotógrafos también necesitaban controlar todo lo posible el contexto de su obra: en cada artículo que *Life* publicaba con fotos suyas, los pies de foto suscribían la visión del mundo de Henry Luce*. Por último y más importante, era fundamental que los fotógrafos obtuvieran el *copyright* de las fotos que podían tener mucho valor en el futuro, como sus tomas del día D.

Capa quería ser propietario de su obra a perpetuidad, así como corregir el equilibrio de poderes entre las revistas y los fotógrafos. «¿Por qué dejar que nos exploten otros? —dijo a Gisèle Freund—. Explotémonos nosotros mismos⁶.» Después de ponerse en contacto con George Rodger, Chim y algunos fotógrafos más, así como con su antigua jefa de Alliance, Maria Eisner, que había huido de los nazis y se había abierto camino hasta Estados Unidos durante la guerra, organizó una comida especial para esbozar planes para montar una agencia fotográfica dirigida por ellos mismos. Tuvo lugar a mediados de abril de 1947, con champán, en el segundo piso del Museo de Arte Moderno de Nueva York⁷.

Entre los asistentes estaban el fotógrafo norteamericano de *Life* Bill Vandivert y su mujer Rita, la elegante Maria Eisner y David Seymour, Chim. La reunión, anunció Capa, señalaba el nacimiento formal de su invento: una «cooperativa» que iba a llamarse Magnum. Según Pierre Gassmann, el nombre de la agencia había surgido espontáneamente en una reunión anterior en París en la que descorcharon una magnum de champán y todos exclamaron: «¡Magnum!». Entre sus miembros fundadores también estaban George Rodger y Henri Cartier-Bresson, que más tarde aprobaron la estrategia general discutida en el MOMA tomando copas de champán. Chim cubriría Euro-

* Hasta la fecha, Magnum insiste en que no deben modificarse los pies de foto propuestos por sus fotógrafos. Es objeto de cierta polémica si ocurre así en la práctica. A menudo se pone un pie a una imagen sola para llenar un espacio y un reportaje en particular y, por supuesto, los periódicos con una fuerte inclinación política que utilizan las imágenes les dan otro sentido que el pretendido por el fotógrafo.

pa, Cartier-Bresson recorrería la India y Extremo Oriente, Rodger se concentraría en su querida África y Oriente Próximo, y Vandivert operaría en Estados Unidos. Capa iría a donde se le antojara.

Cada miembro fundador debía contribuir con una aportación de cuatrocientos dólares. La agencia se quedaría con el 40 por ciento de los honorarios de los encargos que los fotógrafos encontraran por sí mismos, y con el 50 por ciento de las reventas. Los Vandivert llevarían la oficina de Nueva York en la calle Ocho de Greenwich Village y Rita cobraría ocho mil dólares al año en calidad de gerente. Maria Eisner llevaría la oficina de París desde su casa, el número 125 de la Rue du Faubourg Saint Honoré, y cobraría cuatro mil dólares⁸.

Ya habían existido otras muchas organizaciones con el objetivo de promocionar la obra de fotógrafos con conciencia social*. Lo que sorprendió en las redacciones de periódicos y revistas de Nueva York, París y Londres fue la osada promesa de la agencia Magnum de seguir siendo propietaria del *copyright* y los negativos de sus miembros; le faltaba poco para ser una revolución en la relación de los fotógrafos con revistas importantes como *Life*⁹. El fotógrafo francés Romeo Martínez conocía a Capa y a sus colegas fundadores. «Concretamente, la idea de Capa de que el reportero no es nadie si no es propietario de sus negativos, resultará ser la idea más sensata de la historia del periodismo fotográfico —escribió en 1997—. La cooperativa es la mejor fórmula para conservar esos derechos, así como para garantizar la libertad de acción de cada uno de sus miembros¹⁰.»

Desde el principio, a Capa le preocupó que la agencia fuera ca-

* A principios de los cuarenta Capa estaba implicado con la Photo League con base en Nueva York. Asociación de fotógrafos organizada de forma poco rígida, la League había sido concebida para promocionar el reportaje de inclinación izquierdista, pero no funcionaba como una empresa sino como una red de fotógrafos progresistas de ideas afines. En sus reuniones de febrero de 1940 y abril de 1942 Capa habló sobre su obra en China, España y la fotografía de guerra en general, pero lamentablemente las transcripciones no han sobrevivido. En diciembre de 1947 el infame Departamento de Justicia de Estados Unidos declaró la Photo League subversiva y la puso en su «lista negra». Se disolvió en verano de 1951, una víctima más de la histeria anticomunista que cundió durante la guerra fría.

talogada como la creación de un grupo de diletantes. Si quería tener alguna posibilidad, Magnum tendría que funcionar como cualquier otra agencia, por mucha sofisticación e ímpetu que afirmara tener. En otras palabras, tendría que apostar por lo comercial y la corriente dominante eran los fotoensayos. De todos los miembros fundadores, sólo Cartier-Bresson podía permitirse el lujo de pasar por alto tales restricciones prácticas y Capa no quería que su estética surrealista acabara definiendo a la agencia Magnum a los ojos de los prosaicos directores con dinero. «Cuidado con las etiquetas —ya le había advertido Capa—*. Son tranquilizadoras, pero un día alguien va a ponerte una de la que nunca podrás librarte: “El pequeño fotógrafo surrealista”. Y estarás perdido, te volverás preciosista y afectado. Adopta en cambio la etiqueta de “periodista gráfico” y guárdate lo demás en el fondo de tu corazón^{11**}.»

Pierre Gassmann recuerda con particular afecto los primeros tiempos de Magnum, porque señalaron el comienzo de su asociación con la agencia como su único revelador de fotos. Hasta el día de hoy sigue siendo miembro honorario de la junta directiva de Magnum. También recalca que sin la influencia de Chim, Magnum no habría pasado de ser una fantasía. Sólo cuando Chim aprobó el plan de Capa de montar Magnum, los demás fundadores se pusieron en fila. Y fue Chim quien evaluó con más calma los riesgos y mantuvo en funcionamiento Magnum en sus primeros años mientras Capa estaba ocupado ejerciendo de carismática cabeza visible, cautivando a los directores y haciendo contactos donde veía una posible fuente de ingresos¹².

* Capa no tenía motivos para preocuparse. En las siguientes décadas Cartier-Bresson se distinguió como periodista de talla mundial. En una poco frecuente aparición del fotógrafo en un programa de entrevistas norteamericano en 2000, hizo una mueca ante la afirmación de que era uno de los grandes artistas del siglo XX, y describió una vez más a Capa como un fotógrafo instintivo, uno de los grandes aventureros de la fotografía.

** Cartier-Bresson me envió un fax en 1999 diciendo que no tenía anécdotas interesantes que añadir a las que ya había repetido muchas veces. Sin embargo, tuvo la gentileza de enviarme el poema que abre este libro.

El primer cliente importante de la agencia fue John Morris, que había dejado *Life* para convertirse en director de fotografía de *Ladies' Home Journal*: dos tercios de los quince mil doscientos noventa y cuatro dólares que Magnum ganó en los primeros meses de su existencia derivaban de su patrocinio. Morris también desarrolló con Capa la idea de hacer un reportaje comparativo sobre familias de todo el mundo, «People are People», y convenció a *Ladies' Home Journal* para que lo financiara. El *Journal* aprobó un presupuesto de quince mil dólares. Chim fotografiaría una familia en Francia y Alemania. Rodger cubriría las familias en África, Egipto y Pakistán, y Capa haría retratos en la Unión Soviética durante su viaje con Steinbeck.

Capa y Steinbeck llegaron por fin a Moscú el 31 de julio de 1947. Era una oportunidad única. Si algún fotógrafo podía deslizar su objetivo bajo el telón de acero, sin duda era él. Con este fin, se llevó una cantidad enorme de equipo: varias cámaras, cientos de cajas de películas y tanto equipo de iluminación que tuvo que pagar trescientos dólares por exceso de equipaje.

En el aeropuerto de Moscú, Capa se aseguró inmediatamente de que tenía sus diez bultos de equipaje. Luego pidió que se lo guardaran mientras esperaba con Steinbeck a que los fueran a recoger, diciendo a varios funcionarios aeroportuarios que lo vigilaran con su vida. «Normalmente despreocupado y alegre —comentó Steinbeck—, cuando se trata de sus cámaras Capa se vuelve un tirano y se agobia por todo¹³.»

Los funcionarios tuvieron que vigilar el equipaje más tiempo que el que Capa esperaba. El corresponsal del *Herald Tribune* en Moscú, Ed Gilmore, no fue a recogerlos, como había prometido. Resultó que se había marchado de la ciudad para realizar un encargo, de modo que Capa y Steinbeck se encontraron en apuros, sin dinero y sin taxis que coger aunque hubieran tenido los rublos necesarios.

Un compasivo mensajero francés los llevó finalmente a Moscú. Los hoteles Metropole y Savoy, los únicos designados a los extranjeros, estaban llenos. Al final consiguieron una llave del piso de Gilmore, donde desahogaron su frustración puliéndose su reserva de whisky mientras jugaban varias manos de *gin-rummy*. Se les levantó el espíritu cuando al día siguiente la agencia de información rusa que

había organizado su viaje les consiguió una suite en el Savoy con una gran bañera para el consabido baño de cada mañana de Capa, pero en el bar del hotel otros corresponsales les advirtieron que intentar salir de la zona de Moscú les causaría mayores frustraciones que tratar simplemente de encontrar una cama donde pasar la noche.

En su último viaje de diez años atrás, Steinbeck había visitado una capital caótica. Ahora estaba mucho más limpia, y tachonada de nuevos edificios y monumentos a Stalin, pero la gente era gris y taciturna. De hecho, estaba agotada y profundamente hastiada de la guerra, la colectivización obligatoria y los rigores del estalinismo. Las mujeres iban sin maquillar, un lujo burgués, y la mayoría de la ropa que vestía la gente era barata y de mal gusto. Muchos hombres seguían llevando sus viejos uniformes del ejército porque era la única ropa que tenían*.

Mientras esperaban autorización para salir de Moscú, Steinbeck no tardó en conocer a un Capa distinto del hombre encantador con el que había coincidido en diversos bares y campamentos de prensa. «Fue allí donde descubrí una desagradable cualidad de Capa, y creo que es justo ponerla por escrito en caso de que alguna joven reciba

* Steinbeck no mencionó en *A Russian Journal* que en noviembre de 1946 muchos intelectuales judíos de Moscú habían despertado las sospechas de Stalin y se habían visto expulsados de la Asociación de Escritores Soviéticos, con el que el propio Steinbeck disfrutó de una velada de autoelogio. Varios de esos judíos pronto morirían en gulags donde muchos de los más brillantes científicos de la Unión Soviética trabajaban como esclavos para fabricar la primera bomba atómica del país.

Steinbeck tampoco mencionó en su reportaje sobre la vida de los soviéticos corrientes que en agosto de 1946, exactamente un año antes de su llegada, Stalin había ordenado a Yuri Zhdanov que lanzara una campaña ideológica en gran escala contra la influencia de la cultura occidental. ¿No estaba al corriente Steinbeck de tales hechos? Es posible... Era un hombre que había apoyado a Elia Kazan durante la caza de brujas de McCarthy, y a lo largo de toda su vida cometió una pifia política tras otra. En la Unión Soviética, Steinbeck insistió al hablar con un espía en que no había divisiones de clase en Estados Unidos. Cuando el espía señaló que los soviéticos estaban al corriente de las divisiones sociales gracias a libros como *Las uvas de la ira*, Steinbeck «se sonrojó», pero se mantuvo en sus trece y siguió negando la existencia de «clases antagónicas» (CSA).

un día una propuesta de matrimonio de él. Es un acaparador del cuarto de baño, y uno muy peculiar¹⁴.» Por desgracia, escribió con cierta ironía, el ritual del baño de Capa se acabó porque la tosca y descascarillada bañera le hacía sangrar las posaderas.

Después de casi una semana en Moscú, a Capa no le habían permitido hacer una sola foto abiertamente en las calles, y rogó a un funcionario de prensa soviético un permiso para hacer fotos. El funcionario prometió acelerar el proceso. Capa ahogó sus frustraciones en una fiesta que lo dejó aún más deprimido acerca de las perspectivas del viaje. Entre los invitados había varias esposas rusas de diplomáticos y periodistas extranjeros. Stalin no permitía a esas mujeres de mirada triste salir del país para reunirse con sus maridos, aun cuando Clement Attlee, el primer ministro británico, había pedido que les dieran visados de salida. Si los soviéticos podían mostrarse tan intransigentes respecto a una sencilla petición humanitaria, ¿qué posibilidades tenía él de que le dejaran fotografiar lo que quería?

Capa recibió por fin sus permisos y se aventuró a salir a la calle para fotografiar los preparativos del octavo centenario de Moscú. Esperaba que, lejos de la paranoia de la capital, sería libre de volver a ejercer como periodista gráfico. Siempre había encontrado la manera de burlar los trámites burocráticos y conseguir fotos reveladoras. Confiaba en poder volver a hacerlo, pero eso significaba ir a donde pudiera desembarazarse de sus cuidadores, al menos durante unas pocas horas*. Poco imaginaba que los soviéticos ya habían hecho planes para frustrar semejantes intentos. Un informe secreto de un agente de la UOKS de Kiev resume lo que los soviéticos tenían

* Un examen más minucioso de los archivos soviéticos de Ucrania y Moscú revela que Capa y Steinbeck fueron vigilados desde que llegaron a la Unión Soviética. No podían imaginarse lo hábilmente que su estancia estaba siendo orquestada para fines propagandísticos.

A fin de ver la Unión Soviética, Capa y Steinbeck tenían que ir a cada ciudad en avión. Les dijeron que aún no habían reparado las carreteras tras la guerra. Aun para recorrer sólo unos pocos cientos de kilómetros de una ciudad a otra, tenían que hacerlo pasando por Moscú. Por supuesto, eso permitía a los agentes controlar aún más sus actividades.

en mente: «La tarea que se propuso la UOKS era, ante todo, mostrar a los visitantes cómo habían quedado destruidos la economía nacional y los objetos de valor cultural de la República Socialista Soviética de Ucrania durante la guerra, y los grandes esfuerzos que nuestro pueblo estaba realizando para restaurar y reconstruir el país»¹⁵.

Antes de que partieran hacia su primer destino —Ucrania—, la relación entre Steinbeck y Capa acusaba tensiones. Capa tenía la horrible costumbre de robar libros, un defecto imperdonable en opinión de Steinbeck. Hurtaba cualquier cosa a su alcance que estuviera en inglés: *The Notebooks of Maxim Gorki*, un ejemplar de *Vanity Fair* y hasta un manoseado informe de 1927 del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. De los estantes de Ed Gilmore cogió una nueva novela de misterio de Ellery Queen, un lujo poco común en Moscú en 1947. Steinbeck escribió con ironía que también robaba mujeres y cigarrillos, pero esos delitos eran más fáciles de perdonar.

Llegaron por fin a Stalingrado en plena ola de calor y los llevaron a través, un kilómetro tras otro, de ruinas hasta un nuevo hotel Intourist del centro. La habitación dominaba la misma plaza donde el mariscal de campo Von Paulus, al mando del Sexto Ejército de Hitler, se había rendido por fin al Ejército Rojo tras el sitio más épico de la Segunda Guerra Mundial.

Aun después de haber visto Berlín en 1945, a Capa le impresionó la extensión de la devastación. El 15 por ciento de la población civil ucraniana, que en 1939 era de cuarenta y cinco millones de personas, había muerto durante la guerra, y Stalingrado había perdido decenas de miles de habitantes. No había ningún edificio en el centro de la ciudad que no hubiera sufrido desperfectos. Debido a que Stalingrado era el gran triunfo soviético de la guerra, a Capa le permitieron fotografiar lo que veía por las calles*.

Se alegró de encontrar una historia real en la gente que seguía viviendo como ratas en un laberinto de túneles y en los sótanos de sus viejas casas. Pero tuvo una profunda decepción cuando le prohibie-

* La victoria soviética supuso un decisivo cambio de opinión a favor de los aliados en 1943.

ron hacer fotos de la famosa fábrica de tanques donde los alemanes y el Ejército Rojo habían luchado más encarnizadamente durante el invierno de 1942-1943*. Les hicieron una visita guiada oficial, pero antes le pidieron que dejara sus cámaras en el autocar; un momento humillante para un periodista gráfico de su fama.

Se indignó muchísimo. Según Steinbeck, a quien no se le prohibió tomar notas, parecía afligido mientras recorrían la fábrica donde producían tractores a partir de panzers alemanes destruidos. Por todas partes Capa veía imágenes perfectas, «contrastes y ángulos, y fotos con un significado que iba más allá de su significado». «Aquí, con dos fotos habría mostrado más de lo que muchos miles de palabras podrían decir», dijo a Steinbeck con amargura¹⁶.

Irónicamente, por aquel entonces había en Stalingrado un equipo de rodaje soviético recreando el sitio de la ciudad para una película propagandística. Pero debido a «algún que otro percance», como lo expresó Steinbeck, Capa ni siquiera pudo hacer fotos de la película que se estaba rodando; otro reportaje con verdadero valor comercial en Occidente que se perdía. Sin embargo, logró fotografiar a algunos de los prisioneros alemanes que quedaban. Todavía con uniforme, recorrían las calles vigilados por un soldado, tristes supervivientes de los cien mil que se habían rendido en 1944. Muy pocos regresaron a su patria**. En las ruinas de una capilla, Capa encontró a una mujer tumbada en el suelo delante de un altar derruido. Vio a otra mu-

* En el transcurso de su estancia en Ucrania, Capa y Steinbeck oyeron muchas historias truculentas sobre el sitio de Stalingrado. Una noche estaban sentados escuchando música suave y contemplando el lento curso del Volga. Sus anfitriones hablaban del frío inimaginable que se había apoderado de Ucrania en el invierno de 1942, de cómo los hombres se habían calentado las manos con la sangre de camaradas muertos para poder disparar a los fascistas.

** Steinbeck advirtió que la gente apartaba la vista de los prisioneros cuando pasaban por la calle. No explicó la razón. Según un escritor contemporáneo, los ciudadanos soviéticos temían la «más mínima conexión» con un extranjero. «La persona que tiene alguna relación con extranjeros en la URSS, al margen de las normas y leyes oficiales, desaparece.» (Yuriy Sherekh, «What Did You Not Want to See, Mr. Steinbeck?».)

jer «con la mirada extraviada, medio enloquecida»¹⁷, santiguándose una y otra vez*.

No mucho después de ese incidente, a juzgar por la insipidez de sus fotos, Capa decidió al parecer sacar el máximo partido de lo que quedaba de la «ruta del vodka»¹⁸, tratándola exactamente como lo que era, un viaje pagado a Ucrania donde al menos las chicas eran tan guapas como en París. «[Capa] tenía la sensación no sólo de que el viaje había sido un fracaso —escribió Steinbeck—, sino que todo era un fracaso, que él era un fracasado, que yo era un fracasado. Estaba obsesionado¹⁹.»

El vicepresidente de la UOKS en Ucrania, un taimado archiestalinista llamado camarada Poltoratsky, informó:

Estuve con Capa cuando sacó todas sus fotos. Tuvo oportunidad de hacer fotos de mendigos, colas de gente, prisioneros de guerra alemanes y lugares secretos (por ejemplo, la construcción del gasoducto). Pero renunció a hacer esta clase de fotos y abordó la fotografía sin la imprudencia del reportero. De las fotos que no pueden considerarse favorablemente puedo señalar sólo dos: en el Museo de Arte Ucraniano fotografió a una visitante escuálida, y al dirigimos al koljós [granja colectiva], sacó una foto de una familia vestida con ropa harapienta... Sin embargo, un examen minucioso de las relaciones entre Steinbeck y Capa también nos obliga a estipular que Capa es más leal y está mejor dispuesto hacia nosotros. Steinbeck, de forma solapada, dio instrucciones a Capa de buscar aspectos en su opinión vulnerables de nuestra vida.

Los soviéticos tenían buenos motivos para vigilar de cerca a Capa y a Steinbeck durante su «ruta del vodka» por Ucrania: prácticamente toda la parte occidental de la Unión Soviética estaba sumida en guerra civil**. Sin embargo, no había la más mínima insinuación de la

* El KGB se aseguró de que no se publicara esa imagen, porque mostraba la realidad de la Unión Soviética de posguerra: un país que no lograba recuperarse de la pérdida de más de veinte millones de sus habitantes.

** Tras la expulsión de los ejércitos alemanes de Ucrania occidental, destacamentos de partisanos armados habían seguido luchando contra el régimen soviético.

enconada lucha del pueblo ucranio contra el comunismo en *A Russian Journal*, ni en las fotos de Capa ni en el texto de Steinbeck.

En 1948 el activista y escritor ucraniano Yuriy Sherekh escribió un virulento ataque contra Steinbeck, «What Did You Not Want to See, Mr. Steinbeck?». El artículo apareció en el *Ukrainian Quarterly* ese mismo año y ha sido pasado por alto, tal vez oportunamente, por todos los biógrafos de Steinbeck.

«Del mismo modo que no advertiste el profundo cansancio y la desesperación del hombre soviético, no advertiste la represión nacional en la Unión Soviética —escribió Sherekh—. No viste la lucha de las naciones de Georgia y Ucrania por liberarse. No te enteraste de que hasta la prensa soviética de Ucrania está llena de artículos contra el “nacionalismo ucraniano”. [...] Hay una guerra dentro de las fronteras de la Unión Soviética, una guerra secreta y enmascarada, una guerra no por la vida, sino hasta la muerte. Sin embargo tú no lo advertiste, aunque salta a la vista.»

Mientras las fuerzas de seguridad de Stalin asesinaban a los partisanos ucranianos que luchaban por la independencia, Capa y Steinbeck visitaron una «exposición partisana» en Ucrania, donde les pasaron una película de propaganda, *People's Avengers*. Su guía de la UOKS escribió en su diario:

Capa se interesó varias veces por la gente que había filmado ese o aquel episodio, y sonrió con aprobación cuando el operador visitante filmaba a partisanos que posaban para la cámara. Era evidente que Capa se inclinaba a creer particularmente esa serie de episodios. Cuando *People's Avengers* terminó, empezó inmediatamente la película *She is Fighting for her Motherland*, y tanto Capa como Steinbeck dieron muestras de descontento y, aburridos, empezaron a moverse inquietos en su silla. Luego Capa dijo sin ceremonias: «Espero que luche por su madre patria muy deprisa porque me muero de hambre». Steinbeck sonrió²⁰.

Stalin había ordenado al jefe de su servicio secreto, Beira, que acabara con esos «proscritos lo antes posible», pero la lucha más encarnizada no fue sofocada en la región hasta 1950. (Dmitri Volkogonov, *Stalin, Triumph and Tragedy*, Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.)

Conforme pasaban las semanas, Steinbeck y Capa sucumbieron a las fastuosas diversiones organizadas por sus anfitriones. Según un informe secreto del camarada Poltoratsky, una noche en un restaurante, «los últimos trozos de hielo de la fachada de Steinbeck se derritieron. [...] Estaba muy animado y hablador»²¹. Cuando visitaron un circo, sus cuidadores decidieron presentarles a un afable escritor ucraniano, un tal «camarada Korniychuk». «Evidentemente Steinbeck va a ser “franco” en buena medida en sus relaciones con el camarada Korniychuk», informaba Poltoratsky*.

Mientras el camarada Korniychuk, un infiltrado soviético, regalaba los oídos de Steinbeck con historias populares de la vida proletaria en la nueva y valerosa sociedad de Stalin, Capa se atracaba en banquetes que les preparaban allá adonde iban**. Antes de marcharse de Ucrania, escribió en el libro de visitas de la UOKS: «Las imágenes del gran pueblo ucraniano despertarán, confío, en nuestro pueblo el mismo entusiasmo que ha hecho tan alegre y fructífera mi estancia».

La siguiente parada fue Georgia. Al cabo de diez días, Capa y Steinbeck estaban exhaustos de comer y beber en exceso. Por vanidad Capa se negaba a aflojarse el cinturón después de cada comida, enorgulleciéndose de su cintura de ochenta y dos centímetros. Atiborrados y bronceados, Capa y Steinbeck volvieron a un Moscú sorprendentemente frío a finales de agosto, a tiempo para el octavo centenario de la ciudad.

* Sherekh explica que Poltoratsky tenía «sobre su conciencia muchas muertes y exilios del “verdadero escritor ucraniano”, [...] por esa misma razón [a Poltoratsky] le hicieron pasar por “escritor ucraniano”, a fin de darle la oportunidad de espiar en círculos literarios con instrucciones especiales. A ese hombre, odiado por todos, lo llamaba en secreto no Poltoratsky sino Poltovratsky (de la palabra rusa *vrat*, que significa mentir, decir una falsedad)».

Irónicamente, «Poltovratsky» informó a sus jefes que Capa creía «preferible que el mal se revelara por sí mismo a que permaneciera oculto».

** El texto de Steinbeck no mencionaba la hambruna de 1946 que había matado a millones de campesinos rusos, ni el severo racionamiento que existía por toda la Unión Soviética. La mayoría de gente, de hecho, no comía mejor que antes de la revolución de 1917.

Por todas partes colgaban banderas y estandartes, como en una escena de *Nineteen Eighty Four* [1984] de Orwell. En el enorme y tenebroso estadio Dynamo, Capa fotografió a cientos de atletas. En un parque del centro de la ciudad dedicado a armamento alemán capturado, llamado «Parque del Trofeo», observó cómo las familias soviéticas se apiñaban alrededor de aviones y tanques nazis. La víspera del octavo centenario, Capa se reunió con más de un millón de personas que atestaban la plaza Roja y las calles de alrededor. «Para los hombres del Kremlin era mucho más que diversión y fuegos artificiales —informó *Life*, reflejando la creciente paranoia de un Henry Luce combatiente de la guerra fría acerca de la propagación del comunismo—. En su discurso Stalin hizo hincapié en que no importa lo que piense el resto del mundo del ejemplo ruso, él ve Moscú como el símbolo de una cruzada para rehacer el mundo a la imagen comunista²².»

Entretanto Henry Holt había publicado en Estados Unidos las memorias de Capa, *Slightly Out of Focus*. Capa acudió a una embajada estadounidense y, como dijo después en Radio WNBC de Nueva York, hojeó «los periódicos [y] en el *New York Times* encontró una reseña bastante larga». Cuando se la enseñó a Steinbeck, éste dijo que ningún escritor «inteligente» leería a sus críticos. «De modo que me quedé avergonzado —bromeaba él más tarde—, y me fui con [la reseña] al cuarto de baño²³.»

La crítica del *Times* se hacía eco de otras muchas reseñas. Bonitas fotos. Lástima la prosa artificial. El *Philadelphia Inquirer* era el más magnánimo: «Lo que hace Tolstoi con las palabras por Sebastopol, Hemingway por Caporetto y Hart Crane por la guerra de secesión, Capa lo consigue con su cámara²⁴. En *Photo Notes*, John Vachon observaba con perspicacia: «La historia estimulante, personal y divertida que cuenta Capa dista mucho de la sombría y a menudo nada divertida historia que ha fotografiado²⁵. A continuación, Vachon criticaba el diseño y la baja calidad de las reproducciones de Holt. Muchas fotos eran material de relleno para artículos y varias imágenes eran similares a escenas que otros fotógrafos habían captado muchas veces*.

* Hoy en día la narración de Capa se lee como un ingenioso borrador para una película de serie B: gráfica y concisa pero sólo fugazmente conmovedora. Sin em-

Aunque sólo estaban a principios de septiembre, ya empezaba a sentirse el invierno en el aire. Las habitaciones de Capa y Steinbeck estaban tan mal caldeadas que no tardaron en ponerse sus abrigos cuando no estaban acostados. Tres días antes de su partida, se enteraron de que los negativos de Capa debían ser revelados y examinados*. Los entregó de mala gana. Estaba convencido de que los soviéticos irían con prisas con un número tan elevado de rollos y el revelado sería peor que mediocre. ¿Era posible que todo el proyecto, su idea que había acabado en fracaso, fuera a esas alturas irredimible? Se paseó por la habitación «cloqueando como una gallina que ha perdido sus polluelos»²⁶.

El día de su partida, en el aeropuerto de Moscú, los soviéticos dijeron a Capa que podía recuperar sus fotografías y llevárselas del país. Le entregaron una gran caja, pero le dijeron que no la abriera hasta que el avión estuviera en el aire rumbo a Kiev, una parada para repostar antes de cruzar el telón de acero. Una vez a bordo del avión, un Capa sombrío sostuvo la caja.

—Pesa poco —comentó a Steinbeck—. Sólo pesa la mitad de lo que debería.

—Puede que hayan puesto piedras dentro y no haya ninguna —respondió Steinbeck.

Capa sacudió la caja.

—Suenan como fotos.

bargo, como historia oral —la dictó en su mayor parte a un joven tipógrafo turco—, *Slightly Out of Focus* figura entre los relatos más atractivos de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, las memorias personales se han puesto tan de moda en la actualidad que el libro ha sido rescatado de la oscuridad con la ayuda de Cornell Capa. En 1999 la Modern Library volvió a publicarlo para su serie norteamericana, elevándolo a la categoría de «clásico moderno». Al hacerlo, la Modern Library incluyó a muchos fotógrafos excelentes que no aparecían en el original, así como a varios que precedieron la obra de Capa. Con dos veces más fotografías que el original, todas reproducidas magníficamente, el impacto visual del libro es mucho mayor que la edición que John Vachon criticó con razón por su diseño descuidado.

* Capa había hecho cerca de cuatro mil fotos (cien en color) en menos de cuarenta días: una cifra insólitamente elevada para un fotógrafo tan económico.

—Podrían ser periódicos viejos.

—Cabrón —replicó Capa.

En Kiev, Capa abrió la caja tras una rigurosa inspección en la aduana. Según Steinbeck, faltaban la foto de la mujer medio loca de Stalingrado y las de varios soldados alemanes, condenados como millones de otros a morir bajo el régimen de Stalin, «pero no le confiscaron [...] nada importante»²⁷. Abatido pero aliviado por haber recuperado sus películas, Capa se durmió en cuanto el avión despegó rumbo a Praga.

En *A Russian Journal*, después de describir los últimos momentos llenos de tensión de su viaje, Steinbeck concluía: «Nos consta que este diario no satisfará ni a la izquierda ortodoxa ni a la derecha proletaria. Seguramente es superficial, ¿cómo iba a ser de otro modo? No tenemos conclusiones que extraer, salvo que los rusos son como todos los demás pueblos del mundo. Los habrá malos, seguro, pero la mayoría con diferencia son buenos»²⁸. Steinbeck no mencionaba a qué grupo pertenecían el «camarada Poltovratsky» y sus espías de la UOKS.

El new look

Era muy atractivo, por su físico, su estilo de vida nómada, el hechizo de su obra, la fama de sus fotografías y el peligro que rodeaba su vida.

BETTINA GRAZIANI, ex modelo de Dior

Tras marcharse de la Unión Soviética, Capa pasó unos días en Praga y a continuación fue al pueblo eslovaco de Furolac, en los montes Cárpatos, donde fotografió a una familia para la serie «People are People» de Morris*. De Praga viajó a Budapest. El casco viejo de la ciudad que rodeaba el Palacio Real de Buda había sido arrasado y en otras partes encontró ruinas. Conmocionado ante la desfiguración de la ciudad de su niñez, no permaneció en ella más de veinticuatro horas. Sin embargo, según el biógrafo Richard Whelan, encontró tiempo para ir a ver a la viuda de su hermano Lázló, Angela, y a su hija de trece años**. Pese a la brevedad de su estancia, Capa se enfrentó por primera

* Había prometido a Morris una familia rusa, pero no se había molestado en hacer fotos durante la «ruta del vodka». Aunque más tarde Morris quedó decepcionado de que no lo hubiera hecho, le apaciguó el hecho de tener al menos una familia del bloque del Este.

** Según Richard Whelan, habían sufrido muchísimo durante la guerra y a duras penas llegaban a fin de mes. Capa pasó una noche con ellas y al día siguiente, antes de irse a Nueva York, fue a ver al cónsul estadounidense para sacarlas de Hungría.

vez a la enormidad del Holocausto*. La mayoría de los judíos de la ciudad había sido asesinada, entre ella varios parientes de su madre. Según sus amigos, Capa casi nunca hablaba de ello, si lo hacía alguna vez, tal vez porque le resultaba demasiado doloroso.

Judy Freiburg, que trabajaba como investigadora para la agencia Magnum a finales de los cuarenta, coincidió muchas veces con Capa en reuniones de tipo social y se enamoró de su «mejor amigo», David Seymour, Chim. Capa y Seymour «habían escapado de Hitler y sabían de qué se habían librado —recuerda ella—. Cada día daban gracias a Dios por estar vivos». Mientras trabajaba en la embajada norteamericana en Londres en 1945, Judy vio cientos de fotos tomadas en los campos de concentración liberados, tantas que «todavía puedo olerlas». Cree que el Holocausto fue un «terrible trauma» para Seymour y para los dos hermanos Capa. «Lo abordaron de distintas maneras. Chim fue a ver [qué había sido de su gente al volver a su antigua casa del gueto de Warsaw], pero Bob y su hermano Cornell tendieron a eludirlo. No querían que se lo recordaran. Si habías sobrevivido, no querías que te lo restregarán por las narices.»

Cuando Capa regresó a Estados Unidos a principios de octubre, se alojó en el hotel Bedford, donde Steinbeck estaba ocupado escribiendo *A Russian Journal***.

* Los judíos húngaros habían sido el último grupo extenso de la comunidad judía europea en ser aniquilado. La mayoría había sido enviada a Auschwitz en fechas tardías de la guerra, en el verano de 1944: entre mayo y julio de ese año, los alemanes metieron a cuatrocientos treinta y siete mil en ciento cuarenta y siete trenes. Fue el último acto de barbarie de la «solución final» y terminó en la «orgia asesina más intensa de Auschwitz» (Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*). La mayoría murió en las cámaras de gas de Auschwitz y el resto en caminatas mortales y en otros campos de concentración. Muy pocos, tal vez uno de cada diez, sobrevivieron y regresaron a Budapest.

** Los días que siguieron a su regreso, Steinbeck confió a su amigo Nathaniel Benchley que Capa le caía bien y admiraba su obra, pero no quería volver a trabajar con él: para conseguir sus fotografías Capa había prometido a la gente enviar regalos desde Estados Unidos, cámaras o lo que quisieran, pero no cumplió su promesa. Según la mujer de Steinbeck, Gwyn: «Eso indignó a John, quien se creyó en la obligación de reparar las promesas rotas de Capa y enviarlos él».

que le habían concedido la Medalla de la Libertad por su «logro excepcionalmente meritorio ayudando a Estados Unidos a llevar adelante la guerra contra el enemigo en Europa»¹.

El 20 de octubre Capa se levantó a una hora insólitamente temprana, desayunó lo que le había preparado Steinbeck y juntos llegaron a tiempo para una entrevista en directo con Radio WNBC de Nueva York para promocionar *Slightly Out of Focus* y *A Russian Journal*.

«Bien, Bob, estás en el aire —dijo el jovial entrevistador de Capa—. Y, por cierto, no puedes hablar con un cigarrillo en la boca... ¿Qué se siente trabajando con una cámara al otro lado del telón de acero?»

«Verás —respondió Capa—, tú lo has dicho, telón de acero... Para mí un telón de acero es una clase de telón de acero de bolsillo. Está en la cabeza de todo el mundo. El otro telón de acero, no sé. Tal vez existe en cierto modo, por lo que se refiere a las fronteras. Pero yo no tuve muchos problemas.» Pasó a contar varias anécdotas sobre Steinbeck y otros incidentes del viaje, y a describir la visita de ambos como un mero intento de «ver cómo vivía esa gente»².

La publicación de *A Russian Journal* fue recibida con reseñas más bien mediocres y alguna crítica mordaz por parte de los expertos soviéticos. Ver cómo «vivía la gente» en 1947 en la Unión Soviética era en sí mismo un acto político de condena o aprobación tácita del régimen de Stalin. Orville Prescott del *New York Times* se hizo eco de la opinión de otros muchos: «*A Russian Journal* está mucho mejor escrito que la mayoría, pero es más superficial que otros». El conocido crítico neoyorquino Sterling North concluía sagazmente: «La cuestión que plantea es lo superficiales que pueden ser los libros sobre Rusia. [...] No lo habría sido si los conocimientos sobre Rusia de los colaboradores, su interés por Rusia y su actitud hacia Rusia hubieran estado por encima de comer, beber y tener agradables impresiones superficiales»³.

La prensa estalinista de Moscú, que criticaba con virulencia cualquier punto de vista occidental de la Unión Soviética, quedó aún menos impresionada que su homóloga capitalista; los críticos ridicu-

lizaron a Capa y Steinbeck como «gángsteres» y «hienas»⁴. Sin embargo, los burócratas soviéticos deberían haberse quedado satisfechos. *A Russian Journal* se ajustaba a la predicción del camarada Poltoratsky: «Steinbeck valorará de modo favorable al pueblo soviético y hará hincapié en las simpatías de éste hacia el pueblo norteamericano. Describirá hasta cierto punto la destrucción y evaluará positivamente el trabajo heroico del pueblo ucraniano soviético»⁵.

Su publicación señaló el momento más bajo de la carrera de Capa. Dada la cantidad que había hecho, sus fotos eran poco inspiradoras y extrañamente insulsas. Aun teniendo en cuenta las restricciones que le habían impuesto, a juzgar por *A Russian Journal* estaba perdiendo facultades. Su talento no parecía adaptarse al complicado y políticamente delicado cometido de fotografiar la guerra fría. Era como si sólo el combate real lo estimulara con iguales dosis de adrenalina y compasión.

Si su colaboración con Steinbeck resultó en su mayor parte decepcionante, fue sin embargo el mayor filón de oro de toda su carrera, gracias a *Ladies' Home Journal* de John Morris. A mediados de octubre de 1947 Capa quedó con él para comer en el hotel Algonquin, donde le explicó que el proyecto de la visita a la Unión Soviética había acabado en un fracaso total; pero Morris, convencido de que podría rescatar algo del viaje, se pasó varias horas revisando el enorme montón de fotos en la habitación de Capa del Bedford.

Varias imágenes lo impresionaron, pero todas eran en blanco y negro. ¿Tenía alguna en color? Capa le entregó una docena de películas Ektachrome 120. Al final Morris encontró varias imágenes buenas, pero todavía necesitaba una foto para la portada. Buscó con más detenimiento. Al final encontró «sólo una foto lo suficientemente dramática y contundente. Mostraba a una mujer campesina con su *babushka* [pañuelo], trabajando de rodillas en un campo»⁶.

Morris llevó la maqueta de la portada y otras imágenes a sus jefes, Beatrice y Bruce Gould. A continuación los convenció para que pagaran la suma extraordinariamente elevada de veinte mil dólares por los primeros derechos de la revista sobre las fotos seleccionadas, que aparecerían en la portada y a lo largo de dieciséis páginas más.

Capa se quedó asombrado al enterarse por el propio Morris de esos beneficios imprevistos durante un almuerzo en el restaurante de celebridades Toots Shor's. Si le guardaba algún rencor por el fiasco del día D, después de esa venta Morris estaba más que perdonado. Steinbeck no se mostró tan agradecido. Tenía la sensación de haber salido mal parado del trato, a pesar de que sus tres mil dólares por escribir unos pocos pies de foto eran más de lo que la mayoría de norteamericanos ganaba en un año.

El viaje de Capa había reportado muchos beneficios, más de dos mil dólares por cada semana que había pasado detrás del telón de acero, pero a la larga le costaría muy caro. A los ojos del FBI, ese viaje era una prueba más de que sus simpatías estaban con el diablo —el comunismo—, y añadieron un informe al expediente que tenían de él desde que un informante había afirmado que Capa llevaba siendo comunista desde los años treinta*.

Capa dio más argumentos al FBI durante las semanas que siguieron a su regreso de Europa. En una conferencia del *Herald Tribune* celebrada la tarde del miércoles 22 de octubre de 1947, leyó una declaración que resumía las observaciones de Steinbeck y de él mismo sobre los soviéticos: «Esa gente ha sufrido más destrucción y dolor que la que he visto en mis diez años por campos de batalla, y odian la guerra más que nadie en el mundo». A continuación añadió que los soviéticos estaban muy interesados en oír hablar de «las persecuciones de los progresistas» en Estados Unidos, y que él y Steinbeck habían asegurado a sus anfitriones soviéticos que «todavía no hay prisioneros políticos en Estados Unidos».

«Toco madera —añadió—. No sabemos quién ha empezado este malicioso y disparatado juego de acusaciones estúpidas y críticas

* Uno de los artículos mencionados en el expediente del FBI de Capa tiene fecha del 24 de octubre, apenas unos días después de que Morris hubiera hecho su trato con los Gould. El *Daily Worker* informaba: «La palabra que más han oído en su reciente viaje por la Unión Soviética es "paz", dijeron el escritor John Steinbeck y el fotógrafo Robert Capa en la cuarta sesión del Forum del *Herald Tribune* que tuvo lugar el miércoles por la noche».

virulentas. Lo de menos es quién lo ha empezado. Lo importante es quién va a detenerlo⁷.»

Pese a su conflictiva colaboración en *A Russian Journal*, Capa y Steinbeck no tardaron en participar en una aventura mucho más cáustica: una compañía de producción de televisión llamada World Video. La compañía había nacido a partir de una conversación entre Steinbeck y Harry S. White, un persuasivo promotor y ex ejecutivo de radio. Steinbeck creía que la televisión «haría prácticamente obsoletos los libros, cine, periódicos y otras formas de comunicación en el futuro»⁸. Capa estaba convencido de que World Video era la fórmula para hacerse rico de golpe. Viendo otra oportunidad para sacar provecho de su asociación con Steinbeck, decidió invertir mucho en la compañía y compró dos mil dólares en acciones.

Era una jugada insólita, sobre todo para Steinbeck. Annie Laurie, su agente de cine y televisión, le había dejado muy claro que World Video era una idea disparatada y no merecía ni su tiempo ni su dinero. Gwyn, su mujer, fue aún más contundente. Escribir para la televisión lo trituraría «como una hamburguesa»⁹. Aun así, en enero de 1948 el autor de *Las uvas de la ira* escribía a toda prisa material para la primera producción de World Video, «Paris: Calvacade of Fashion».

La idea de la serie era de Capa y tenía mucho sentido en esa época. El final de los años cuarenta había sido testigo de un asombroso renacimiento de la alta costura en los talleres parisienses, capitaneado por genios del diseño como Jacques Fath y, sobre todo, Christian Dior. En una época de severa austeridad en toda Europa, los estrafalarios diseños de Dior, con sus precios acorde, escandalizaron a muchos. Sólo una falda Dior llevaba más de veinticinco metros de tela. En Gran Bretaña los miembros femeninos del Parlamento censuraron semejante derroche, describiéndolo como «el ridículo capricho de la gente ociosa» y «un estúpido y exagerado despilfarro de material y recursos»¹⁰.

En París las modelos que llevaban conjuntos Dior eran abordadas por mujeres que gritaban: «¡Cuarenta mil francos por un vestido

y nuestros hijos no tienen leche!»¹¹. Sin embargo, el movimiento de protesta era aún más vociferante en Estados Unidos, donde decenas de miles de mujeres, con gran regocijo de los soldados desmovilizados, empezaron a acortar sus faldas largas para demostrar su patriótica dedicación a ahorrar tela. Pero como Mussolini había observado con tanta perspicacia, «cualquier poder está destinado a fracasar frente a la moda»¹². Hastiadas de la guerra, las mujeres de todo el mundo, especialmente las adineradas de Manhattan y Londres, estaban extasiadas con el retorno de Dior a los vestidos de corte generoso y a los corsés sensuales.

A principios de 1948 Capa fue en barco de Nueva York a Europa para dirigir «París: Calvacade of Fashion» para World Video. Le habían dado unos plazos de producción imposibles de cumplir —debía filmar ocho desfiles de una hora en seis semanas— y, para empeorar las cosas, sus presupuestos eran demasiado bajos para tratar el tema debidamente. Pero aun trabajando bajo muchísima presión y en condiciones difíciles —la prensa de todo el mundo había acudido en tropel a París para presentar en términos sensacionalistas las nuevas creaciones de Dior—, hizo un trabajo excelente reuniendo suficiente material para llenar ocho horas de televisión. Hasta encontró tiempo para hacer fotos para *Illustrated*, que informó que Dior volvía a ser la «sensación de la temporada, esta vez al no conseguir alargar sus faldas»¹³. Realmente, las nuevas faldas de Dior eran bastante cortas. Pero lo que más asombró fue lo que las modelos llevaban debajo: medias de seda y ligeros increíblemente provocativos. Durante varios años los proveedores de seda se habían dedicado a fabricar paracaídas en lugar de frívolas medias, y las mujeres de toda Europa se habían enorgullecido de dibujarse una línea recta a lo largo de las pantorrillas. En el presente Capa fotografiaba a modelos ágiles dando vueltas por las pasarelas, con sus vestidos que se levantaban y dejaban ver ornamentados ligeros y medias de seda auténtica, en lugar de los baratos artículos de rayón que los soldados habían utilizado para engatusar a las mujeres liberadas del nazismo.

Obligado a trabajar con arreglo al presupuesto excesivamente reducido de la producción, Capa se dedicó a dilapidar su cuenta de

gastos. Llevó a viejas amigas como Pamela Churchill a cenar a restaurantes lujosos, y bebió vino y comió con varias modelos que el New Look había hecho famosas, entre ellas Bettina Graziani, una cautivadora bretona de belleza melancólica que trabajaba como modelo para Jacques Fath y Dior. La llevó a su restaurante favorito de París: un diminuto bar llamado Chez Anna, llevado por la dueña epónima, que cocinaba platos caseros franceses exquisitos. Él lo adoraba entre otras cosas porque Anna tenía una gallina como animal doméstico que a menudo se posaba en su mesa mientras él se pulía otra botella de champán.

Nacida Simone Micheline Bodin, Bettina había sido rebautizada por Fath —«ya tenemos una Simone; para mí tienes cara de Bettina»¹⁴ y era una de las primeras supermodelos del siglo que en los años cuarenta sólo rivalizaba con la belleza inglesa Barbara Goalen. Capa enseguida se quedó prendado de ella, pero fracasó en sus repetidos avances porque ella ya había conocido y se había enamorado del guionista y novelista Peter Viertel, que se había marchado de Hollywood para ir a París. Capa escoltó a varias de las modelos *cabine* compañeras de Bettina, en particular a «Alla», una imponente oriental de sangre rusa, pero fue con Bettina, la hija pecosa de un ferroviario, con quien trabó una amistad duradera.

Sentada en su elegante piso parisino, Bettina examina varios retratos de Capa y sonrió al recordar su enorme encanto y su pícaro vitalidad. «Capa era una presencia tan poderosa... —dice, mirando un retrato que hizo Ruth Orkin a Capa en su mejor momento—. Cuando llevas una vida tan peligrosa y sabes que puedes perderla en cualquier momento, tiendes a vivirla al máximo y a valorarla de verdad. Él amaba la vida, sus amigos, beber, la buena comida y sobre todo las mujeres guapas.»

Bettina recuerda que Capa era sumamente sexual. Siempre tenía una «mirada pícaro». Ella nunca sabía si bromeaba o no, y era de lo más atrayente porque su arrojo y coraje eran auténticos —probados—, y las mujeres lo sabían. «No era arrogante, y eso también lo hacía atractivo; era consciente de sus debilidades. Era totalmente libre, pero eso le creaba dificultades con las mujeres que querían que cambiara. Yo

siempre tuve la impresión de que buscaba algo que no iba a encontrar, algo que tal vez había perdido: la mujer perfecta, quizá.» Glotón y gran sensualista de enorme encanto natural, el Capa que Bettina recuerda era un superviviente «que vivió tiempos trágicos», pero trascendió los males y los horrores que había conocido para llevar alegría y frivolidad a la vida de los demás.

Los patrocinadores neoyorquinos de Capa no apreciaron tanto sus encantos. Hoy en día esos documentales constituyen el mejor testimonio visual de un renacimiento importante en la moda, pero en 1948 Steinbeck y sus colegas se quedaron decepcionados por su calidad. Steinbeck también se indignó con la cuenta de gastos que presentó Capa, que ascendía a más de mil quinientos dólares, y tras un minucioso examen, World Video se negó a pagarlos. Capa fue castigado por haber malgastado el dinero de la empresa y se vio obligado a vender de nuevo sus acciones. Su aventura en la televisión había terminado con un amargo chasco¹⁵.

Steinbeck y Capa no volverían a trabajar juntos, pero su amistad sobrevivió a la enconada pelea a causa de World Video. Más tarde Steinbeck dijo que Capa tenía muchos amigos pero no tenía a nadie que lo quisiera más que él, y los dos se vieron varias veces más antes de su muerte, tanto en París como en Nueva York. En una de sus visitas a Nueva York fue Capa quien orquestó uno de los encuentros más singulares de la carrera literaria de Steinbeck. Según la mujer de Steinbeck, Gwyn, se pasó semanas tratando de organizar un encuentro entre Steinbeck y el otro coloso literario estadounidense, Hemingway. Cuando ambos escritores coincidieron en una fiesta que se celebraba en Tim Costello, un bar muy frecuentado de la Tercera Avenida de Nueva York, Capa «cloqueó sobre los dos como una gallina clueca». Pero Steinbeck se fue de la fiesta por piernas, contrariado ante la conducta machista y cruel de Hemingway: borracho, éste había partido el bastón de endrino del escritor John O'Hara, regalo de Steinbeck, afirmando que era una imitación barata¹⁶.

Un camino de muerte

El camino a Jerusalén era un camino de muerte.

Illustrated, 5 de julio de 1948

A principios de mayo de 1948 Capa se enteró a través de comunicados de prensa de que era probable que en cuestión de semanas se proclamara el Estado judío de Israel en territorio palestino. Por fin había una noticia que se veía obligado a cubrir. Llegó a Tel Aviv el día 8 y tomó una habitación en el hotel Armon frente al mar. No tardó en averiguar que, entre los demás huéspedes, estaban su viejo colega Quentin Reynolds, que trabajaba para *Collier's*, Kenneth W. Bilby del *Herald Tribune*, a quien había conocido durante la Segunda Guerra Mundial, y Jack Winocour de *Illustrated*¹.

El 14 de mayo Capa se despertó temprano a fin de prepararse para lo que iba a ser un largo e histórico día. A las ocho en punto de la mañana el embajador británico, sir Alan Cunningham, salió de la imponente residencia del gobernador de Jerusalén para pasar revista a la guardia de honor de la Infantería Ligera de las Highlands de Escocia. A continuación se subió a su Daimler blindado mientras las gaitas tocaban un canto fúnebre escocés. A la una de la tarde se dirigió despacio al aeropuerto Kadandia acompañado de una guardia muy armada, y unos soldados arriaron la última bandera nacional británica de la ciudad. Los británicos se habían ido arrastrando los pies, dejando que Palestina se precipitara hacia una guerra segura.

Esa misma tarde, en el Museo de Tel Aviv, David Ben-Gurion dio unos golpes con su mazo para pedir silencio, y toda la atestada sala se levantó y cantó un himno sagrado, el *Hatikvah*: la indicación para que Capa se acercara a Ben-Gurion, el primer ministro de Israel, cuando se disponía a leer la Declaración de Independencia israelí. «Encomendándonos a Dios Todopoderoso firmamos esta Declaración en esta Sesión del Consejo de Estado Provisional en el suelo de la patria, en esta ciudad de Tel Aviv, esta víspera de Sabbath, el 5 de Iyar de 5708, el 14 de mayo de 1948.»

Después de fotografiar el nacimiento de la nación judía, Capa volvió a cargar sus Leicas y documentó la primera sesión del gabinete ministerial de Israel. Al salir a la luz de última hora de la tarde de Tel Aviv, se concentró en la eufórica multitud que atestaba las calles, concretamente en una niña pequeña que ondeaba una bandera israelí. Ella también celebraba el momento que su pueblo llevaba dos mil años esperando. Esa noche estalló la guerra entre Israel y varios estados árabes de alrededor.

La guerra de Israel por la independencia fue la guerra en la que más se implicó Capa personalmente. Es difícil encontrar un ejemplo de algún fotógrafo anterior o posterior a él que haya cubierto una guerra con tanto coraje y tanta brillantez. El «último gran vaquero», en palabras del fotógrafo Jean-Jackes Naudet, que pronto volvería a estar en plena forma, trabajando a una extraordinaria velocidad para hacer el reportaje más dinámico y lírico de su carrera. Tan pronto se arrastraba bajo el fuego cruzado de los francotiradores hasta un puesto de avanzada israelí camuflado en el tejado de una casa árabe, como un momento después charlaba con una atractiva soldado judía nacida en Palestina*. Una noche, según una anécdota seguramente inventada, un reflector recorrió la ladera de una colina, donde se vio claramente a Capa haciendo el amor con una de esas jóvenes combatientes².

* Una de esas mujeres combatientes —judías nacidas en Palestina— tenía un curioso parecido con Bergman. Capa la fotografió maravillosamente seductora con pantalones cortos caqui y una canana colgada despreocupadamente de sus torneadas caderas.

A finales de mayo Capa se reunió con Frank Scherschel de *Life* y el fotógrafo de origen húngaro Paul Goldman, y juntos se dirigieron al desierto de Néguev, donde los israelíes rechazaban un ataque egipcio en un kibbutz de vital importancia estratégica. Más tarde Goldman dijo a Jozefa Stuart que cuando llegaron los tres, lo encontraron casi rodeado. Durante un par de horas permanecieron tumbados en el suelo mientras sobre sus cabezas volaban casi trescientos proyectiles árabes.

—¡Bob, agáchate! —gritó Scherschel—. ¡Te van a alcanzar!

—Esos proyectiles no van dirigidos a mí —replicó Capa, y siguió corriendo³.

Cuando el grupo llegó a la colonia, los acompañaron a unos refugios donde Capa saludó a todos con su «*Shalom* con fuerte acento húngaro». Según Goldman, Capa contó varios chistes para aliviar la tensión y enseguida se vio rodeado de un grupo de admiradoras que estaban impacientes por explicarle sus historias.

«Una vez más la violencia de la guerra ha alcanzado a Robert Capa —anunciaba *Illustrated* en una introducción a un reportaje especial sobre Israel que iba acompañado de más de veinte fotos de Capa, muchas sacadas durante la contienda en el Néguev—. Estas fotos cuentan la historia de las colonias judías —*kibbutzim*— desparamadas entre los pueblos árabes, bajo el fuego continuo de ametralladoras y fusiles por tierra, y de bombas por el cielo... Capa y sus cámaras han captado el clima de la guerra de Tierra Santa, el sufrimiento de la muerte, el peligro que representa la bala de un francotirador. Robert Capa ha encontrado otra guerra⁴.»

Con diferencia, la noticia más dramática que cubrió Capa fue la liberación de Jerusalén. Si parte de la ciudad iba a ser reclamada por los israelíes, era esencial que se abriera una carretera a Tel Aviv antes de que entrara en vigor el 11 de junio de 1948 el alto el fuego acordado por las Naciones Unidas. El hombre responsable de la operación era un singular licenciado de West Point, David Michael Marcus. A lo largo de varias semanas este norteamericano judío nacido en Brooklyn había inspirado al abigarrado ejército israelí bajo su mando a hacer sobrecogedoras hazañas de perseverancia y resisten-

cia. Capa admiraba enormemente su coraje, tenacidad y pragmatismo. Los dos eran veteranos judíos de la Segunda Guerra Mundial e idealistas apasionados detrás de su cinismo aparente.

Sin embargo, Marcus de entrada le encontró un defecto irritante. Según David Eldans, jefe del Departamento Fotográfico de la Prensa Israelí, durante varios días se dedicaron a engañarse mutuamente⁵: Marcus decía a Capa que ciertas zonas eran peligrosas con la esperanza de que se apartara de las zonas de verdadero peligro, pero aunque las unidades de primera línea del frente israelí tenían órdenes estrictas de echar a los corresponsales de las zonas clave de combate, mediante astucia, coñac y encanto Capa siempre se las arreglaba para conseguir una noticia*.

Los corresponsales tenían que ser defensores entusiastas de la causa israelí si informaban desde el lado judío, ya que en cuanto expiró el mandato británico, la censura se había introducido en todos los comunicados de prensa al exterior. Kenneth Bilby escribió después de la guerra que esa censura era «inepta y a menudo tergiversadora». «La cobertura, por regla general, se distinguía por su profunda parcialidad. Sólo llegar te catalogaban, árabe o judío, y era imposible cambiarlo⁶.»

A principios de junio Capa cubrió el mayor logro de Marcus: la construcción de la llamada «carretera de Birmania» para liberar Jerusalén.⁷ En cuestión de días, con los israelíes trabajando sobre todo de noche y a menudo delante de las narices del enemigo, abrieron una ruta a través de montañas y gargantas desiertas. El 8 de junio por la tarde Capa se reunió con Jack Winocour para recorrer la «carretera de Birmania» hasta Jerusalén. Su jeep formaba parte de un convoy que se esperaba que llegara a la ciudad con los medicamentos y ví-

* Durante la guerra no se informó de muchos factores porque éstos habrían minado el mito romántico de la batalla de un David y Goliat en la que los judíos vencían a pesar de tenerlo todo en contra. Los israelíes estuvieron de hecho bien abastecidos desde un principio. Como Bilby se atrevió a señalar, en Estados Unidos la United Jewish Appeal recaudó millones en «dinero contante y sonante» para obtener armas en varios países como Checoslovaquia, «que al parecer tenía pertrechos militares de sobra rescatados de la Alemania nazi o almacenados allí por los ejércitos aliados al marcharse».

veres que tan desesperadamente necesitaba. Al anochecer, Capa y Winocour se ataron sus pañuelos a la cara para protegérsela del polvo y la arena, y apagaron sus últimos cigarrillos de la noche: la más mínima brasa de una colilla podía revelar su posición a los morteros y francotiradores árabes.

Avanzaron por senderos serpenteantes bajo una luna brillante. Cada pocos kilómetros distinguían a la luz de la luna unos letreros pintados a mano que señalaban en caracteres hebreos en qué dirección estaba Jerusalén. Sólo un montón de rocas señalaba un precipicio cercano. Las trampas para tanques se encontraban diseminadas por el terreno. En un pequeño pueblo de montaña Capa se despidió de Winocour para recorrer con Marcus los últimos y más peligrosos trechos de la «carretera de Birmania». A esas alturas Marcus y Capa se llamaban *hadid*, amigo en hebreo. Capa durmió la mayor parte del trayecto a Jerusalén, aunque estuvo varias veces a punto de caerse de un bote del jeep⁷.

El 10 de junio de 1948 por la mañana Capa y Marcus hablaron en el cuartel general provisional de Marcus, el Monastère Notre Dame de la Nouvelle Alliance, a unos setecientos cincuenta metros sobre el desierto de Judea. La tregua acordada entre Israel y los seis ejércitos árabes enfrentados se había fijado para las diez de la mañana del día siguiente. Nadie estaba seguro de si los árabes la respetarían. Marcus temía que, mientras durara la contienda, la «carretera de Birmania» siguiera estando en peligro. Si cortaban la carretera antes del alto el fuego, Jerusalén podía caer. Confiado, Capa dijo en broma que el hotel Eden de Jerusalén ya estaba «preparándose para recibir a Marcus con el más alto honor: un baño caliente de verdad». «Será una experiencia de lo más agradable», añadió.

«Si logro llegar —replicó Marcus—. Puedes estirar una gomita a tope, ya sabes... y la suerte funciona de la misma manera⁸.»

Esa noche Marcus no pudo dormir*. En unas horas escasas fina-

* Marcus sabía que los israelíes habían contenido a los árabes en todos los frentes, pero por los pelos. La mayor parte de Galilea estaba en manos de los israelíes, así como la mayor parte de Jerusalén.

lizaría la larga lucha por crear una patria judía. Hacia las tres y media de la madrugada decidió salir a tomar el aire, se envolvió en una sábana y paseó por el campamento. Volvía a su catre cuando oyó a un centinela gritar: «*Mi sham?*». [¿Quién anda ahí?]

Marcus respondió y siguió andando. Con el viento, el centinela no oyó bien lo que dijo. La figura fantasmal de Marcus se acercaba. El centinela tembló, levantó su arma, puso el dedo en el gatillo. Marcus dio otro paso. El centinela, presa del pánico, apretó el gatillo. Marcus murió en el acto: un disparo en el corazón a las 3.50 de la madrugada del 11 de junio de 1948, seis horas y diez minutos antes de que comenzara la tregua⁹. A las dos y media de la madrugada del día 12 de junio un Capa acongojado despertó a Winocour. «Mike ha muerto», dijo en voz muy baja¹⁰.

En una carta que escribió una mujer que había albergado a Marcus a la esposa de éste, Emma, en Brooklyn, se lee: «Quiero que sepa que cuando sus hombres se enteraron de que Mickey había muerto, lloraron. Esos chicos, la mayoría apenas unos niños, no lloran fácilmente, y la muerte para ellos es algo habitual y aceptado, [...] pero esta vez no les dio vergüenza llorar». La reacción de Capa ante la pérdida de su amigo fue la misma¹¹.

El 13 de junio Capa y Winocour llegaron a Jerusalén. Niños pálidos volvían a sus colegios. Judíos orientales con sus túnicas largas vagaban «como fantasmas»¹² por la ciudad conmocionada por la guerra*. Después de celebrar un funeral en Jerusalén, se anunció que iban

* «Los nuevos judíos de caqui apretaron los dientes en el viento polvoriento y aguantaron —informó Winocour en el número del 3 de julio de 1948 de *Illustrated*—. Durante más de tres semanas han soportado algo más terrible que cualquier ataque aéreo. Han permanecido agachados bajo el fuego de artillería, tan intenso que era imposible irse de allí. Cientos de ellos han muerto. Cientos y cientos más han sido heridos. Los hospitales están llenos de heridos.» Más tarde ese día Capa y Winocour se reunieron con otros corresponsales. Uno de ellos comentó que nunca había visto tantos niños muertos y agonizando por las calles de una ciudad. Había visto a doce colegiales cantando y un momento después a uno de ellos gritando de dolor. Había visto a una niña mirando aturdida el muñón de su brazo. Una vez más los civiles habían pagado un precio muy alto por la «victoria».

a trasladar el ataúd de Marcus a Tel Aviv antes de enviarlo finalmente a Brooklyn. Capa decidió acompañar a Marcus hasta el puerto. Antes de marcharse contó a Winocour los últimos minutos que había pasado con él. Winocour optó por no reproducir la historia en sus reportajes para *Illustrated*. «Es la historia de Capa —escribió—, y él querrá contarle todo algún día a su manera. Yo guardaré silencio¹³.»

Capa nunca contó la historia en letra impresa. Tampoco lo hicieron los otros muchos corresponsales que, como Winocour, sabían de qué manera Marcus, el más famoso mártir de la guerra de independencia israelí, había encontrado la muerte: de un absurdo tiro de uno de sus propios hombres. Según Bilby, ese silencio fue el peor ejemplo de censura de toda la guerra. La versión oficial israelí fue que había muerto en combate de una bala árabe al frente de una patrulla. Capa prefirió no romper filas con los censores, de ahí que callara. Pero dos años después lo hizo Bilby. En su libro *New Star in the East* de 1950 explicó que seguía violando la «censura» israelí.

El 21 de junio Capa estaba de nuevo en Tel Aviv y se disponía a volver a París. Había visto al ejército israelí rechazar a seis naciones árabes. La tregua de las Naciones Unidas seguía en vigor y de los campamentos de la Cruz Roja de Alemania llegaban las primeras oleadas de inmigración en gran escala. En Estados Unidos el presidente Truman había reconocido el nuevo Estado, asegurándole así cierta legitimidad internacional y abriendo las puertas al apoyo militar y económico de Estados Unidos. Pero mientras Capa hacía las maletas, una verdadera guerra civil amenazaba con hacer pedazos los milagrosos logros de los meses anteriores.

El 22 de junio los líderes de Irgun Zvai Leumi, un grupo de derechas, decidió descargar un envío ilegal de armas a bordo de un barco llamado *Altalena*. El alijo de armas era un regalo de unos judíos norteamericanos adinerados que también habían financiado muchos ataques terroristas contra los británicos antes de que expirara su mandato. Descargar las armas habría violado el acuerdo de alto el fuego del 11 de junio con los árabes, y el gobierno de Ben-Gurion anunció que todo intento de hacerlo sería rechazado. Desde un balcón del piso superior del Armon, Capa observó horrorizado cómo las

tropas de Irgun llegaban vadeando a la orilla mientras los soldados de Haganah, leales al gobierno de Ben-Gurion, se preparaban para rechazarlos. Con Bilby y varios más, Capa corrió a la playa, donde descubrió que los irgunistas ya habían instalado una ametralladora. Luego un segundo grupo de irgunistas llegó a la orilla.

«¿Vais a matar a vuestra propia gente? —reprochó uno a las tropas de Haganah—. ¡Bonito recibimiento hacéis a los norteamericanos que hemos traído con nosotros! ¡Han venido a luchar por vosotros y tratáis de matarlos!»

Los dos grupos se enfrentaron cara a cara y Ben-Gurion dio la orden de abrir fuego. Kenneth Bilby vio lo que ocurría a continuación: «Comenzó el fuego en el frente de la playa, donde los pocos irgunistas de la orilla fueron muertos o capturados... Los judíos empezaron a matarse unos a otros a quemarropa en un confuso ejemplo de guerra anárquica. Todos los soldados iban idénticamente uniformados y cualquier persona ajena habría sido incapaz de decir quién disparaba a quién». Observó con incredulidad cómo «un hombre de Haganah disparaba a un irgunista a menos de diez pasos de distancia, levantándole la tapa de los sesos. El irgunista se tambaleó de manera extraña en círculos concéntricos un par de minutos y cayó muerto»¹⁴.

Ben-Gurion también había ordenado la destrucción del *Altalena*, un poderoso símbolo de insurrección. Cuando el barco estalló en llamas, la tripulación que seguía con vida saltó por la borda. El buque de carga que transportaba munición no tardó en prender. Capa oyó «un rugido más profundo» mezclado con el «entrecortado traqueteo de las ametralladoras»¹⁵, y se acercó más para fotografiar a los irgunistas saltando del barco en llamas y nadando hacia la orilla. Durante varios minutos observó cómo los judíos se alejaban del barco en llamas en tablas de surf mientras las balas norteamericanas alcanzaban a otros judíos que eran subidos a ambulancias norteamericanas provistas por la Cruz Roja judía, con el blasón del «Escudo Rojo» de David¹⁶.

De pronto Capa sintió un terrible dolor en la entrepierna. Después de una década en el frente, finalmente lo había alcanzado una bala. Por unos segundos interminables creyó que le habían arrancado de un

tiro los genitales. Pero, por fortuna, la bala sólo los había rozado. Aliviado, volvió cojeando a su habitación del hotel Armon y reservó un vuelo a París¹⁷. Según Irwin Shaw, Capa más tarde decía bromeando: «¡Eso sí que sería el insulto final, que me mataran los judíos!»¹⁸.

A los pocos días de regresar a París, Capa tomaba copas con un ex piloto de caza nocturno llamado Noel Howard en su club nocturno favorito, Chez Carrère, en los Campos Eliseos. Se habían conocido en una cena y habían congeniado enseguida al descubrir que los dos llevaban gemelos regalados por la misma mujer: la ex esposa de Noel.

«Volví tan deprimida —explicó Capa— que todavía tenía la bragueta desabrochada cuando llegué al Lancaster.» Mientras Raymond, el solícito camarero, volvía a llenar las copas a cada momento, Capa dijo que había decidido que él y los demás miembros de Magnum iban a dejar de cubrir guerras. «Habían ido demasiado lejos, o más bien se habían acercado demasiado, en Palestina. Me niego a seguir documentando para la posteridad el juego de estos tipos»¹⁹.

Mientras Capa cubría la lucha israelí por la independencia, la guerra fría había cobrado una nueva intensidad. En todo el verano, la única noticia de interés en Europa, al parecer, había sido el puente aéreo de Berlín. El 18 de septiembre se había establecido un nuevo récord cuando los aviones aliados habían llevado más de seis mil trescientas cincuenta toneladas de suministros a la ciudad, desafiando el bloqueo soviético de hacía tres meses. Unas semanas después Capa partió con Theodore White, el principal corresponsal de la Overseas News Agency, en un oportuno recorrido por tres países del bloque del Este: Polonia, Checoslovaquia y Hungría²⁰. Enseguida encontraron, en palabras del periodista británico Richard Mayne, una tierra yerma que «olía a polvo, aceite, pólvora y metal grasiento; a alcantarillas y verdín; a sudor y vómito, calcetines sucios y excrementos; a decadencia y cadáveres sin enterrar»²¹.

En Europa occidental muchos civiles seguían bregando por comer y vestirse adecuadamente. La severa austeridad marcó a toda una generación en Gran Bretaña. En el país de adopción de Eva Besnyö,

Holanda, los adultos pasaban con los «requisitos calóricos de un niño de seis años». Pero en Polonia lo estaban pasando mucho peor. En Warsaw Capa fotografió un paisaje que parecía tan desolado como Nagasaki. En el gueto de Warsaw, donde habían muerto cuatrocientos mil polacos, el único edificio que se mantenía en pie era una iglesia católica; los soviéticos habían arrasado el resto de la zona. La malnutrición y las enfermedades proliferaban. Sin embargo, milagrosamente, los exhaustos polacos ya estaban trabajando largas jornadas en minas y fábricas recién construidas, y reconstruyendo a fuerza de brazos gran parte de su asolado país.

White y Capa recorrían en coche el inhóspito campo del sur de Polonia cuando decidieron dar un rodeo para visitar un «último monumento conmemorativo atroz»: Auschwitz. El campo de exterminio de más triste fama de los nazis había sido convertido en un museo. Los senderos que Capa recorrió estaban cuidados. Su guía tenía su perorata bien aprendida. No muy lejos de Auschwitz había varias hectáreas yermas que muchos guías, algunos ex prisioneros, temían pisar. Hacia el final de la guerra, los nazis habían decidido que no se deshacían lo bastante deprisa de los cadáveres de los judíos. Era más barato y mucho más rápido arrojarlos sencillamente a fosos y quemarlos. Tres años después, Capa sabía reconocer dónde había habido fosos por el color vivo de la hierba que crecía en el suelo fertilizado por los cadáveres. Los nazis habían estado tan aterrados por escapar del Ejército Rojo en 1945 que habían dejado un par de fosos sin cubrir. Capa los encontró inundados de agua. «Los cuerpos medio carbonizados siguen allí y el agua todavía burbujea —informó White— por la lenta fermentación. Si te inclinas por encima del borde... lo oyes²².»

Cuando Capa llegó a Budapest unas semanas después, la encontró sólo un poco menos lúgubre que como la había visto en su anterior visita de veinticuatro horas. «La Hungría de ayer no es más que un mito —informaba *Illustrated* el 26 de marzo de 1949 en un artículo que iba acompañado de doce de fotos de Capa, varias mostrando un desfile militar de las tropas húngaras recién armadas y apoyadas por la Unión Soviética—. Si hoy en día se menciona el nombre de Kossuth, el gran luchador por la libertad, la gente sólo piensa en

el puente de Budapest que cruza el Danubio y que lleva su nombre. Y el Danubio vuelve a estar rojo de la sangre de las víctimas políticas a quienes los opresores húngaros de tiempos inmemoriales han enviado a la muerte en ese río*.» En lo alto de la colina Saint Gellert, donde en otro tiempo había esquiado, Capa se encontró con que estaban celebrando un funeral en honor a los soldados soviéticos que habían muerto en el sitio de dos meses de Budapest. Los edificios relevantes que había sobrevivido estaban, como lo están hoy, llenos de agujeros de balas.

Durante seis semanas Capa fotografió la ciudad en ruinas y más tarde escribió una crónica ingeniosa aunque superficial para una nueva revista de viajes norteamericana llamada *Holiday*. Tal vez no se vio con fuerzas de contar a sus lectores de gran poder adquisitivo que cientos de años de cultura judía habían sido borrados junto con gran parte de lo que en otro tiempo le había cautivado de la ciudad. Pero daba a entender que había sido sumamente afortunado de salir del país antes de la guerra. El día anterior a su partida fue a que le sellaran el visado de salida. Un hombre de unos treinta y cinco años examinó su pasaporte, lo selló y luego le preguntó a qué colegio había ido. Resultó que el oficial se había marchado dos años después que Capa. «Si hubieras nacido dos años después —dijo—, ahora con tu talento estarías muerto o serías por lo menos secretario de un ministro. Tal como están las cosas, sólo eres un liberal occidental confundido. Esto es el materialismo histórico²³.»

En enero de 1949 la guerra israelí por la independencia terminó con un armisticio formal. Capa se enteró de que Irwin Shaw tenía previsto

* *Illustrated* también informaba: «El juicio y encarcelamiento del cardenal Mindszenty y sus amigos han puesto fin al vasallaje del país que en otro tiempo halló consuelo en Occidente y temió al Este. Ningún otro estado del Cominform ha sufrido tanto. Polonia y Yugoslavia están luchando por conservar su identidad nacional; en Hungría, las tropas soviéticas que se hallan allí aparentemente para vigilar las líneas de comunicación con la guarnición rusa de Austria, son los verdaderos amos».

cubrir la situación de la posguerra para el *New Yorker* y lo convenció para que colaborara con él en el proyecto de un libro: *Report on Israel**. Llegaron a Tel Aviv a principios de mayo, a tiempo para la celebración del primer aniversario de Israel. Uno de sus primeros objetivos fue el presidente Chaim Weizmann, a quien Capa fotografió sentado junto a una piscina con su nieto inglés, David, en su hogar de Tel Aviv. También asistieron a una sesión de la Kneset [el Parlamento israelí] y visitaron los oxidados restos del *Altalena*. Shaw escribió que los niños habían convertido «[el] trágico monumento en un lugar donde jugar y nadaban hasta el barco encallado; los más intrépidos se subían descalzos a él y se tiraban al agua por un costado»²⁴.

«Israel es el lugar más duro y crudo donde se puede vivir hoy —informaba Capa en el número del 27 de agosto de la revista *Illustrated*—. Pero es un lugar donde se oye a los jóvenes cantar por la noche y donde hasta los viejos hablan del brillante porvenir que les espera.» El país ya había cambiado radicalmente desde la apresurada partida de Capa en julio de 1948. En los meses transcurridos desde entonces, Israel se había convertido en el hogar de cientos de miles de jóvenes socialistas que en esos días estaban ocupados construyendo un país nuevo desde cero. A Capa le recordaron a los idealistas que había conocido en Barcelona el verano de 1936, antes de que el fascismo acabara con sus sueños de una nueva nación democrática.

Lo que a esos diligentes fanáticos les faltaba en sentido del humor lo compensaban con optimismo. De hecho, sus esperanzas, reforzadas por la victoria sobre varios ejércitos árabes, se contagiaban rápidamente. Capa advirtió que formaban parte de una gran «asamblea de exiliados» procedentes de exóticas tribus del desierto como los habanim, de entre los esqueléticos supervivientes de Auschwitz y de los guetos y pueblos de toda una Europa asolada por la guerra²⁵. En la ciudad portuaria de Haifa los fotografió llegando a millares cada día. «A los pocos minutos de su llegada los pasajeros, la mayoría sin

* Este libro fue la colaboración de más éxito de Capa con un escritor, muy superior a *A Russian Journal*. El análisis lírico de Shaw y los retratos profundamente compasivos de Capa se combinaban dando lugar a un reportaje de altísimo nivel.

hogar desde hace muchos años y ciudadanos de ningún país, se están convirtiendo en ciudadanos con pleno derecho de Israel —informaba Capa—. Luego son sometidos a un examen médico y se suben a los atestados camiones que esperan.» A continuación estos supervivientes tendrían que luchar contra un nuevo enemigo: el desierto. Para sobrevivir en Israel pronto estarían trabajando largas jornadas para crear colonias, infraestructura básica y suministros de agua*.

Dicho sea en su honor, Shaw advirtió en *Report on Israel* lo mucho que habían sufrido los palestinos árabes con la formación de una nación sionista para los supervivientes del Holocausto. Pero no mencionaba toda la extensión de la diáspora palestina que había creado Israel y en su libro no había una sola foto de un árabe. Para ser justos habría que señalar que Shaw y Capa estaban prevenidos contra cubrir el bando árabe porque habría resultado demasiado peligroso, sobre todo para Capa, que a estas alturas era un judío famoso, aventurarse a entrar en las zonas controladas por los árabes que lindaban con Jerusalén y otras ciudades. Pero Capa sí lo intentó, y para entrar en una Jerusalén controlada por los árabes estuvo dispuesto incluso a disfrazarse de camellero beduino, pese a las advertencias de que probablemente lo matarían si lo descubrían, aunque al final optó, con gran alivio de Shaw, por obtener fotos de la zona árabe a través de un fotógrafo árabe. Sin embargo, en el número del 27 de agosto de 1949 de *Illustrated* sí apareció una foto reveladora. Con el pie «El árabe errante», la foto de plana entera mostraba una «nueva figura trágica», un árabe de mediana edad vestido con ropa tradicional, entre cinco y diez pasos de él. Los separaba un alambre de espino**.

* En la mayoría de las fotos de Capa, los rostros, jóvenes y viejos, irradian alegría. Los hombres sudan de sol a sol vestidos con mugrientos uniformes caqui bajo un calor abrasador. Sus mujeres, muy bronceadas y con la dentadura brillante, andan con dificultad por el desierto con sus calcetines cortos blancos, sonriendo por un comentario descarado de Capa.

** Kenneth Bilby, que también volvió para el primer aniversario de Israel, informaba con más detalle sobre la nueva diáspora árabe en Palestina. En *New Star in the East* afirmaba que los pueblos árabes considerados «inhabitables» habían sido arrasados «para impedir el regreso de sus habitantes». Ochocientos mil árabes ha-

Shaw también recordaba que la mayor parte del tiempo que pasó con Capa en Jerusalén, caminó a la sombra de éste. Capa era un héroe para muchos israelíes gracias a su reportaje de 1948, mientras que Shaw sólo era un norteamericano narigudo con un cuaderno, que sostenía los focos al famoso húngaro. El 4 de mayo se reunió con Capa para cubrir la celebración del primer aniversario de su categoría de Estado y lo vio fotografiar a judíos ortodoxos, a los que pocas veces se fotografiaban, que posaban para él. Shaw también estuvo con él cuando documentó otra emocionante ceremonia de los primeros años de historia de Israel: una procesión que llevaba las cenizas de doscientos mil judíos procedentes de campos de concentración. De nuevo Capa colocó su Leica a pocos palmos de los rostros de las desconsoladas mujeres que juntaban las manos en actitud de súplica en un cementerio cercano a las antiguas tumbas de los reyes de Jerusalén²⁶.

Tras varios días en Jerusalén, Capa regresó él solo a la costa y visitó el campamento de refugiados de Saint Luke, a media hora en coche de Haifa. Esta antigua base militar británica rodeada de alambrada albergaba en el presente a miles de supervivientes del Holocausto. «El “pueblo de la alambrada” —informaba— que ha pasado por tantos campos de concentración en la última década, llega a la tierra de sus sueños para volver a encontrarse una vez más tras una alambrada²⁷.»

Las condiciones eran muy precarias, la comida estaba racionada y las escenas que vio fueron tal vez más conmovedoras que cualquiera de las que había visto a lo largo de su carrera, debido a su interés personal por el destino de los judíos europeos. «El campamento de Saint Luke —escribió con amargura— apenas se diferencia de los campamentos de desplazados que conocí en Alemania. [...] Acostumbrados a esa vida, no tardan en adaptarse a la rutina del campamento. [...] En este nuevo campamento de Babel, los altavoces resuenan atronadores tan incesantemente como en Auschwitz o Belsen²⁸.»

bían abandonado sus hogares en un año de guerra y el Estado judío había colgado un «letrero de “Poco Gratos”... Los árabes de Palestina languidecían en un exilio perpetuo».

Durante varios días hizo fotos angustiantes de niños huérfanos nacidos durante el Holocausto que seguían pidiendo afecto a gritos entre las rocas y la arena de los nuevos campamentos. Siguen siendo las más desgarradoras entre las miles de fotos que hizo de niños desplazados a lo largo de su carrera.

Antes de marcharse de Israel visitó el asentamiento de Gedera, donde deambuló por un campamento que había montado un abogado polaco para judíos ciegos, muchos de ellos yemenitas que padecían tracoma. Una de sus imágenes muestra a una niña conduciendo a tres hombres ciegos a un comedor, tal vez la más simbólica de todas sus fotografías tomadas en el país naciente. «Me acuerdo de cuando Bob volvió de Israel después de fotografiar los campamentos de refugiados —recuerda su prima Suzy Marquis—. Le había afectado profundamente lo que había visto allí. Dejó sus fotos en la oficina de París para que otro las preparara para su publicación. Me dijo que no podía soportar volver a verlas.»

El reino de los sentidos

Capa congregaba a la gente a su alrededor, los alentaba, les enseñaba, a veces hasta les daba de comer y los vestía. La obra de estas personas adquiría una maestría especial, y sin embargo el propio Capa parecía un hombre de vida alegre y desenfrenada que reía y bebía.

Gael Elton Mayo, *The Mad Mosaic*.

Capa recorrió con la mirada la sala atestada de modelos, actrices y debutantes de Upper East Side, como cabía esperar del club nocturno de moda de Greenwich Village, Café Society. Una mujer le llamó la atención: Jemmy Hammond. «Era una morena alta de bonitos ojos grandes y una atractiva nariz recta que siempre envidié —recuerda Jozefa Stuart, que entonces era su vecina y confidente—. Era muy fotogénica y había ido una vez a Hollywood para convertirse en estrella de cine, pero no sabía actuar¹.»

Hammond era una compañera agradable y una gran bebedora, ocurrente y libre y sin compromiso tras divorciarse del productor discográfico John Hammond*. Se convertiría en la novia más formal de Capa hasta el final de su vida. Según su hijo, John Hammond, se enamoró locamente de él al instante, pero lamentablemente él no pudo volver a verla en varios meses porque tenía que regresar a

* Hammond ya era una leyenda en el mundo de la música, y más adelante descubriría a Bob Dylan, Bruce Springsteen y otros muchos.

Europa a la mañana siguiente; tenía un asunto urgente que atender en París.

La agencia Magnum necesitaba con urgencia reclutar a nuevos miembros si quería competir con otras agencias en cubrir las noticias de todo el mundo. Y así, desde 1949 hasta su muerte Capa enroló a varios fotógrafos. Desde entonces la mayoría se han hecho famosos por derecho propio y varios siguen siendo miembros de Magnum: Eve Arnold, Elliot Erwitt, Burt Glinn, Inge Morath y Marc Riboud.

El primer miembro que Capa reclutó fue Werner Bischof, un fotógrafo suizo que le había impresionado con una desgarradora serie de fotografías tomadas en 1946 que mostraban la difícil situación de los niños refugiados de Europa. Ingresó en la agencia Magnum en parte por las ideas políticas de Capa y Chim y su participación en la guerra civil española. Aunque Capa sólo tenía tres años más que él, al principio Bischof lo veía a veces como una figura paterna. Con los años Capa lo animó a seguir su instinto hacia una obra más artística mientras se ganaba la vida, con gran frustración, colaborando para las revistas principales. Al final Bischof se cansó de que Magnum no pudiera proporcionarle el apoyo económico que le ofrecía *Life*, y criticó a Capa por no desarrollarse como fotógrafo. Pero siguió siendo fiel a la agencia. Padre e hijo rebelde estaban destinados a morir sólo con unos días de diferencia².

Inge Morath, austriaca de nacimiento, llegó a París en julio de 1949 y fue en taxi directamente de la Gare de l'Est a la oficina de Magnum, que entonces seguía en el cuarto piso del número 125 de la rue du Faubourg-Saint-Honoré. En el ascensor había un letrero en el que se leía: EL ASCENSOR SUBE PERO NO BAJA. Cuando entró en la oficina, vio que «parecía un apartamento con cocina, cuarto de baño y dormitorio. Sólo la amplia habitación delantera tenía un vago aire de oficina. En ella había una mesa alta para trabajar, un teléfono con un cable largo que podía llevarse por la habitación, unos pocos ficheros y un sofá en el que a menudo dormía cuando no tenía dinero; muy práctico de no ser por la ausencia de sábanas y la llegada muy temprana del conserje cada mañana para limpiar»³.

Esa noche cenó con Capa en Saint-Germain-des-Prés, y luego

bailaron vals por estrechas calles bajo un cielo iluminado con fuegos artificiales. Era el día de la toma de la Bastilla. Morath dice que Capa enseguida se hizo cargo de ella, recomendándole que hiciera de ayudante de Cartier-Bresson y que se buscara ropa elegante. Cartier-Bresson era el fotógrafo «más rápido» que ella había conocido. Aprendió a hacerse invisible como él, llevando ropa corriente, y a tratar de tener siempre en mente la imagen que quería. Él le dijo que mirara las imágenes del revés para «juzgar la composición».

Uno de los primeros trabajos que hizo Morath para la agencia Magnum la llevó a España. «En una fiesta en Madrid conocí al diseñador Balenciaga —recuerda—. Creo que le gusté por mi profesión arriesgada, y me regaló un par de trajes con bolsillos por todas partes para las cámaras y los rollos de fotos. Eran tan elegantes... ¡Todavía guardo uno! Cuando volví a París y se lo conté a Capa, me dijo: “¡Vamos! ¡Invítame a cenar!”. Me puse uno de mis trajes y él exclamó: “¡Uau! ¡Mírate!”. Después de eso Balenciaga me hizo toda la ropa durante mucho tiempo.»

Capa salía a cenar y de copas con sus reclutas, los consolaba cuando tenían desengaños amorosos, les buscaba el encargo ideal y hacía que el trabajo para la agencia Magnum pareciera la más glamurosa de las profesiones. A decir de todos, era un mentor muy inspirador y todos sus reclutas siguen recordándolo con gran afecto. «Era sumamente generoso con su tiempo —dice Morath— y con el dinero cuando tenía. Jamás he conocido a nadie con más olfato para la gente y para sacar lo mejor de ella.»

Inge Morath había llegado a París con uno de los más interesantes y quizá más creativos de los primeros reclutas de Capa, Ernst Haas, descrito por la ex investigadora de la Magnum Inge Bondi como «un joven esbelto y de paso ágil, con una mata de pelo que parecían cascadas en un paisaje chino»⁴. Haas también entró en la Magnum en julio de 1949, después de ser presentado a Capa por el director de *Heute*, Warren Trabant, y rechazar a continuación una oferta de la revista *Life*. Capa le había convencido de que sólo la agencia Magnum le ofrecía lo que él más deseaba: libertad artística. Después de ingresar en la agencia fue a comer con Capa. «Me felici-

citó por haberme convertido en “accionista”», recordaba. Pero ¿qué significaba ser «accionista»? «Significa —explicó Capa— que tu dinero está en Magnum, que Magnum es una empresa sin afán de lucro y que nunca volverás a ver tu dinero»⁵.

Haas se mostró particularmente perspicaz al observar que el fundador de Magnum buscaba en su obra crear una «poesía de guerra, una poesía trágica». «Creía estar en contra del arte, la religión, la poesía y lo sentimental, pero eran sus manos [las que] realmente revelaban su personalidad. Eran tiernas y femeninas, todo lo contrario a su aspecto general, voz y demás. [...] Capa quería afirmar sencillamente: “Estuve allí”, y quería hacerlo sin ninguna composición, de tal modo que experimentarás de verdad la realidad de un acontecimiento. Y uno no compone realmente si sólo aterriza con un paracaídas. Eso es una sensación, y él supo crear esa clase de sensación»⁶.

Poco después de reclutar a Haas, Capa se tomó un bien merecido descanso y se dirigió a uno de sus destinos estivales favoritos al sur, la costa Azul, donde muchos amigos como Irwin Shaw y Peter Viertel tenían alquiladas villas y casas de playa un par de meses al año⁷. La última vez que había estado en ese paraíso estival para ricos fue en julio de 1948, después de volver de Israel. Cuando no jugaba en los casinos, se había dedicado varios días a fotografiar a Pablo Picasso con su hijo de un año Claude y la madre de éste, Françoise Gilot. Uno de sus muchos retratos, que muestra a Picasso con una sombrilla para resguardar del sol a la cautivadora Gilot, es ahora la clásica imagen de la pareja.

Ese verano Capa pasó varios días con Henri Matisse en su casa de Niza, cuyas paredes estaban cubiertas de enormes murales que acabaron decorando una iglesia cercana. Matisse, a sus setenta y nueve años, corpulento y con barba blanca, pasaba la mayor parte del tiempo en la cama con su querido gato al lado, luchando con su artritis. La enfermedad le había dejado los dedos imposibilitados y Capa lo fotografió utilizando un lápiz de carbón sujeto a una cañita de bambú, un método menos doloroso para trazar los contornos de sus dibujos.

Ese mismo verano Capa se alojó con Irwin Shaw y su mujer Marion en la casa de verano que éstos tenían a la sombra de los pi-

nos en Antibes, Villa Shady Rock, que dominaba el Mediterráneo. Una noche poco después de su llegada, Shaw llevó a Capa a su bar favorito, frecuentado por marineros que a menudo jugaban a un extraño juego que consistía en arrancarse vello del pecho. «Los jugadores se metían sencillamente una mano dentro de la camisa, agarraban todo el vello que podían y se lo arrancaban —escribió Shaw—. Luego dejaban el vello con cuidado en una servilleta de papel para que lo contara un árbitro nombrado por su honradez.» El que perdía pagaba la siguiente ronda⁸.

Un día Gijon Mili, fotógrafo de *Life*, apareció en la puerta de los Shaw para apuntarse a la fiesta. Él y Capa hicieron causa común persiguiendo a mujeres por el día y yendo al casino por la noche. «Prestabas [a Capa] los doscientos dólares que necesitaba para devolverte los doscientos que le habías prestado la noche anterior⁹ —recordaba Shaw—, y que enseguida perdía en el casino de Cannes. [...] No era un verdadero invitado ni un verdadero amigo ni nada, era Capa, magnífico y sentenciado...» Las más de las veces Capa volvía a Villa Shady Rock sin blanca pero con una chica o prostituta como premio de consolación. Según el biógrafo de Shaw, Michael Shnayerson, «más de una mañana Shaw tuvo que tomar por asalto el armario de Marion en busca de ropa que las chicas del fotógrafo pudieran ponerse para no escandalizar al vecindario cuando se marcharan»¹⁰.

Según James Salter, un escritor que fue amigo de Shaw en sus últimos años, Capa también quemaba los muebles, pasaba horas interminables sentado «sin hacer nada con la ceniza de cigarrillo amontonándose encima de la ropa»¹¹, y muy pronto la paciencia de Marion Shaw llegó a su límite. Llegó a la conclusión de que Capa había perdido el control sin una guerra que le diera un norte y al final insistió en que tenía que marcharse. Fue Shaw quien le pidió que se fuera, «algo que nunca me he perdonado»¹². Más tarde se inspiró en Capa para su novela *Evening in Byzantium*, en la que el protagonista recuerda a «un invitado que contribuyó en gran medida a estropear» un verano en la costa Azul.

A principios de septiembre de 1949 Capa regresaba en avión a Nueva York. Una mañana otoñal volvió a aparecer en la puerta de

Greenwich Village de Jemmy Hammond. Habiendo llegado a la conclusión de que se había marchado para siempre, ella se alegró mucho de verlo. «Una vez le comenté a Capa que creía que Jemmy era una verdadera belleza —recuerda Jozefa Stuart—. Capa dijo: “No fue eso lo que me atrajo de ella, sino que se alegrara tanto de verme cuando fui a verla de nuevo después de varios meses”. Capa necesitaba realmente afecto.»

Capa y Hammond enseguida tuvieron una relación muy intensa. Pero ella no era libre para seguirlo a París. Tenía dos hijos pequeños de su matrimonio con John Hammond y, de acuerdo con los términos de su divorcio, no podía llevárselos de Estados Unidos. Según John Hammond hijo, los siguientes cinco años hasta la muerte de Capa, ella esperaba a que volviera de su última aventura, pasaría unas semanas con él en París cada verano y de vez en cuando se reuniría con él en los Alpes para esquiar. Con los años Hammond lo apremió para que se comprometiera con ella, pero él no quiso. «Una vez ella me dijo: “Ojalá dejara de ir de acá para allá, apostando sin parar” —recuerda Jozefa Stuart—. “Me iría a vivir a Little Rock, si eso fuera lo que hace falta para llevar una vida normal”.»

Capa no quería por nada del mundo llevar una vida normal; su padre había dado ejemplo de cómo evitar a toda costa la prosaica rutina. Era como si aflojar el ritmo o afincarse en un lugar equivaliera a una muerte lenta. De modo que en vez de eso optó por hacer el papel de *bon viveur* libre y sin compromiso, el *boulevardier* profesional que su padre siempre había aspirado a ser y en quien se había convertido él en esos días. La amiga de la infancia de Capa, Eva Besnyö, recuerda que fue a París a principios de los cincuenta. Capa la invitó a reunirse con él no para cenar tranquilamente como ella esperaba, sino para asistir a un cóctel. El Capa que había conocido durante veinticinco años se había vuelto tristemente «superficial». «Al final nuestra amistad se desvaneció —dice—. Tuve la sensación de que lo había perdido.»

Cuando ella le preguntó si podía conseguir trabajo a través de Magnum, Capa respondió a la mujer que le había iniciado en la fotografía que no servía para la agencia, «no era periodística». Su es-

tética era demasiado abstracta. Es posible que tampoco quisiera tenerla cerca para recordarle a él y a los demás el que había sido: André Friedmann, el joven buscavidas que ella había conocido en Hungría y Berlín.

Otros fotógrafos como Fenno Jacobs, Herbert List, Homer Page y Gisèle Freund ingresaron como corresponsales a tiempo parcial, pero no como miembros de pleno derecho. Más tarde Gisèle Freund sostuvo que Capa le había dicho que era miembro de pleno derecho y ella le había entregado varios cientos de dólares. Cuando dejó Magnum, afirmó que Capa negaba que ella le había dado dinero. «Al final de una carrera increíblemente brillante —ha escrito ella sin resentimiento—, no tenía más que unos pocos trajes bien cortados, aunque su obra en su totalidad tenía un valor inconmensurable»¹³.

En 1951 Maria Eisner tuvo la osadía de quedarse embarazada y Capa ocupó rápidamente su puesto como presidente de Magnum. Pero no tardó en descubrir que ser su cabeza visible era infinitamente preferible al tedio de llevar los asuntos del día a día, y a los pocos meses empezó a buscar a alguien que lo reemplazara. A uno de los que acudió fue Warren Trabant, quien en esos días trabajaba en París para la OTAN. «Yo le había dicho que no quería llevar un club de fotógrafos —recuerda Trabant—. Una agencia de fotos profesional habría sido otra cosa.» También le había dicho a Capa que no quería «cambiar pañales». Esta vez bromeó diciendo que no quería llevar «una guardería».

Hacia Navidad de 1951 parecía que la oficina de Nueva York de Magnum iba a obtener por fin ganancias, unos setecientos dólares. Capa decidió organizar una fiesta en una sala privada del hotel Algonquin y, según John Morris, «anunció que había barra libre para los amigos de Magnum». Empezó a nevar mucho y los bebedores empedernidos «decidieron aplicarse»¹⁴. La cuenta ascendió a mucho más de setecientos dólares y si bien la espléndida tal vez granjeó a Magnum las simpatías de varios directores de publicaciones, irritó a muchos de sus empleados.

Llevar una empresa como Magnum no era el fuerte de Capa. Le gustaba hacerse el hombre de negocios, sobre todo en almuerzos

caros, pero la administración y organización de Magnum enseguida se convirtieron en un oneroso aburrimiento. Era una persona demasiado inquieta, demasiado anárquica para concentrarse en minucias como los balances de cuentas y preocuparse mucho por su balance final.

«[Capa] sabía que era incapaz de adaptarse a una vida normal con una esposa, un empleo fijo y un piso en París o Nueva York en lugar de la agradable transitoriedad de vivir en un hotel —ha escrito su amigo Peter Viertel—. Era un bohemio tan incurable que ni siquiera le gustaba ir a cenar a casa de alguien, prefiriendo los restaurantes y los cafés, y quedarse de pie en la barra hasta bien entrada la noche, hablando con desconocidos¹⁵.»

A Capa le iba el caos, no la disciplina y el orden necesarios para mantener a flote una empresa mediana como Magnum. Tal vez su mejor aptitud como director era encontrar a gente e inspirarla para que trabajara por una miseria. A veces Magnum parecía a primera vista una agencia de modelos debido a la presencia de las investigadoras invariablemente guapas que Capa contrataba para corretear de aquí para allá, atendiendo las necesidades y egos de los fundadores. La más guapa de todas era la talentosa escritora inglesa Gael Elton Mayo, que describió a Capa como «robusto y moreno, con una atracción animal, ardiente», y se derretía cada vez que él se le acercaba y le susurraba algo. «Eres la criatura que me va*.» «Tengo recuerdos encantadores —escribió ella más tarde—. Capa y yo con Chim en la White Tower del Soho; Capa con un cigarrillo casi consumido en los labios, la mirada perdida en una futura noticia mientras Chim se ocupa del menú. [...] Los ojos [de Capa] risueños, entrecerrados; la eterna colilla de cigarrillo; el hecho de que fuera a todas partes pero nunca tuviera un esmoquin¹⁶.» Otro de sus recuerdos imborrables era de Capa jugando al millón en el café de debajo de Magnum, haciendo una mueca a través de las nubes de humo azulado mientras dispara pelotas plateadas a las brillantes luces, hora tras hora.

* Una fotografía facilitada por su hija muestra a Capa besando a Mayo en la frente. Ella parece profundamente enamorada.

Warren Trabant dice que Capa rara vez hablaba de negocios más de unos minutos en el café, que convirtió en la verdadera oficina de Magnum, prefiriendo charlar, copa de vino tinto en mano, de una carrera de caballos, un nuevo restaurante que Chim había descubierto o una partida de póquer planeada hacia tiempo. Los demás a menudo tenían la impresión de que el juego había acabado sustituyendo a la fotografía como su principal ocupación.

Si un auditor independiente hubiera examinado los libros de contabilidad de Magnum de principios de los años cincuenta, habría descubierto irregularidades financieras que hoy constituyen un desfalco¹⁷. Capa echaba mano de los ingresos de sus socios y reclutas para pagar a sus mujeres, ropa cara, restaurantes y, por encima de todo, sus apuestas. No es que fuera a despedirlo la agencia que él había fundado. Los miembros que él había reclutado le debían sus carreras, de modo que había pocas posibilidades de que hubiera una protesta seria contra ese uso irregular de sus ingresos.

Pero su actitud no era deliberadamente fraudulenta. El incondicional de Magnum Elliot Erwit, que ha sido quizá el que más beneficios ha reportado a la agencia de forma continuada en cincuenta años, recuerda haber ido a la oficina de París de Magnum a principios de los cincuenta, o más bien al café de debajo de la oficina. «Capa había ganado una apuesta doble en Longchamps. Entró en el café con un fajo de billetes que dividió y empezó a repartir a todas las personas a las que debía dinero en el café y arriba en la oficina. Cuando terminó tenía las manos vacías.»

Durante el tiempo que fue presidenta, Maria Eisner siempre temió que uno de los fundadores volviera de algún encargo en el extranjero y exigiera que le pagara todos sus honorarios¹⁸. De hecho ocurrió cuando Cartier-Bresson regresó tras haber pasado tres años en la India. Le debían varios miles de dólares y dijo a Capa que necesitaba desesperadamente el dinero.

—¿Por qué? —preguntó Capa—. Tu mujer ya tiene un abrigo de pieles, no necesita otro. Y a ti no te gustan los coches. ¿Qué piensas hacer con el dinero?

Cartier-Bresson quería comprar una casa a un precio regalado y utilizar el dinero para restaurarla.

—He cogido tu dinero porque estábamos prácticamente en bancarrota —replicó Capa.

—Oh, pues podrías haberme avisado.

—No te alteres. Vamos, Preminger está haciendo una película. Ve y haz fotos de la película.

«El dinero no era un problema entre nosotros —declaró más tarde Cartier-Bresson—. Nosotros teníamos que vivir, mientras él jugaba y nos proporcionaba trabajo. Siempre fue así¹⁹.»

Según Suzy Marquis, que tenía la llave de la caja para gastos menores de Magnum, Cartier-Bresson no hablaba de ello con tanta indiferencia. Recuerda discusiones a voz en grito entre Capa y su aristocrático compañero. «Cartier-Bresson pensaba que Capa era de otro mundo —recuerda ella—. Lo apreciaba, pero no lo entendía en absoluto, ni entendía lo que decía la mayor parte del tiempo: su mezcla de inglés chapurreado con palabras de alemán y un poco de húngaro. Cuando se caldeaba de verdad el ambiente, Bob daba un golpe en la mesa. Chim siempre trataba de arreglar las cosas. Al cabo de un rato había una tregua. Al final Henri aceptó que Bob nunca cambiaría. Con tal de que pudiera salir y hacer las fotos de lo que quería cubrir a su manera, estuvo bastante contento.»

La viuda de George Rodger, Jinx, recuerda que la afición al juego de Capa era una preocupación constante entre los cofundadores de Magnum. Su marido discutía con él por dinero, lo mismo que Cartier-Bresson. «Capa perdía el dinero jugando —dice—. No parecía importarle, pero a nosotros si nos importaba. Al final Chim y Cartier-Bresson decidieron que no podían confiar en que las apuestas de Capa dirigieran la agencia. Iban a tener que hacer algo.»

Capa siguió siendo hasta el final no sólo un jugador empedernido, sino también un buscador de sexo anónimo con prostitutas. Si había ganado apostando en un caballo, había prostitutas-modelos fumando Lucky Strike en los bares de los alrededores de los Campos Eliseos, su territorio favorito. Si prefería una visita a un

burdel a un polvo rápido en el Lancaster, estaba La Maison des Nations, donde las habitaciones estaban adecuadamente decoradas para un hombre de gustos tan internacionales: la habitación oriental tenía un tatami y una plancha de madera del monte Fuji. Las chicas eran, por supuesto, deslumbrantemente exóticas y jóvenes. Y si la suerte no le acompañaba, estaban las veinte mil o más *putains* de labios color guinda y excesivamente perfumadas pero de precio económico que merodeaban por los oscuros alrededores de la plaza de la Bastilla, y otros *coins de plaisir* de todo París.

Las obsesiones de Capa tal vez tenían una explicación. Estaba aburrido. «Hay que tener en cuenta que Bob era un hombre de acción —dice Suzy Marquis—. Quería ser testigo de su época. Tenía que estar siempre en movimiento, actuar, estar en el lugar adecuado en el momento oportuno. [...] Toda su vida la pasó yendo de acá para allá, principalmente como una forma de sobrevivir.» Nacido y criado en medio de conflicto, cuanto más tiempo pasaba jugando al millón en un bar lleno de humo de París, haciendo frente a riñas por dinero de la agencia y a discusiones por pies de autores, más echaba de menos tal vez el desafío de la fotografía de guerra. Un contemporáneo suyo que cubrió la Segunda Guerra Mundial admite: «Nunca he tenido un orgasmo que pueda compararse con los subidones que experimentaba tras un día de combate, la adrenalina recorriendo todo mi cuerpo hora tras hora. Era una sensación indescriptible; lo más fuerte que puedes experimentar es estar en la primera línea del frente, bajo el fuego del enemigo, en una guerra».

Capa dijo a sus amigos que odiaba la guerra y se alegraba «de ser un fotógrafo de guerra en paro»²⁰, pero la guerra le había convertido en una leyenda y, si quería mantenerla, tendría que volver al campo de batalla. Sin embargo, también sabía que tenía pocas posibilidades de regresar de la siguiente zona de guerra. Ya había cubierto cuatro guerras, y el hecho de que le hubiera faltado tan poco para morir en Tel Aviv lo había dejado muy perturbado y mucho más consciente de su mortalidad. Tal vez por esa razón no cubrió la guerra de

Corea de principios de los cincuenta, sacrificando así su rango de fotógrafo de guerra preeminente de su generación*.

Varios contemporáneos de Capa sostienen que la guerra de Corea no le motivó lo suficiente para jugarse una vez más la vida en ella. «En una guerra tienes que odiar o amar —había dicho en una ocasión a Martha Gellhorn—, tienes que adoptar una postura o no aguantas²¹.» Pero es posible que hubiera una razón más prosaica: mantenido por Magnum, no necesitaba desesperadamente el dinero. Ver a una potencia imperial matar a campesinos no justificaba aún el riesgo.

* Cubrieron la guerra magníficamente varios fotógrafos, pero tal vez de manera más emocionante el ex marine norteamericano David Douglas Duncan, orgulloso paladín del soldado estadounidense corriente, cuyo estoicismo ensalzó en las páginas de *Life*. Aunque Capa no fue a Corea, su primer recluta, Werner Bischof, fotografió la guerra para Magnum, concentrándose en las víctimas de los bombardeos norteamericanos. Pero como observa Miller en *Magnum*, Capa describió esas fotos como «demasiado compasivas» para venderlas a *Life*, más partidario que nunca de la agresión norteamericana en Extremo Oriente.

¿Cómo es posible que sea viejo?

Bob tenía una manera especial de demostrar que se divertía: con los ojos semicerrados, una sonrisa de oreja a oreja y un cigarrillo entre los labios, reía muy bajito, entrecortadamente. Esperabas que soltara una carcajada, pero nunca lo hacía. En ese ronroneo percibías una gran alegría interior.

NOEL HOWARD, *Hollywood sur Nil*

Mientras otros fotógrafos le robaban la gloria en Corea, Capa salvó a la agencia Magnum de la bancarrota cortejando a varios clientes importantes: el *Picture Post* de Londres, la oficina de relaciones públicas del Plan Marshall y, el más lucrativo de todos, la revista *Holiday* de Ted Patrick. Los frutos de su relación con Patrick y su director de fotografía, Frank Zachary, mantuvieron Magnum al comienzo de la década de los cincuenta.

Zachary recuerda con afecto la obra y la amistad de Capa. El mundano fotógrafo y *bon vivant*, con acceso a la mayoría de los círculos glamurosos, era el «colaborador ideal» para su revista. «Bob tenía un gran sentido del humor y eso se notaba en sus fotos —recuerda—. No mentía en sus fotos, decía la verdad tal como la veía. La ironía era una parte importante de su filosofía visual. Entonces no podías ser judío húngaro y no tener sentido de la ironía*.»

* Para un reportaje sobre París que se publicó finalmente en abril de 1953, Zachary encargó a Cartier-Bresson fotografías en color. Sólo más tarde se enteró de

Capa pasó el invierno de 1950 en los Alpes preparando un largo reportaje sobre esquí para *Holiday**. En su primera visita a Klosters, que prefería a estaciones de esquí más pretenciosas como Davos, Capa se alojó en un hotel llamado el Chesa-Grischuna. El dueño del hotel, Hans Guler, un atractivo ex campeón de esquí, le ofreció una «[habitación] revestida de paneles de madera, con ducha cromada, tres comidas, calefacción y ambiente incluidos, por seis dólares al día»¹.

En el bar del sótano del hotel, donde un pianista tocaba piezas de Chopin y Strauss, Capa conoció a Judith Thorne, una despampanante estudiante del Vassar College, una de las universidades de la Ivy League. Tenía el cabello negro y brillante, mirada pícara, un gran sentido del humor y un cuerpo atlético que hacía que la gente se volviera a mirarla, sobre todo cuando llevaba pantalones de esquí ceñidos, y estaba sola en Suiza en un viaje de seis semanas. Volvió a encontrársela en el bar del exclusivo Grand Hôtel du Mont-Cervin en Zermat, al abrigo del famoso Matterhorn. Esquiaron juntos, con Thorne posando para él, y empezaron una aventura amorosa que duró de forma esporádica tres años².

Mientras viajaba por el mundo con una saneada cuenta de gastos, Capa parecía satisfecho y Eve Arnold lo recuerda animando muchas reuniones con un carisma y un entusiasmo irresistibles**. «Capa era

que Cartier-Bresson odiaba trabajar en color y había pedido a Capa que hiciera las fotos en su lugar. Cuando apareció el número con las fotos de Capa al lado de la firma de Cartier-Bresson, muchos fotógrafos «fueron corriendo a comprar todos los números que pudieran conseguir para ver las primeras y únicas fotos en color de Cartier-Bresson. Se lo tragaron como todos los demás».

* En 1954 Capa recibió encargos de fotografiar y escribir sobre Noruega, Holanda, Jerusalén, Indianápolis, París, Munich, Biarritz y Roma.

** Afirma que Capa y sus colegas fundadores de Magnum fueron para ella una «universidad de fotografía», y que pasó horas en los archivos examinando sus fotos. También recuerda una noche que asistió a una fiesta donde conoció a la escritora del *New Yorker* Janet Flanner, quien conocía a Capa. Cuando Flanner se enteró de que la menuda y apasionada Arnold trabajaba para Magnum, le preguntó por Capa. «Dijo: “¿Qué piensas de las fotos de Capa?”. Respondí: “Bueno, no creo que estén muy bien diseñadas”. Y ella me miró con compasión y dijo: “Querida, la historia tampoco diseña bien”.»

un camaleón que cambiaba sin cesar. No había nada establecido ni fijo en él. Empleaba una enorme cantidad de tiempo, energía y pensamientos contigo. Eso le hacía muy especial.» Está de acuerdo en que Capa era demasiado sensible para que no le afectaran profundamente las «tragedias que había vivido». «Pero nunca lo demostró en mi presencia.» Todavía visualiza a Capa «caminando por los Campos Elíseos con un abrigo sobre los hombros como una capa y un cigarrillo colgándole de los labios. Cómo mantenía el cigarrillo allí, no lo sé, porque parecía tocarle la barbilla. Detrás de él iba una de las supermodelos del mundo, también con un abrigo sobre los hombros. Tenía novias encantadoras».

Los días de Capa en París empezaban con un largo baño en la bañera del hotel Lancaster. Mientras se bañaba leía novelas de detectives baratas —las de Simenon eran sus favoritas— y luego hojeaba los periódicos para estar al corriente de lo que pasaba en el mundo antes de estudiar las carreras de caballos de ese día en Longchamps. «Tumbado en la bañera con el periódico, Capa repartía los encargos que había conseguido —recuerda Inge Morath—. Luego iba a hacer sus apuestas. “Ya lo veis, chicos —nos decía—, tengo que quedarme en el Lancaster porque es allí donde consigo mis contactos. Vosotros no los necesitáis. Os podéis quedar en un hotel barato.” Y sabías que tenía razón. Dios mío, era una persona divertidísima.»

Entre los compañeros de Capa de Longchamps estaban John Huston, Howard Hawks, Irwin Shaw, Gene Kelly y el hijo fabulosamente rico de Aga Khan, Aly Khan. Tanto a Capa como a Huston les gustaba apostar fuerte por el amigo norteamericano de Huston, el jockey Billy Pearson. En una ocasión que Pearson corría en Francia, Capa y Huston reunieron a sus amigos para ir juntos a Longchamps. Los jockeys franceses habían cerrado el paso de manera escandalosa a Pearson en una carrera anterior y, según Huston, el apoyo colectivo formaba parte de un plan para rodearlo en el recinto del ganador y protegerlo de una multitud francesa xenófoba. En cuanto pasó a codazos y latigazos por delante del poste de llegada, el ejército de seguidores de Capa y Huston formaron un cordón protector. Lo des-

calificaron, como era de esperar, pero se quedó satisfecho de haberse vengado de los jockeys franceses³.

Si Capa no iba a Longchamps, comía a menudo en algún restaurante lleno de celebridades. Como Irwin Shaw, después de una botella de buen borgoña le gustaba retirarse para echar un polvo de tarde. A veces llevaba amantes a una suntuosa ex residencia Rothschild propiedad del empresario norteamericano Arthur Stanton, que había conocido a Capa en París después de la liberación de 1944. Stanton le había ofrecido utilizar el piso cuando él no estuviera en París y Capa le había tomado la palabra. Burt Glinn recuerda haberse alojado en el piso, del que se cuidaba un mayordomo marroquí llamado Israel.

«Chim me contó una historia que era típica de Capa. Stanton llevaba años sin pisar París porque estaba muy ocupado. Pero un día llamó a Israel y anunció que preparara el dormitorio principal porque iba a llegar con su mujer. Hubo un incómodo silencio al otro extremo de la línea y entonces Israel dijo a Stanton que el señor Capa estaba en el dormitorio principal con compañía. Stanton apreciaba a Bob, de modo que pidió a Israel que le preparara un segundo dormitorio. Pero Israel tuvo que explicarle que el segundo dormitorio también estaba ocupado por uno de los amigos del señor Capa. Para entonces a Stanton se le estaba agotando la paciencia. Dijo a Israel que fuera a buscar a Capa. Israel dijo que no creía que al señor Capa le gustara que lo molestaran. Hubo un largo silencio mientras alguien iba a buscar a Capa. Al final Capa cogió el teléfono. “Arthur, no te preocupes —dijo—. Tenemos una maravillosa habitación para ti en el hotel Lancaster.”»

Las mujeres con quienes Capa se acostaba en la residencia de Stanton y en el Lancaster variaban mucho, pero todas eran guapas. Pamela Churchill seguía siendo una de las favoritas y recordaba que una tarde Capa la había perseguido riendo por los cientos de escalones que llevaban al Sacré Coeur de Montmartre. Era uno de los muchos hombres pobres con quien ella se había acostado, según contó más tarde a su biógrafo; él «era aficionado al champán y se compraba las camisas y corbatas en Sulka, pero apenas le llegaba para cervezas»⁴.

Un ex redactor jefe del *Washington Post*, Ben Bradlee, se encontró a Capa muchas veces en París cuando trabajaba para *Newsweek* a principios de los cincuenta. «Te caía bien o mal instintivamente. Así de sencillo era con Capa —recuerda—. Todas las mujeres adoraban a Capa. Lo trataban con aire maternal y luego él las follaba hasta dejarlas inconscientes. Su *laissez-passer* consistía en ser ese niño perdido⁵.»

Hedy Lamarr, la provocativa protagonista de la película *Samson and Delilah* [*Sansón y Dalila*] de 1949, fue una de las pocas mujeres que debió de conquistar a Capa en lugar de viceversa. «Me gustan las personas de gran inclinación sexual. Las pocas que he conocido siempre han sido muy sensibles y con talento⁶.» A ella y a Capa se les vio muchas veces juntos en la ciudad, pero tal vez Lamarr era demasiado aficionada a dar órdenes a los hombres en la cama para que su relación fuera más allá de unas vueltas de la ruleta seguidas de un revolcón en sus sábanas de seda. En años posteriores, según las amistades que los han sobrevivido, Capa tuvo ligues de una noche o breves aventuras con otras muchas bellezas de Hollywood. «Nunca mentía a [esas] mujeres —insiste Suzy Marquis—. No prometía nada que no pudiera cumplir, y las mujeres sabían la clase de vida que llevaba. Él no quería seguridad... La idea de vivir el resto de su vida con una sola mujer... no podía ni pensar en ello.»

Si necesitaba un estimulante después del coito de la tarde, Capa se encaminaba al hotel Crillon, frecuentado por periodistas y el mejor lugar de París para recibir «soplos» sobre posibles trabajos en el extranjero o a qué redactor jefe abordar a continuación. Si disponía de tiempo antes de citarse con alguien esa noche, se apuntaba a una rápida partida de *gin-rummy* en el cuarto de los fotógrafos, a veces con Slim Aarons y Gijon Mili, en la oficina del *Time* junto a la plaza de la Concordia.

Uno de sus lugares favoritos para sus citas nocturnas era el bar del hotel California situado frente a la oficina del *New York Herald Tribune*. «Chim me contó que un sábado por la tarde coincidió con Bob e Irwin Shaw allí —explica Burt Glinn—. Chim estuvo muy

callado mientras Capa y Shaw repasaban una larga lista de señoritas de compañía, mujeres realmente atractivas. Llamaron a todas pero, avisadas con tan poco tiempo de antelación, ninguna estaba libre. Al final Chim anunció que tenía que marcharse. Había quedado para cenar. Debió de ser un poco mortificante para Bob cuando Chim dijo con quién había quedado: Ingrid Bergman. Ella y Chim se llevaban muy bien, de hecho gracias a Bob, ya que la conoció a través de él.»

La cena, con o sin acompañante, era en uno de los mejores restaurantes de París, a menudo recomendado por Chim, un glotón consagrado. «Luego [estaba] el Alexandre, en la avenue George V —recordaba el igualmente sibarita Irwin Shaw—, donde cada medianoche se reunían los amigos norteamericanos. [...] Bob Capa arrastrando las palabras en su inglés con acento húngaro, un cigarrillo consumiéndose en sus labios, diciendo: "No soy feliz". John Huston, que estaba en la ciudad para rodar *Moulin Rouge*. [...] Billy Wilder, cáusticamente ingenioso, que también estaba en la ciudad para el rodaje de *Love in the Afternoon* [*Ariane*]. [...] Art Buchwald, con su columna del día siguiente terminada, buscando una partida de póquer⁷.»

A veces seguían partidas de póquer de medianoche, a menudo con Shaw, y con Huston si se encontraba en la ciudad, hasta que por fin Capa salía tambaleándose a las grises calles al amanecer. «Jemmy me dijo que hacia el final a Capa ya no le interesaba realmente el sexo —dice Jozefa Stuart—. Prefería jugar.»

La relación de Capa con Hammond estaba siguiendo las pautas de sus aventuras amorosas con Bergman y Pinky: no iba a comprometerse en matrimonio, y en lugar de ello entraba y salía de su vida. Stuart dice que cuando Hammond iba a verlo a París, contaba con que él se ocupara de ella, y que le cortaba tanto los vuelos que él se sentía en cierto modo aliviado cuando ella regresaba a Nueva York. Pero, como siempre, en cuanto ella se iba empezaba a echarla de menos.

Aunque reacio a atarse, Capa se propuso pasar todas las navidades con Hammond y sus dos hijos. «Cuando Capa nos visitaba —recuerda John Hammond hijo—, mi madre volvía a la vida. Yo les

daba las buenas noches antes de irme a la cama, y siempre los veía muy a gusto el uno con el otro. Costaba no notar el calor que irradiaban cuando estaban los dos juntos. Capa era una especie de figura paterna para mí y para mi hermano. [...] De niño yo pintaba, dibujaba y hacía esculturas, y él me alentaba y me alababa mucho. Mi madre tenía muchos deseos de casarse con él.»

Mientras estuvo en Nueva York, Capa también tuvo tratos con directores como Ted Patrick de *Holiday*, y fue a ver a Cornell y a su nueva esposa, Edie, así como a su madre Julia. Cornell había adoptado el apellido Capa en 1944 tras obtener la ciudadanía estadounidense y en esos días trabajaba para *Life*, gracias en parte a su hermano. Sin embargo, era raro que Capa pasara más de un par de noches con su familia en esas visitas, probablemente porque encontraba a su madre, a quien sus amigos habían apodado «Mamá Oca»⁸, tan dominante como siempre.

A lo largo de los cincuenta, Capa volvería a Europa cada enero para esquiar. Su estación de esquí favorita seguía siendo Klosters, que también era frecuentada por Irwin Shaw, el hijo de Charlie Chaplin, Sydney, y Peter Viertel, quien a menudo se quedaba tomando copas con él hasta entrada la noche en el bar del sótano del Chesa Greschuna. El bar no había cambiado desde la primera vez que Capa había estado allí; todavía tenía los techos de madera tallada, olía a cera de muebles y permanecía abierto hasta que el último cliente se caía de su taburete.

A Viertel le gustaba tanto Klosters que al final pasó muchos inviernos allí con su mujer, la actriz Deborah Kerr. «El día que conocí a Capa —recuerda Viertel, que trabajaba para el servicio de espionaje militar durante la guerra— me dijo: “¡Te conozco, tú eres el espía!”. En aquella época todos teníamos un vínculo que nos unía, volver a la guerra. [...] Lo que me atrajo de él entre otras muchas cosas fue su increíble coraje. Ésa es una cualidad sumamente apreciada en la guerra, aunque deja de serlo en cuanto cesa el fuego. Y era una persona muy divertida. En Klosters lo querían las camareras, las criadas, todos.»

Viertel y otros recuerdan que Capa era un esquiador corriente. A menudo lo acompañaba a las pistas un ocurrente granjero llamado

Peter Hitch, que también trabajaba de monitor de esquí en invierno. Según Viertel, una vez Capa le preguntó qué prefería, ser monitor de esquí o granjero. Peter respondió: «En verano subo a las montañas con las vacas y en invierno lo hago con las damas inglesas. Viene a ser lo mismo». Capa reprodujo más tarde la anécdota en la revista *Holiday*, indignando a los lectores británicos.

Ben Bradlee a menudo se juntaba con Capa y sus compañeros de copas en el bar del Chesa Greschuna. «Una noche Noel Howard apareció con una jovencita descorazonadoramente guapa —recuerda—. No podía tener más de dieciséis. Capa se quedó prendado de ella. Todos lo hicimos. Cuando Howard se fue con ella, tanto Peter Viertel como Irwin Shaw dijeron: “Apuesto a que mañana vuelve la jovencita”. Y así fue, atraída irremediabilmente por Capa. Ni siquiera tenía celos de él. Era divertido de ver.»

Mientras Bradlee se reunía cada mañana con Shaw y otros en las pistas de la montaña más cercana, Gotshnagratt, a menudo Capa se quedaba en la cama. «No recuerdo que esquiara mucho —dice Bradlee—. Estaba demasiado ocupado follando mientras los demás subíamos a las pistas.» Una de sus muchas conquistas en Klosters fue Colette Harrison, la primera esposa de Rex Harrison. «Una rubia guapa y delgada, parecía tener una relación poco seria con Capa —ha escrito Viertel—, como muchas de sus novias de París.» Según la novia de Viertel de esa época, Bettina Graziani, Vivien Leigh también sucumbió una noche a sus encantos. Según recuerda: «Se la veía sola y frágil. Estábamos todos tomando una copa en el bar. Ella bajó y Capa empezó a beber con ella y luego bailaron danzas rusas. Él era increíble, muy divertido. No creo que durara mucho con ella. No sé si alguna vez tuvo una relación con una mujer que durara mucho.»

Según otros contemporáneos de Capa, al amenazar la mediana edad Capa tuvo una profunda crisis de identidad. ¿Qué iba a hacer el resto de su vida si dejaba de hacer el papel de gitano alegre con una Leica colgada del cuello? ¿Era demasiado tarde para reinventarse a sí mismo como un hombre de negocios con éxito al margen de la

fotografía? Él era una fuente de ideas nuevas, el impulso creador de casi todos los proyectos de equipo de Magnum, pero las ideas en sí mismas no garantizaban un futuro económico seguro. Cuando Noel Howard le comentó que podría ser fácilmente un hombre rico, él respondió: «Lo difícil en la vida no es tener ideas, sino hacer que las personas capaces de convertirlas en realidad crean que pueden conseguir las»⁹. Una cosa era segura: ser periodista independiente no era el modo de disfrutar de los grandes gozos de la vida para un hombre de gustos tan maleados. «Si quieres hacer dinero, renuncia a tu trabajo como reportera —decía muchas veces a Gisèle Freund y otros colaboradores de Magnum—. Te ganarás la vida holgadamente, pero nunca te harás rico. Son demasiados gastos»¹⁰.»

También empezaba a estar cansado de tener que mantener constantemente la leyenda Capa, actuando como un donjuán impulsivo y llevando su eterna «máscara de hombre jovial y desenvuelto». «Capa se sentía atrapado —confirma Inge Morath—. Si una noche quería retirarse temprano, no podía irse a la cama. Él era Capa, y Capa siempre se queda levantado hasta las tres de la madrugada y juega al póquer. Sin embargo, estaba cansado de todo ello. Como el que siempre está contando chistes, al final las cosas dejaron de ser graciosas. Había en él una tristeza que podría haber sido parte de su pasado judío, eslavo. Pero creo que era consecuencia de todas las guerras.»

Irwin Shaw, que se había ido a vivir a París en verano de 1951, veía en él al hombre que había visto demasiado:

Sólo por las mañanas, cuando se levanta tambaleante de la cama, Capa deja ver la huella que le han dejado la tragedia y el sufrimiento por los que ha pasado. Tiene la cara gris, los ojos apagados y atormentados por los siniestros sueños de la noche; he aquí por fin el hombre cuya cámara ha contemplado tanta muerte y tanta maldad, he aquí un hombre que desespera y sufre, lleno de pesar, nada elegante ni jovial. Entonces Capa se bebe un fuerte trago, se sacude, ensaya su sonrisa de la tarde, descubre que funciona, sabe una vez más que tiene las fuerzas para subir la deslumbrante cuesta del día, se viste y se encamina despreocupado y estudiadamente alegre al bar de la «21», al Scribe o al Dorchester, todos los lugares donde este hombre sin hogar se siente en casa, don-

de encuentra a sus amigos y los hace reír, y donde sus amigos lo ayudan a olvidar las amargas y solitarias horas sin amigos de la noche que ha dejado atrás y de la que tiene por delante»¹¹.

En 1952 el anhelo de Capa de una vida «deslumbrante», así como su compromiso con Magnum, habían empezado a menguar. En un informe de febrero dirigido a los accionistas de Magnum, Capa decía bromeando: «Después de cinco años la agencia Magnum es solvente y yo estoy en bancarrota»¹². Unos meses después se asignó diez mil dólares para cubrir sus gastos de viaje y representación, pero declinó la oferta de un sueldo por seguir llevando la agencia¹³, diciendo a su hermano Cornell: «¿Crees que quiero que me contraten esos cabrones?»¹⁴.

Hasta enero de 1953 no encontró a alguien dispuesto a dirigir la agencia, siempre con dificultades económicas: John Morris, a quien había convencido para que dejara *Ladies' Home Journal* y se convirtiera en el «director ejecutivo internacional» de Magnum, responsable de las oficinas de París y Londres, por un sueldo de doce mil dólares¹⁵. «Eso no era un acuerdo de negocios —recordaba Morris—. Era una relación, un idilio»¹⁶.» Más adelante ese mes Capa anunció el nombramiento en una reunión del personal de Magnum de Nueva York. «¡Bueno, chicos, a partir de ahora id con los problemas a él!», exclamó señalando al nuevo director ejecutivo¹⁷.

Por la época en que transfirió la responsabilidad de la dirección de Magnum, recibió una carta de la embajada de Estados Unidos en París en la que le pedían que los consultara acerca de su pasaporte. El 7 de octubre de 1952 había solicitado que le renovaran el pasaporte, que expiraba el 5 de octubre de 1954. Lo entregó y se enteró horrorizado de que no iban a devolvérselo. Cuando exigió saber la razón, le dijeron que se sospechaba que era comunista¹⁸. «Todos los contactos y amistades [de Capa] le sirvieron de poca ayuda en ese momento —ha escrito Peter Viertel—. Él nunca había estado afiliado al Partido Comunista, había sido un periodista cuyas simpatías habían estado con los antifascistas, nada más»¹⁹.»

Capa dijo a Noel Howard y a Viertel que había enviado inmediatamente un telegrama a un abogado de Nueva York, Morris Ernst.

Coasesor de la Unión de Libertades Civiles Americanas, había ayudado a la fotógrafa de *Life* Margaret Bourke-White a solucionar el mismo problema, y Capa esperaba que le ayudara a resolver la crisis lo antes posible, porque sin pasaporte no podía trabajar, y necesitaba hacer el reportaje que la revista *Holiday* le había encargado en el extranjero para salir de deudas y ayudar a resolver el serio problema de liquidez de Magnum.

Según un examen minucioso del expediente del FBI de Capa, parecía que su pasado finalmente le pasaba factura.

El primer informe detallado de su expediente del FBI era un resumen solicitado por la oficina de J. Edgar Hoover con fecha del 28 de marzo de 1948. «Se ha informado —afirma el resumen— que el sujeto se afilió al Partido Comunista de FFR durante la guerra civil española cuando vendió sus fotografías a la revista del frente comunista, *Regards*.» El informe daba a los agentes del FBI de Hoover varios ejemplos de las actividades subversivas de Capa:

La edición de 1938 de la revista *Friends of Abraham Lincoln Brigade* publica una serie de fotografías realizadas por el sujeto. [...] El 2 de junio de 1942, un informante comunicó que el sujeto era miembro o miembro honorario de la radical y antifascista Photographic League of New York, con base en el número 31 de la calle Veintiuno Este de Nueva York. [...] El 18 de diciembre de 1947 el *Magyar Jovo*, un periódico comunista en lengua húngara, informaba que el sujeto estuvo presente en una reunión celebrada en el hotel Park Central de Nueva York por el «48 Comité» el 14 de diciembre de 1947. Dicho comité se creó para organizar una peregrinación a Hungría a fin de participar en las celebraciones que iban a tener lugar en 1948 con motivo del centenario de la guerra de independencia húngara de 1948. [...] El sujeto viajó con John Steinbeck por Rusia en el verano de 1947. [...] A su regreso aparecieron en distintos periódicos muchos artículos que documentaban lo que el sujeto y Steinbeck habían observado en Rusia. [...] *The Daily Worker* del 24 de octubre de 1947 dijo que el sujeto, al hablar el día anterior ante la cuarta sesión del Fórum del *Herald Tribune*, había afirmado que el pueblo ruso no quería la guerra y una «tregua en el pernicioso y demencial juego» de

recriminaciones entre Rusia y Estados Unidos recibiría la aprobación inmediata de los rusos*.

Morris Ernst aconsejó a Capa que presentara a las autoridades una declaración completa detallando sus anteriores actividades políticas, y la declaración jurada que resultó de ello fue un largo y fascinante documento en el que daba nombres. Declaraba que «en ningún momento de mi vida he estado afiliado al Partido Comunista»²⁰. En Hungría había «estudiado el socialismo, pero [se] descubrió al instante en desacuerdo con los objetivos y métodos del Partido Comunista». En la Alemania nazi se había vuelto «aún más contrario al Partido Comunista que, en [su] opinión, parecía estar promoviendo el ascenso de Hitler al poder». A continuación explicaba por qué se había cambiado el nombre: ya había «un fotógrafo de renombre llamado Friedman trabajando en Francia».

Sostuvo que su colaboración con *Ce Soir*, «el periódico controlado por comunistas», no significaba que hubiera sido comunista, olvidando mencionar que sólo los simpatizantes comunistas se convertían en fotógrafos de plantilla, y a continuación afirmaba que «el director de *Ce Soir*, Louis Aragon, era comunista». Para recalcar su respetabilidad, pasaba a nombrar a amigos famosos y patrones, como Hemingway y Ed Thompson, el director ejecutivo de la revista *Life*. En un breve párrafo sobre su estancia en China, revelaba que el documental que había hecho allí había sido un esfuerzo propagandístico más, «directamente patrocinado y supervisado por madame Chiang Kai Chek [*sic*]». También mencionaba a su viejo colega y amigo Joris Ivens como «probablemente comunista».

El expediente del FBI de Capa consta de otro documento desclasificado que da a entender que se planteó trabajar para el Departamento de Estado de Estados Unidos. Según un documento, «una fuente

* Gran parte de este material fue facilitado por un informante cuyo nombre en clave era «T-1». En 1953 hubo algunos más. El FBI hasta consultó los archivos policiales de Nueva York en busca de trapos sucios, pero se fueron con las manos vacías.

confidencial de conocida fiabilidad» informaba el 14 de abril de 1953 que Capa nunca había trabajado para ninguna sección propagandística del Departamento de Estado de Estados Unidos. La fuente también afirmaba que «la División de Información [...] había considerado en un determinado momento utilizar a Capa bajo contrato, y siguiendo el procedimiento normal para aprobar al personal contratado, se le entregó a Capa un formulario. [...] Capa se negó a cumplimentar el formulario».

Varias cartas muy censuradas entre la CIA y la oficina de Hoover revelan que durante todo el año 1953 Capa fue vigilado de cerca y objeto de mucha controversia. Su expediente concluye en 1955, un año después de su muerte, con documentación tachada que sugiere información demasiado delicada todavía para que la CIA la haga pública.

El 6 de mayo la señorita Agnes Schneider, jefa de la sección de pasaportes de la embajada norteamericana en París, validó su pasaporte hasta octubre de 1954, «para todos los países excepto los del telón de acero». Merece consideración cómo consiguió que le devolvieran su pasaporte tan deprisa (a los dos meses de que se lo retiraran) cuando otros subversivos sospechosos tuvieron que luchar años y en un caso hasta acudir al Tribunal Supremo.

Es posible que la respuesta sea muy sencilla: Peter Viertel dice que Capa contrató a Henry Hyde, ex jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, el servicio de inteligencia en tiempos de guerra, y le pidió que hablara con la señora Shipley, en esos momentos la directora con fama de reaccionaria de la sección de pasaportes. «Hyde era muy republicano y había sido mi jefe durante la guerra. Tenía una buena relación con Shipley, y al final logró que le devolvieran a Capa el pasaporte sin cobrarle siquiera.»

Pero otros han cuestionado que Hyde ejerciera tal influencia. ¿Es posible que Capa se planteara hacer un trato para recuperar su pasaporte? ¿Entrañaba dicho trato facilitar información a la CIA? Tal vez nunca lo sepamos a menos que la CIA decida revelar qué tratos tuvo exactamente con él. Larry Collins, un periodista amigo de Capa que en esa época tenía una estrecha relación con la CIA como correspon-

sal de *Newsweek*, cree que «Capa habría sido la persona ideal». Warren Trabant, que había trabajado en contraespionaje durante la guerra, dice en broma que Capa «tal vez estaba a punto de convertirse en el último Mata Hari».

El *annus horribilis* de Capa fue de mal en peor. En mayo de 1953 tuvo una hernia discal por llevar equipo fotográfico demasiado pesado. John Morris recordaba que un día el dolor era tan intenso que se tumbó en el suelo de la oficina de Magnum y «lloró»²¹, y que en junio fue a Londres a ver a un especialista de Harley Street. Empezó a tomar grandes dosis de codeína y probó la tracción, pero el dolor no remitió²².

Ese verano Capa volvió al sur de Francia con Jemmy Hammond y se alojó en la villa de verano de John Huston. Peter Viertel recuerda a la mujer de Huston, Ricki, andando descalza sobre la parte inferior de la espalda de Capa mientras éste gemía tumbado en el suelo. «Era penoso ver al antes jovial Capa parcialmente lisiado por algo que no estaba relacionado en modo alguno con las numerosas guerras en las que había participado. [...] A menudo hablábamos de su futuro, pero él decía que estaba cansado de cubrir guerras, cansado de contemplar el horror a través del objetivo de su Leica, [...] cansado de vivir en hoteles horribles en rincones del planeta dejados de la mano de Dios. [...] Su vida personal era igual de incierta. Quería con verdadera devoción a Jemmy Hammond, pero sabía muy bien que nunca sería un buen marido para ninguna mujer»²³.

Capa dijo a Viertel que seguía sintiendo «gran afecto» por la esquiadora norteamericana Judy Thorne, pero cuando estaba con Jemmy pensaba en Judy y cuando estaba con Judy pensaba en Jemmy. No le gustaba que le recordaran que tener a una chica en cada puerto no funcionaba tan bien en tiempos de paz. «Ahora todo es distinto —dijo Viertel—. Ahora es peor tener dos novias que una.» Viertel ya se había enterado de la trágica muerte de Gerda a través de Hemingway. «[Capa] no había superado su muerte y eso quizá le impedía comprometerse del todo en cualquier otra relación»²⁴.

En julio Capa fue a Italia por encargo de *Picture Post* para informar sobre la filmación de *Beat the Devil* [*La burla del diablo*], de John Huston, con guión de Truman Capote y protagonizada por Humphrey Bogart. Huston había escogido un lugar mágico para el rodaje. La ciudad de Ravello estaba en lo alto de las montañas de detrás de Sorrento y era famosa por una suntuosa villa que dominaba el mar. Greta Garbo y Stokowski habían pasado allí unas románticas vacaciones que habían recibido mucha publicidad. Gran parte de la película se rodaba en la villa, rodeada de montañas y construida en terrazas de viñedos y frutales. Muchas noches Capa jugaba al póquer con miembros del reparto y del equipo de rodaje. Bogart y Huston eran los amos: «Bob Capa, que estaba allí para hacer fotos para promocionar la película, y Truman eran nuestras principales víctimas. Los servicios que prestaron a la película resultaron bastante baratos porque continuamente recuperábamos los sueldos que les pagábamos»*.

Capa no podía permitirse que Huston le ganara un solo dólar. En otoño de 1953 estaba en la peor situación económica de toda su carrera. Para pagar sus gastos médicos y los honorarios de Morris Ernst, se había visto obligado a tomar prestados de Magnum varios miles de dólares, agravando el problema de liquidez ya serio de la agencia.

En la última reunión de los accionistas de Magnum a la que asistió, en septiembre de 1953, Capa habló con elocuencia sobre cómo algún día la imagen en movimiento usurparía el lugar de la fotografía. Jinx Rodger recuerda que propuso que los miembros de Magnum

* Una noche, en mitad de una partida, Huston se levantó de la mesa para prepararse un martini. Como recuerda en *An Open Book* [*A libro abierto*], salió a una terraza y se maravilló del entorno. Más abajo había una «bahía iluminada por las lámparas de sodio de los barcos pesqueros [...] formando constelaciones que rivalizaban con las de arriba». Resbaló y cayó con la copa en la mano. Por fortuna, un árbol frenó su caída y cayó al suelo doce metros más abajo de la terraza. No se hizo daño. Pidió ayuda y enseguida lo llevaron de vuelta a la villa, donde se preparó otro martini como si no hubiera pasado nada y volvió a ocupar su sitio en la mesa de póquer.

empezaran a llevar cámaras de filmar*. Iba cincuenta años por delante de su época. Hoy el veterano periodista gráfico Dirck Halstead, ganador de la medalla Robert Capa en 1974, recomienda el doble enfoque de Capa como la única manera de revivificar el periodismo gráfico serio.

El fotógrafo francés Marc Riboud, a quien Capa había reclutado poco antes ese año, recuerda haber ido a ver a Capa ese otoño en Londres a su habitación del hotel Pastoria, llamada «El Cuarto de Apuestas». «[Capa] me había aconsejado que fuera a Londres a aprender inglés y conociera a las chicas de allí. Fui, pero no conocí a ninguna chica. Era demasiado tímido. Pero quedé dos veces con Capa en Londres. Una vez le hablé durante quince minutos mientras él permanecía tumbado en la bañera de su habitación de hotel. Me dijo que la fotografía se había acabado. La televisión iba a tomar el relevo.»

El 22 de octubre, deprimido, todavía con molestias físicas y prácticamente arruinado, Capa celebró su cuarenta cumpleaños. «No puedo tener cuarenta años, ¿cómo puede tener alguien cuarenta años? —dijo a Inge Morath—. No sé cómo voy a soportarlo.» Por Navidad fue a ver a su familia en Nueva York y volvió a Klosters para el Año Nuevo.

Una tarde en las pistas le faltó poco para matarse de una caída. El monitor de esquí Flury Clavadetscher lo salvó justo a tiempo. «Bajábamos una pista muy empinada por encima de una pared de roca. Él llevaba esquís y botas francesas y se cayó; yo salté sobre él, lo agarré de una pierna y paré su caída. Esa noche organizamos una fiesta en el Chesa Greschuna para celebrar que no se había caído por el precipicio. Probablemente se habría matado porque era una caída de unos treinta metros.» Clavadetscher recuerda que Capa era un gran bebedor de whisky y un hombre encantador, pero en esos días se

* «Recuerdo a Bob diciendo a menudo que debíamos empezar a fijar la mira en el futuro. La televisión iba a cambiarlo todo. Todos teníamos la sensación de que Bob no habría seguido siendo fotógrafo. Era un alma inquieta que tenía que hacer continuamente algo novedoso y afrontar nuevos retos.»

percibía en él cierta melancolía, sobre todo por las mañanas, mientras trataba de encontrar su equipo de esquiar y hablaba con Clavdetscher de Jemmy Hammond y otras mujeres. Quería a Jemmy, pero seguía negándose a atarse.

A principios de febrero de 1954, todavía en Klosters, Capa recibió una oferta que no pudo rechazar. Un grupo editorial japonés, Mainichi Press, lo invitó a pasar unas semanas fotografiando Japón. La empresa correría con todos sus gastos y le pagaría una generosa suma, además de proporcionarle las nuevas cámaras de fabricación japonesa para que las utilizara en el viaje. Irwin Shaw también estaba en Klosters ese invierno. «Le había hecho prometerme [a Capa] que no se implicaría en más guerras. Cuando le pedí que me trajera una cámara, me miró de una manera peculiar que debería haberme advertido que no iba a pasar el tiempo en Oriente fotografiando la pacífica rehabilitación de la población civil japonesa.» Shaw lo acompañó a la estación de tren cuando se fue a París: «La orquesta de la ciudad lo despidió [a Capa] con una serenata cuando subió al tren con una botella de champán y la mujer de alguien»²⁵.

Inge Morath recuerda una noche de finales de primavera de 1954, cuando un grupo de reclutas de Magnum bajó al café de debajo de la oficina de París para despedirse de Capa antes de que partiera a Japón. Llevaban muchos años despidiéndose unos a otros, pero esta vez fue distinto. «Fue muy extraño, porque nunca habíamos tenido esa sensación de fatalidad acerca de Capa. Sin embargo esa noche todos la tuvimos. Nos sentíamos fatal. Jugué con él al millón por última vez. Era algo así como triste, porque teníamos la sensación de que él no quería irse.» Capa volvió a pasar la mayor parte de la noche dando golpetazos a la máquina del millón, murmurando qué iba a hacer cuando fuera viejo.

Más tarde, en las calles salpicadas de lluvia, Capa y sus jóvenes reclutas se abrazaron. «*Bonne chance, mon vieux*», dijo Inge Morath al hombre que había sido «un hermano y un padre» para todos ellos. Entonces Capa regresó al Lancaster, donde Suzy Marquis lo encontró en una de las habitaciones del servicio; el gerente del Lancaster había tenido el detalle de instalarlo allí una vez que ya no pudo per-

mitirse pagar los precios normales. Durante años ella había ayudado a Capa a hacer las maletas antes de cada viaje. «Mientras yo le hacía el equipaje, hablábamos —dice ella—. Siempre sabía cómo se sentía acerca de cada lugar al que le enviaban. Al final Bob ya no quería ir a la guerra. Se había quedado muy afectado psicológicamente por todo lo que había visto: nunca habló de ello con los demás, pero conmigo sí que lo hizo.»

Esta vez Suzy se encontró con que ya había hecho las maletas. Él ya le había dicho: «Si tengo que volver a ir a la guerra, me pegaré un tiro, porque ya he visto demasiado». De pronto ella tuvo el presentimiento de que no iba a volver a verlo y de que de algún modo él también lo sabía. «Bob no era de los que escriben. Pero más tarde recibí una carta suya escrita a mano. Terminaba con las últimas palabras que iba a dirigirme: “Vive con inteligencia. Con afecto, Bob”.»



Biblioteques de Barcelona

B. Vapor Vell

C. Joan Güell, 14-22

08028 Barcelona - Tel. 93 409 72 31

Más adelante está el Delta

Tenía esa maravillosa habilidad para llevarse bien con generales y campesinos.

JINX RODGER

Mainichi Press organizó a Capa un conmovedor recorrido por Japón y él comprobó con deleite que allá adonde iba lo agasajaban. Se congregaron grandes grupos para oírle hablar de su trabajo y se formaron largas colas a la entrada de una exposición de sus fotografías en Tokio. «Había cientos de fotógrafos japoneses corriendo detrás de Capa —dice Jinx Rodger—. Era su héroe.» En un telegrama que envió a la oficina de París de Magnum, explicaba que en apenas unos días le habían dado cinco cámaras nuevas, quince objetivos y treinta ramos de flores.

A lo largo de su viaje de seis semanas Capa escogió a los niños como tema principal. También documentó la celebración del primero de mayo en Tokio y varias escenas dentro de distintos templos budistas. Concentrándose en los niños alegres y en los lugares de culto, no tardó en disfrutar por primera vez en años de la fotografía. A su contacto japonés, Hiroshi Kawazoe, le comentó que Japón era el «paraíso del fotógrafo»¹.

Mientras Capa recuperaba parte de su antiguo entusiasmo por la fotografía, en otros lugares los acontecimientos conspiraban para acortar su estancia en Japón. En abril Howard Sochurek, que cubría la guerra francesa en la cercana Indochina para *Life*, tuvo que regresar a San

Francisco por motivos familiares. *Life* necesitaba urgentemente a alguien que lo reemplazara. Según Sochurek, «Ed Thompson [director ejecutivo de *Life*] dijo: “Como vuelves pasando por Tokio, podrías ir a ver a Capa. Tal vez le interese cubrir Indochina en tu ausencia”. Capa exponía sus fotos en uno de los grandes almacenes»².

Life, que sabía que Capa siempre respondía afirmativamente, también le envió directamente un telegrama haciéndole una oferta: dos mil dólares al mes con una póliza de seguro con Lloyd de Londres de veinticinco mil dólares por añadidura. Thompson telefoneó a continuación a Capa en Tokio*. «Mira, no tienes que hacerlo, y sé que no lo harás si no quieres —le dijo—, pero si quieres probarlo un mes o así, ¿qué te parece sustituir a Howard en Indochina?»

Más tarde Thompson insistió en que no «había tratado de camelarlo» para que aceptara el peligroso encargo. Al parecer Capa le dijo que ya tenía una idea para un reportaje titulado «Arroz amargo» que yuxtaponería, «en forma de ensayo, fotos de campesinos en el Delta a la actividad militar»³.

A continuación Capa recibió un telegrama de John Morris de Magnum que recalca lo interesada que estaba la revista *Life* en que aceptara: HONORARIOS SUJETOS A AUMENTO IMPORTANTE SI SE VUELVE PELIGROSO**.

El 29 de abril Howard Sochurek se reunió con Capa en Tokio antes de regresar a Estados Unidos. «Cenamos en el antiguo hotel

* Henry Luce había dado instrucciones a Thompson de hacer un reportaje optimista de la guerra para contrarrestar el reportaje de Douglas, que había llevado al Ministerio de Asuntos Exteriores francés a hablar de «difamación y calumnia».

** Morris ha dicho que llamó a Capa para tratar de disuadirlo. La comunicación era mala.

—Bob, no tienes por qué hacerlo —gritó—, no es nuestra guerra.

—No te preocupes —gritó Capa a su vez—, sólo son unas semanas.

Capa envió después una carta a Morris disculpándose por haberle gritado y explicando que no aceptaba el empleo porque se sintiera obligado a hacerlo, sino porque estaba verdaderamente emocionado ante la perspectiva de volver a aceptar un encargo de verdad. En Japón había recargado y recuperado parte de su entusiasmo por la fotografía, añadía.

Imperial construido por Frank Lloyd Wright —recordaba Sochurek—⁴. Tenía los techos bajos, o esa era la impresión que te daba, pero abajo tenían una parrilla que servía unos bistecs fabulosos. Hablamos desde las siete de la tarde hasta la una de la madrugada de lo que yo había cubierto, de cómo iba la guerra y del peligro que entrañaba. Él no paraba de repetir: “Es una guerra que no he cubierto ni he querido cubrir nunca”. Se veía muy presionado a ir por su hermano. Sé que necesitaba el dinero. Habló brevemente de ello. En esos tiempos se pagaba muy bien*.» Capa aceptó la oferta de *Life* el 30 de abril de 1954 y a continuación cogió un avión a Bangkok⁵.

La estancia de Capa en Japón había coincidido con el épico asedio de Dien Bien Phu. Esperando incitar a las guerrillas de Ho Chi Minh a librar una batalla clásica, los franceses habían decidido construir allí una plaza. Pero mientras lo hacían, las guerrillas del Vietminh y las tropas del Ejército del Pueblo de Vietnam rodearon la ciudadela al amparo de la noche. Con enorme ingenuidad y determinación, el Vietminh también logró trasladar baterías de artillería enteras a través de escarpadas gargantas y montañas hasta tener la plaza al alcance de sus armas.

Cuando el Vietminh atacó a los franceses el 13 de marzo, demostraron al instante lo vulnerables y defectuosas que eran las defensas

* La razón por la que Capa aceptó su último encargo sigue siendo una cuestión emotiva. ¿Le interesaba sacar brillo a su leyenda como el mejor fotógrafo de guerra de su época? ¿Tenía realmente celos de Duncan, cuya cobertura de Corea le estaba convirtiendo rápidamente en la nueva estrella del campo de batalla del periodismo gráfico? Duncan niega que existiera rivalidad entre Capa y él. «Nunca tuve la sensación de competir con nadie en fotografía de guerra —insiste—. Tenías suerte de meter y volver a sacar el culo. Así de sencillo. Es lo más fácil del mundo sacar una foto de alguien al que han disparado. No hace falta ser un genio. Eso es fácil. Lo único que hace falta es conocer tu cámara. Meterte y si tienes suerte salir. Y acercarte todo lo posible.»

«Siempre he pensado —escribió Irwin Shaw más tarde— que si Capa aceptó ese empleo fue para desmentir las acusaciones semioficiales de que era simpatizante comunista.» Peter Viertel descarta esa teoría, señalando que era producto de la obsesión tardía de Shaw por el macartismo en Estados Unidos. «Capa necesitaba realmente el dinero», dice.

francesas. En cuestión de días rodearon la plaza. Aislada del mundo exterior, sometida a fuego constante e inundada por las lluvias monzónicas, las condiciones dentro de Dien Bien Phu se volvieron rápidamente inhumanas. Los hombres enloquecieron. Cientos y más tarde miles de heridos se amontonaban dentro del hospital de la plaza mientras los días se convertían en semanas. El 7 de mayo Dien Bien Phu cayó en poder de los comunistas. El ejército francés había sufrido por lo menos dos mil doscientas bajas durante el asedio. Otros miles cayeron prisioneros.

Capa seguía en Bangkok esperando un visado para volar a Hanoi cuando llegó un telegrama con la noticia de la caída de Dien Bien Phu. Dos días después, el 9 de mayo, llegó a Hanoi, en Indochina francesa. La caída de Dien Bien Phu, que había llenado los titulares de todo el mundo, significaba que Capa iba a ver inevitablemente acción. La liberación de los prisioneros franceses por el Vietminh y la estrategia francesa tras esa derrota aplastante eran en esos días las grandes noticias. *Life* iba a necesitar imágenes convenientemente emotivas.

Esperando encontrar los clubes nocturnos desiertos y la ciudad en luto, Capa visitó restaurantes abarrotados donde se descorchaban con decadente abandono los mejores vinos añejos. Los bares de bambú eran mantenidos a flote por oficiales franceses abrazados a sus menudas prostitutas que chasqueaban la lengua fingiendo odiar a Ho Chi Minh mientras echaban un vistazo a los dormitorios de seda de la competencia⁶.

El fotógrafo Michel Descamps de *Paris-Match* bebió coñac con Capa varias veces en Hanoi.

Era muy buen amigo mío. Nos habíamos visto muchas veces en París, a menudo en el maravilloso bar de la Legión Americana próximo a las oficinas de *Paris-Match*. En Vietnam pasamos mucho tiempo en el club de prensa de Hanoi, ya sabes. Yo le respetaba porque hacía fotos humanas y era muy rápido. Una vez hablamos de *Paris-Match*. A menudo los redactores jefe miraban el nombre del fotógrafo y después la fotografía. Capa dijo: «¡Ven a verme cuando vuelvas a París,

Michel, y estamparé mi nombre detrás de tus fotos, y entonces serás el mejor!».

Tras pasar tres días en Hanoi, Capa acompañó a Descamps y al reportero de *Life* Don Wilson a Luang Prabang, al norte de Laos, para cubrir la evacuación de los franceses heridos de Dien Bien Phu. Según *Life*, una semana después de su caída, sólo «ciento ochenta y tres de setecientos cincuenta y tres»⁷ heridos habían salido de la ciudad asolada, lo que llevó al Vietminh a declarar: «Mirad, nosotros estamos dispuestos a evacuarlos, pero a los franceses no les interesa sacarlos de aquí». Un documental de actualidad inédito muestra a Capa fotografiando a un soldado francés herido. Se le ve en forma, relajado, concentrado y sumamente ligero de pies al precipitarse hacia la camilla para situarse a unos pocos palmos de la cara del hombre. Una de sus fotos muestra a un exhausto soldado con llagas en los pies descansando después de que un helicóptero lo haya dejado en un lugar seguro. En otras imágenes unos hombres calados hasta los huesos conducen a sus camaradas a través de un campamento de tiendas cubierto de un palmo de barro⁸.

En Luang Prabang, Capa descubrió en las orillas del río Mekong un paraje idílico alrededor del Palacio Real. «La ciudad, situada entre montañas de un verde intenso cubiertas de franchipanieros, es el último escenario que imaginarías para una guerra moderna —informaba Don Wilson—. «Entre los soldados que cavan trincheras se elevan las doradas agujas de la pagoda Phousi. Los indicios de conflicto no inquietan a las niñas descalzas que pedalean silenciosamente en sus bicicletas por las umbrosas calles... Pero pregunta al gobernador Tiao Rattava Panya, que lleva un *fedora* de goma verde, y te dirá que los Viets todavía podrían llegar antes de las lluvias⁹.»

El 17 de mayo Capa y Descamps volvieron a Hanoi, donde Capa oyó decir a varios comandantes franceses que no todo estaba perdido, y a uno en particular insistir en que la guerra contra el Vietminh aún podía ganarse. El general René Cogny, un líder de elevada estatura y mucha experiencia, insistió con vehemencia en que lo que hacía falta era una guerra de rápido movimiento, tácticas concebidas para derro-

tar a Ho Chi Minh con sus propias armas. Los franceses debían luchar como intrusos, en pequeños grupos. Capa estuvo de acuerdo con sus tácticas, si bien no con el impulso político que había detrás de ellas.

Durante una visita al cuartel general de Cogny el 21 de mayo a Descamps se le antojó sacar la cámara e hizo entonces la última foto de Capa con vida.

Saqué la cámara e hice una foto, eso es todo. Bob caminaba con un médico, un catedrático de medicina llamado Huard. Poco después me pidió que llevara una cámara a Francia. Me dijo: «Michel, como vas a volver a Francia en un avión militar, no habrá aduana. Pasarás directamente. ¿Te importa que te dé mi cámara y me la devuelves en París?». Y yo respondí: «Está bien, Bob», y la cogí. Pero cometí el error de dar la cámara a Cartier-Bresson de Magnum. Habría sido mucho mejor que me la quedara yo como recuerdo. Más tarde me dije: «Michel, estás loco por haber devuelto esa cámara».

Según Descamps, Cogny y Capa se llevaban bien: «Capa era muy conocido y a Cogny le gustaba mucho la prensa». La hija de Cogny, Marie-Claude, recuerda haber oído a su padre hablar de Capa con afecto hasta que murió en un accidente aéreo en 1967: «Mi padre y Capa pensaban lo mismo sobre cómo debería haberse hecho la guerra». Cogny tenía sentido del humor y era realmente valiente, un soldado de soldados, y Capa enseguida se dio cuenta de ello. «Tanto él como Capa eran de orígenes humildes. Cuando se conocieron, los dos habían viajado mucho. Es posible que los dos se dieran cuenta de ello.»

El 24 de mayo de 1954, bajo un cielo despejado, Capa fue en avión con Cogny a la conflictiva zona del sur del delta del río Rojo. Observó a continuación cómo el general rendía un homenaje militar al Segundo Grupo Anfibio de élite, Primer Regimiento de Caballería de la Legión Extranjera. Se trataba, por supuesto, de un ejercicio de relaciones públicas que pretendía demostrar que los franceses no se habían desalentado, y Capa sabía que sus fotos se acomodarían a la

postura política de *Life*: mostrarían a los franceses desde un punto de vista positivo.

«No tenemos ningún problema cuando luchamos»¹⁰, dijo Cogny a sus hombres lo suficientemente cerca de Capa y otros corresponsales para que lo oyeran, ocultando su amarga tristeza tras la caída de Dien Bien Phu. Había suplicado que le permitieran liberar a la guarnición, pero se lo habían denegado. Liberar a la guarnición habría contravenido las órdenes de la conferencia de paz de Ginebra. Incapaz de salvar a sus camaradas, había permanecido en contacto radiofónico hasta el último momento, experimentando una gran angustia a medida que las voces crepitantes que llegaban por la radio se volvían más desesperadas y asustadas antes de enmudecer.

Esa mañana del 24 Capa vio a Cogny atar un *fanon* tradicional, la cola de un caballo árabe, a los colores del uniforme de la unidad, y a continuación llamar a sus oficiales. «Dien Bien Phu ha sido un duro golpe —dijo—, pero se ha terminado. Debemos pasar página. Debemos mirar adelante y ante nosotros tenemos la batalla del Delta¹¹.»

Durante un almuerzo, el teniente coronel Jean Lacapelle, uno de los oficiales de más alto rango de Cogny, invitó a Capa a acompañarlo en una misión para asaltar y arrasar dos pequeños fuertes, Doaithan y Thantine, situados en una carretera que llevaba del pueblo de Namdinh al de Thaibinh, a poco más de treinta kilómetros al este. Lacapelle le aseguró que sacaría un montón de buenas fotos. Capa aceptó la oferta.

Esa noche en Namdinh, «en un hotel sórdido y lleno de chinches» que llevaba por nombre hotel Moderno, Capa accedió a hacer causa común con John Mecklin de *Time-Life* y Jim Lucas, que trabajaba para *Scripps-Howard* y fue uno de los mejores corresponsales de guerra norteamericanos del siglo xx. Más tarde Lucas cubriría la guerra de Vietnam a los cincuenta años, antes de morir a causa de su adicción al alcohol.

Mecklin, Lucas y Capa se quedaron levantados hasta las tres de la madrugada, estimulados por el coñac de Capa. Capa estaba furioso con la actitud relajada de muchos corresponsales y se mostraba desdeñoso con su trabajo: tenían demasiado miedo a acercarse lo

suficiente para mostrar lo que ocurría realmente en la Indochina francesa. «Puede que ésta sea la última gran guerra —dijo mientras bebía coñac con soda a grandes tragos—. El problema que tenéis los que os quejáis tanto de las relaciones públicas francesas es que no os dais cuenta de que es una guerra de reporteros. Nadie sabe nada y nadie dice nada, y eso significa que un buen reportero es libre de salir y conseguir una exclusiva cada día.»

Capa no mencionó su posición comprometida. Después de todo, cubría la guerra para una revista cuyo director se oponía con vehemencia a la expansión comunista en Extremo Oriente. De hecho, por primera vez en su carrera estaba en el bando equivocado. Luce quería fotos de victorias francesas, no de víctimas del imperialismo. Era muy diferente de la época en que Capa había hecho montajes en España, creyendo tan apasionadamente en la causa que, armado con una Leica, se había convertido en el propagandista más competente de la República.

A las siete de la mañana del martes 25 de mayo, uno de los hombres de Lacapelle pasó a recoger a Capa, Mecklin y Lucas. Capa había preparado una petaca de coñac y un termo de té helado. «Va a ser un gran reportaje —dijo Capa—. Hoy me voy a portar bien. No voy a insultar a mis colegas y no voy a hablar ni una sola vez de la excelencia de mi obra.»

Cruzaron el río Rojo y la columna se dirigió a continuación a Doaithan. A las 8.40 de la mañana se oyeron disparos. Los corresponsales se agacharon instintivamente para ponerse a cubierto. Varios tanques franceses que iban al final del convoy abrieron fuego. Capa bajó de su jeep y empezó a fotografiar a unos campesinos aparentemente indiferentes que siguieron recogiendo arroz en los campos de alrededor.

Mientras el convoy esperaba para reanudar la marcha, Capa se metió por un arrozal para acercarse más a unas mujeres, decidido a llevar a cabo el proyecto de «Arroz amargo» del que había hablado con Ed Thompson de *Life*. La columna volvió a ponerse por fin en movimiento, pero unos minutos después la detuvo una vez más una explosión. Corrió la voz de que un camión había pisado una mina.

Hubo cuatro muertos y seis heridos. A continuación los morteros del Vietminh abrieron fuego. Cuanto más peligrosa y caótica se volvía la situación, más rebotante de energía parecía Capa. Lucas lo vio soportar el fuego de los morteros para subir a un soldado vietnamita herido a un jeep que acto seguido condujo de vuelta a un puesto de avanzadilla para que recibiera atención médica.

En los periodos de calma entre cañoneos, Capa fotografió a un soldado del Vietminh muerto, despojado de su fusil, zapatos y ración de arroz; el cadáver estaba despatarrado sobre un terraplén. Sacó otra foto de un soldado con un detector de minas, y de otros soldados en un arrozal, tratando de localizar un mortero. Se movía con agilidad, consciente como sólo un veterano de cinco guerras con cuarenta años cumplidos puede estarlo del peligro que entrañaba cada nueva foto que hacía. «Se cuidaba de cruzar las zonas expuestas —comentó Mecklin—, pero si veía una buena foto que suponía riesgo, lo corría.»

Un coronel francés invitó a comer a Mecklin, Lucas y Capa en el Dong Q'ui Thon, pero Capa declinó la invitación. Quería seguir haciendo fotos para su reportaje «Arroz amargo», a pesar de que *Life* tal vez no publicara unas imágenes que captaban la injusticia de la guerra. Para huir del sol del mediodía, echó una cabezada debajo de un camión, donde Mecklin y Lucas lo encontraron dormido poco después de las dos de la tarde al volver de la comida. Le preguntaron cuánta película le quedaba.

—Eso es lo que estoy haciendo aquí —respondió él sonriendo—, ahorrar película.

El trío volvió a subir al jeep, que maniobró alrededor de otros vehículos de la columna. A las 2.25 llegaron a un fuerte rodeado de alambrada. Los expertos en demolición colocaban explosivos.

—El reportaje ya casi está —dijo Capa—, pero necesito que el fuerte salte por los aires.

Unos cien pasos más adelante, la columna se vio detenida de nuevo por una emboscada del Vietminh. Los periodistas se acercaron a Lacapelle.

—¿Y ahora qué? —preguntó Capa.

—El Vietminh está en todas partes —respondió el militar.

Capa se subió de un salto a la capota del jeep para fotografiar mejor los morteros que abrían fuego una vez más. Un camión lleno de soldados que iba detrás de los periodistas tocó la bocina varias veces con impaciencia para que siguieran avanzando. Capa se lo tomó con calma. «Es una buena foto», dijo subiéndose por fin al jeep, permitiendo que la columna se pusiera de nuevo en movimiento. A cinco kilómetros de distancia del siguiente fuerte de Thanh Ne, bajo un sol implacable, empezó el combate más encarnizado del día. La artillería, tanques y morteros franceses abrieron fuego detrás de ellos. Respondieron armas pequeñas desde los árboles que rodeaban un pueblo a un kilómetro de distancia. Al cabo de unos segundos, todo lo que se oía era «el silbido esporádico de las balas por encima de nuestras cabezas, así como el angustioso estruendo de las minas y los morteros enemigos».

Capa parecía aburrido.

«Voy a alejarme un poco por la carretera —dijo a Lucas y Mecklin—. Recogedme cuando os volváis a poner en marcha.» A ellos les pareció demasiado peligroso, pero él no hizo caso de su preocupación. «Durante un largo minuto de indecisión —recordaba Lucas— Capa permaneció agachado detrás del armazón de nuestro jeep, listo para saltar hacia atrás o hacia delante, como tanteando el temperamento del fuego del Vietminh. Decidió arriesgarse.»

Vieron a Capa alejarse y a continuación dejar la carretera y empezar a cruzar una zona resguardada entre la carretera y un terraplén. Fotografió a un pelotón avanzando a través de la alta hierba, desplegado contra el húmedo horizonte. Mecklin consultó su reloj. Cinco minutos después se oyó una fuerte explosión. Un teniente francés que andaba cerca trató de bromear, preguntándose: «¿Son así las bombas atómicas?».

—Maldita sea —estalló Lucas—. Allí va la foto que quería Capa.

De pronto llegó un joven vietnamita y habló con el teniente, quien dijo en francés y sin el menor rastro de emoción: «El fotógrafo ha muerto».

—¿Cómo dice? —preguntó Mecklin.

—*Le photographe est mort.*

Mecklin se volvió hacia Lucas. No estaba seguro de si el teniente trataba de ser gracioso de nuevo. «Creo que este tipo está intentando decirme que Capa ha muerto», dijo Mecklin con incredulidad. El teniente asintió y luego deletreó «m-u-e-r-t-o» con marcado acento francés. Otro soldado se acercó corriendo y habló con él. «Tal vez no ha muerto pero lo ha alcanzado un mortero y está muy grave», añadió.

Mecklin y Lucas echaron a correr hacia Capa, recorriendo a gatas la carretera y adentrándose en un pequeño campo. Capa yacía de espaldas en un charco de sangre. Le había volado en pedazos la pierna izquierda que había aterrizado en un foso abierto por una mina. Tenía una grave herida en el pecho y aferraba con la mano izquierda su cámara Contax*.

—¡Capa! ¡Capa! ¡Capa! —gritó Mecklin.

Los labios de Capa temblaron y enseguida dejaron de moverse. Eran las 3.10 de la tarde. Mecklin pidió un médico a gritos. Unos minutos después llegó un francés con una camilla, echó un vistazo a Capa y, encogiéndose de hombros, se volvió para marcharse. Era un caso perdido. En su lugar podía salvar a otros muchos hombres. Pero luego se volvió hacia Mecklin y Lucas y les preguntó: «*Camarade?*». Mecklin asintió y el sanitario volvió a encogerse de hombros y desplegó la camilla.

Colocaron en la camilla el cuerpo destrozado de Capa y corrieron hacia una zona menos expuesta, al otro lado de la carretera. Al llegar a un lugar relativamente seguro, oyeron una gran explosión en la carretera. Había estallado otra mina de tierra, arrojando a tres soldados vietnamitas a una zanja cercana. Los segundos transcurrían despacio. Luego llegó el coronel Lacapelle, quien detuvo con señas una ambulancia para que trasladara el cuerpo sin vida de Capa a Dong Q'ui Thon, a cinco kilómetros de distancia, donde un médico vietnamita declaró muerto a «*le photographe*»¹².

Fuera del puesto médico, Mecklin y Lucas encontraron al jefe de operaciones de la zona, el teniente coronel Jacques Navarre. Mecklin

* La última foto de Capa, la número 11 de la película, mostraba a unos hombres caminando por un terraplén.

le comunicó que Capa había muerto. «*C'est l'Indochine*», respondió él; se volvió y pasó junto al camión a cuya sombra había dormitado Capa poco antes esa tarde.

—¿Es el primer corresponsal norteamericano que ha muerto en Indochina? —preguntó el médico vietnamita.

Mecklin asintió.

—Es una dura forma de aprender para un norteamericano*.

El sol se abría camino por entre la tarde brumosa, blanqueando el polvo, obligando a los jóvenes franceses a cubrirse con las manos sus rostros tristes y quemados al subir el ataúd de Robert Capa a bordo de un C-47 para trasladarlo a Hanoi. En Saigón el general Navarre ya había dado el pésame a la embajada de Estados Unidos. Iban a enterrar a Capa en Hanoi hasta que organizaran su traslado a Nueva York. Cuando el avión aterrizó en la capital, en la pista de aterrizaje esperaba un guardia de honor senegalés.

En el funeral que se celebró en Hanoi, el sol volvió a caer a plomo. Eran los últimos días de la ocupación francesa en Indochina y el general René Cogy, vestido con uniforme de gala, permaneció de pie paralizado de dolor, saludando con una mano rígida a su amigo muer-

* Hubieron de pasar dos décadas y morir sesenta mil jóvenes antes de que Estados Unidos aprendiera lo inútil que puede llegar a ser enfrentarse a un enemigo muy motivado ideológicamente en una guerra de guerrillas en un terreno inhóspito al otro lado del mundo. En realidad, Capa fue el primer corresponsal muerto en lo que después se llamó guerra de Vietnam, conocida por los vietnamitas como «guerra Americana». Lamentablemente, otros más de cien periodistas murieron antes de que los estadounidenses aprendieran la lección de Dien Bien Phu: el Vietnam no debía ser subestimado.

Por un particularmente conmovedor giro del destino, Larry Burrows, un delgado joven de dieciocho años que había pasado cincuenta y dos horas ordenando las fotos del día D de Capa y otros fotógrafos de *Life* también murió en Indochina, trabajando para la misma *Life*. Perdió la vida en 1968 cuando acompañaba a Henry Luce, convirtiéndose en el primer reportero gráfico de guerra británico caído en Indochina. Ganó por ellos la medalla Robert Capa.

to. Cuando terminaron los largos minutos de silencio, se volvió hacia los colegas periodistas de Capa: veteranos curtidos por la guerra, muchos luchando por contener las lágrimas. «Capa ha caído como un soldado entre soldados», dijo. Luego prendió una medalla en la bandera norteamericana que cubría el ataúd de Capa. Era uno de los más altos honores de Francia: la Cruz de Guerra con palma, orden militar. A continuación colocaron varias coronas sobre la tumba provisional de Capa. Una era del servicio de información de prensa del ejército francés. En otra se leía: «*À notre ami*». Era de La Bonne Caserole, un restaurante cercano donde, según Mecklin, Capa había «aterrorizado a los camareros, cautivado a la dueña y enseñado al barman a preparar martinis americanos».

Epílogo

La leyenda

Capa: era un buen amigo y un gran fotógrafo lleno de coraje. Fue mala suerte para todos que lo alcanzaran las estadísticas. Mala sobre todo para Capa. Estaba tan lleno de vida que cuesta mucho creer que está muerto.

ERNEST HEMINGWAY, Madrid, 27 de mayo de 1954

Si bien era tal vez inevitable que Capa muriera en una misión —sabía mejor que nadie que algún día lo abandonaría la suerte—, aun así fue un gran golpe para sus amigos, familiares y colegas de Magnum. Dicen que John Steinbeck se quedó tan deshecho al enterarse de la noticia que vagó durante catorce horas por París, totalmente aturrido. John Hammond hijo recuerda que estaba con su madre Jemmy cuando ésta recibió una llamada telefónica. «No había manera de consolarla... nunca superó su muerte. Fue el gran amor de su vida y cambió cuando él murió. Se volvió retraída, menos sociable, y empezó a beber mucho. Tal vez estén juntos ahora*.»

Los miembros del personal de la agencia Magnum como Inge Bondi, que trabajaba en la oficina de Nueva York, recuerdan con particular dolor el mes de mayo de 1954. «Sencillamente no nos lo creíamos. Fue un momento terrible.» La tragedia se agravó con otra

* Jemmy Hammond murió en 1993. John Hammond hijo dice que nunca dejó de amar a Capa.

muerte en la familia Magnum: el protegido de Capa, Werner Bischof, había muerto el 16 de mayo en un accidente de coche en Perú al caer desde una altura de cuatrocientos sesenta metros tras salirse de una carretera. La noticia tardó nueve días en llegar a Nueva York y lo hizo al mismo tiempo que les comunicaban la muerte de Capa. Fue Bondi quien dio la noticia de la muerte de Werner Bischof a John Morris: «John, tengo una noticia terrible. Werner ha muerto. ¡Ha muerto!»¹.

La muerte de Werner dejó anonadado a Morris, quien había trabajado amistad con él y su mujer, Rosellina, embarazada del segundo hijo del fotógrafo. «Abrumado por recuerdos felices y tristes», Morris volvió a Nueva York desde Chicago. Esa tarde una investigadora de *Life* lo llamó a casa.

—¿Se ha enterado de la terrible noticia? —preguntó.

—Sí —respondió Morris, asumiendo que se refería a Bischof.

—¿Le importa si le hago unas preguntas sobre Robert Capa?

—¿Capa²?

La noticia añadida de la muerte de Capa fue demasiado para un solo día. Logró preparar los obituarios de los dos fotógrafos de Magnum, asegurándose de que los logros de Bischof no pasaran inadvertidos: Capa era famoso, mientras que la grandeza de Bischof aún no estaba muy reconocida. A la mañana siguiente se reunió con Julia y Cornell, que estaban desconsolados. Recuerda que Julia no estaba segura de qué hacer para el funeral del hijo a quien tanto había adorado. Sin embargo, decidió no celebrarlo en el Arlington National Cemetery. «Bob, el mejor fotógrafo de guerra del más sangriento siglo, odiaba la guerra y se burlaba de sus monumentos —ha escrito Morris—. Durante unas horas se consideró seriamente el cementerio Père-Lachaise, en la querida París de Capa, pero había habido demasiadas mujeres en la vida de Bob desde Gerda Taro, que estaba enterrada allí.»

Julia tampoco quería que enviaran a su hijo a una funeraria, como solía ocurrir con los judíos neoyorquinos no practicantes. Era demasiado especial para tener un final tan anónimo. John Morris se había hecho cuáquero recientemente y propuso una ceremonia sencilla en un templo cuáquero de Purchase, cerca de Armonk, a una hora en

coche al norte de Nueva York. Julia sorprendió a judíos como Judy Freiburg al aceptar la propuesta. La ceremonia informal y no confesional de los cuáqueros, confiaba Morris, sería una despedida apropiada.

El domingo siguiente a la muerte de Capa, el templo de Purchase estaba de bote en bote. El fotógrafo Edward Steichen se levantó y anunció: «Os saludamos, Robert Capa y Werner Bischof»³. A continuación se leyeron elogios de todas partes del mundo, incluido un mensaje de Ingrid Bergman. Dos semanas después enterraron a Capa en un cementerio cuáquero de Amawalk, a unos cincuenta kilómetros al norte de Purchase. Al entierro sólo acudieron los miembros de la familia y los amigos íntimos. Inge Bondi se sorprendió al ver a un joven fotógrafo hacer fotos del ataúd mientras lo bajaban a la tumba. Preguntó a Morris si podía pedir al fotógrafo que parara. Éste se acercó a un Direk Halstead de dieciocho años y empezó a amonestarle, pero luego se interrumpió. «Después de todo —dijo a Bondi—, ¿a quién estamos enterrando?»

«Me había enterado de la muerte de Capa la semana anterior —recuerda Halstead—. Estaba estupefacto porque era Capa y yo lo había idolatrado, y porque iban a enterrarlo en la zona que yo cubría para mi periódico... Deambulé por el cementerio y de pronto llegó el cortejo fúnebre y apareció el ataúd. Yo no cabía en mí asombro... iba en una caja de embalaje. No era un verdadero ataúd. En él se leía: ROBERT CAPA, FOTÓGRAFO. Entonces no estaba acostumbrado a ver cuerpos en cajones de embalaje.»

Las fotos de Halstead del entierro de Capa no le valieron un salto en su carrera, pero su encuentro con Morris sí lo llevó a un primer encargo de *Life* en el extranjero. Su posterior carrera le ha visto ganar casi todos los premios más prestigiosos del periodismo gráfico. En 1974 recibió lo que la mayoría de fotógrafos de guerra consideran el galardón por excelencia, la medalla Robert Capa, por su cobertura de Vietnam. *Life* y el Overseas Press Club habían creado la condecoración para rendir homenaje a «la fotografía de primerísima calidad que requiere un coraje y una iniciativa excepcionales en el extranjero»⁵. El primero en recibirla en 1955 fue Howard Sochurek,

a quien Capa había reemplazado en su último y fatal encargo. Cuando en 1993 le preguntaron cómo se había sentido al enterarse de la muerte de Capa, Sochurek respondió: «Me sentí responsable. Era a mí a quien reemplazaba... Si Capa hubiera vivido otros tres días, habría regresado a Tokio»⁶.

«Lo que me atrajo inmediatamente de él —dice Halstead— fue la leyenda, el hecho de que se hubiera inventado a sí mismo, ese gran personaje. Para mí era como Clark Kent convirtiéndose en Superman.» Capa fue el primer fotógrafo que hizo parecer glamuroso y sexy el periodismo gráfico.

Su ejemplo ha inspirado a muchos grandes periodistas gráficos como Donald McCullin, Jim Natchwey y Luc Delaheye de Magnum, así como a Halstead: todos han ganado la medalla Robert Capa. Como Steinbeck escribió en un panegírico a Capa: «La influencia de Capa se encontrará en los hombres que trabajaron con él. Toda su vida llevarán consigo una pequeña parte de Capa que tal vez transmitan a los jóvenes que los sucedan»⁷.

Los demás fundadores de Magnum —George Rodger, Henri Cartier-Bresson y el mejor amigo de Capa, David Seymour, Chim— hicieron voto de mantener Magnum a la muerte de Capa, su cabeza visible, y de Bischof, uno de sus reclutas más prometedores. Trágicamente, en 1956 una ametralladora egipcia mató a Seymour cuando cubría la crisis de Suez. Pese a la pérdida de dos de sus fundadores en apenas un par de años, Magnum siguió resistiendo. Con gran sorpresa de muchos, la invención de Capa ha sobrevivido hasta el día de hoy, aunque su prestigio no es el que fue en la época de apogeo del periodismo gráfico de los años cuarenta y cincuenta, antes de que la televisión usurpara el lugar de la fotografía como el principal medio para transmitir información visual al mundo.

A la muerte de su hermano, Cornell Capa dejó su empleo en *Life* y se dedicó a mantener a flote la agencia Magnum. A finales de los cincuenta se dedicó a sacar brillo a la reputación de su hermano, así como de periodistas gráficos posteriores que han consagrado su vida a lo que llamó «fotografía comprometida». Con tenacidad y astucia fundó en los años setenta el Centro Internacional de Fotografía en

Nueva York, que hoy en día es la institución más influyente de su clase. Su madre Julia murió en 1961 y está enterrada junto a Robert Capa en Amawalk. Hasta el día de su muerte siguió idolatrando a su hijo predilecto.

El mayor legado de Capa no es una institución, ni una medalla, ni el inspirador ejemplo que dio. Son, como sucede con cualquier fotógrafo, sus fotografías. «Durante el breve tiempo que estuvo entre nosotros vivió y amó mucho —escribió Cornell sobre su hermano en abril de 1999—. Lo que dejó fue la narración de su viaje único y un testimonio visual que afirma su fe en la capacidad del ser humano para aguantar y de vez en cuando para superar las dificultades»⁸.

Notas

En la extensa bibliografía se detallan las fuentes primarias y secundarias. No se especifica la fuente cuando se deduce del texto que la persona citada ha sido entrevistada por el autor. En el apartado de «Agradecimientos» se facilita una lista completa de las personas entrevistadas. Cuando se menciona en el texto la fuente (en la mayoría de los casos, la fecha del número de la revista), no se repite la referencia en las notas.

A CINCO MIL KILÓMETROS DE OMAHA

Pasé varios días en Bedford, hablando con los supervivientes de la Compañía A. El profesor Bill McIntosh me proporcionó una nueva percepción de lo que había significado el día D para la ciudad de Bedford. Una estancia de varios días en Normandía, concretamente en Caen, y una visita al magnífico museo conmemorativo de Bayeux y a las playas de Normandía, me permitieron comprenderlo aún mejor. Véanse otras fuentes en la bibliografía y el capítulo 13 de este libro.

1. John Steinbeck, *Popular Photography*, septiembre de 1954.
2. Robert Capa, *Slightly Out of Focus*.
3. Entrevista con el autor.

1. CONVERSACIÓN EN BUDAPEST

A finales de los años cincuenta la escritora Jozefa Stuart llevó a cabo una extensa investigación para una biografía de Capa que decidió no concluir. Todas las anécdotas de la niñez de Capa están necesariamente basadas en gran medida en su obra; de hecho, la obra de 1985 de Richard Whelan reconoce que todos los biógrafos están en deuda con Stuart, quien realizó la única entrevista a Julia antes de su muerte en 1961.

Para mi versión de la niñez de Capa yo también me he apoyado en la obra de Stuart y en las entrevistas que le hice. Las personas que cito a continuación me prestaron una gran ayuda: la fotógrafa Liesl Steiner, amiga íntima de Julia al final de la vida de ésta; la veterana periodista gráfica húngara Éva Keleti, enormemente entendida y solícita antes y después de mi visita a Budapest en septiembre de 2000; Karoly Kincses, otro húngaro experto en fotografía; las entrevistas a Cornell Capa, sobre todo una de la excelente colección de entrevistas efectuadas por John Loengard a los veteranos de *Life*; y por último pero no menos importante, la singular Eva Besnyő, la única amiga y confidente de la infancia de Capa que aún vive.

Estoy asimismo en deuda con Katya Steiner, que me hizo un valioso recorrido por los sitios favoritos, casas, colegios y otros lugares importantes de la niñez de Capa. Véanse detallados en la bibliografía los libros sobre Budapest y Hungría que me proporcionaron el contexto histórico. Particularmente reveladora fue la obra de John A. Lukacs, *Budapest 1900: A Historical Portrait of a City and its Culture*, págs. 92-96.

La primera parte se basa en gran medida en el documental que hizo Capa para las revistas *Holiday*, noviembre de 1949, e *Illustrated*, 26 de marzo de 1949.

1. John Hersey, «The Man Who Invented Himself».
2. *Ibidem.*
3. György Markos, «My Friend Capa».
4. *Ibidem.*
5. Para más detalles sobre el nacimiento y primera infancia de Capa, véanse Richard Whelan, *Robert Capa*, y el manuscrito de Jozefa Stuart junto con las transcripciones de las entrevistas realizadas en el International Center of Photography, Nueva York.
6. Whelan, *Robert Capa*, y Jozefa Stuart, *Ibidem.*
7. Adam de Hegedus, *Hungarian Background*.
8. Julia Friedmann, entrevista con Jozefa Stuart.
9. Whelan, *Robert Capa*.
10. Expediente del FBI, declaración jurada, firmada por Capa el 3 de octubre de 1952 ante Jerome Weiss, notario público del estado de Nueva York, N.º 24-4207225, pág. 2.
11. *Capa and Capa: catalogue for exhibition of pictures at International Center of Photography*.
12. *Ibidem.*
13. *Ibidem.*

2. BÁRBAROS EN LAS PUERTAS

1. Para el incidente de frau Bohem y la desesperación de la pobreza de Berlín, véase Suzy Marquis, entrevista con el autor, abril de 2000, París.
2. Expediente del FBI, declaración jurada de 1953, pág. 2.
3. Para Dephot, Felix Man y Guttman, véase Gisèle Freund, *Photography and Society*.
4. Jay Deutsch, director de la Leica Gallery de Nueva York, fue particularmente útil al proporcionarme información histórica sobre la Leica.
5. Para el incidente de Lechenperg, véase Richard Whelan, *Robert Capa*.
6. «Aufnahmen: Friedmann-Dephot», *Der Welt Spiegel*, 11 de diciembre de 1932, pág. 3.
7. Eva Besnyő, *Eva Besnyő*.
8. Eva Besnyő, entrevista con el autor.
9. Para más información sobre la agencia de viajes Veres, los detalles de su regreso a Hungría y su partida a París, véanse Whelan, *Robert Capa*, y Jozefa Stuart, biografía de Robert Capa, manuscrito incompleto, International Center of Photography, Nueva York.

3. EL HOMBRE QUE SE INVENTÓ A SÍ MISMO

Para este capítulo me he basado en mis entrevistas a los contemporáneos de Capa que aún viven: Jozefa Stuart, Ruth Cerf, Pierre Gassmann y Suzy Marquis. También me he apoyado en el artículo de John Hersey publicado por *47 Magazine*, «The Man Who Invented Himself», y en la exhaustivamente documentada biografía de Gerda Taro escrita por Irme Schaber (*Gerta Taro, Fotoreporterin im spanischen Bürgerkrieg: eine Biografie*), así como en los primeros reportajes para revistas que hizo Capa. Schaber tuvo acceso a los archivos estatales sobre Capa que se hallan en el International Center of Photography y obtuvo parte de su información de las numerosas y largas entrevistas que realizó Jozefa Stuart.

1. John Hersey, «The Man Who Invented Himself».
2. Hervé Le Goff, *Pierre Gassmann*.
3. De un poema de Henri Cartier-Bresson, enviado al autor con autorización para citarlo en su totalidad.
4. Henri Cartier-Bresson, *The Decisive Moment*.
5. Entrevista de Pierre Gassmann con el autor.
6. Whelan, *Robert Capa*.
7. Para más información sobre Gerda y su primer encuentro, consúltese

entrevista a Pierre Gassmann, abril de 2000; entrevista a Ruth Cerf, abril de 2001; entrevista a Irme Schaber, octubre de 2000; Schaber, *Gerta Taro*.

8. Schaber, *Gerta Taro*.
9. Whelan, *Robert Capa*.
10. *Ibidem*.
11. *Berliner Illustrierte Zeitung*, 20 de junio de 1935.
12. *Ibidem*.
13. *World Illustrated*, 14 de abril de 1936.
14. Schaber, *Gerta Taro*.
15. *Ibidem*.
16. Whelan, *Robert Capa*.
17. Cornell Capa, entrevista a John Loengard, en *Life Photographers: What They Saw*.
18. Whelan, *Robert Capa*.
19. Hersey, «The Man Who Invented Himself».
20. Entrevista radiofónica, Radio WNBC (Nueva York), 20 de octubre de 1947.
21. La información sobre Kertész, *Vu* y Vogel está basada en las entrevistas al profesor Hans Puttnies, así como en *Photography and Society*, de Gisèle Freund, y el ensayo de Dominique Baqué, *André Kertész. His Life and Work*, págs. 83-197.
22. Hersey, «The Man Who Invented Himself».
23. *Ibidem*.
24. Revista *Vu*, 8 de julio de 1936.
25. *Ibidem*.
26. Sobre la agencia Alliance y los encargos que hizo Capa para ella, así como su relación con Eisner, véase también Gunther, *Alliance photo*.

4. LA GUERRA APASIONADA

1. Ernest Hemingway, prólogo a *Great Crusade* de Gustav Regler.
2. Martha Gellhorn, «Till Death Do Us Part», *Two by Two*.
3. Schaber, *Gerta Taro*.
4. Gustav Regler, *The Owl of Minerva*.
5. Schaber, *Gerta Taro*.
6. Richard Whelan, *Robert Capa*.
7. *Ibidem*.
8. Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*.

5. «MUERTE DE UN MILICIANO»

1. «Heart of Spain—Robert Capa's photographs of the Spanish Civil War», *Aperture*, Nueva York, 1999.
2. *Ibidem*.
3. Jimmy Fox, e-mail al autor, abril de 2000.
4. *New York World-Telegram*, 2 de septiembre de 1937.
5. Hansel Mieth, carta a Richard Whelan, 19 de marzo de 1982, citada con autorización de Georgia Brown y el Center for Creative Photography.
6. Gisèle Freund, *Photography and Society*.
7. Phillip Knightley, *The First Casualty*.
8. *Ibidem*.
9. Revista *Vu*, 23 de septiembre de 1936.
10. Georges Soria, Robert Capa y David Seymour, Chim, *Les grandes photos de la guerre d'Espagne*.
11. *Ibidem*.
12. Mario Brotons Jorda, *Retazos de una época de inquietudes*.
13. Rita Grosvenor y Arnold Kemp, «Spain's Falling Soldier Really Did Die That Day», *Observer*, 1 de septiembre de 1996.
14. Caroline Brothers, *War and Photography*.

6. «LA PAQUENA RUBENA»

1. Jay Allen, prólogo a Robert Capa y Gerda Taro, *Death in the Making: Photographs by Robert Capa and Gerda Taro*.
2. Schaber, *Gerta Taro*.
3. Regler, *The Owl of Minerva*.
4. *World Illustrated*, 2 de enero de 1937.
5. Bernard Knox, «Remembering Madrid», *New York Review of Books*, 6 de noviembre de 1980.
6. Peter Weyden, *The Passionate War*.
7. Capa, *Slightly Out of Focus*.
8. Carta al director, *47 Magazine*, octubre de 1947.
9. Jimmy Shute, citado en Raymond Fielding, *The March of Time, 1935-1951*.
10. *Ibidem*.
11. *Ibidem*.
12. Alfred Kantorowicz, *Spanisches Tagebuch*.
13. *Ibidem*.

14. *Ibidem.*
15. Doctor Norman Allan, biografía inédita y sin título de su padre Ted Allan, que contiene las memorias extensamente citadas de Allan. Autorización para citarla por cortesía del doctor Allan.
16. *Ibidem.*
17. La información sobre Cockburn proviene de Peter Weyden, *The Passionate War*.
18. Norman Allan, biografía inédita.
19. *Ibidem.*
20. Weyden, *The Passionate War*. El Comité de No Intervención se creó para impedir la participación extranjera en la guerra civil. El comité estaba formado por delegados de veintisiete países; fue objeto de muchas burlas por su total ineficacia y el ministro de Asuntos Exteriores nazi, Joachim von Ribbentrop, se refirió a él como el «Comité de Intervención».
21. Schaber, *Gerta Taro*.
22. *Ibidem.*
23. Norman Allan, biografía inédita.
24. Heinrich Jaenecke, *Es lebe der Tod. Die Tragödie des spanischen Bürgerkrieges*.
25. Norman Allan, biografía inédita.
26. Entrevista con el autor.
27. La información sobre la muerte de Gerda, su funeral y la reacción de Capa procede de varias fuentes: entrevistas de Eva Besnyö, Pierre Gassmann y Ruth Cerf con el autor; la excelente obra de Peter Weyden, *The Passionate War*; la biografía de Irme Schaber; y por encima de todo, el libro del doctor Norman Allan sobre su padre.
28. *Life*, 16 de agosto de 1937.
29. Hansel Mieth, carta sin fecha a Irme Schaber.
30. György Markos, «My Friend Capa».
31. Le Goff, *Pierre Gassmann*.
32. *Ce Soir*, 8 de enero de 1938.
33. Los detalles sobre el sitio de Teruel y las citas provienen de Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*.

7. LOS CUATROCIENTOS MILLONES

1. Joris Ivens, *The Camera and I*.
2. Christopher Isherwood, *Journey to a War*.
3. *Picture Post*, 3 de diciembre de 1938.

4. La fuente de este y gran parte de los movimientos del equipo es Ivens, *The Camera and I*.
5. *Ibidem*. Todas las descripciones que hace Ivens del viaje son citadas de este volumen.
6. Agnes Smedley, *Battle Hymn of China*.
7. Citado en Barbara W. Tuchman, *Stilwell and the American Experience in China, 1911-45*.
8. György Markos, «My Friend Capa».
9. Para más información sobre la carta a Peter Koester, véase Whelan, *Robert Capa*.

8. LA DERROTA FINAL

1. Juan Negrin, citado en Weyden, *The Passionate War*.
2. *Ibidem*.
3. Para más detalles sobre el desfile de despedida, *ibidem*.
4. Vincent Sheean, *Not Peace But a Sword*.
5. Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*.
6. La información sobre el cruce del Ebro proviene de los testimonios de Matthews y Sheean.
7. *Picture Post*, 3 de diciembre de 1938.
8. *Picture Post*, 4 de febrero de 1939.
9. *Ibidem*.
10. *Ibidem*.
11. Los detalles sobre la huida de Barcelona se basan en *Picture Post* y en los testimonios de Weyden, Matthews y Sheean.
12. Weyden, *The Passionate War*.
13. Robert Capa, *Images of War*.
14. *Ibidem*.
15. Carta de Wilson Hicks, al cuidado de Mrs. Olivia Chambers de la oficina de París de *March of Time*, 31 de enero de 1939.
16. *Picture Post*, 15 de abril de 1939.
17. *Ibidem*.

9. AISLAMIENTO TOTAL

1. Edward K. Thompson, *A Love Affair with Life & Smithsonian*.
2. *Ibidem*.
3. Irwin Shaw, *Views of Paris; Notes on a Parisian*.

4. Thompson, *A Love Affair*.
5. Hansel Mieth, *The Singing Hills of Jackass Flat* (manuscrito inédito, citado con la autorización de Georgia Brown y el Center for Creative Photography).
6. Sobre el relato del matrimonio de Capa, *ibidem*.
7. Hansel Mieth, carta sin fecha a Irme Schaber, citada con la autorización de Georgia Brown y el Center of Contemporary Photography.
8. Richard Whelan, *Robert Capa*.
9. Thompson, *A Love Affair*.
10. Para más detalles sobre la relación de McCombs con Capa, véase Whelan, *Robert Capa*.
11. *Life*, 10 de junio de 1940.
12. *Life*, 22 de julio de 1940.
13. Robert Payne, *The Life and Death of Trotsky*.
14. *Life*, 6 de enero de 1941.
15. *Life*, 20 de enero de 1941.
16. Gordon Parks, *A Choice of Weapons*.
17. Fichero del personal de Capa, que se encuentra en los archivos de la revista *Life*, revisado para el autor por Bill Hooper.

10. SALIRSE DEL PASO

1. Capa, *Slightly Out of Focus*.
2. *Illustrated*, 13 de junio de 1942.
3. *Ibidem*.
4. *Collier's*, 7 de noviembre de 1942.
5. *Ibidem*.
6. *Collier's*, 24 de octubre de 1942.
7. Christopher Ogden, *Life of the Party: the Biography of Pamela Digby Churchill Hayward Harriman*.
8. Gellhorn, *Till Death Do Us Part*.
9. Entrevista radiofónica, Radio WNBC (Nueva York), 20 de octubre de 1947.
10. *Illustrated*, 5 de diciembre de 1942.
11. Entrevista radiofónica, Radio WNBC, 20 de octubre de 1947.
12. Whelan, *Robert Capa*.
13. Jozefa Stuart, entrevista con el autor.

11. EL DESIERTO

1. Citado en James Tobin, *Ernie Pyle's War*.
2. Ernie Pyle, citado en Phillip Knightley, *The First Casualty*.
3. Capa, *Slightly Out of Focus*.
4. *Ibidem*.
5. *Collier's*, 19 de junio de 1943.
6. *Ibidem*.
7. Capa, *Slightly Out of Focus*.
8. Jackson Benson, *The True Adventures of John Steinbeck, Writer*.
9. Hemingway, Mary Welsh, *How It Was*.
10. *Ibidem*.
11. Capa, *Slightly Out of Focus*.
12. Véase el fichero del personal de *Life*, en los archivos de *Life*, cortesía de Bill Hooper.
13. Para más detalles sobre el intento de Capa de obtener una exclusiva, véase *Slightly Out of Focus*.
14. *Ibidem*.
15. Hersey, «The Man Who Invented Himself».
16. Carta al director, *47 Magazine*, octubre de 1947.
17. Matthews, *The Education of a Correspondent*.
18. Capa, *Slightly Out of Focus*.
19. Fue oficialmente contratado el 15 de julio de 1943.
20. John Steinbeck, *Louisville Courier-Journal*, 21 de abril de 1957.
21. Jackson Benson, *The True Adventures of John Steinbeck, Writer*.
22. Capa, *Slightly Out of Focus*.

12. ES UNA GUERRA DURA

1. Will Lang, «Story of Fort Schuster», *Life*, 25 de octubre de 1943.
2. *Life*, 8 de noviembre de 1943.
3. *Illustrated*, 13 de mayo de 1944.
4. Capa, *Slightly Out of Focus*.
5. John Huston, *An Open Book*.
6. *Life*, 1 de noviembre de 1943.
7. *Ibidem*.
8. *Ibidem*.
9. *Life*, 22 de noviembre de 1943.
10. Todas las citas del diario de Rodger se han reproducido con la autorización de Jinx Rodger.

11. George Rodger, citado en *The Magnum Story*, BBC2, octubre de 1989.
12. *Ibidem*.
13. *Life*, 14 de febrero de 1944.
14. Capa, *Slightly Out of Focus*.
15. *Life*, 31 de enero de 1944.
16. Vicki Goldberg, *The Power of Photography*.
17. Capa, *Slightly Out of Focus*.
18. *Ibidem*.
19. *Illustrated*, 1 de abril de 1944.
20. Bill Mauldin, *The Brass Ring*.
21. Capa, *Slightly Out of Focus*.

13. EL DÍA MÁS LARGO

1. Omar Bradley y Clay Blair, *A General's Life: An Autobiography*.
2. Ernie Pyle, columna de *Scripps-Howard*, 10 de junio de 1944.
3. Richard Whelan, *Robert Capa*.
4. Irwin Shaw, perfil de Robert Capa (versión corregida de la introducción de Shaw a *Views Of Paris*), *US Vogue*, abril de 1982.
5. Lawrence Lee y Barry Gifford, *Saroyan*.
6. William Saroyan, carta al director, *47 Magazine*.
7. Irwin Shaw, *US Vogue*.
8. Leicester Hemingway, *My Brother, Ernest Hemingway*.
9. Archivos de la División de Relaciones Públicas, SHAEF, Grupo de registro 331, Archivos Nacionales, Washington, DC.
10. Leicester Hemingway, *My Brother, Ernest Hemingway*.
11. William Saroyan, *47 Magazine*.
12. Leicester Hemingway, *My Brother, Ernest Hemingway*.
13. Ryan, *The Longest Day*.
14. Capa, *Slightly Out of Focus*.
15. Stephen E. Ambrose, *D-Day: The Climactic Battle of World War II*.
16. El relato del día D está basado en las memorias de Capa, la entrevista de Wertenbaker a Capa, los relatos facilitados en la bibliografía y las historias orales del Eisenhower Center.
17. Transcripción de la entrevista a Oscar Rich, Eisenhower Center, Nueva Orleans.
18. Charles Wertenbaker, *Invasion!*
19. Ryan, *The Longest Day*.
20. Wertenbaker, *Invasión!*

21. Capa, *Slightly Out of Focus*.
22. Wertenbaker, *Invasion!*
23. *Ibidem*.
24. Capa, *Slightly Out of Focus*.
25. Transcripción de la entrevista a Charles Jarreau, Eisenhower Center, Nueva Orleans.
26. Wertenbaker, *Invasion!*
27. *Ibidem*.
28. Entrevista con el autor y *Get the Picture*.
29. Entrevista a Charles Jarreau.
30. Wertenbaker, *Invasion!*
31. Capa, *Slightly Out of Focus*.
32. John Morris, *International Herald Tribune*, 3 de junio de 1994.
33. El relato sobre el revelado de las fotos y el cumplimiento de la fecha tope de *Life* también se basa en una entrevista a Morris y sus memorias extraordinariamente minuciosas, *Get the Picture*.
34. Wertenbaker, *Invasion!*
35. Citado en la introducción a *A Russian Journal* de Steinbeck, edición de 1999.
36. Marie-Monique Robin, *The Photos of the Century: 100 Historic Moments*.

14. EL BOCAGE

1. *Life*, 3 de julio de 1944.
2. Capa, *Slightly Out of Focus*.
3. *Life*, 10 de julio de 1944.
4. Wertenbaker, *Invasion!*
5. Stephen Ambrose, *Citizen Soldiers*.
6. Wertenbaker, *Invasion!*
7. Hastings, *Overlord*.
8. El relato de la entrada en Cherbourg está basado en la columna de Pyle «Street Fighting» publicada en *Brave Men*, de la que provienen todas las citas, así como en el detallado relato de Wertenbaker en *Invasion!*
9. Capa, *Slightly Out of Focus*.
10. Tobin, *Ernie Pyle's War*.
11. *Ibidem*.
12. *Ibidem*.
13. Wertenbaker, *Invasion!*
14. *Ibidem*.

15. Richard Whelan, *Robert Capa*.
 16. Irwin Shaw, perfil de Robert Capa, *Vogue*.
 17. Capa, *Slightly Out of Focus*.
 18. Alfred G. Aronowitz y Peter Hamill, *Ernest Hemingway, The Life and Death of a Man*.
 19. Capa, *Slightly Out of Focus*.
 20. Aronowitz y Hamill, *Ernest Hemingway*.
 21. *Ibidem*.
 22. Wertenbaker, *Invasion!*
 23. *Ibidem*.
 24. Wertenbaker, *Time*, 4 de septiembre de 1944.
 25. *Ibidem*.
15. VICTORIA
1. Wertenbaker, *Invasion!*
 2. Capa, *Slightly Out of Focus*.
 3. *Life*, 13 de noviembre de 1944.
 4. Capa, *Slightly Out of Focus*.
 5. Bill Graffis, carta al director, *47 Magazine*.
 6. Sobre la conversación, véase la entrevista de Richard Whelan a Gellhorn en Whelan, *Robert Capa*.
 7. Capa, *Slightly Out of Focus*.
 8. *Ibidem*.
 9. *Ibidem*.
 10. *Ibidem*.
 11. Andy Rooney, *My War*.
 12. Capa, *Slightly Out of Focus*.
 13. Le Goff, *Pierre Gassmann*.
 14. Hersey, «The Man Who Invented Himself».
 15. *Ibidem*.
 16. *Ibidem*.
 17. *Ibidem*.
 18. Ed Murrow, reportaje de CBS, 22 de abril de 1945.
 19. Entrevista de radio, Radio WNBC (Nueva York), 20 de octubre de 1947.
 20. *Life*, 14 de mayo de 1945.
 21. John Steinbeck, *Once There Was a War*.
 22. Tobin, *Ernie Pyle's War*.

16. «¡TE ESTÁ MIRANDO, CHICO!»
1. Laurence Leamer, *As Time Goes By: The Life of Ingrid Bergman*.
 2. Bergman y Burgess, *My Story*.
 3. Leamer, *As Time Goes By*.
 4. Bergman y Burgess, *My Story*.
 5. Leamer, *As Time Goes By*.
 6. *Ibidem*.
 7. Donald Spoto, *Notorious: The Life of Ingrid Bergman*.
 8. Joseph Henry Steele, *Ingrid Bergman: An Intimate Portrait*.
 9. Spoto, *Notorious*.
 10. Bergman y Burgess, *My Story*.
 11. Spoto, *Notorious*.
 12. Bergman y Burgess, *My Story*.
 13. *Ibidem*.
 14. *Ibidem*.
 15. *Ibidem*.
 16. Russell Miller, *Magnum: Fifty Years at the Front Line of History*.
 17. *Life*, 8 de octubre de 1945.
 18. Para más detalles sobre la reunión con Hitchcock, véase Spoto, *Notorious*, así como su igualmente penetrante *The Dark Side of Genius: The Life of Alfred Hitchcock*.
 19. Spoto, *Notorious*.
17. FIN DEL IDILIO
1. Whelan, *Robert Capa*.
 2. Bergman y Burgess, *My Story*.
 3. Steele, *Ingrid Bergman*.
 4. Leamer, *As Time Goes By*.
 5. *Ibidem*.
 6. Spoto, *Notorious*.
 7. Leamer, *As Time Goes By*.
 8. *Ibidem*.
 9. *Ibidem*.
 10. Irwin Shaw, carta al director, *47 Magazine*.
 11. *Ibidem*.
 12. *Illustrated*, 6 de septiembre de 1947.
 13. *Ibidem*.
 14. Para más detalles sobre el papel secundario de Capa como Hamza y su

implicación en Hollywood, véase la introducción a *Magnum Cinema* de Alain Bergala.

15. Bergman y Burgess, *My Story*. Citado con la autorización de Delacorte Press.
16. *Ibidem*.
17. Leamer, *As Time Goes By*.
18. Gellhorn, *Till Death Do Us Part*.
19. Para más detalles sobre el último encuentro, véanse los relatos de Leamer, Spoto y Bergman. El libro de Leamer cuenta con extensas entrevistas a Petter Lindstrom, quien lamentablemente falleció antes de que yo pudiera entrevistarlo.
20. Bergman y Burgess, *My Story*.
21. *Ibidem*.

18. DE NUEVO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

1. Yuriy Sherekh, «What Did You Not Want to See, Mr. Steinbeck?», *Ukrainian Quarterly*, 4, 1948. Sherekh era el seudónimo de Yuriy Shevelov, quien más tarde fue catedrático de filología eslava y lingüística en la Universidad de Columbia de Nueva York.

Estoy en deuda con el profesor Wolodymyr Stojko, redactor jefe de *Ukrainian Quarterly*, por la cantidad de información nueva que ayudó a sacar a la luz sobre la estancia de Steinbeck y Capa en la URSS. Susan Shillinglaw, una destacada especialista en Steinbeck, también me señaló nuevas fuentes.

Todos los expedientes soviéticos secretos de este capítulo provienen del Archivo Estatal Central de Ucrania en Kiev. Los documentos específicos, traducidos por el profesor Stojko en Ucrania, están catalogados como Fond 1; Opys, 23; Sprava 4365 (resolución 4363, págs. 16-23 y 54-50). En aras de la brevedad se refiere a ellos como CSA (Central State Archive).

Para una extraordinaria visión global de lo que ocurrió en realidad bajo el régimen de Stalin en esa época, véase Edvard Radzinsky, *Stalin*. La mejor descripción de las relaciones internas en el Kremlin es la insuperable obra de Dmitri Volkogonov, *Stalin, Triumph and Tragedy*.

2. Jay Parini, *John Steinbeck*. Para un magnífico relato de las numerosas aventuras de Steinbeck, véase Jackson Benson, *The True Adventures of John Steinbeck, Writer*.
3. Steinbeck, *A Russian Journal*.
4. *Ibidem*.
5. CSA.
6. Gisèle Freund, *The World in My Camera*.

7. Para el mejor relato sobre la creación de Magnum y la motivación de Capa, véase Russell Miller, *Magnum: Fifty Years at the Front Line of History*. John Morris, *Get the Picture*, es también extremadamente minucioso y saca provecho de la relación personal del autor con todos los fundadores.
8. Miller, *Magnum*.
9. *Ibidem*.
10. Jean Lacoutre, *Robert Capa*.
11. Miller, *Magnum*.
12. Le Goff, *Pierre Gassmann*.
13. Steinbeck, *A Russian Journal*.
14. *Ibidem*.
15. CSA.
16. Steinbeck, *A Russian Journal*.
17. *Ibidem*.
18. Entrevista al profesor Wolodymyr Stojko, octubre de 2000.
19. Steinbeck, *A Russian Journal*.
20. CSA.
21. *Ibidem*.
22. *Life*, 6 de octubre de 1947.
23. Entrevista radiofónica, Radio WNBC (Nueva York), 20 de octubre de 1947.
24. Citado en introducción a *Slightly Out of Focus*, Modern Library, Nueva York, 1999.
25. John Vachon, *Photo Notes*, marzo de 1948.
26. Steinbeck, *A Russian Journal*.
27. *Ibidem*.
28. *Ibidem*.

19. EL NEW LOOK

1. Miller, *Magnum*.
2. Entrevista radiofónica, Radio WNBC (Nueva York), 20 de octubre de 1947.
3. Introducción de *A Russian Journal*, edición de 1999.
4. Reseñas citadas en *ibidem*.
5. CSA.
6. John Morris, *Get the Picture*.
7. *Daily Worker*, 22 de octubre de 1947.
8. Jackson J. Benson, *The True Adventures of John Steinbeck, Writer*. Para más detalles sobre la inversión financiera y problemas posteriores con Capa, véan-

se correspondencia de negocios de Steinbeck relacionada con World Video, Universidad de Columbia, y Richard Whelan, *Robert Capa*.

9. *Ibidem*.

10. Nigel Cawthorne, *The Dior Revolution*.

11. *Ibidem*.

12. *Ibidem*.

13. *Illustrated*, 3 de abril de 1948.

14. Michael Gross, *Model*.

15. Para estos tratos financieros, véanse nueve cartas escritas entre 1947 y 1948, conservadas en la Anne Watkins Collection, Universidad de Columbia.

16. Benson, *The True Adventures of John Steinbeck*.

20. UN CAMINO DE MUERTE

1. Los detalles sobre la estancia de Capa provienen de las entrevistas realizadas por Jozefa Stuart; Kenneth Bilby, *New Star in the East*; y varios artículos de Jack Winocour y Quentin Reynolds.

2. Whelan, *Robert Capa*.

3. Entrevista de Goldman a Jozefa Stuart.

4. *Illustrated*, 19 de junio de 1948.

5. Whelan, *Robert Capa*.

6. Bilby, *New Star in the East*.

7. Para el viaje a través de la carretera de Birmania, véase el elegíaco artículo de Winocour para *Illustrated*, 3 de julio de 1948.

8. Ted Berkham, *Cast a Giant Shadow. The Story of Mickey Marcus*.

9. *Ibidem*.

10. *Illustrated*, 3 de julio de 1948.

11. Berkham, *Cast a Giant Shadow*.

12. *Illustrated*, 3 de julio de 1948.

13. *Ibidem*.

14. Bilby, *New Star in the East*.

15. *Ibidem*.

16. Para más información sobre el desembarco, véanse *Illustrated*, 17 de julio de 1948, y *Life*, 12 de julio de 1948.

17. Véanse Noel Howard, *Hollywood sur Nil*, y Miller, *Magnum*.

18. *US Vogue*, abril de 1982.

19. *Ibidem*.

20. Para más detalles sobre la visita a Europa del Este, véanse *Illustrated*, 26 de marzo de 1949; *Holiday*, junio de 1949; *Illustrated*, 20 de agosto de 1949, y *Holiday*, noviembre de 1949.

21. Mary Blume, *After the War was Over*.

22. *Holiday*, junio de 1949.

23. *Holiday*, noviembre de 1949.

24. Irwin Shaw, *Report on Israel*.

25. Todos los detalles y citas provienen de *Illustrated*, 27 de agosto de 1949.

26. Para los recuerdos de Shaw, véase *US Vogue*, abril de 1982.

27. *Illustrated*, 27 de agosto de 1949.

28. *Ibidem*.

21. EL REINO DE LOS SENTIDOS

1. La información sobre el primer encuentro de Capa con Hammond se basa en las entrevistas de Jozefa Stuart y John Hammond hijo, octubre de 2000.

2. Burri y Bischof, *Werner Bischof*.

3. Inge Morath, «Meeting Magnum», en *Paris Magnum-Photographs 1935-1981*.

4. Inge Bondi, citado en Miller, *Magnum*.

5. *Ibidem*.

6. Inge Bondi, *Ernst Haas: Colour Photography*.

7. Véanse Michael Shnayerson, *Irwin Shaw*, y *Illustrated*, 4 de marzo de 1950.

8. Irwin Shaw, «How to Live Abroad», *Holiday*, julio de 1951.

9. Irwin Shaw, *Vogue*.

10. Shnayerson, *Shaw*.

11. James Salter, *Burning the Days*.

12. *Ibidem*.

13. Freund, *The World in My Camera*.

14. Morris, *Get the Picture*.

15. Viertel, *Dangerous Friends*.

16. Gael Elton Mayo, *The Mad Mosaic*.

17. Los tratos financieros de Magnum y otros temas relacionados con la agencia están basados en Miller, *Magnum*, y en entrevistas del autor a Suzy Marquis, Warren Trabant, Inge Morath, Jinx Rodger, Judy Freiburg, Jimmy Fox, Pierre Gassmann, Elliot Erwitt y John Morris.

18. Miller, *Magnum*.

19. *Ibidem*.

20. Morris, *Get the Picture*.

21. Citado en *ibidem*.

22. ¿CÓMO ES POSIBLE QUE SEA VIEJO?

1. *Holiday*, enero de 1951.
2. Para más detalles sobre Thorne y el esquí, *ibidem*.
3. La información sobre la estancia de Capa en París está basada en las memorias de Noel Howard; John Huston, *An Open Book*, Christopher Ogden, *Pamela Harriman*; el perfil de Irwin Shaw para *Vogue* así como «Notes on a Parisian»; Peter Viertel, *Dangerous Friends*; y las entrevistas del autor a Suzy Marquis, Burt Glinn, Inge Morath, Elliot Erwitt, Pierre Gassmann, Bettina Graziani, Ben Bradlee, Michel Descamps, Inge Bondi, John Morris, Peter Viertel, Eve Arnold y Warren Trabant.
4. Christopher Ogden, *Pamela Harriman*.
5. *Ibidem*.
6. Hedy Lamarr, *Ecstasy and Me*.
7. Irwin Shaw, *Paris! Paris!*
8. Morris, *Get the Picture*.
9. Howard, *Hollywood sur Nil*.
10. Freund, *The World in My Camera*.
11. Irwin Shaw, carta al director, *47 Magazine*.
12. Miller, *Magnum*.
13. Para más detalles sobre el sueldo de Capa, véanse Miller, *Magnum*, y Morris, *Get the Picture*.
14. Miller, *Magnum*.
15. Para más información sobre el nombramiento y los términos de Morris, véanse Miller, *Magnum*, y Morris, *Get the Picture*.
16. *Ibidem*.
17. Morris, *Get the Picture*.
18. Para más detalles sobre la crisis del pasaporte, véanse Morris, *Get the Picture*, y el expediente del FBI de Capa hecho público según el Acta de Libertad de Información. Se refiere al expediente como FOIA 923304 según los procedimientos del FBI para su publicación. En aras de la brevedad, se refiere a él como el «expediente del FBI» y, cuando son relevantes, se facilitan los datos en el texto.
19. Viertel, *Dangerous Friends*.
20. Expediente del FBI, declaración jurada, firmada por Capa el 3 de octubre de 1952 ante Jerome Weiss, notario público del estado de Nueva York. Número 24-4207225.
21. Morris, *Get the Picture*.
22. La información sobre el *annus horribilis* de Capa, su depresión y sus problemas de espalda proviene de entrevistas realizadas a John Morris, Jinx Rodger, Inge Morath, Ben Bradlee, Flury Clavadetscher, Ruth Guler, Larry Collins, Bettina Graziani, Suzy Marquis, Peter Viertel y Jozefa Stuart.

23. Viertel, *Dangerous Friends*.
24. *Ibidem*.
25. Irwin Shaw, *US Vogue*.

23. MÁS ADELANTE ESTÁ EL DELTA

1. Whelan, *Robert Capa*.
2. Entrevista a John Loengard, *Life Photographers*.
3. Thompson, *A Love Affair with Life & Smithsonian*.
4. Entrevista a John Loengard, *Life Photographers*.
5. Para más detalles sobre cómo Capa aceptó este último encargo, véanse Morris, *Get the Picture*, y Miller, *Magnum*.
6. Los detalles sobre la época de Capa en Hanoi provienen de una entrevista a Michel Descamps, artículos de la revista *Life*, obituarios, la obra de Miller *Magnum* y un detallado relato de Morris en *Get the Picture*, así como las entrevistas del autor a Inge Bondi, John Morris y Suzy Marquis.
7. *Life*, 31 de mayo de 1954.
8. La información sobre el documental de actualidad proviene de la entrevista a Patrick Jeudy, quien tiene varias secuencias fascinantes de Capa en acción. Todas las alusiones al documental que aparecen en este libro son cortesía de él.
9. *Life*, 31 de mayo de 1954.
10. *Life*, 7 de junio de 1954.
11. *Ibidem*.
12. La descripción de la muerte de Capa está basada en su mayor parte en dos fuentes, John Mecklin y Jim Lucas. El artículo de Mecklin, «Forward Lies the Delta», *Time*, 7 de junio de 1954, es un detallado relato de los días anteriores a su muerte. «He Said: This Is Going To Be a Beautiful Story», *Life*, 7 de junio de 1954, recrea con gran dramatismo y minuciosidad el último día de la vida de Capa. El autor agradece la autorización de *Time-Life* para citarlo extensamente. El segundo testigo ocular fue Jim Lucas, cuyo artículo «Bob Capa Planned to Leave Indo-China by Sea» apareció publicado por primera vez en el *Washington Daily News* el 27 de mayo de 1954. El autor se ha basado en ambos testimonios, así como en un minucioso examen de las últimas fotos de Capa, para reconstruir el último encargo de Capa.

EPILOGO: La leyenda

1. Morris, *Get the Picture*.
2. *Ibidem*.
3. *Ibidem*.

4. *Ibidem.*
5. Catalogue for Inhumanity and Humanity, Exposición de Ganadores de la Medalla de Oro Robert Capa, Tokyo Fuji Art Museum, Tokio, 2000. La Medalla de Robert Capa fue mostrada al autor en París, abril de 2000, por Anthony Suau, quien obtuvo el galardón en 1995.
6. Entrevista a John Loengard, *Life Photographers*.
7. John Steinbeck, *Popular Photography*.
8. Cornell Capa, prólogo a *Slightly Out of Focus*, Modern Library, Nueva York, 1999.

Bibliografía

- ADLER, Larry, *It Ain't Necessarily So*, Grove Press, 1984.
- ALDRIDGE, John W., *After the Lost Generation*, Arbor House, 1985.
- ALLAN, Ted, *This Time a Better Earth*, Morrow, 1939.
- AMBROSE, Stephen E., *Americans at War*, Berkley, 1997.
- , *Citizen Soldiers*, Simon and Schuster, 1997.
- , *D-Day: The Climactic Battle of World War II*, Simon and Schuster, 1994.
- , *Eisenhower and Berlin, 1945*, Norton, 1967.
- ARAGON, Louis, *Adieu Capa*, en *Les Lettres Françaises*, 27 de mayo-3 de junio de 1954.
- ARNOLD, Eve, *The Unretouched Woman*, Alfred A. Knopf, 1976.
- ARONOWITZ, Alfred G., y HAMILL, Peter, *Ernest Hemingway. The Life and Death of a Man*, Lancer Books, 1961.
- BAKER, Carlos, *Ernest Hemingway: A Life Story*, Charles Scribner's Sons, 1969.
- BALTERMANTS, Dmitri, *Dmitri Baltermants*, Photo Poche, 1997.
- BAREA, Arturo, *La forja de un rebelde*, Debate, Madrid, 2000.
- BATAILLE, Georges, *La Part Maudite*, Éditions de Minuit, 1967. [Hay trad. cast.: *La parte maldita*, Barcelona, Icaria, 1987.]
- BEATON, Cecil, y BUCKLAND, Gail, *The Magic Image*, Little, Brown, 1975.
- BELDEN, Jack, «The Fall of Troina», *Time*, 23 de agosto de 1943.
- BENSON, Jackson J., *The True Adventures of John Steinbeck, Writer*, Viking, 1984.
- BERGALA, Alain, *Magnum Cinema*, Phaidon, 1995.
- BERGMAN, Ted, *Cast a Giant Shadow. The Story of Mickey Marcus*, Doubleday, 1962.
- BERNARD, Bruce, *George Rodger: Humanity and Inhumanity*, Phaidon, 1994.

- BESNYÖ, Eva, *Eva Besnyö*, Focus Publishing, 2000.
- , *N'ue Halve Eeuw Werk*, Feministische Uitgeverij Sara, 1982.
- BILBY, Kenneth, *New Star in the East*, Doubleday, 1950.
- BLUME, Mary, *After the War was Over*, Thames and Hudson, 1985.
- BOATZ, Willfried, *Photography, A Concise History*, Laurence King, 1995.
- BONDI, Inge, *Ernst Haas: Colour Photography*, Harry N. Abrams, 1989.
- BOORSTIN, Daniel J., *The Image*, Vintage, 1992.
- BOOT, Chris, *Great Photographers of World War II*, Magna Books, 1993.
- BORKENAU, Franz, *The Spanish Cockpit*, Faber and Faber, 1937. [Hay trad. cast.: *El reñidero español*, Península, Barcelona, 2001.]
- BOURKE-WHITE, Margaret, *Dear Fatherland, Rest Quietly*, Simon and Schuster, 1946.
- , *Portrait of Myself*, Simon and Schuster, 1963.
- BOYLE, David, *World War 2 in Photographs*, Rebo, 1998. [Hay trad. cast.: *La segunda guerra mundial en fotografías*, Edimat Libros, Arganda del Rey, 2000.]
- BRADLEY, general Omar N., y BLAIR, Clay, *A General's Life: An Autobiography*, Simon & Schuster, 1983.
- BROTONS JORDA, Mario, *Retazos de una época de inquietudes*, edición del autor, 1995.
- BRAHAM, Randolph L., *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, Columbia University Press, 1981.
- BRINNIN, John Malcolm, *Sextet*, Delacorte, 1981.
- BROTHERS, Caroline, *War and Photography*, Routledge, 1997.
- BUCHWALD, Art, *Seems Like Yesterday*, G. P. Putnam's Sons, 1980.
- BURRI, René, y BISCHOF, Marco, *Werner Bischof 1916-1954: His Life and Work*, Thames and Hudson, 1990.
- BURRI, Rossellina Bischof, y BURRI, René, eds., *Werner Bischof, 1916-1954*, Grossman, 1974.
- CALVOCORESSI, Peter, WINT, Guy y PRITCHARD, John, *Total War*, Phanteon, 1989. [Hay trad. cast.: *Guerra total*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.]
- CAMERA, Lucerne, marzo de 1961.
- CAPA, Cornell, *The Concerned Photographer*, Grossman, 1968.
- , *Cornell Capa*, Little, Brown, 1992.
- , «Truth: The First Casualty of War», *Sunday Times Magazine*, 28 de septiembre de 1975.

- , ed., *Israel-The Reality*, World Publishing, 1969.
- CAPA, Robert, «Coal Mine Characters», *US Camera*, junio de 1943.
- , *Heart of Spain*, Aperture, 1999.
- , revista *Holiday*, noviembre de 1949, enero de 1951, enero de 1952, enero de 1953.
- , revista *Illustrated*, 6 de septiembre de 1947.
- , *Images of War, Photographs by Robert Capa, with text from his own writings*, Grossman, 1964.
- , *Photographs*, Aperture, 1996.
- , *Robert Capa*, Pacific Press Service, 1980.
- , *Robert Capa*, Pacific Press Service, 1984.
- , *Robert Capa*, ed. de Anna Farova, Grossman, 1969.
- , *Robert Capa*, ed. Cornell Capa y Bhupendra Karia, Grossman, 1974.
- , *Robert Capa*, ed. de Romeo Martínez, Mondadori, 1979.
- , *Robert Capa*, Phanteon, Random House, 1989.
- , *Slightly Out of Focus*, Henry Holt, 1947.
- , y Gerda Taro, *Death in the Making: Photographs by Robert Capa and Gerda Taro*, Covici, Friede, 1938.
- Capa and Capa: catalogue for exhibition of pictures at International Center of Photography*, 1990.
- «Capa's Camera», *Time*, 28 de febrero de 1938.
- CARLSON, Evans Fordyce, *Twin Stars of China*, Dodd, Mead, 1940.
- CARTIER-BRESSON, Henri, *The Decisive Moment*, Simon and Schuster con Éditions Verve de Paris, 1952.
- , *Masters of Photography*, Aperture, 1987.
- , *The Mind's Eye*, Aperture, 1998.
- CAWTHORNE, Nigel, *The Dior Revolution*, Reed International Books, 1996.
- CERASSI, John, *The Premature Antifascists*, Praeger, 1986.
- CHURCHILL, Winston, *The Second World War*, Houghton Mifflin, 1948-1953. [Hay trad. cast.: *La II Guerra Mundial*, 2 vols., La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.]
- COCKBURN, Claud, *In Time of Trouble*, Rupert Hart-Davis, 1957.
- COKE, Van Deren, *Avant-Garde Photography in Germany, 1919-1939*, Museum of Modern Art (San Francisco), 1989.
- CORUM, James S., *The Luftwaffe*, University Press of Kansas, 1997.
- COX, Geoffrey, *Defence of Madrid*, Victor Gollancz, 1937.

- CROZIER, Brian, *Franco*, Little, Brown, 1967. [Hay trad. cast.: *Franco*, Editorial Magisterio Español, Fuenlabrada, 1999.]
- DAVENPORT, Marcia, *Of Lena Geyer*, Grosset and Dunlap, 1936.
- DAVIS, Franklin M., Jr., y los editores de Time-Life Books, *Across the Rhine*, Time-Life Books, 1980.
- DEVILLERS, Philippe, y LACOUTURE, Jean, *End of a War: Indochina, 1954*, Praeger, 1969.
- DORFMAN, John, «Looking for the Face Behind the Camera», *The Ethnic News Watch Forward*, vol. CII.
- DOS PASSOS, John, *1919*, Harcourt, Brace, 1932.
- EISENHOWER, Dwight D., *Crusade in Europe*, Doubleday, 1948.
- ELGEY, Georgette, *Front Populaire, Photos by Robert Capa and David Seymour*, Chene-Magnum, 1976.
- ELLIS, John, *The Sharp End: The Fighting Man in World War II*, Charles Scribner's Sons, 1980.
- ELSON, Robert T., *Time Inc.: The Intimate History of a Publishing Enterprise, 1923-1941*, Atheneum, 1968.
- Esquire*, abril de 1974.
- EWING, Joseph H., *29 Let's Go*, Washington Infantry Journal Press, 1948.
- FIELDING, Raymond, *The March of Time, 1935-1951*, Oxford University Press, 1948.
- FLANNER, Janet, *Janet Flanner's World: Uncollected Writings 1932-1975*, Harcourt Brace Jovanovich, 1979.
- , *Paris Journal 1944-1965*, ed. de William Shawn, Atheneum, 1965.
- , *Paris Was Yesterday 1925-1939*, ed. de Irving Drutman, Viking Press, 1972.
- FONDILLER, Harvey V., «Magnum: Image and Reality», *35 mm Photography*, invierno de 1976.
- FORBES-ROBERTSON, Diana, *The Battle of Waterloo Road*, Random House, 1941.
- Fotografía Italiana*, junio de 1972.
- FRASER, Ronald, *Blood of Spain: An Oral History of the Spanish Civil War*, Phantheton, 1979. [Hay trad. cast.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, 2 vols., Crítica, Barcelona, 1997.]

- FREUND, Gisèle, *Photography and Society*, David R. Godine, 1980.
- , *The World in My Camera*, Dial, 1974.
- FRICTSCHE, Peter, *Germans into Nazis*, Harvard University Press, 1998.
- FUSSELL, Paul, *Wartime*, Oxford University Press, 1989.
- GABLER, Neal, *Winchell: Gossip, Power and the Culture of Celebrity*, Alfred A. Knopf, 1994.
- GAVIN, general James M., Carta al director, *47: The Magazine of the Year*, octubre de 1947.
- , *On to Berlin*, Viking, 1978.
- GAY, Peter, *Weimar Culture. The Outsider as Insider*, Harper and Row, 1968.
- GELLHORN, Martha, *The Face of War*, Atlantic Monthly Press, 1988. [Hay trad. cast.: *El rostro de la guerra*, Debate, Madrid, 2000.]
- , *A Stricken Field*, Charles Scribner's Son, 1940.
- , *Travels with Myself and Another*, Dodd, Mead, 1978.
- , *Two by Two*, Simon and Schuster, 1958.
- GIDAL, Tim N., *Modern Photojournalism: Origin and Evolution, 1910-1933*, Macmillan, 1973.
- GILES, James R., *Irwin Shaw*, Twayne, 1983.
- GILOT, Françoise, y LAKE, Carlton, *Life with Picasso*, McGraw-Hill, 1964. [Hay trad. cast.: *Vida con Picasso*, Ediciones B, Barcelona, 1996.]
- GOLBERG, Vicki, *Margaret Bourke-White*, Harper and Row, 1986.
- , *The Power of Photography*, Abbeville Press, 1991.
- GOLDHAGEN, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners, Ordinary Germans and the Holocaust*, Random House, 1997. [Hay trad. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1998.]
- GOLDSMITH, Arthur, «Moment of Truth», *Camera Arts*, marzo-abril de 1981.
- GOODWIN, Doris Kearns, *No Ordinary Time*, Simon and Schuster, 1994.
- GRAFFIS, Bill, Carta al director, *47: The Magazine of the Year*, octubre de 1947.
- GROSS, Michael, *Model*, William Morrow, 1995.
- GUNTHER, Thomas Michael, y THÉZY, Marie de, *Alliance photo, agence photographique 1934-1940: Bibliothèque historique de la ville de Paris, Hôtel de Lamoignon, 27 octobre 1988-9 janvier 1989*, La Bibliothèque, 1988.
- HALL, James Baker, «The Last Happy Band of Brothers», *Esquire*, abril de 1974.

- HAMMOND, John, con TOWNSEND, Irving, *On Record*, Ridge Press/Summit, 1977.
- HANCOCK, Ian, *The Pariah Syndrome*, Karoma, 1987.
- HASTINGS, Max, *Overlord*, Michael Joseph, 1984.
- HAYER, Ronald, *David O'Selznick's Hollywood*, Knopf, 1980.
- HEGEDUS, Adam de, *Hungarian Background*, Hamish Hamilton, 1937.
- HEMINGWAY, Ernest, *For Whom the Bell Tolls*, Charles Scribner's Sons, 1940. [Hay trad. cast.: *Por quién doblan las campanas*, Planeta, Barcelona, 1997.]
- , *Selected Letters, 1917-1961*, ed. de Carlos Baker, Charles Scribner's Sons, 1981.
- HEMINGWAY, Leicester, *My Brother, Ernest Hemingway*, The World Publishing Company, 1961.
- HEMINGWAY, Mary Welsh, *How It Was*, Alfred A. Knopf, 1976.
- HERSEY, John, *Life Sketches*, Knopf, 1989.
- , «The Man Who Invented Himself», 47: *The Magazine of the Year*, septiembre de 1947.
- HERTZTEIN, Robert E., *Henry Luce*, Charles Scribner's Sons, 1994.
- HERVAL, René, *Bataille de Normandie*, Éditions de Notre Temps, 1947.
- HERZOG, Chaim, *The Arab-Israeli Wars*, Arms & Armour Press, 1982.
- HIGGINS, Marguerite, *News Is a Singular Thing*, Doubleday, 1955.
- HOFSTADTER, Dan, «Profiles-Henri Cartier-Bresson», segunda parte, *New Yorker*, 30 de octubre de 1989.
- HOHENBERG, John, *Foreign Correspondence: The Great Reporters and Their Times*, Columbia University Press, 1964.
- HOTCHNER, A. E., *Choice People, The Greats, Near-Greats and Ingrates I Have Known*, William Morrow, 1984.
- HOWARD, Noel, *Hollywood sur Nil*, Fayard, 1978.
- HUGHES, Jim, *Shadow and Substance. W. Eugene Smith*, McGraw-Hill, 1989.
- , y Alexander Haas, *Ernst Haas in Black and White*, Little, Brown, 1992.
- HUSTON, John, *An Open Book*, Alfred A. Knopf, 1980. [Hay trad. cast.: *A libro abierto*, Espasa-Calpe, Madrid, 1987.]
- IGNOTUS, Paul, *Hungary*, Benn, 1972.
- INGE Bondi, Chim, *The Photographs of David Seymour*, André Deutsch, 1996.

- ISHERWOOD, Christopher, *Christopher and His Kind, 1929-1939*, Farrar, Straus & Giroux, 1976. [Hay trad. cast.: *Christopher y su gente*, Ediciones Versal, Barcelona, 1990.]
- , *Goodbye to Berlin*, Phanter, 1977. [Hay trad. cast.: *Adiós a Berlin*, Seix Barral, Barcelona, 1995.]
- , *Journey to a War. With poems and photographs by W. H. Auden*, Octagon, 1972.
- IVENS, Joris, *The Camera and I*, International, 1969.
- JAENECKE, Heinrich, *Es lebe der Tod. Die Tragödie des spanischen Bürgerkrieges*, Gruner und Jahr, 1980.
- KANTOROWICZ, Alfred, *Politik and Literatur im Exil*, Christians, 1978.
- , *Spanisches Tagebuch*, Aufbau-Verlag, 1949.
- , *Tschapaiew, das Bataillon der 21 Nationen*, Torrent, 1938.
- KARNOW, Stanley, *Paris in the Fifties*, Random House, 1997.
- KEEGAN, John, *A History of Warfare*, Vintage, 1993. [Hay trad. cast.: *Historia de la guerra*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995.]
- , *The Second World War*, Penguin, 1989.
- KERSHAW, Alex, «Up Close and Personal», *Guardian Weekend*, 18 de julio de 1998.
- KERSHAW, Ian, *The Hitler Myth*, Oxford University Press, 1987.
- KERT, Bernice, *The Hemingway Women*, Norton, 1983.
- KESSEL, Joseph, *The Lion*, Rupert Hart-Davis, 1959.
- KNIGHTLEY, Phillip, *The First Casualty*, Hartcourt Brace, 1975.
- KNOX, Bernard, «Remembering Madrid», *New York Review of Books*, 6 de noviembre de 1980.
- KOYEN, Kenneth A., *The 4th Armored Division*, 4th Armored Division, 1946.
- LACOUTURE, Jean, «Introduction» to *Robert Capa*, Pantheon Photo Library, 1989.
- LAMARR, Hedy, *Ecstasy and Me*, Fawcett Publications, 1966.
- LANG, Will, «Doughboys's Beachhead», *Time*, 7 de febrero 1944.
- , «The Story of Fort Schuster», *Life*, 25 de octubre de 1943.
- LAQUEUR, Walter, *Weimar: A Cultural History, 1918-1933*, G.P. Putnam's Sons, 1974.
- LE GOFF, Hervé, *Pierre Gassmann: la photographie à l'épreuve*, Delory, 2001.

- LE VIEN, Jack, «The Faking of War Pictures», *Sunday Times*, 5 de octubre de 1975.
- LEAMER, Laurence, *As Time Goes By: The Life of Ingrid Bergman*, Harper and Row, 1986.
- LECHENBERG, Harald, «Hochzeit beim Maharadscha», *Die Dame*, agosto de 1932.
- LEE, Laurie, *Moment of War*, The New Press, 1991. [Hay trad. cast.: *Un instante en la guerra*, El Aleph Editores, Barcelona, 1995.]
- LEE, Lawrence, y GIFFORD, Barry, *Saroyan: A Biography*, Paragon House, 1988.
- LESSING, Erich, *Fifty Years of Photography*, catálogo de exposición, 1955.
- LEWINSKI, Jorge, *The Camera at War*, Simon and Schuster, 1978.
- LIEBLING, A. J., «Reporter at Large», *New Yorker*, 8 de julio y 15 de julio de 1944.
- , *The Road Back to Paris*, Doubleday, 1944.
- LIFE: The First Decade, 1936-1945*, New York Graphic Society, 1979.
- LOENGARD, John, *Life Photographers: What They Saw*, Little, Brown, 1998.
- LOYD, Anthony, *My War Gone By, I Miss It So*, Doubleday, 2000. [Hay trad. cast.: *Mi vieja guerra, cuánto te echo de menos...*, Lumen, Barcelona, 1999.]
- LUCAS, Jim, «Bob Capa Planned to Leave Indo-China Sea», *Washington Daily News*, 27 de mayo de 1954.
- LUCAS, Jim G., *Dateline Vietnam*, Award Books, 1966.
- LUKACS, John A., *Budapest 1900: A Historical Portrait of a City and its Culture*, Weinfeld & Nicolson, 1988.
- LYNN, Kenneth S., *Hemingway*, Simon and Schuster, 1987.
- MACKINNON, Stephen R., y Oris Friesen, *China Reporting*, University of California Press, 1987.
- MAN, Felix H., *Man with Camera: Photographs from Seven Decades*, Schoken, 1984.
- MARINOVICH, Greg y Silva, Jaoa, *The Bang Bang Club*, Heinemann, 2000.
- MARKOS, György, «My Friend Capa», *New Hungarian Quarterly*, invierno de 1976.
- MATTHEWS, Herbert L., *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, 1946.
- , *Two Wars and More to Come*, Carrick & Evans, 1938.

- MAULDIN, Bill, *The Brass Ring*, Norton, 1971.
- MAYALL, David, *Gypsy-travellers in Nineteenth-Century Society*, Cambridge University Press, 1988.
- MAYO, Gael Elton, *The Mad Mosaic*, Quartet, 1983.
- MECKLIN, John, «Forward Lies the Delta», *Time*, 7 de junio de 1954.
- , «He Said: "This Is Going to Be a Beautiful Story"», *Life*, 7 de junio de 1954.
- MELLOW, James R., *Hemingway: A Life Without Consequences*, Addison-Wesley, 1992.
- MESSENGER, Charles, *The Chronological Atlas of World War Two*, Macmillan, 1989.
- MEYERS, Jeffrey, *Hemingway: A Biography*, Harper and Row, 1985.
- MIETH, Hansel, *The Singing Hills of Jackass Flat*, manuscrito inédito, citado por cortesía de Georgia Brown y el Center of Creative Photography.
- MILLER, Arthur, *Timebends: A Life*, Harper and Row, 1987.
- MILLER, Lee G., *An Ernie Pyle Album*, William Sloane Associates, 1946.
- , *The Story of Ernie Pyle*, Viking, 1950.
- MILLER, Russell, *Magnum: Fifty Years at the Front Line of History*, Grove Press, 1998.
- MIRAVITLLES, Jaume, *Notes dels meus arxius: Episodis de la Guerra Civil Espanyola*, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1972.
- Modern Photography*, julio de 1969.
- MONTGOMERY, John Flournoy, *Hungary – The Unwilling Satellite*, Vista, 1993.
- MOOREHEAD, Alan, *Eclipse*, Coward-McCann, 1945.
- MORATH, Inge, «Meeting Magnum», en *Paris/Magnum – Photographs 1935-1981*, ed. de Irwin Shaw, Aperture, 1981.
- MORRIS, Benny, *A History of the Zionist-Arab Conflict*, Knopf, 1999.
- MORRIS, John, *Get the Picture*, Random House, 1998.
- , «Magnum Photos: An International Cooperative», *U.S. Camera Annual*, 1954.
- , «A Two Quart Bottle of Spirits», en Robert Capa, ed. de Anna Farova, Grossman, 1969.
- MYDANS, Carl, *More Than Meets the Eye*, Harper and Brothers, Nueva York, 1959.
- MYDANS, Shelley Smith, *The Open City*, Doubleday, Doran, Garden City, 1945.

- NATCHWEY, James, *Inferno*, Phaidon, 2000.
- OESTREICHER, J. C., *The World Is Their Beat*, Duell, Sloan and Pearce, 1945.
- OGDEN, Christopher, *Life of the Party: the Biography of Pamela Digby Churchill Hayward Harriman*, Little, Brown, 1994.
- OLDFIELD, Colonel Barney, *Never a Shot in Anger*, Capra Press, 1956.
- ORWELL, George, *Down and Out in Paris and London*, Harper and Bros., 1933. [Hay trad. cast.: *Sin blanca en París y Londres*, Destino, Barcelona, 1983.]
- , *Homage to Catalonia*, Secker and Warburg, 1938. [Hay trad. cast.: *Homenaje a Cataluña*, Ariel, Barcelona, 1983.]
- PARINI, Jay, *John Steinbeck*, Heinemann, 1994.
- PARKS, Gordon, *A Choice of Weapons*, Harper and Row, 1966.
- PAYNE, Robert, *The Life and Death of Trotsky*, McGraw-Hill, 1977.
- PENROSE, Antony, ed., *Lee Miller's War*, Little, Brown, 1992.
- , *The Lives of Lee Miller*, Holt, Rinehart and Winston, 1985.
- PENROSE, Roland, *Portrait of Picasso*, New York Museum of Modern Art, 1971.
- PETTIFER, James, ed., *Cockburn in Spain*, Lawrence and Wishart, 1986.
- Photo* (París), junio de 1983, «Robert Capa: 124 Photos Retrouvées».
- Photo Technique*, noviembre de 1977.
- Popular Photography*, septiembre de 1954, «Robert Capa: A Memorial Portfolio».
- PROCHNAU, William, *Once Upon a Distant War*, Times Books, 1995.
- PYLE, Ernie, *Brave Men*, Henry Holt, 1944.
- , *Here Is Your War*, Henry Holt, 1943.
- QUIRK, Lawrence, J., *The Films of Ingrid Bergman*, Citadel, 1970. [Hay trad. cast.: *Todas las películas de Ingrid Bergman: Ingrid Bergman, su vida y su carrera*, Paidós, Barcelona, 1995.]
- RADNOTI, Miklos, *Foamy Sky*, Corvina, 2000.
- RADZINSKY, Edvard, *Stalin*, Doubleday, 1996.
- RAND, Peter, *China Hand*, Simon and Schuster, 1995.
- REGLER, Gustav, *The Owl of Minerva*, R. Hart-Davis, 1959.
- RENN, Ludwig, *Der Spanische Krieg*, Aufbau-Verlag, 1955.

- Reportage*, primavera de 1995.
- REYNOLDS, David, *Rich Relations: The American Occupation of Britain, 1942-1945*, Random House, 1995.
- REYNOLDS, Quentin, *Quentin Reynolds*, McGraw-Hill, 1963.
- RISS, Françoise, «Robert Capa: Les Photos Retrouvées du Tour 1939», *Photo Revue* (París), septiembre de 1982.
- RODGER, George, *George Rodger*, introducción de Inge Bondi, Gordon Fraser, para el Arts Council of Great Britain, 1975.
- , «Random Thoughts of a Founder Member», *Photo Technique*, noviembre de 1977.
- ROLFE, Edwin, *The Lincoln Battalion*, Random House, 1939.
- ROLLYSON, Carl, *Nothing Ever Happens To The Brave*, Saint Martin's Press, 1990.
- ROONEY, Andy, *My War*, Public Affairs, 2000.
- ROSENBAUM, Ron, *Explaining Hitler*, HarperCollins, 1998.
- RYAN, Cornelius, *The Longest Day*, Simon and Schuster, 1959.
- SALTER, James, *Burning the Days*, Random House, 1997.
- SANDERS, Marion K., *Dorothy Thompson: A Legend in Her Time*, Houghton Mifflin, 1973.
- SANTE, LUC, *Evidence*, Farrar Strauss Giroux, 1992.
- SAROYAN, William, carta al director, *47: The Magazine of the Year*, octubre de 1947.
- SCHABER, Irme, *Gerta Taro: Fotoreporterin im spanischen Bürgerkrieg: eine Biografie*, Jonas Verlag, 1994.
- SCHERMAN, David, ed., *Best of Life*, Time-Life Books, 1972.
- , *Life Goes to War*, Simon and Schuster, 1977.
- , *Life Goes to War: A Picture History of World War II*, Little, Brown, 1977.
- SHAW, Irwin, carta al director, *47: The Magazine of the Year*, octubre de 1947.
- , *Paris/Magnum; Photographs, 1935-1981*, Aperture, 1981.
- , *Paris! Paris!*, Harcourt Brace Jovanovich, 1977.
- , *Report on Israel*, Simon and Schuster, 1950.
- , «Retreat in Indo-China», *Picture Post*, 12 de junio de 1954.
- , *Views of Paris; Notes on a Parisian*, Aperture Books, 1981.
- SHEEAN, Vincent, carta al director, *47: The Magazine of the Year*, octubre de 1947.

- , *Not Peace But a Sword*, Doubleday, Doran, 1939.
- SHIRER, William, *A Berlin Diary*, Knopf, 1941.
- , *The Rise and Fall of the Third Reich*, Simon and Schuster, 1960.
- , *Twentieth Century Journey, The Nightmare Years, 1930-1940*, Little, Brown, 1984.
- SHLAIM, Avi, *The Iron Wall*, Norton, 1999.
- SHNAYERSON, Michael, *Irwin Shaw*, G. P. Putnam's Sons, 1989.
- SMEDLEY, Agnes, *Battle Hymn of China*, Alfred A. Knopf, 1938.
- SOMMERFIELD, John, *Volunteer in Spain*, Lawrence and Wishart, 1937.
- SONTAG, Susan, *On Photography*, Penguin, 1977. [Hay trad. cast.: *Sobre la fotografía*, Edhasa, Barcelona, 1996.]
- SOREL, Nancy Caldwell, *The Women Who Wrote The War*, HarperCollins, 1999.
- SORIA, Georges, Robert Capa, David Seymour, Chim, *Les grandes photos de la guerra d'Espagne*, Éditions Jannink, 1980.
- SOUTHWORTH, Herbert Rutledge, *Guernica! Guernica!*, University of California Press, 1977.
- SPOTO, Donald, *The Dark Side of Genius, The Life of Alfred Hitchcock*, Little, Brown, 1983. [Hay trad. cast.: *Alfred Hitchcock: la cara oculta del genio*, T/B Editores, Madrid, 1998.]
- , *Notorious: The Life of Ingrid Bergman*, HarperCollins, 1997.
- STEELE, Joseph H., *Ingrid Bergman: An Intimate Portrait*, McKay, 1959.
- STEICHEN, Edward, ed., *The Family of Man*, Museum of Modern Art, 1955.
- , *Memorable Life Photographs*, Museum of Modern Art, 1951.
- STEIN, Louis, *Beyond Death and Exile: The Spanish Republicans in France, 1939-1955*, Harvard University Press, 1979.
- STEINBECK, John, *Once There Was a War*, Viking, 1958. [Hay trad. cast.: *Una vez hubo una guerra*, Noguer y Caralt Editores, Barcelona, 1985.]
- , *A Russian Journal*, Viking, 1948; nueva edición, con introducción de Susan Shillinglaw, Penguin, 1999.
- STONE, I. F., *This is Israel*, Boni and Gaer, 1948.
- SULZBERGER, C. L., *World War II*, Houghton Mifflin, 1969.
- TANENHAUS, Sam, «Innocents Abroad», *Vanity Fair*, septiembre de 2001.
- TAYLOR, John, *Body Horror, Photojournalism, catastrophe and war*, New York University Press, 1998.
- The Magnum Story*, BBC2.
- THOMAS, Hugh, *The Spanish Civil War*, Harper and Row, 1977. [Hay trad.

- cast.: *La guerra civil española*, 2 vols., Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1995.]
- THOMPSON, Edward, K., *A Love Affair with Life & Smithsonian*, University Of Missouri Press, 1995.
- TOBIN, James, *Ernie Pyle's War*, The Free Press, 1997.
- TREGASKIS, Richard, *Invasion Journal*, Random House, 1944.
- TUCHMAN, Barbara W., *Stilwell and the American Experience in China, 1911-45*, Macmillan, 1971.
- US Army, *83rd Infantry Division, Thunderbolt Across Europe*, Munich, 1946.
- ULLSTEIN, Hermann, *The Rise and Fall of the House of Ullstein*, Simon and Schuster, 1943.
- UTLEY, Freda, *The China Story*, Henry Regnery, 1951.
- , *China at War*, Faber and Faber, 1939.
- VIERTTEL, Peter, *Dangerous Friends*, Viking, 1991.
- VOLKOGONOV, Dmitri, *Stalin, Triumph and Tragedy*, Grove Weidenfeld, 1991.
- VOOS, Frederick S., *Reporting the War, The Journalistic Coverage of World War*, Smithsonian Institution Press, 1994.
- WALLACE, Robert, y los editores de Time-Life Books, *The Italian Campaign*, Time-Life Books, 1978.
- WEBER, Eugen, *The Hollow Years, France in the 1930s*, Norton, 1994.
- WERTENBAKER, Charles C., *The Death of Kings*, Random House, 1954.
- , *Invasion! Photographs by Robert Capa*, Appleton, Century.
- , «Paris is Free!», *Time*, 4 de septiembre de 1944.
- WERTENBAKER, Lael, *Death of a Man*, Random House, 1957.
- WEYDEN, Peter, *The Passionate War: The Narrative History of the Spanish Civil War, 1936-1939*, Simon and Schuster, 1983.
- WHELAN, Richard, *Robert Capa: A Biography*, Alfred Knopf, 1985.
- WHITE, Theodore H., y JACOBY, Annalee, *Thunder out of China*, William Sloane, 1946.
- WINNEAPLE, Brenda, *Genet: A Biography of Janet Flanner*, Ticknor and Fields, 1989.
- WOFF, Milton, *Another Hill*, University of Illinois, 1994.
- ZEMAN, Z. A. B., *Nazi Propaganda*, Oxford University Press, 1973.

Índice onomástico

A

- Aarons, sargento Slim, 157-159, 163, 194, 206, 220-221, 286
África, norte de, 139-144
Anzio, desembarcos de, 157-160
Abrams, teniente coronel Creighton, 201
Adams, Eddie, 69n
Adler, Larry, 211-213, 217n, 219
Alemania, 198-216
 invasión de Polonia, 120
 rendición de, 206
 revolución nazi, 49
Allan, doctor Norman, 94
Allan, Ted, 75, 89-94
 This Time a New Earth, 90
Allen, Jay, 86
Allen, general Terry, 142
Alliance, agencia, 57, 232
Aga Khan, 284
Ambrose, Stephen, 181
Aragon, Louis, 95, 293
Arnold, Eve, 271, 283
Auden, W. H., 102
Auschwitz, 33, 247n, 264, 266

B

- Balenciaga, 272
Banks, Dennis, 176
Barcelona, 65-66, 98, 111, 116-118
Belden, Jack, 148
Belsen, 203
Ben-Gurion, David, 256, 262
Benny, Jack, 211
Bergman, Ingrid, 208-228, 287, 315
 Arch of Triumph [*Arco de Triunfo*], 223, 225
 Casablanca, 210
 Gaslight [Luz que agoniza], 210
 Joan of Arc, 226
 Notorius [*Encadenados*], 217, 218, 221
 Spellbound [*Recuerda*], 217
 The Four Companions, 213
Berkovits, Julianna Henrietta; véase Capa, Julia
Berlín, 43-50, 212-213, 263
 Berliner Illustrierte Zeitung, 55
Besnyö, Eva, 38-45, 48, 57, 96, 103, 122, 263, 275
Bethune, doctor Norman, 84, 89
Beumelburg, Werner, 92
Bilby, Kenneth W., 255, 258, 261-262

- New Star in the East*, 267n
 Bischof, Rosellina, 315
 Bischof, Werner, 271, 281n, 314-316
 Blum, Léon, 60
 Bogart, Humphrey, 220, 296
 Bohlen, Frau, 44
 Bondi, Inge, 272, 313-315
 Borkenau, Franz: *The Spanish Cockpit* [*El reñidero español*], 68, 78
 Borrell, Evaristo, 77
 Borrell, Federico, 77-78
 Bosshard, Walter, 104
 Bote, Hans, 54
 Bourke-White, Margaret, 128, 292
 Boyer, Charles, 224-225
 Bradlee, Ben, 286, 289
 Bradley, general de división Omar, 141
 Bradshaw, Braddy, 175
 Brandt, Bert, 175
 Brecht, Bertolt, 47, 50
 Bereton, general Lewis, 202
 Brigadas Internacionales, 97, 110-112
 Brothers, Caroline, 78
 Brotons Jorda, Mario, 77-78
 Brown, Georgia, 125
 Buchwald, Art, 287
 Budapest, 32-38, 246, 264-265
 Bulge, batalla de, 199-201
 Burke, Don, 121
 Burrows, Larry, 311n
 Butler, E. K., 176
- C**
- Capa, Cornell (hermano de Robert), 41, 121, 291, 314
 emigración a Nueva York, 121
 fotógrafo, 58, 288, 316
 y *Muerte de un miliciano*, 69
 Capa, Julia (madre de Robert), 36-38, 41, 44, 57, 121, 131, 288, 317
 funeral de Robert Capa, 314-315
 Capa, Robert
Death in the Making, 86
Images of War, 26-29
Russian Journal, 230, 248-249, 251
Slightly Out of Focus, 72, 85, 130, 137, 198, 243
- TRABAJO**
- África del norte, 139-144
 Alemania, 198-216
 Berlín, 43-50
 Budapest, 38-42
 China, 101-109
 España, 55-56, 64-100, 110-118
 muerte de Gerda, 93-96
Muerte de un miliciano, 69-79
 FBI, expediente del, 292-295
 Francia, 179-191
 Hollywood, 218-222
 Inglaterra, 130-138, 161-166
 Israel, 255-263, 266-269
 Italia, 150-158
 Japón, 300-301
 Magnum, agencia, 232-235, 271-273, 275-281
 México, 125-126
 Omaha, desembarco en la playa de, 26-29, 166-178
 París, 51-63, 187-200, 208-210, 227
 Sicilia, 150-151
 Unión Soviética, 230-231, 235-244
 Vietnam, 304-312
 World Video, 251-252, 254

- VIDA**
- cambio de nombre, 58-59
 Ingrid Bergman, 208-228
 matrimonio, 122-125
 muerte, 309-311
 nacimiento, 35
- Capote, Truman, 296
 Cartier-Bresson, Henri, 52-54, 58, 75, 201, 272
 Magnum, agencia, 202, 232-234, 277-279, 305, 316
 y Capa, 52-53, 95, 195, 234n, 282n, 283n
Ce Soir, periódico, 64, 89, 91, 94, 100, 119, 293
 Centro Internacional de Fotografía, 316
 Cerf, Ruth, 54-56, 58, 76, 84-85, 90n, 95-97
 Chaplin, Sydney, 288
 Chardack, Willi, 56
 Cherbourg, 183-186
 Chiang Kai-shek, general, 101-103, 107
 Chiang Kai-shek, madame, 103, 106, 293
Chicago Tribune, periódico, 144
 China, 101-109
 chinojaponesa, guerra, 101
 Churchill, Pamela, 134-135, 253, 285
 Churchill, Randolph, 134
 Churchill, Winston, 135, 155, 230
 Clavadetscher, Flury, 297
 Cockburn, Claud, 89, 92
 Cogny, general René, 304-306, 311
 Cogny, Marie-Claude, 305
Collier's, revista, 110, 130-132, 142, 145, 147, 164, 255
 Collins, Larry, 294
 comunismo, 40, 125, 250, 292-293
 Cooper, Gary, 218
- Croce, Beneditto, 153
Cuatrocientos millones, *Los* (documental), 101-102
 Cunningham, Jack, 255
- D**
- D, desembarcos del día, 165, 186
Daily Express, periódico, 74
Daily Herald, periódico, 71n
Daily Mail, periódico, 98
Daily Worker, periódico, 91, 250n, 292
 Davis, Floyd, 194
 Davis, Myron, 131
 Delahaye, Luc, 316
 Delmer, Sefton, 98
 Dephot, agencia, 45-47, 50, 60n, 108
Der Welt Spiegel, 48
 Descamps, Michel, 303-305
 Dien Bien Phu, 302-304, 306
 Dietrich, Marlene, 208
 Dior, Christian, 251-253
 Dollfuss, Engelbert, 50
 Dos Passos, John, 89
 Duhamel, Marcel, 194
 Duncan, David Douglas, 281n
- E**
- Ehrenburg, Ilja, 89, 117
 Einstein, Albert, 50
 Eisenhower, general, 141, 155, 164, 168
 Eisner, Maria, 57, 61-62, 232
 Magnum, agencia, 232-234, 276-278
 Eldan, David, 258
 Elisofon, Eliot, 141

Ernst, Morris, 291, 293, 296
 Erwit, Elliot, 271, 278
 España, 55, 63
 España, guerra civil española, 64-100, 110-120

F

Fath, Jacques, 251, 253
 Fernhout, John, 101-102, 104-105, 107, 123
 Fischer, Béla, 195
 Fischer, Suzy, 51-52, 195-196
 Fischer, Szeren, 51, 195
 Flanner, Janet, 194, 283n
 Flox, Jimmy, *Muerte de un miliciano*, 70-71
 Francia, 179-191
 crisis política, 53, 60
 Franco, general Francisco, 62-63, 65-67, 80-82, 85-87, 92, 98-100, 110, 112-114, 117-119, 197
 Freiburg, Judy, 247, 315
 Freund, Gisèle, 46, 72, 74, 232, 276, 290
 Friedmann, André; véase Capa, Robert
 Friedmann, Angela (cuñada de Robert Capa), 246
 Friedmann, Cornell (hermano de Robert Capa); véase Capa, Cornell
 Friedmann, Deszö (padre de Robert Capa), 35-36, 42, 58
 Friedmann, Julia (madre de Robert Capa); véase Capa, Julia
 Friedmann, László (hermano de Robert Capa), 246

G

Gallagher, O'Dowd, 74, 116
 Garbo, Greta, 296
 Gassmann, Pierre, 53-54, 96, 195, 201-203
 Magnum, agencia, 202, 231-233
 Gavin, general James M., 146
 Gellhorn, Martha, 64, 116-117, 135, 203, 226, 281
 Till death Do Us Part, 111
 y Hemingway, 110, 127, 189n, 197, 218
 Gilmore, Ed, 235
 Gilot, Françoise, 273
 Glinn, Burt, 271, 285-286
 Goalen, Barbara, 253
 Goetz, William, 219
 Goldman, Paul, 257
 Goodwin, Carl, 213
 Gorin, Raymond, 56
 Gould, Beatrice y Bruce, 249
 Graffis, Bill, 196
 Graham, Sheila, 222
 Graziani, Bettina, 253-254, 289
 Grosvenor, Rita, 77
 Guernica, 85
 Guler, Hans, 283
 Gunther, Thomas, 61
 Guttmann, Simon, 46, 48, 54-55

H

Haas, Ernst, 272-273
 Halstead, Dirck, 297, 315-316
 Hamill, Peter, 188
 Hammond, Jemmy, 270, 275, 287, 295, 313
 Hammond, John, 270, 275

Hammond, John (hijo), 270, 275, 287, 313
 Harrison, Colette, 289
 Hawks, Howard, 218, 220, 284
 Hawks, Slim, 218
 Hecht, Ben, 217
 Heim, Peter, 33, 41
 Hemingway, Ernest, 134, 165, 187-189, 192, 194, 243, 293, 295
 A Farewell to Arms [*Adiós a las armas*], 85
 corresponsal de *Collier's*, 164
 For Whom the Bell Tolls [*Por quién doblan las campanas*], 87n, 127
 guerra civil española, 98, 112-114
 The Sun Also Rises [*El sol también sale*], 85
 Tierra de España, 98
 y Capa, 85, 164-165, 187-189
 y Gellhorn, 110, 127, 189n, 197, 218
 y Steinbeck, 187, 194, 254
 Hemingway, Leicester, 164-165, 195
Herald Tribune, periódico, 235, 250, 255, 292
 Herrera, teniente coronel Emilio, 56
 Hersey, John, 31-32, 51, 58-61, 202
Hiroshima, 31
 Hetényi, Imre, 41
Heute, 272
 Hicks, Wilson, 118
 Hitch, Peter, 289
 Hitchcock, Alfred, 217-218, 224
 Hitler, Adolf, 38, 46-47, 49, 55, 60-62, 64, 85, 97, 100, 110, 113, 116-117, 126, 140, 167, 247, 293
Holiday, revista, 32, 265, 282-283, 288-289, 292
 Hollywood, 218-222
 Holocausto, 247, 267, 269
 Holt, Henry, 243
 Hopper, Hedda, 219
 Horthy, almirante, 33, 37, 41, 49
 Howard, Noel, 263, 289-291
 Hughes, Howard, 219
 Hungría, 34-35, 39-40, 264-265
 Huston, John, 220, 284, 287, 295-296
 An Open Book, 296n
 The Battle of San Pietro [*La batalla de San Pietro*], 152
 Huston, Ricki, 295
 Hyde, Henry, 294

I

Illustrated, revista, 137, 225, 252, 255, 261
 campana italiana, 151, 158
 Hungría, 264
 Israel, 257, 260n, 266-267
Illustrated London News, revista, 71n
 Inglaterra, 130-138, 161-166
 Isherwood, Christopher, 102
 Israel, 255-263, 266-269
 Italia, 150-160
 Ivens, Joris, 101-102, 104-107
 The Camera and I, 102
Izvestia, periódico, 117

J

Jacobs, Fenno, 276
 Japón, 300-301
 Jaramillo, Miguel Ángel, 78
 Jarreau, Charles, 172, 174, 329
 Jerusalén, 257-261, 268

- Jeudy, Patrick, 70, 179
 judíos, 37, 216, 247n, 255, 258n, 262
 Justin, Elaine (Pinky), 138, 142, 161-163, 197, 206
 Justin, John, 138
- K**
- Kandinsky, Wassily, 50
 Kantorowicz, Alfred, 88, 91
 Kavutkes, Georg, 55
 Kawazoe, Hiroshi, 300
 Keating, Jeffrey, 158
 Keleti, Eva, 59
 Kelly, Gene, 284
 Kerr, Deborah, 288
 Kertész, André, 60
 Kilner, doctor Thomas Pomfret, 133-134
 Knightly, Phillip, 75-76
The First Casualty, 74
 Koester, Peter, 108
 Kolstov, Michail, 92
 Korchein, Polly, 123
 Koyen, Ken, 200
- L**
- Lacapelle, teniente coronel Jean, 300, 310
Ladies Home Journal, revista, 235, 249, 291
 Lamarr, Hedy, 286
 Landry, Bob, 166
 Lang, Fritz, 47
 Lang, Will, 150-153, 157-158
 Lanham, coronel Charles "Buck", 188
 Laurie, Annie, 251
 Leamer, Laurence, 222
 Lechenperg, Harald, 47
 Leica, cámaras, 46, 48, 51, 54, 64, 84, 95, 111, 114, 185-186, 256
 Leigh, Vivien, 289
 Lewinski, Jorge, 74
L'Humanité, periódico, 95, 117
 Liebling, A. J., 148
Life, revista, 70, 123, 131, 134, 141, 154-155, 178, 194-195, 205, 214, 231-233, 235, 271-272, 274, 288, 292-293, 300-302
 China, 103-105
 D, desembarcos del día, 165-166, 168, 173-177, 187
 guerra civil española, 74, 84, 87, 95, 119
 invasión de Europa, 179-182, 187-188, 201, 212
 Israel, 257
 Italia, 150-157
 México, 125-126
 Moscú, 244
 oficina de Londres, 144-145, 174-175
 oficina de los Ángeles, 221
 oficina de Nueva York, 145
 Robert Capa, medalla, 316
 Sicilia, 147-148
 Vietnam, 304, 306-307, 315
 y Capa, 121-122, 128, 301, 314
 Lindstrom, Petter, 210, 226-228
 List, Herbert, 276
 Lister, general Enrique, 114
 Litvak, Anatole, 220
 Llewellyn, teniente Richard, 132-133
How Green Was My Valley, 132
 Lorant, Stefan, 103, 115
 Lubitsch, Ernst, 47

- Lucas, Jim, 306-310
 Luce, Henry, 87, 88n., 102-103, 105, 121, 188, 301n., 232
 Lukacz, general, 81
 Luttwitz, teniente general Heinrich von, 199
- M**
- Madrid, 67, 81-83, 87, 90, 98, 106, 119
 Magee, comandante, 132
 Magnum, agencia, 232-235, 263, 271-273, 275-281, 296, 313, 316
 Capa, presidente, 276, 290-291
 clientes, 282
 fundación, 202, 283n
 Paris, oficina de, 278
 Maichini Press, 58, 298, 300
 Man, Felix, 46
 Mann, Thomas, 50
 Marcus, David Michael, 257-261
 Markos, György, 34-35, 96, 108
 Marquis, Suzy, 44, 108, 269, 279-280, 286, 298-299
 Martínez, Romeo, 233
 Matisse, Henri, 273
 Matthews, Herbert, 97-100, 114, 116-117, 148, 153
 Mauldin, Bill, 158-159, 198n
 Mayne, Richard, 263
 Mayo, Gael Elton, 277
 McAuliffe, general Anthony C., 199
 McCombs, Holland, 125
 McCullin, Donald, 316
 Mecklin, John, 306-310, 312
 Melgar, Manuel, 78
 México, 125-126
 Mieth, Hansel, 71-72, 96, 123-125
 Mieth, Otto, 71-72, 123-125
 Miles, Blossom, 138
 Miles, Frederick, 137-138
 Milestone, Lewis, 223
 Mili, Gijon, 274, 286
 Miller, Henry, 52
 Miravittles, Jaume, 65
 Morath, Inge, 246, 271-272, 284, 290, 297-298
 Morris, John, 164, 189-190, 194, 250, 314-315
Ladies Home Journal, revista, 235, 249, 291
Life, revista, 122, 153, 173-178
 Magnum, agencia, 276, 291, 295, 301
 Moscú, 129, 236-237, 242-244, 248
Muerte de un miliciano, 69-79
Müncher Illustrierte Presse, 46, 202
 Murrow, Edward R., 134, 203-204
- N**
- Namuth, Hans, 80
 Nance, teniente Ray, 28-29, 171
 Nápoles, 150-153, 156, 159
 Natchwey, Jim, 316
 Naudet, Jean-Jacques, 256
 Navarre, teniente coronel Jacques, 310-311
 nazis, 47-49
 Neruda, Pablo, 89
New York Herald Tribune, periódico, 113, 144, 286
New York Times, periódico, 97, 114, 128, 148, 168, 243, 248
New York World-Telegram, periódico, 70, 73
New Yorker, periódico, 148, 266
Newsweek, revista, 286, 295

- Nin, Anaïs, 52
North, Sterling, 248
- O**
- Observer*, periódico, 77
O'Hara, John, 254
Omaha, desembarcos en la playa de, 25-28, 166-178
Operación Overlord, 166
Orchard, Tom, 87
Orkin, Ruth, 253
Orwell, George, 67, 97, 243
Overseas Press Club, 315
- P**
- Page, Homer, 276
Palestina, 255
París, 51-63, 208-210
 Café Dôme, 52, 55, 58
 liberación, 187-188, 192-195
Paris-Match, revista, 187-188, 192-195
Paris-Soir, revista, 74
Parks, Gordon, 128
Patrick, Ted, 282, 288
Patton, general George, 140-142, 149, 200
Pearson, Bill, 284
Philadelphia Inquirer, 243
Photo Notes, 243
Picasso, Pablo, 69, 194-195, 273
Picture Post, revista, 103-104, 115-116, 119, 282, 296
Piscator, Edwin, 47
Pohorylles, Gerda; véase Taro, Gerda
Poltoratsky, camarada, 240, 242, 245, 249
Prescott, Orville, 248
Puttnies, profesor Hans, 72, 74
Pyle, Ernie, 141, 148, 157-159, 162-163, 180, 182, 186, 205-206
- R**
- Regan, Edward K., 178
Regards, semanario, 52, 64, 74, 86, 292
Regler, Gustav, 65, 81
Reinhardt, Max, 47
Reis, Irving, 162, 218
Reuter, Walter, 91
Reynolds, Quentin, 132-135, 255
Riboud, Marc, 271, 297
Rich, capitán Oscar, 168-169
Ridgway, general de división Matthew, 146, 149
Robert Capa, medalla, 297, 311n, 315-316
Rochemont, Richard de, 86, 89
 Rehearsal for War, 87
Rock, Bobby, 122
Rodger, George, 154-155, 163, 194, 203, 279
 Magnum, agencia, 231-232, 235, 316
Rodger, Jinx, 154, 279, 296, 300
Rommel, general Erwin, 167
Ronis, Willy, 96
Rooney, Andy, 200
Roosevelt, Franklin D., 35, 127
Roosevelt, general Theodore, 142, 147-148
Rossellini, Roberto, 223

- S**
- Salter, James, 274
Saroyan, William, 162-163, 194, 218
Schaber, Irme, 75
Scherman, David, 175
Scherschel, Frank, 166, 257
Schlieben, general Von, 185-186
Schmeling, Max, 55
Schneider, Agnes, 294
Scripps-Howard, periódico, 148, 185, 306
Serrano, Carlos, 75
Seymour, Chim David, 52-54, 58, 195, 202, 271, 277-279, 286-287
 guerra civil española, 75
 Holocausto, 247
 Magnum, agencia, 232, 234, 316
 Regards, semanario, 52
Shaw, Irwin, 224, 265, 288-289
 Evening in Byzantium, 274
 Malibú, casa de, 219, 224
 Report on Israel, 266-268
 y Bergman, 208-210, 215
 y Capa, 122, 162-163, 187, 263, 273-274, 284-287, 290, 298
Shaw, Marion, 273-274
Sheean, Dinah, 129, 137
 The Battle of Waterloo Road, 129
Sheean, Vincent, 86, 113, 118, 128, 137
Sherekh, Yuriy, "What Did You Not Want To See, Mr. Steinbeck", 241
Shiple, señora., 294
Shirer, William, 194
Shnayerson, Michael, 274
Shockley, Orion, 183-184
Sicilia, 146-148
Smedley, Agnes, 106
Snow, Edgar, 106
Sochurek, Howard, 300-302, 315-316
Sorel, Toni, 123-125
Soria, Georges, 76, 117
Spiegel, Irene, 94
Spooner, Len, 137
Spoto, Donald, 211
Stanton, Arthur, 285
Steele, Joe, 211, 220-222
Steichen, Edward, 315
Steinbeck, John, 148, 187, 194, 250
 A Russian Journal, 230, 241, 245, 247-249
 en Rusia, 230-231, 235-244, 292
 World Video, 251, 254
 y Capa, 144, 313, 316
 y Hemingway, 187, 194, 254
Stevens, George, 162-163, 218
Stevens, sargento Roy, 25-26, 168, 181
Stilwell, alias Vinegar Joe, 107-108
Stokowski, 296
Stuart, Jozefa, 38n, 257, 270, 275, 287
- T**
- Taro, Gerda, 54-61, 101, 108, 113, 204, 314
 en España, 64-67, 75, 80-82, 84-94
 muerte, 92-96, 206, 295
 Paquena Rubena, la, 89
 Tierra de España, 98, 101
Thompson, Edward, 121-122, 125, 293, 301, 307
Thorne, Judy, 283, 295
Tilton, Martha, 211
Time, 286
Time and Life, 148, 180

- Time-Life*, 86, 125, 219, 306
 Tobin, James, 185
 Toller, Ernst, 47
 Trabant, Warren, 162, 272, 278, 295
 Trotski, León, 48, 60, 126
- U**
- Umbehers, Otto, 45
 Unión Soviética, 230-231, 235-244
US Camera, revista, 133
 Uzcudun, Paolino, 55
- V**
- Vachon, John, 243
 Vandivert, Bill, 233
 Vandivert, Rita, 233
 Viertel, Peter, 189n, 218, 253, 273, 277, 288-289, 291, 294-295
 Vietnam, guerra de, 302-312, 315
 Vogel, Lucien, 60-61, 64-65, 74, 82
Vu, revista, 56, 60, 64, 74-75, 78
- W**
- Walters, general, 92
- Washington Post*, periódico, 286
 Weber, Eugen, *The Hollow Years*, 53
 Weizmann, Chaim, 266
 Welsh, Mary, 134, 145, 194, 197
 Wertebaker, Charles, 168, 170-172, 178, 180-183, 186-187, 190-194
 Whelan, Richard, 69, 246
 White, Harry S., 251
 White, Theodore, 263-264
 Whitehead, Don, 168
 Wild, Hans, 175-176
 Wilder, Billy, 287
 Wilkie, Wendell, 127
 Wilson, Don, 304
 Winocour, Jack, 255, 258-261
 Wolff, Milton, 112
World Illustrated, revista, 83
 World Video, 251-252, 254
- Y**
- Yank*, revista, 134, 157
- Z**
- Zachary, Frank, 282
 Zalka, Mate, 81
 Zuckmayer, Karl, 47

ESTE LIBRO HA SIDO IMPRESO
EN LOS TALLERES DE
A&M GRÁFIC, S. L.
SANTA PERPÈTUA DE MOGODA (BARCELONA)

NARRATIVA

Sangre y champán

Robert Capa, nacido André Friedman, húngaro de origen judío, fue uno de los más extraordinarios fotógrafos del siglo XX, testigo de los mayores conflictos de su época, desde la guerra civil española hasta el comienzo de la guerra franco-indochina. Fue el único fotógrafo que desembarcó el día D en Normandía con la primera oleada de tropas, y sus imágenes realistas evitan la violencia y capturan en un encuadre el horror de la guerra. Su muerte a los cuarenta y un años, en mayo de 1954, puso fin no sólo a una increíble carrera como fotógrafo sino a una vida extraordinaria.

Sangre y champán es una fantástica y evocadora reconstrucción de la vida y la época de Robert Capa que lleva al lector desde el Budapest de los años veinte al París de los años treinta, desde la guerra civil española y Hollywood hasta Rusia, y del Nueva York de los años cincuenta a los conflictos en Indochina. Alex Ker-shaw ha escrito una biografía que se lee como una novela de aventuras.

***Sangre y champán* acierta plenamente en el retrato que hace de una vida cargada de adrenalina.**

JANINE DI GIOVANNI, *Literary Review*

ISBN 84-8306-532-0



9 788483 065327

